DESEXTINCIÓN

HALLE GROSSO

Multiverso

Desextinción.
© Halle Grosso
© Multiverso Editorial, 2019
© Ilustración de la portada: Miguel Ángel Pérez Muñoz.
Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz.
ISBN:978-84-946356-4-9
Depósito legal: A 284-2019
Printed in Spain
Primera edición: Junio, 2019
www.multiversoeditorial.com
Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento

HALLE
GROSSO

DESEXTINCIÓN

Multiverso

Dedicado a ese niño interior
que aflora al mundo a través de las letras.
No te marches nunca.

dNos detuvimos en la búsqueda de monstruos
debajo de la cama cuando nos dimos
cuenta de que estaban dentro de nosotros.

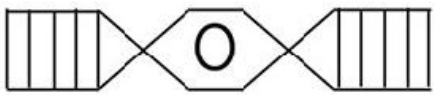
—Charles Darwin—

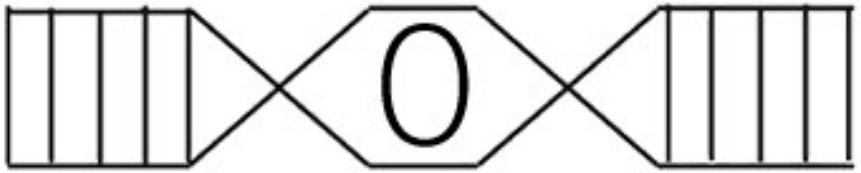
ÍNDICE

PREFACIO
INVESTIGACIÓN
LA HUELLA
RECLUTA
RAPTO
IMPREVISTO
EL AGUJERO
LA GARRA DEL GIGANTE
EL PANTANO
CIVILIZACIÓN
LA EVIDENCIA DEL CAMBIO
LA BELLEZA DE LA NATURALEZA
EL MILAGRO DE LA VIDA
EL GIGANTE SUREÑO
SED DE VENGANZA
TERRITORIOS
SOBERBIA
LA EXPANSIÓN DE LA VIDA
CAMBIO ANTIGÉNICO
OSADÍA
PREHISTORIA CONTEMPORÁNEA
TIEMPOS PASADOS
CENOZOICO
LA LLEGADA DEL TITÁN
CONTENCIÓN
EL ORIGEN DEL CAOS
DIENTES EN LA OSCURIDAD
EJE DE MANDO
ESTAMPIDA
MENTIRAS

ULULO EXTINTO
REUNIÓN
ATENTADO
PROTEGER A LA FAMILIA
ÉXODO
DEPREDADOR SUPREMO
INVOLUCIÓN
EL POBLADO
PRECURSORES
LAS CARAS DE LA MONEDA
EL PLAN B
LA VIDA EN EL POBLADO
UNIDAD
CONFRONTACIÓN ATEMPORAL
LA CAÍDA DEL MURO
SIN ESCRÚPULOS
EL LAGO
EL ANTIGUO NUEVO MUNDO
ENCUENTRO
EMPATÍA
LA CUMBRE
EL VERDADERO ENEMIGO
EXTINCIÓN
EPÍLOGO
OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

AÑO CERO





INVESTIGACIÓN

El sol entraba por la amplia terraza del ático. Una suave brisa refrescaba el ambiente veraniego propio de la temporada estival. Desde allí, podía verse las tranquilas y cristalinas aguas del Mediterráneo. Y es que en Barcelona, en esa época del año, se podía disfrutar de un verano húmedo pero agradable, nada que ver con el calor del sur o el excesivo frescor del norte. Todo parecía un marco de ensueño al alcance de muy pocos, pero dentro de aquella vivienda no había lugar para el ocio. De hecho, todo estaba sumido en una profunda concentración, desorden y caos controlado.

Anaïs Albert había sido una conocida periodista de guerra a sus treinta años. Había trabajado para las cadenas de televisión y periódicos más importantes del país, pero durante la guerra de Siria, unos años atrás, llegó un momento que su mente colapsó. Siempre creyó estar preparada para el desgarro que suponía vivir en primera persona las consecuencias de un estado en guerra, la desolación de sus calles y el sentimiento desesperanzador de todas las personas con las que se cruzaba. Pero aquella vez fue diferente. Estuvo retenida contra su voluntad durante tres meses y durante ese lapso temporal fue testigo de auténticas atrocidades. Violaciones, asesinatos y abusos de poder siempre sobre los más pobres. Algo en ella cambió marcando el rumbo de su vida en el futuro.

Cuando por fin logró escapar de sus captores, se prometió a sí misma que no volvería a pasar por una situación así. Desde entonces, había cambiado su especialidad al periodismo de investigación. Había desmantelado tramas criminales, escándalos fiscales y, sobre todo, casos que afectaban a las facciones más desfavorecidas de la sociedad a nivel nacional e internacional, no había fronteras para ella.

Ahora estaba inmersa en un nuevo caso, uno que ponía a prueba todos sus conocimientos, y es que lejos de ser una mujer conformista, Anaïs era una persona tenaz y muy competitiva, exigiéndose tanto, que a veces se extralimitaba en la mayoría de los casos.

Aquella mañana repasaba una y otra vez los documentos en busca de alguna pista, de algún matiz que se le hubiera pasado por alto. No podía permitirse dar un paso en falso, su carrera y su prestigio estaban en juego. Retomó la primera hoja y volvió a empezar por enésima vez.

—Desapariciones, animales muertos, casos de algún tipo de virus en poblaciones desfavorecidas y estas fotografías, ¿cuál es el punto en común entre todo esto? ¿Qué os une? —murmuraba sin apartar la vista de sus documentos.

Hacía unas semanas alguien de forma anónima se había puesto en contacto con ella a través del correo electrónico que figuraba en su página web, portal por el cual la periodista publicaba todos sus trabajos. Ya no estaba bajo el yugo o la política empresarial de ninguna multinacional de la comunicación, algo que no estaba al alcance de cualquiera.

Al principio no le dio mucha importancia, eran decenas los correos que recibía, pero la insistencia, la desesperación y sobre todo las tres fotografías que recibió captaron su atención. Había desarrollado cierto olfato periodístico, sabía a simple vista y sin mucha información si una persona mentía o por lo contrario hablaba desde la verdad.

Tenía ante ella aquellas fotografías que ya había visto un millón de veces. En una podía verse lo que parecía ser un leopardo partido por la mitad, en otra, el cadáver de un hombre con marcas en el cuello y otra aún más inquietante, un helicóptero transportando una plataforma donde había algo grande. Además, en la fotografía podía verse un muro que, teniendo en cuenta los árboles que tenía al lado, debía medir más de cuarenta metros. Pero la calidad de las imágenes no era la mejor. Según el contacto, no disponía de otro dispositivo para realizarlas que un móvil algo anticuado. No obstante, fueron aquellas instantáneas acompañadas de los textos que enviaba esa persona lo que hicieron que Anaïs se interesara por el caso.

En los correos hablaba que estaban haciendo experimentos en la zona, que algo atacaba de noche los poblados cercanos matando a humanos y animales, tanto domésticos como salvajes, y que otras muchas personas enfermaban y morían sin que las medicinas de las que disponían pudieran hacer algo. Además de la construcción de aquel lugar, que según las indicaciones de su contacto simplemente no existía, no había rastro de ningún muro en un radio de más de mil kilómetros cuadrados. No podía tratarse de un error.

—¡Bingo!¡Estoy dentro! —exclamó Eloy sobresaltándola.

Anaïs dejó los documentos y corrió hacia la mesa de su amigo que

como un poseso tecleaba sin parar a una velocidad casi antinatural.

—¿¡Qué tienes?! —preguntó nerviosa.

—Todo. He entrado en el servidor de la policía congolesa, lo estoy descargando todo.

Eloy era un amigo de la infancia de Anaïs, un chico que con el tiempo se hizo informático y en la actualidad era un ágil *hacker* que ayudaba a la periodista a obtener todo tipo de información clasificada.

—Lo tengo. Venid con papá —bromeó al tiempo que abría los documentos descargados.

Los ojos de la periodista volaban por las evidencias que su amigo acababa de conseguir. En ellos se hablaban de decenas de muertes en la zona, acompañadas de fotografías donde se veía cuerpos mutilados, marcas y heridas de gente que había sobrevivido, testimonios… Más de trescientos casos en los últimos seis meses. Pero había mucho más, informes y correos informando de la desviación de vuelos comerciales, las restricciones aéreas en la zona, la compra de cantidades masivas de material de construcción y las órdenes de no investigar según qué paquetes con determinados códigos de envío. Pero aquello era el principio, había cientos de documentos con información clasificada.

—Allí pasa algo gordo. Más de lo que en un primer momento pensé.

—Anaïs, no estoy seguro. Esta vez creo que deberíamos dejarlo pasar —insinuó.

—¿Me tomas el pelo? ¡Venga, Eloy! Te conozco, sabes que ahí pasa algo muy raro, no se el qué, pero pienso descubrirlo.

—Por eso, el Gobierno congolés está de por medio. Pero además de eso, parece que hay algunas mafias traficando con vete tú a saber qué. No sé, son demasiadas variables, demasiados esfuerzos en ocultar lo que sea que estén haciendo. Creo que es algo que nos viene grande a los dos.

La periodista lo miró enarcando una ceja, se recogió su larga melena castaña en un rodete y mordió la punta del lápiz que llevaba.

—Sabes que esta vez no estamos solos. Y no, no lo voy a dejar pasar. Envíame toda la información a mi *email*, tengo que repasar y clasificar todos esos documentos. Además, estoy segura que mi contacto en Costa Rica podrá despejarnos algunas dudas. Esta vez tenemos fotografías de cicatrices, cuerpos mutilados e incluso tenemos esto —dijo al tiempo que señalaba a Eloy la miniatura de una fotografía.

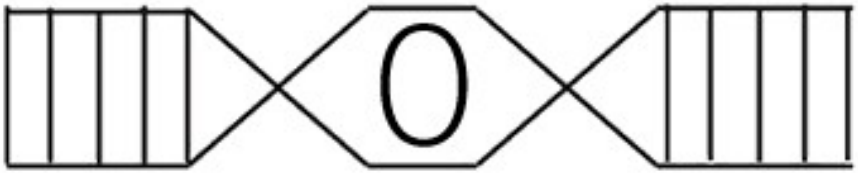
Este lo abrió y ambos contemplaron lo que parecía ser una huella sobre el fango.

—Vamos, tenemos trabajo —sentenció mientras volvía a su mesa sin perder un solo segundo.

—¿No piensas parar aunque sea para comer algo? —preguntó el *hacker*, aunque más que una pregunta fue un ruego, los ayunos

prolongados no eran lo suyo.

—No, no hasta que saquemos algo en claro —dictaminó sin lugar a réplica.



LA HUELLA

Si algo nos ha enseñado la vida y la naturaleza era lo implacables que son. Ante sus ojos no existen las distinciones. Todos acabamos sucumbiendo a sus designios, al orden natural de lo establecido. La muerte, la descomposición y la putrefacción de todo lo orgánico no es más que el principio de una reorganización atómica que conformará, en un futuro, un nuevo ser. Al mismo tiempo, la evolución nos ha mostrado el lento perfeccionamiento de la vida, adaptándose a multitud de contextos, saliendo airosa de estragos que hubieran transformado nuestro mundo en un páramo inerte de no ser por su determinación. Realizar los cambios mínimos y necesarios para la perpetuidad de las formas de vida.

En esencia siempre ha sido igual, una cadena alimenticia, una jerarquía interespecies y unas adaptaciones cuasi perfectas al medio que rodea al organismo en cuestión.

Tenemos como ejemplo a los tiburones, seres que llevan en la tierra más cuatrocientos millones de años y que prácticamente no han evolucionado. No ha sido necesario, si algo está bien ¿para qué cambiarlo? La evolución es también un mecanismo muy vago. Solo hay que ver a los escorpiones, cuyos ancestros llevan sobre la faz de la tierra más de quinientos millones de años y cuyos atributos y adaptaciones han sido mínimos, aun cambiando del medio acuático al terrestre. Pero si hay algo que la madre naturaleza nos ha enseñado es que cada decisión, cada cambio, cada extinción, se ha llevado a cabo por la inutilidad de la especie para sobrevivir. Donde las adaptaciones no fueron lo rápidas que debieran condenándolos a la desaparición.

Santos Alvarado cerró el libro que leía en ese momento mientras asentía dando a entender lo de acuerdo que estaba con las líneas que

acababa de leer. Si de él hubiera dependido, hubiera pasado todo el día leyendo aquella obra, pero su trabajo, que también le apasionaba, demandaba su tiempo.

Era un zoólogo natal de Costa Rica especializado en grandes felinos, fotógrafo y videografo de vida salvaje y un apasionado de la paleontología. Actualmente trabajaba en una tesis sobre las adaptaciones de los grandes felinos al medio. Teniendo como ejemplo al león asiático, casi extinto, o algunos felinos como el jaguar y su respuesta a la cada vez mayor desforestación de su hábitat.

Había llegado a su destino. Guardó sus cosas en su maleta y se bajó del taxi. Se encontraba en el parque zoológico Simón Bolívar, en la capital costarricense. Un lugar que no le gustaba demasiado visitar, pues su país, pese a ser bastante pequeño, contaba con una de las biosferas más ricas de todo el planeta, concentrando en todo su territorio multitud de especies terrestres y marinas. A su juicio, aquellos animales recluidos de su hábitat no eran más que productos explotados por un consumismo cada vez más cruel.

—Buenas tardes, señor Alvarado —dijo el conserje dando la bienvenida al científico.

El director del zoo no estaba para recibir a Santos, era un hombre al que solo le preocupaban los negocios y no sus animales, aunque el bienestar de estos repercutía inevitable-mente en opinión general de los visitantes. En su lugar, fue Fernanda Esteban, jefa del equipo de veterinarios de la instalación la que lo recibió

—Gracias por atender mi llamada, Santos —dijo con cariño.

—Para eso están los amigos —sonrió él.

Fernanda y Santos se conocieron en la facultad algunos años atrás y aunque habían tomado caminos profesionales distintos nunca habían dejado de hablar de vez en cuando.

—¿Desde cuándo muestra ese comportamiento? —curioseó el zoólogo.

—Desde hace algunos meses. Es un animal que lleva con nosotros tres años. Nunca antes había mostrado estos rasgos conductuales tan agresivos.

Ambos estaban frente al recinto de un jaguar hembra de cinco años de edad. Un animal formidable. Desde hacía unos meses estaban llevando a cabo un programa de conservación. Pero no salió según lo previsto.

—¿Dices que mató a sus crías a los dos meses de haber dado a luz?

—Así es. No solo las mató. Las devoró durante la noche, no pudimos hacer nada.

El zoólogo miró al animal con interés escudriñando las posibles causas. Miró su reciento en busca de respuestas.

—¿Cuánto mide su recinto? —quiso saber.

—Quinientos metros cuadrados. De hecho, es nuevo, lo trasladamos hace unos meses. Antes estaba rodeado de herbívoros, pero nuestro director prefirió separar las áreas.

Santos la miró directamente a los ojos, pero justo en el momento que fue a hablar escuchó rugir a otro animal.

—¿Tienen un tigre bengalí en el zoo? —volvió a preguntar.

—Tres, de hecho. Justo en el recinto contiguo —contestó Fernanda.

Ahora todo tenía sentido para él. Había encontrado la explicación. No fue muy difícil.

—A veces la arrogancia del ser humano desemboca en comportamientos erráticos en los animales que se suponen que deberían cuidar.

—No entiendo, intentamos darle a nuestros animales los mayores cuidados de los que disponemos —contrarió la veterinaria, algo molesta.

—Vuestro trabajo es excelente, no creas que mi crítica va hacia ti, sino a las personas que gestionan este lugar como si fuera un parque de atracciones. El jaguar es un animal solitario cuyos territorios en libertad abarcan entre los veinticinco y cuarenta kilómetros cuadrados. Es el mayor depredador de todo el continente americano. Y no solo lo encierran en un trozo de tierra de quinientos metros, sino que le ponen de vecinos a tres tigres que casi lo triplican en tamaño y, aunque no se vean, los huele y escucha, que para ellos, es como tenerlos pegado al trasero. Ese animal no se ha vuelto una psicópata asesina, solo ha hecho lo que su instinto le dicta que haga ante una amenaza fuera de su control. Nosotros somos los verdaderos psicópatas —concluyo siendo, quizás, demasiado duro con ella.

Fernanda agradeció la información y los consejos que Santos le dio, aunque difícilmente podría llevarlos a cabo. Le saludó mientras el taxi se marchaba. Y justo en ese momento sonó el móvil del científico. Acababa de recibir un *email* de Anaïs Albert, una periodista española que estaba investigando unos asesinatos en El Congo.

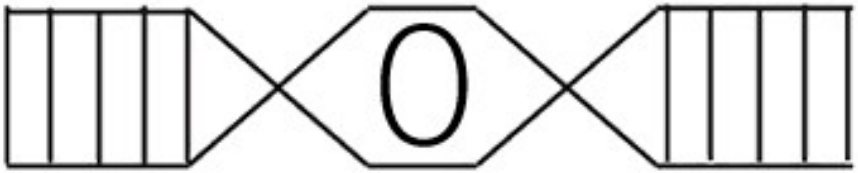
Nada más llegar a su apartamento se sentó frente a su ordenador y descargó toda la información que la periodista le había hecho llegar.

—No puede ser, pero ¿qué es esto? —murmuró sin dar crédito a lo que estaba viendo.

Sus ojos iban y venían recorriendo cada detalle de las fotos. No conocía a ningún animal que pudiera dejar marcas así. Parecían ser algún tipo de rapaz, pero no existía en el mundo ninguna tan grande como para dejar esas heridas. Y menos aún capaz de destripar a un gorila de montaña. Ni siquiera los leopardos se atrevían con un macho adulto. No obstante, su perplejidad se magnificó al ver una fotografía en particular. Una que le confirmó que todo aquello no podía ser verdad, debía ser un montaje. Una y otra vez volvía a la misma

reflexión, en la actualidad no había ningún animal que dejara ese tipo de huellas, al menos que él conociera. Antes de terminar de leer todos los documentos contestó el *mail*:

A priori, todo parece un montaje. Revisaré bien la información, contrastaré y consultaré con otros especialistas. Me volveré a poner en contacto contigo a la mayor brevedad posible. Saludos.



RECLUTA

Aitor Adán odiaba su trabajo. Era un exmilitar que tuvo que dejar las fuerzas armadas por problemas de disciplina. Durante algún tiempo, se dedicó a ser guía y rastreador en diversos países del tercer mundo, pero pronto se cansó de esa vida nómada donde no tenía un lugar fijo de residencia. En la actualidad, trabajaba en el sector privado de la seguridad, escolta para ser más exactos. Hacía unos meses que era el guardaespaldas de la mujer de un ministro francés, la cual se encontraba de vacaciones en la zona del levante español.

A su clienta se le había ocurrido la genial idea de salir a correr muy temprano ese día. No tenía opción, él tenía que ir también. Se visitó con ropa deportiva, un pantalón corto y una camiseta de tirantas que dejaban entrever su cuerpo escultural. Aitor era un chico de metro noventa, pelo negro y ojos marrones, todo ello enmarcado en un rostro masculino de rasgos rectos. Celine, al verlo salir de su habitación, le dedicó una mirada de lo más picarona. Y es que él sabía que lo había contratado por otros motivos no precisamente laborales. Pero por ahora, nunca se había extralimitado y él nunca había mostrado ningún interese fuera de su trabajo, cosa que a ella la frustraba sobremanera, aunque no lo solía exteriorizar en exceso. Al menos de momento.

Llevaban media hora corriendo. Aitor se mantenía a unos metros por detrás de Celine y de su amiga. Se sentía un pelele, echaba de menos aquel tiempo cuando servía en el ejército donde cada misión era una aventura, pero como casi todo en este mundo, era una estructura podrida, anclada en el pasado donde alguien con ideologías y opiniones propias no tenía cabida. Después de eso volvió a su tierra natal, Cataluña, y poco después allí estaba, corriendo detrás de una

señora cuya preocupación por su bienestar era nula.

Después de algunos minutos pararon y entraron en una cafetería. Él esperó frente a la puerta del establecimiento a que volvieran a salir, aunque conociéndola como la conocía, sabía que aún le quedaba un buen rato hasta que decidieran salir.

—Para lo que has quedado, soldado —habló alguien llamando su atención.

No era fácil pillarlo desprevenido, pero ella lo había conseguido. Miró de arriba abajo a la chica que tenía delante y se echó su pelo negro hacia detrás.

—Hola, Anaïs, ¡cuánto tiempo!

—Señor Aitor Adán, sí que hace bastante que no nos vemos —contestó la periodista con cierto todo sarcástico.

Por un momento mantuvieron el teatro, pero pasado unos segundos se abrazaron como los viejos amigos que eran. Ambos se habían conocido algunos años atrás cuando ella cubría los sucesos que se daban en conflictos bélicos y Aitor era un soldado de apoyo humanitario enviado por el ejército español. Desde entonces habían mantenido una estrecha amistad intermitente en la distancia.

—¿Qué te trae por aquí? Pensé que estarías ocupada en una de tus investigaciones —dijo Aitor.

—Directo al blanco —bromeó—. Ese es el motivo por el que estoy aquí.

El guardaespaldas la miró confundido, ya era la segunda vez que aquella chica lo sorprendía en menos de cinco minutos. ¿Qué quería de él? Ella lo conocía y sabía que ese tiempo de aventuras había quedado atrás.

—Adelante, soy todo oídos —le alentó.

—Estoy preparando una especie de expedición, un caso en el que estoy trabajando.

—¿Una expedición? ¿A dónde? Sabes que ya no me dedico a eso —argumentó antes de que terminara de hablar.

—Dimonika-Mayombe, en el Congo. Una antigua reserva un poco olvidada donde están sucediendo cosas muy extrañas. Tanto que han llamado demasiado la atención, mi atención.

—Anaïs, ya no me dedico a eso de los safaris. Ahora estoy más tranquilo con este trabajo.

—¡Venga, Aitor! Te conozco, tienes veintiocho años y estás hastiado, odias tener que estar cuidando de esa señorita francesa. Tú no estás hecho para esto —contraargumentó, no sin razón.

—¿Pero qué hay allí que tanto llama tu atención como para recorrerte cinco mil kilómetros? —cuestionó a sabiendas de que su amiga no perdía el tiempo con salvedades. No le gustaba perder su valioso tiempo.

—Llámame, partimos en una semana.

—¿Quiénes? —preguntó pese a que Anaïs ya se estaba marchando.

—Un grupo de personas que saben que harán el descubrimiento del año, ¡o puede que del siglo! —contestó mientras se dio la vuelta y caminó por la amplia avenida donde se encontraban.

Aitor la miró mientras pensaba lo fascinante que era aquella mujer. Sabía que algo importante se traía entre manos, pero no podía dejarlo todo y confiar en su olfato periodístico. Pero algo le decía que quizás estaba perdiendo la oportunidad de vivir una aventura. Y eso era algo a lo que el guardaespaldas no podía resistirse.

Unos gritos lo sacaron de sus pensamientos. Un grupo de chicos jóvenes estaban molestando a Celine y su acompañante. Uno de ellos le robó el bolso a su amiga y salió corriendo. Al llegar los ahuyentó, pero él no hizo ni el amago de correr detrás del ladrón. La seguridad de su cliente era lo primero, no podía dejarla sola y, en cualquier caso, el bolso era de su amiga

—¿De verdad no piensas ir detrás de ese mal nacido? —le interpeló Celine con su marcado acento francés.

—Su seguridad es prioritaria, señora. Volvamos a casa y luego podremos ir a comisaria a poner una denuncia.

—¡Deja de llamarme señora! —bramó visiblemente molesta.

La mujer del ministro estaba enfadada. Su amiga la miró con cara de pocos amigos. A fin de cuentas, Aitor la había desafiado en público y, según su pensamiento, no podía darse tal circunstancia. Tranquilizó a su amiga y una vez que lo consideró oportuno se dirigió a él.

—Acompáñanos a casa. Será lo último que hagas, pediré que te sustituyan por alguien que me haga… más caso.

Celine dijo aquellas palabras con una doble intención. En el fondo quería vivir algo más y Aitor no le seguía el juego.

Por su parte, Aitor no salía de su asombro. Se apoyó en la silla que tenía al lado y comenzó a reírse incrédulo de lo que estaba sucediendo. En ese momento sonó su móvil. Era Anaïs, le había enviado un mensaje. Ignoró a su cliente y lo abrió.

«¿Pero qué?».

Había dos fotos, una de algún tipo de felino destrozado y otra de una huella de algún tipo de ave de gran tamaño. No entendía nada. ¿Qué tenía de especial un gato grande muerto y una huella de alguna avestruz? Inspiró hondo, su mirada fue del móvil a Celine varias veces, debatiéndose en si sucumbir a sus ideas o actuar de forma responsable. Apretó los labios, bloqueó el móvil y miró a su ya exclienta y a la repelente de su amiga.

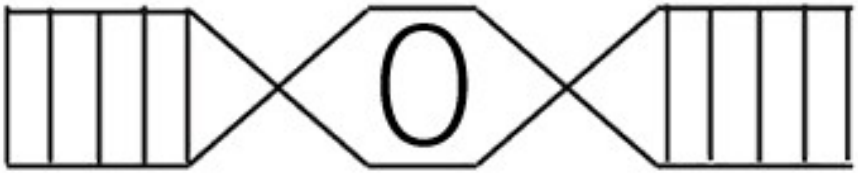
—Señora, mejor vuelva sola a su casa. Dimito de la empresa.

Acto seguido se quitó el pinganillo que llevaba a sabiendas de que en la central habían oído el mensaje. Se quitó la camiseta sudada y la

tiró a los pies de la francesa, que al verlo semidesnudo se ruborizó sin salir de su asombro.

Aitor le dio la espalda, volvió a encender su móvil y marcó un teléfono.

—Espero que tengas razón, resérvame una plaza.



RAPTO

El dolor nunca se marchó. Un trozo de su cuerpo, de su alma, se marchitó aquella noche. No era natural que una madre viera morir a un hijo y menos aún de esa forma tan… cruel e inhumana. La cara inerte permaneció anclada en el subconsciente de Nayah para siempre. Aún tenía terrores nocturnos en la soledad del que una vez fue su hogar. Soñaba con los ojos verdes del felino y con aquellos ojos amarillos de pupilas rasgadas. Pero por más que lo intentaba no lograba recordar nada más. La noche cerrada, la oscuridad y el alboroto de la selva cegaron sus sentidos sin poder ver nada más.

Pero algo cambió dentro de ella. Cuando se recompuso lo suficiente como para salir de su casa, una idea arraigó con fuerza en su mente. Comenzó a investigar a ratos en internet, buscando personas que pudieran servir a su causa. La ira, el rencor y la venganza sirvieron para encontrar un objetivo, algo que mantuviera su mente entretenida, lejos, por momentos, del dolor de la pérdida.

Así fue como dio con la periodista Anaïs Albert, una española conocida por sus investigaciones. Había derrocado gobiernos provocando mociones de censura, cerrando grandes multinacionales y ayudaba dentro de sus posibilidades a las personas más pobres de la sociedad. Al principio no captó su atención, pero consiguió un móvil en un mercado de segunda mano y comenzó su propia investigación.

Los rumores corrían por los poblados y estando en el foco de infección no podían vetar que cierta información llegara a sus oídos. Incluso ella llegaba antes que los medios de contención. Se dedicó a fotografiar todo lo que veía, incluso una de las veces pudo acercarse al lugar donde nadie tenía acceso. Estaban construyendo algo y aquel día

pudo realizar la fotografía del transporte de aquel animal. Se lamentó cuando vio la calidad de la imagen, pues no tenía nada que ver con lo que vio con sus propios ojos. Pero a fin de cuentas había cumplido su cometido, la periodista utilizó sus propios medios y, al parecer, logró reclutar mucha más información de la que Nayah hubiera podido imaginar.

Aquella tarde, según acordaron, se verían en el punto de encuentro, a veinticinco kilómetros de Dimonika-Mayombe, la reserva y el epicentro de todos los sucesos misteriosos. La hora acordada eran las cuatro del medio día y, aunque aún eran las

tres y quedaba todavía una hora, ella ya estaba nerviosa. No le gustaba estar sola en aquel lugar. Aunque estaba alejada de las desapariciones, no dejaba de estar sola en un camino de tierra en el borde de la selva.

Cada vez que escuchaba un sonido no podía evitar asustarse. Desde el incidente estaba aterrada y es que algunos animales, tanto herbívoros como carnívoros, se habían desplazado hacia el interior del país alejándose de la reserva, modificando los hábitats donde solían vivir. Algo los asustaba, lo mismo que había matado ya a más de una decena de personas en los poblados colindantes a la reserva. De hecho, el Gobierno local había declarado en cuarentena algunas zonas trasladando a la población a otros pueblos, reubicándolos en distintas zonas del país. La excusa era el brote de una supuesta enfermedad para la cual no tenían medios de contención, pero Nayah creía que todo aquello no era más que una cortina de humo para justificar y tapar lo que verdaderamente estaba pasando. Pero su trabajo lo habían hecho muy bien, pues a día de hoy casi nadie de la zona llegaba a sospechar lo que sucedía, ni siquiera ella que estando pendiente de todo no se acercaba a la verdad de todo lo que aquí allí acontecía.

Para entretenerse, Nayah sacó su diario y comenzó a leerlo. Todo lo que allí había anotado lo había leído ya un millar de veces, pero era su forma de vida. Todo lo que había en ese cuaderno sustentaba su cordura. Si alguna vez llegara a pasarle algo, sin ese salvavidas se ahogaría en su propio dolor.

La primera página la saltó, había descrito todo lo sucedido aquella noche. Buscó una parte en concreto, donde había reflejado lo que creía haber visto. Nayah, como una persona de pocos recursos que vivía en un país del centro de África, estaba influida por mitos y leyendas. Ella describió a aquel ser como uno capaz de doblegar y matar a un leopardo, uno de los animales más letales para los africanos. Tenía notas con nombres extraños. Biloko, el elemental que odiaba la vida, o el árbol come humanos. La describía como una bestia más alta que cualquier hombre y tan larga que podía derribar un

árbol. Recordaba el agudo rugido y un intenso siseo, similar al que hacen algunos pájaros al mover sus plumas, pero multiplicado en intensidad. Además, aquella cosa no estaba sola, había al menos dos especímenes, pues mientras una se enfrentaba al leopardo otra arrastró a Anuar privándola de darle un entierro al cuerpo de su hijo.

Un ruido la sacó de sus pensamientos. Prestó atención, pero no hizo falta mucho tiempo para darse cuenta de que se trataba de un coche. Debían ser ellos. Nayah salió a la carretera y le hizo señales al todoterreno que se acercaba por el camino, pero no tardó en darse cuenta del error. El vehículo blanco, con un dibujo azul en su puerta en el que se podía leer «Vida Futura» se detuvo. La misma persona que en su momento la salvó de morir a manos de aquellos demonios, una mujer de rubia de ojos azules, la miró desde el asiento del copiloto. Vestía una bata blanca y había algo en su mirada que heló la sangre de Nayah. El piloto, un hombre negro de unos treinta y cinco años, bastante corpulento, salió del coche y corrió tras ella. Nayah se internó con rapidez al interior de la selva, pero no podía ser más rápida que aquel hombre.

La agarró por la cintura y ambos cayeron al suelo.

—¡Cómo te atreves! ¡Suéltame! —exclamó golpeándole en el pecho.

—No te resistas —le advirtió.

Nayah le dedicó una mirada llena de odio. Se dio por vencida y se puso en pie frente a él sin oponer resistencia. Caminaron hacia el coche y la mujer de ojos azules le dedicó una mirada sibilina con cierto toque de supremacía.

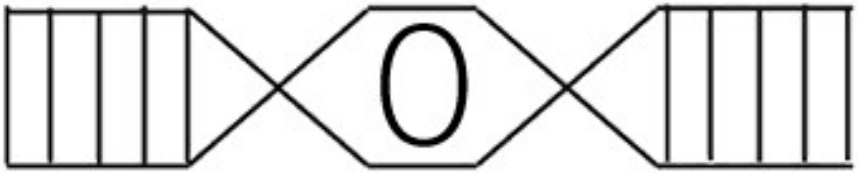
—¿La has registrado, Daren? —preguntó.

—Solo tenía este móvil —dijo el hombre mostrando un teléfono anticuado.

—Deshazte de él. Y en cuanto a ti, ya nos has causado demasiados problemas —habló dirigiéndose a Nayah.

Daren tiró el móvil y Nayah, antes de entrar en el coche, dejó caer su más preciado objeto, su diario, con la esperanza de que los extranjeros lo encontraran. Su móvil quedó hecho añicos en mitad del camino al pasarle por encima las ruedas del todoterreno. Nayah miró atrás a sabiendas de que ahora sí que conocería de primera mano todo lo que tanto tiempo llevaba anhelando. No tenía miedo, a fin de cuentas, nada podría causarle más terror que ver morir a su propio hijo.

El coche se adentró más y más en la selva dejando atrás cualquier rasgo de civilización. Adentrándose en un mundo artificial, un eco del pasado que, gracias a los avances de la era moderna, la era del hombre, pronto sería tan tangible como la fértil naturaleza que se extendía en todas las direcciones.



IMPREVISTO

Cuando alguien suele imaginar el continente africano, se le viene a la mente una yerma y extensa sabana, árida y con poca agua. Sin embargo, en la parte central se encontraba una de las selvas más densas de todo el planeta, donde una amplia diversidad de ecosistemas hacían del lugar un sitio único.

La expedición había aterrizado en Brazzaville y desde allí habían alquilado un coche para toda la semana. Anaïs, Aitor, Eloy y Santos llevaban ya una hora de camino, internándose cada vez más en la jungla, y aún le quedaban bastante rato hasta llegar al punto de encuentro. Y es que aquel país era así, las carreteras, o caminos más bien, estaban rodeados de una espesura increíble. De hecho, Eloy, acostumbrado a la aridez montañosa del levante español, se sorprendió muchísimo cuando el avión comenzó a sobrevolar el Congo: una vasta extensión casi infinita de un verde intenso. Sin embargo, para Santos no era nada nuevo, de donde él venía el paisaje era igual de salvaje. De hecho, su sorpresa vino cuando bajó del avión en el aeropuerto de Barcelona. Creía que España era un lugar más paradisiaco y se encontró con un desierto montañoso.

—Ya te he dicho que España es un lugar con ecosistemas muy variados. Tenemos desde cadenas montañosas, desiertos, pasando por playas paradisiacas y lugares más verdes y húmedos —argumentó Eloy

—¿Cómo un país tan pequeño puede tener tanta diversidad? —cuestionó el costarricense.

—Por el lugar donde estamos —aclaró Aitor —. Una zona templada con un norte más bien fresco y un sur incandescente en verano. Y qué decir de nuestros archipiélagos…

—Cuando volvamos deberían hacerme una ruta, ¡su país debe ser

muy bonito según dicen!

—No lo dudes —contestaron Aitor y Eloy al unísono.

Continuaron cada uno haciendo sus cosas. Aitor conducía el todoterreno, Anaïs en el asiento del copiloto repasaba toda la información en su *tablet*. Eloy se quedó dormido y el zoólogo sacaba fotos continuamente a todo. Por suerte, su cámara subía a un servidor privado todo lo que grababa o fotografiaba, así se aseguraba que nada de lo que captara su objetivo se perdiera.

—¿Qué sabes de tu contacto? —preguntó Aitor a Anaïs.

—Lo cierto es que no mucho. Una chica que perdió su hijo y que ha visto cosas extrañas.

—¿De verdad estamos aquí por una madre dolida con los asesinos de su hijo?

Anaïs torció el gesto al oír esas palabras.

—Si fuera ella hubiera hecho lo mismo o algo peor. Pero sí, estamos aquí por la investigación casera de una nativa de la zona. Ya has visto los que nos hizo llegar y todo lo que Eloy ha conseguido.

—¿Qué esperas encontrar? ¿Una banda de criminales que trafica con animales? —volvió a cuestionar el exsoldado.

—No lo sé, pero no creo que sea algo tan humano. Solo sé que esta zona de casi 1800 km cuadrados se ha transformado en un punto invisible al que nada ni nadie puede acceder. Motivo más que suficiente como para echar una ojeada.

—Yo tengo una opinión distinta —intervino Santos.

Aitor y Anaïs torcieron la mirada esperando que continuara hablando.

—Las marcas y las cicatrices de las fotos y sobre todo la imagen de la huella sí son reales, son de un animal desconocido para la ciencia moderna. Aunque aún tengo mis dudas de que el material que tenemos sea cien por ciento real.

—¿Piensas que hay algún tipo de bicho grande suelto por aquí? —interpeló Aitor.

—Sí. Piensa, por difícil o imposible que te parezca, que aún hay territorios terrestres del planeta que no han sido explorados por el hombre. Cada día se extinguen especies animales que ni siquiera han sido descubiertas. El impacto humano, como la deforestación, modifican la conducta y el hábitat de esos animales. No es de extrañar que alguna especie desconocida haya sido obligada a salir de su entorno natural.

—¿Y qué me dices de la foto del helicóptero y el muro? —intervino Anaïs.

—Quizás es un intento de contener a ese animal. Si no estamos ante un montaje, insisto.

—No crees nada que no hayas visto, ¿verdad?

—Nada que no haya constatado, documentado y esclarecido. Recuerda, soy científico —dijo el zoólogo con una sonrisa de autosuficiencia.

Continuaron el camino. Debían de estar llegando según las indicaciones que Nayah le había hecho llegar a la periodista.

—Este es el punto de encuentro según las coordenadas —indicó Anaïs mirando el mapa.

—Pues aquí no hay nadie —contestó Aitor con tono airado.

Pararon el motor del coche y los cuatro bajaron. La humedad era altísima y, junto a la temperatura, hacía sofocante estar allí a esas horas. Eloy caminó en línea recta, se agachó y cogió algo del suelo.

—¡Chicos, venid! Aquí hay un móvil destrozado.

El resto del equipo se acercó hasta él y comprobaron que efectivamente se trataba de un móvil antiguo. Aitor miró con detalle las marcas de otro coche que no hacía mucho que había pasado por allí.

—Son recientes, no más de una hora —dictaminó tras analizarlas.

La reportera vio algo en el lateral del camino. Sin perder un segundo, se aceró y cogió del suelo el diario de Nayah. En ese momento una sensación de inseguridad la invadió. Su contacto había estado allí esperándolos, pero algo le había pasado. Y teniendo en cuenta el móvil roto y las marcas de neumático recientes era evidente que se la habían llevado.

—Chicos, la cosa se ha complicado. Mirad —habló ella atrayendo la atención de sus compañeros.

—Genial, ahora estamos solos… —bufó Eloy.

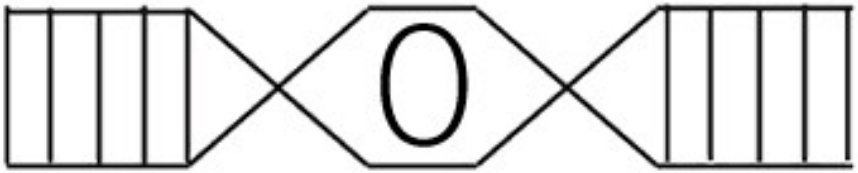
—No —negó Anaïs —. Tenemos las coordenadas y el lugar donde está el epicentro de todo este embrollo. Estoy segura que Nayah estará allí. Esta zona está alejada de cualquier núcleo urbano. Sea quien sea los que la hayan raptado, hay una alta probabilidad que se dirigía hacia ese lugar.

—¿Qué debemos hacer entonces? —preguntó Santos algo confundido. No estaba habituado a ese tipo de situaciones.

—Seguir con el plan, por supuesto. Además de esclarecer sea lo que sea lo que pase aquí, tenemos que buscar a Nayah. Nada de esto hubiera sido posible sin ella. Se lo debemos —dijo Anaïs sin lugar a demasiada réplica.

—Genial, ahora además de una investigación es una misión de rescate —intervino Aitor.

Durante unos segundos los cuatro se miraron evaluando posibles vías de actuación. Al cabo de unos minutos volvieron al coche y pusieron rumbo a ese supuesto lugar que causalmente coincidía con la huella dejada por los neumáticos del coche que se había llevado a la nativa.



EL AGUJERO

El paisaje comenzó a cambiar, pero no de forma natural. Habían deforestado gran parte de la selva dejando una extensa área despejada a la vista. No obstante, en el horizonte, a unos kilómetros más adelante, la selva parecía volver.

Santos no paraba de hacer anotaciones en su blog y comprobar que todos los datos que había recopilado eran ciertos. Aquella región del continente era muy variopinta. Según había leído el zoólogo, La Reserva de la Biosfera de Dimonika-Mayombe tenía una superficie de 1.360 Km^2. Estaba ubicada en la cadena central de los Montes Mayombe Mountain. Con clima mayoritariamente cálido y húmedo, que combinaba características de zonas tropicales y oceánicas debido a su relativa cercanía con la costa atlántica continental.

A simple vista parecía un lugar muy variopinto donde había un tipo de bosque pluvial que dominaba la reserva conjuntamente con vegetación de sabana. Y en cuanto al clima también era variable, con periodos intensos de lluvia y otros más secos.

La vegetación era en su mayor parte boscosa con alguna vegetación de sabana. El bosque Kiyome cubría la mayor parte de la reserva y la zona central era algo más montañosa. Pero también había lugar para el paisaje típico que se esperaba de África, la sabana.

Pero aquella deforestación, aquella destrucción provocada por el hombre de seguro tendría consecuencias para la abundante fauna de la zona. En este lugar vivían gorilas, chimpancés, cerdos hormigueros, más de cien especies de aves y una amplísima variedad de reptiles e insectos. Y, sin embargo, pese al tamaño que abarcaba la reserva, la máxima población nativa registrada años atrás no superaba los 8 000 habitantes humanos, los cuales subsistían gracias a la recolección de

frutos, la caza, la pesca y la ganadería. Un tipo de población responsable que cohabitaba con el medio y cuyo impacto era mínimo.

El coche se detuvo con cierta brusquedad. Todos miraron a Aitor que era el que conducía esperando una explicación.

—Vale, ahora vamos a hacer las cosas a mi manera —dijo provocando cierta sorpresa en los demás.

—¿De qué vas, Aitor? —preguntó Anaïs con una mezcla de confusión y cierto enfado.

—Esto no es natural. Es obvio que han despejado todo esto para tener una visibilidad mayor. Además, mirad que hay allí delante.

Aitor le ofreció los primaticos a Santos.

—¿Qué ves? —interpeló.

—Una valla y parece que hay un puesto de vigilancia —informó al ver a través de los prismáticos.

—Exacto. Si continuamos por aquí nos verán, si es que no nos han visto aún. Vamos a dar un pequeño rodeo, cortaremos la verja y entraremos por la puerta de atrás sin ser vistos.

El discurso del exsoldado no daba lugar a demasiada réplica. Tenía razón, no estarían esperándolos con los brazos abiertos. Dieron la vuelta y comenzaron a ir por el margen de la selva y la sabana. Después de unos treinta minutos, comprobaron que no había ningún puesto de vigilancia ni ninguna patrulla. Dejaron el coche oculto tras unos árboles y cruzaron a pie el resto de la distancia.

Eloy junto a Aitor cortaron la valla, la cual no era demasiado segura. Aquello podría ser una primera barrera. Entraron por la pequeña apertura y luego volvieron a coserla para no despertar sospechas. Corrieron hacia el interior de la selva agazapados y respiraron tranquilos cuando estaban bajo el amparo de los grandes árboles.

—¿Ahora qué?

Eloy no estaba acostumbrado a mucho esfuerzo físico. Tenía una mente brillante pero su físico, con varios kilos de más, no el más idóneo como para cruzar un desierto a pleno sol.

—Ahora debemos continuar. Se supone que ya estamos cerca, muy cerca —intervino Anaïs mirando su mapa.

Comenzaron a internarse en la selva, pero se dieron cuenta que el terreno estaba inclinado hacia abajo. Como si estuvieran bajando por la ladera de una montaña, pero sin haberla subido.

Al cabo de unos veinte minutos una sorpresa más les estaba esperando. Los cuatros se detuvieron y miraron atónitos lo que tenían delante.

—Ahora vuelve a decirme que aquí no hay nada —afirmó la periodista con cierta sorna.

Un muro de hormigón de unos cuarenta metros de altura se alzaba

antes ellos interrumpiendo a la propia selva.

—Por eso no lo hemos visto antes. La inclinación del terreno y la vegetación lo ocultan —razonó Aitor —. Veamos qué hay ahí dentro…

Acto seguido se agachó y sacó de su maleta un pequeño dron de unos treinta centímetros de diámetro. El aparato tenía una cámara que retransmitía en directo hacia su móvil. El aparato alzó el vuelo y tras unos segundos sorteó el muro con facilidad.

—Veamos —murmuró Aitor.

A través de visor pudo ver que la selva se extendía bastante hacia el interior de aquella instalación. Necesitaba ganar altura si quería ver más allá. El muro abarcaba hasta donde alcanzaba la vista. Parecía haber una cadena montañosa a la derecha, un río cruzaba todo el terreno que podía ver y muy a lo lejos podía verse una sábana. Una vez comprobado a nivel general, decidió echar una ojeada más de cerca. Bajó y se internó en la selva. Todo parecía normal, las zonas boscosas tras el muro no diferían de las que había en el otro lado. Entonces vio algo moverse tras la espesura.

—Acércate ahí, parece haber algo —dijo Santos.

Algo golpeó en ese instante al dron. Aitor perdió el control y el aparato impactó contra el suelo. La cámara, rota, aún parecía estar transmitiendo, pero una sombra oscureció la calidad de la grabación, vieron algo grande sobre la cámara e instantes después perdió la señal.

—Mierda —gruñó entre dientes Aitor—. Lo hemos perdido. Algún animal lo ha destrozado…

—Vamos, demos un rodeo, tenemos que encontrar la forma de entrar —sugirió Anaïs.

—¿Estás seguro que queremos entrar ahí? —preguntó Eloy.

Ella lo miró de arriba abajo, prefirió no contestarle y echó a andar. La simple duda la ofendía.

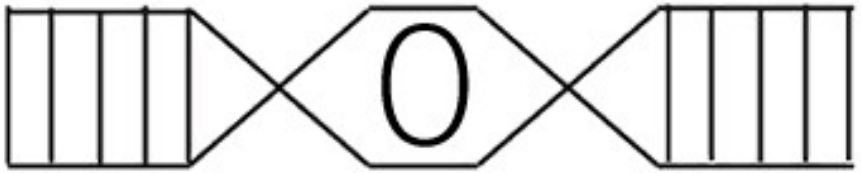
Mientras caminaban, Santos continuó grabándolo todo. Dirigió su objetivo hacia el muro y en ese instante vio un agujero en el hormigón

—¡Chicos, aquí! —exclamó.

Los cuatro miraban con cierto recelo el hueco. Una circunferencia perfecta de un metro y medio de diámetro. Pero aquello no era lo que le inquietaba, alrededor del agujero había sangre, o al menos eso parecía.

—Estamos de suerte —dijo Anaïs mientras colocaba un pie dentro —. Vamos, no seáis cobardes, la sangre está seca. Lo que pasara aquí no es reciente.

Durante unos instantes el grupo dudó, pero finalmente, uno tras otro, penetraron en la cavidad.



LA GARRA DEL GIGANTE

La jungla tras los muros no era tan parecida como el equipo había supuesto. Entremezclados con la vegetación autóctona, había otro tipo de plantas que no eran naturales de aquella zona, pero que, gracias al clima, podía sobrevivir y adaptarse sin mayores problemas. Pero no solo la vegetación, aquel sitio parecía obra de un auténtico paisajista a gran escala. Por alguna razón todo parecía estar colocado de forma artificial.

La expedición iba en busca de los restos del dron con la idea de recuperar la tarjeta de memoria de la cámara. Al ser tan pequeña, había posibilidades de que hubiera salido ilesa.

—Según mis cálculos, el dron estará a un kilómetro en línea recta. Parece ser que el GPS aún está emitiendo algo de señal —informó Aitor.

Todos continuaron caminando, pero Eloy se detuvo mirando hacia el suelo.

—Parece fresca. ¿Qué ave deja unas huellas de este tamaño?

—Ninguna, no es de un ave —contestó Santos analizando cada trazo —. Fíjate, tiene tres dedos, uno de ellos considerablemente más grande.

—¿De algún reptil entonces? —curioseó Eloy.

—No estoy seguro, tendría que consultarlo.

El zoólogo estuvo sacando algunas fotos y vídeos a la huella. Pero no pudieron quedarse tanto tiempo como le hubiera gustado. Aunque aún quedaban algunas horas para que anocheciera, Aitor insistió en que debían darse prisa.

Después de algunos minutos llegaron a los restos del dron, por suerte la tarjeta de memoria parecía estar intacta. Mientras Aitor

volcaba las imágenes en su disco duro, los demás miraron a su alrededor en busca de alguna pista del animal que había derribado el aparato, pero por allí parecía no haber nada.

—Apenas faltan dos horas para que el sol se ponga. Deberíamos pensar dónde establecer el campamento —sugirió Anaïs.

Aitor sugirió hacerlo allí mismo, pero a los demás no les pareció una buena idea. A fin de cuentas, hacía apenas unos instantes algún tipo de animal había derribado su aparato. Deberían buscar un lugar un poco más oculto.

Mientras el grupo esperaba que Aitor terminara con los restos del cuadricóptero, decidió inspeccionar la zona en busca de alguna evidencia. Si el animal hacía poco que había estado por allí tendría que haber dejado algún tipo de rastro. Por unos momentos volvió a rememorar la huella que habían visto un kilómetro atrás. Se devanaba los sesos pensando en qué tipo de animal podría ser. Pensó en el casuario, pero ese animal habitaba en Nueva Guinea, no en el Congo. Quizás algún tipo de varano, pero habría dejado algún rastro de su cola. No, aquel animal era bípedo, era una conclusión casi asegurada.

Unos ruidos llamaron su atención. Unos troncos cayeron desde lo alto de un árbol. Levantó la vista y se topó con unos intensos ojos que no perdían detalle de cada uno de sus movimientos. El felino, concretamente un leopardo, al saber que había sido descubierto comenzó a bajar del árbol dispuesto a abatir a su presa.

—¡Corred! —gritaba mientras volvía con el resto de equipo.

Los demás, al escuchar los gritos de su compañero se alarmaron, pero no supieron cómo actuar. Todos menos Aitor. Rápidamente cogió un mechero y prendió fuego a un trapo que enrolló en un tronco. Santos apareció de la espesura mientras el felino le pisaba los talones. Aitor se adelantó y amenazó al leopardo con el fuego que, al verlo, detuvo en seco su persecución. Los demás se posicionaron detrás de él, pero estaban atrapados. A un lado estaba el felino y justo a su espalda, unos metros más atrás, discurría el río que cruzaba toda la reserva.

El animal lanzaba zarpazos al aire con la intención de arrebatarle el palo incandescente al humano, y si lo conseguía, alguien moriría, de eso no les cabía la menor duda. El felino se preparó para saltar. Profirió un rugido cargado de muerte, pero algo lo detuvo en el acto. Los árboles que había a unos veinte metros del grupo se movieron con cierta brusquedad. Y al cabo de unos segundos unos sonidos guturales y profundos resonaron por toda la ribera fluvial. El leopardo bufó en la misma dirección y rápidamente se internó en la selva huyendo. Pero un nuevo sonido a la izquierda del grupo los obligó a formar un círculo entre los cuatro. Y fue entonces cuando vieron el origen de aquellas pisadas. La tierra tembló y, atónitos, levantaron la mirada sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

Era un animal majestuoso que caminaba erguido, con casi seis metros de altura y diez de longitud extendía su largo cuello para ramonear las hojas de los árboles. Tenía todo el lomo, desde la cabeza hasta la punta de la cola, recubierta por un denso plumaje verde intenso, aunque también tenía escamas en todas aquellas zonas donde el plumaje era más débil o directamente inexistente. Pero lo más impresionante de aquella maravilla eran sus formidables brazos, provistos de tres garras de por lo menos un metro cada una.

Todos y cada uno de los miembros de la expedición quedaron boquiabiertos y paralizados al mismo tiempo. No supieron cómo actuar, si quedarse quietos fue la mejor opción o ya deberían haber echado a correr. Pero al animal parecía no importarle su presencia.

Otras pisadas volvieron a oírse y, sin darse apenas cuenta, estaban en medio de una manada de diez individuos adultos más tres ejemplares jóvenes.

—Therizinosaurus —murmuró Santos. Los demás lo miraron sin salir de su asombro. Él, al ver que no apartaban la mirada de incredulidad, volvió a repetirlo —. ¿A caso os queda alguna duda? ¡Son dinosaurios! —afirmó absolutamente maravillado.

Uno de los ejemplares jóvenes, de poco más de metro y medio de altura, se acercó a Anaïs, que no supo cómo actuar. Solo se quedó inmóvil esperando ver la respuesta del animal.

—No tengas miedo, son herbívoros y parece ser que no nos ven como una amenaza. Intenta no mirarle a los ojos.

Ante la proximidad todos pudieron ver al animal con más detalle. Aquella cría estaba completamente llena de plumas, al parecer, las iban perdiendo conforme iban creciendo. Pero no eran como la de los pájaros actuales, eran más ligeras, como pelos más densos. Nada que ver con las plumas compactas de las aves modernas.

La cría olisqueo el pelo de la periodista y después de curiosear un poco volvió con su familia que, con sus poderosas garras, agarraban las ramas de los árboles hasta dejarla a su alcance.

—Grabad, haced fotos, sabía que algo grande se escondía detrás de tanto misterio —decía Anaïs con una mezcla de euforia y nerviosismo por captarlo todo.

Estuvieron durante algunos minutos haciendo fotos, tomando notas y grabando algún vídeo a la manada de Therizinosaurus.

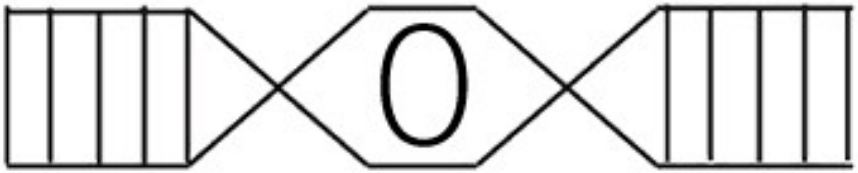
—Estos animales parecen inofensivos, ¿por qué atacarían a esas personas? —preguntó Eloy.

—A esas personas les atacó otra cosa —contestó con rapidez el zoólogo —. Lo que me lleva a pensar qué otro tipo de criaturas merodearán por aquí.

—¿Crees que hay más especies de —hizo una pausa—dinosaurios? —cuestionó Aitor con cierta incredulidad a sus propias palabras.

—Sin duda alguna —afirmó con rotundidad despejando todas las dudas.

El sol comenzó a ponerse y debían buscar aún un lugar seguro donde acampar. Aquella zona no les pareció adecuada, el leopardo podría andar cerca y, aunque los dinosaurios fueran herbívoros, podrían aplastarlos si los sorprendían dormidos. Siguieron el curso del río hacia el interior de la reserva.



EL PANTANO

Conforme la expedición recorría el cauce del río comprendieron que, definitivamente, todo aquel medio estaba manipulado por el hombre. Acondicionando en gran medida el ecosistema para hacerlo más cómodo para los animales que allí vivían. Contaban con la gran ventaja del clima cálido y tropical, muy similar a la que había en el cretácico superior e inferior, con lo que el tipo de plantas y árboles eran perfectamente compatibles. De hecho, el cauce del río había sido modificado, bifurcándolo para inundar una zona en concreto que, gracias a la orientación a los pies de la montaña y la sombra de esta, creaba un ambiente más húmedo que en el resto de la reserva. Santos no perdía detalle de nada, lo anotaba todo en el cuaderno que siempre llevaba con él.

El equipo se quedó sin tiempo, la noche se les echó encima y tuvieron que improvisar el campamento cerca del pantano. Era bastante grande, contaba con una porción de agua central con varios afluentes secundarios que se enraizaban por todo el lugar creando enrevesados manglares. A su vez, había pequeñas elevaciones en el terreno que a simple vista parecían dar cierta seguridad.

—¿Crees que es el mejor sitio para acampar? —preguntó Anaïs a Aitor, que era el especialista del grupo y el encargado de velar por su seguridad.

—Nunca había organizado una expedición en un lugar donde hubiera bichos prehistóricos. Pero estos montes sobre el agua reducen considerablemente el número de animales que pueden llegar hasta nosotros sin que nos demos cuenta. Además, tengo esto —dijo al tiempo que mostraba una ametralladora.

La periodista abrió los ojos como platos, sorprendida.

—¿De dónde has sacado eso?

—La conseguí nada más llegar a Brazzaville. Estamos en África, la compraventa de armas está a la orden del día. Además, teniendo en cuenta donde nos encontramos, sabía que no nos vendría mal. Antes con el leopardo no tuve tiempo de reacción, pero esta noche dormiré con ella.

Tal y como Aitor indicó, montaron la tienda de campaña, la cual era de cuatro plazas, junto a unos árboles en uno de los pequeños montes. Se organizaron cuatro turnos de vigilancia. Si algo se acercaba debían estar preparados en la medida de lo posible.

Santos estaba en su saco de dormir intentando descansar, pero su cabeza era todo un hervidero de pensamientos. Se preguntaba cómo era posible que esos animales estuvieran vivos. Según él, tenían que tener un origen claramente artificial. Era imposible que esa manada de Therizinosaurus hubiera llegado hasta nuestro tiempo sin evolucionar, aunque fuera de forma mínima. Pero aquel planteamiento le llevaba de nuevo a la primera pregunta, ¿cómo lo habían llevado a cabo? Era imposible rescatar un ADN válido de un fósil con setenta millones de años, la roca habría sustituido cualquier parte blanda del animal durante el proceso de fosilización y el ADN era muy inestable y se degradaba con suma rapidez y facilidad. Tenía que haber una respuesta científica y en su cabeza no cabía la posibilidad de que se marchara de allí sin conocer la verdad.

Mientras en el exterior, Eloy le había tocado hacer la primera guardia, lo cual no le había hecho demasiada gracia. Él era una persona de ciudad, siempre rodeado de ordenadores y retos informáticos. Estar agazapado en la oscuridad, rodeado de bichos y a saber qué otras cosas, lo tenía muy nervioso y muerto de miedo. Estaba deseando que se cumpliera la guardia y entrar dentro de la cabaña.

Pero el silencio de la noche, solo alterado de vez en cuando por el sonido de algún insecto y, sumado al cansancio, comenzó a hacer mella en él. Sin querer, se le cerraban los ojos, pero cuando estuvo a punto de quedarse dormido escuchó movimiento en las oscuras aguas del pantano. Sacudió la cabeza y fue a echar una ojeada. Entre los árboles y que toda aquella zona estaba a la sombra de la montaña, la visibilidad no era la idónea, si no fuera por la media luna que de vez en cuando asomaba por la capa de nubes estarían totalmente a oscuras.

Después de algunos instantes llegó a un saliente donde se veía gran parte del lago central y allí, entre las aguas negras, un par de puntos brillantes reflejaban la luz del satélite. Eloy pensó que debía ser algún cocodrilo, pero lo único que podía ver de ese animal eran sus ojos.

Durante unos segundos dudó si avisar o no al resto del equipo, pero

aquella cosa tampoco parecía reparar en la presencia del humano. Pensó que al igual que los dinosaurios que había visto antes sería algún animal sociable. No obstante, al final entró con cuidado en la tienda de campaña y llamó a zoólogo.

—*Shh*, Santos, despierta.

—¿Sucede algo? —preguntó sobresaltado.

—No estoy seguro. Ven conmigo, quiero que veas algo —susurró en voz baja para no despertar a los demás.

Ambos salieron de la caseta y caminaron hacia donde Eloy creía haber visto los misteriosos ojos. Pero allí ya no había nada.

—Te prometo que había algo, no te hubiera molestado de lo contrario —se justificó—. Ven, quizás esté por el otro lado —añadió.

Fueron al otro lado del pequeño montículo de tierra. Ahí el nivel bajaba hasta llegar a la orilla, pero para su frustración tampoco había nada. Eloy de disculpó y prometió no despertarlo más, aunque Santos le quitó importancia, tampoco es que estuviera descansado demasiado. Pero cuando se dispusieron a volver, el *hacker* vio una luz roja en uno de los árboles.

—¿Qué es eso? —preguntó mientras se acercó al objeto que emitía una intermitente luz roja—. ¡Es una cámara! —exclamó al ver el objeto mientras se movía de un lado a otro con suavidad.

—Vamos, esto sí es importante, tenemos que avisar a lo demás —añadió Santos con determinación.

Se dispusieron a volver a la caseta, pero el informático lo retuvo por el brazo.

—Ahí está de nuevo, a eso me refería —indicó Eloy.

Esta vez los ojos apuntaban directo hacia ellos y en ese instante la luna iluminó todo el lugar dejando a la vista la cabeza de aquella bestia. No hubo tiempo de reacción. Con suma rapidez el animal emergió del agua, abrió sus alargadas fauces y lanzó una dentellada hacia los humanos.

Gritaron con todas sus fuerzas y corrieron de nuevo al campamento en la zona alta. Pero aquel titán había fijado la vista en ellos. Era enorme, dieciocho metros de largo, cuerpo alargado con una cabeza similar a los cocodrilos y una vela en la espalda de dos metros de altura, lo que hacía que aquella criatura pareciera aún más grande. Por tierra no era muy rápido, a primera vista parecía ser cuadrúpedo con sus piernas traseras algo cortas, pero podía ponerse momentáneamente a dos patas, pudiendo utilizar sus poderosos brazos acabados en garras mortíferas. Pero aquellas limitaciones no eran un problema, estaban en su hábitat y en sus dominios, era el depredador supremo.

Aitor y Anaïs salieron de la caseta. Él con la metralleta en la mano, aunque de poco le serviría para el dinosaurio de nueve toneladas que

iba directo hacia ellos. Aún desde a distancia lo apuntó y comenzó a disparar sin intención de parar. El animal frenó momentáneamente rugiendo con tanta fuerza que por un momento pensaron que sus tímpanos quedarían hechos añicos. Aitor, a sabiendas de que aquello no le hacía nada, tomó una decisión.

—Tenemos que saltar —dijo al tiempo que tomó a la periodista del brazo mirando hacia el agua.

—¡Estás loco! Ese bicho ha salido de ahí, puede haber más —contrarió Anaïs.

Aitor volvió a disparar.

—No tenemos opción. —Al decir esto la agarró con más fuerza y sin darle opción a réplica ambos se deslizaron por la pequeña elevación hacia el agua.

El depredador destrozó la tienda de campaña rabioso por haber perdido a sus presas. Pero la pesadilla aún no había acabado. Se incorporó momentáneamente sobre sus cuartos traseros, olisqueo el ambiente y rugió una vez más. Volvió sobre sus pasos desapareciendo bajo el agua.

Santos y Eloy se habían escondido en un manglar cercano. El agua les llegaba por el pecho y las raíces de los árboles parecían darle algo de protección.

—¿Qué demonios es esa cosa? —preguntó horrorizado. Apenas podía articular palabra.

—*Spinosaurus aegyptiacus* —susurró el zoólogo apenas en un hilo de voz escudriñando la superficie del lago.

La oscuridad se hizo casi total al quedar oculta la luna bajo una densa capa de nubes, y en ese preciso instante una respiración profunda resonó por encima de sus cabezas. No se atrevieron ni a mirar. Segundos después escucharon pasos detrás de ellos. Algo caminaba sobre la tierra que tenían justo detrás.

—No te muevas —gesticuló Santos sin emitir el más mínimo sonido.

Un sonido gutural pero más hueco y profundo se unió al ya existente, lo que quería decir que había más de un animal cerca de ellos. Parecían cocodrilos, pero con un volumen mucho más potente. Y entonces uno de ellos apoyó sus patas delanteras sobre las raíces del manglar en el que se guarecían. Tres garfios se aferraron al árbol dejando caer todo su peso. Tenía una garra enorme pese a ser más pequeño que el Spinosaurus.

Un tercer individuo apareció en escena frente a ellos en la orilla. Esta vez sí lo pudieron ver al completo. Era un animal mucho más pequeño que el aegyptiacus, bípedo y sin vela en la espalda. Se trataba de tres Baryonyx. Aunque pese a ser de menor tamaño, podían ser igual de letales que su pariente gigante. El tercero se metió en el agua y comenzó a nadar como un cocodrilo, dejando únicamente a la vista

la parte superior de su cabeza.

Durante un instante solo se escuchaba la respiración del que tenían sobre sus cabezas y el suave movimiento del agua del que nadaba a pocos metros, que sin previo aviso nadó hacia los dos hombres. Eloy, presa del miedo, gimoteó más fuerte de lo que debería llamando la atención de los tres animales. El que estaba en el agua nadó directo hacia ellos, se irguió y metió de lleno su cabeza entre las raíces del manglar. Pero el ataque vino por dos partes diferentes. Desde arriba, otro par de garras comenzaron a golpear el árbol para llegar hasta su presa. Todo se sumió en el más absoluto caos. Con las tres bestias de más de una tonelada cada una, el tronco del árbol cedió, por lo que no tuvieron más opción que salir de su ya inútil escondite.

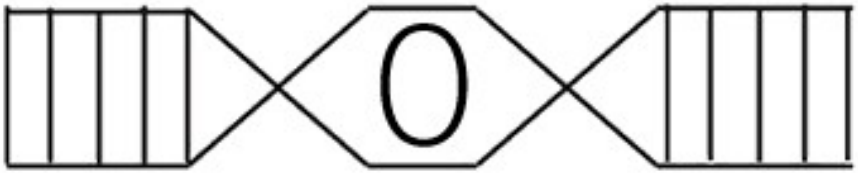
—¡¡¡¡Sígueme!!! —gritó Santos con todas sus fuerzas.

Tomaron aire y se sumergieron con la intención de salir por el otro extremo. Debajo del agua solo había oscuridad. Podían estar nadando hacia las fauces de uno de ellos y no lo sabrían. Comenzó a faltarles el aire y a fallarles las fuerzas.

Santos tiró de Eloy al ver que no lo lograría, pero pese a todo lo consiguieron. Llegaron a la orilla exhaustos, pero tenían que continuar si querían estar a salvo. Treparon por otro manglar y se dispusieron a subir a un árbol. Pero entonces vieron las luces de un par de coches, abandonaron la idea y se dispusieron a correr hacia ellos, pero el ataque vino justo desde arriba. El tercer Baryonyx mordió a Eloy por la pierna levantándolo en el aire. Los huesos de su pierna crujieron y su piel se desgarró como una tela vieja. Santos, horrorizado, trepó hasta el árbol sin poder hacer nada por ayudar a su compañero que gritaba preso del terror.

El segundo animal lo mordió por el hombro y comenzaron a forcejear tirando cada uno de un lado, rompiendo huesos y tiñendo de sangre el agua. Eloy miraba a Santos rogando entre agónicos gritos que la tortura cesara de una vez.

El tercer animal que faltaba salió del agua dispuesto a reclamar su parte, pero entonces una enorme vela emergió del lago, golpeó al Baryonyx apartándolo de su camino y, abiertas de par en par, las fauces del Spinosaurus partieron por la mitad el cuerpo de Eloy de una sola dentellada. Devoró el trozo que había conseguido atrapar, espantó a los dinosaurios más pequeños y se tragó los restos restantes. La bestia apoyó sus brazos en el fango y zarandeando su cabeza rugió con fuerza dejando claro quién era el depredador del pantano.



CIVILIZACIÓN

Aprovechando el caos que había unos metros más arriba, Aitor y Anaïs se deslizaron sin hacer mucho ruido hacia unas hierbas altas que emergían de esa zona del lago. Les costaba moverse, el suelo fangoso dificultaba el poder caminar.

El saurio gigante acaba de destrozar el campamento y, unos instantes después, pareció darse por vencido sumergiéndose en el río. Entró en el agua y comenzó a nadar dejando esta vez su espina dorsal a la vista. La periodista y Aitor quedaron petrificados al comprobar que el dinosaurio se dirigía hacia su posición a investigar el lugar por donde ellos habían saltado momentos antes. La caza no había terminado.

—Sumérgete hasta la boca y no hagas ni el más mínimo ruido —dijo Aitor mientras le cubría la cabeza con el cieno que los rodeaba. Él hizo lo mismo.

Pegaron su cuerpo lo máximo posible a la pared de roca que tenían detrás y contemplaron cómo el gigante se erguía sobre dos patas por encima de sus cabezas. El nivel del agua en esa zona le llegaba a un ser humano por la cintura, al Spinosaurio apenas le llegaba al tobillo.

Ante la presencia de aquel coloso todo quedaba en absoluto mutismo, ni siquiera los insectos de lugar se atrevían a realizar sonido alguno. La profunda respiración de la bestia era lo único que resonaba. Estando en posición bípeda, el depredador podía hacer uso de sus formidables garras y poco a poco comenzó a retirar las altas plantas del manglar, sumergiendo la punta de su hocico a pocos centímetros de los humanos. Spinosaurus, como sus parientes lejanos, los cocodrilos, poseía en el morro unos sensores muy sensibles al

movimiento, herramienta idónea para apresar a sus presas, que normalmente solían ser peces. No obstante, semejante animal no negaría probar por esta vez un bocado diferente.

Los dientes del terópodo se detuvieron justo encima de sus cabezas. Ambos se tensaron, pero continuaron sin moverse un ápice. Si aquel animal bajaba unos centímetros la cabeza los descubriría sin remedio.

Desde allí, podían oír cómo la inmensa mandíbula se abría y cerraba con parsimonia mientras veían cómo la saliva del animal caía al agua. Indagando, metió la cabeza bajo el agua y tocó levemente el torso de Anaïs que esta vez no pudo reprimir un congojo. La criatura levantó la cabeza y rugió hacia delante. Algo acababa de llamar su atención. Los focos de un par de coches se acercaban hasta su posición, pero algo más distrajo al Spinosaurus. Un grito humano que Anaïs reconoció en seguida resonó con fuerza al otro lado del pantano. El animal se giró y en ese momento ambos aprovecharon para ir hacia las luces. Anaïs salió primero y justo en el momento que Aitor lo iba a hacer la cola del dinosaurio golpeó una rama que cayó sobre él golpeándole en la cabeza. La periodista corrió sin percatarse de lo que acaba de suceder. Su único objetivo era llegar hasta aquellos coches, y cuando estuvo a punto de hacerlo, la situación le sobrepasó y, extenuada, se desmayó a los pies del hombre que acaba de llegar hasta ella.

Aturdida, abrió los ojos sin tener muy claro lo que había sucedido. Durante unos instantes rememoró lo que había pasado durante la noche. Miró por la ventana de la sala donde se encontraba: ya había amanecido. Estaba tumbada sobre una confortable cama de madera tapada con una sábana blanca. El resto de la habitación estaba muy limpia y combinaba la madera con elementos de colores claros a partes iguales. La habían aseado y vestido con ropa cómoda de un blanco impoluto.

«¿Dónde estoy».

No muy lejos de allí, en la sala de control de la instalación científica, Anastasia Lázaro, la directora del complejo, mantenía la mirada fija en las cámaras de seguridad que había repartidas por toda la reserva.

La directiva mantenía un control impecable sobre todo lo que tenía a su cargo. Llevaba cinco años gestionando la instalación teniéndolo todo bajo un rigoroso control. Y ese día estaba de bastante mal humor, no solo se habían colado cuatro personas, sino que una de ellas había muerto tras el muro, algo que jamás había sucedido. Anastasia tenía un currículum brillante. Era genetista, paleontóloga y además tenía amplios conocimientos en gestión de empresas y relaciones internacionales. A sus treinta y siete años, había sido galardonada con varios premios de índole científica, ganándose su puesto como directora del estudio más revolucionario de la historia de la humanidad en Vida Futura, la corporación responsable de todo aquello.

Durante todo ese tiempo desarrolló un amor incondicional por los animales que había ayudado a crear y que ahora cuidaba. Tanto era así que incluso había perdido algo de su humanidad, pues anteponía el bienestar de sus criaturas a de los seres humanos que trabajaban en el centro de investigación.

Escuchó pasos hacia la sala donde se encontraba. Se abrochó el botón de su bata blanca y se colocó con sumo cuidado su media melena rubia. Daren entró en la sala y se encontró de bruces con Anastasia, que lo esperaba con los brazos cruzados por la espalda.

—Como jefe de seguridad, tu gestión en las últimas horas ha sido nefasta —reprendió con dureza.

—Señora, no…

—No he acabado, no me interrumpa. Cuatro personas han cruzado la valla exterior, han localizado uno de los agujeros del proyecto Utha y han penetrado en la reserva sin ser detectados. Por si fuera poco, esas personas han estado horas sin ser localizadas, una de ellas ha muerto y de las otras tres restantes solo has traído a la chica.

—Hemos tenido problemas con la red de alimentación, en algunos sectores las cámaras dejaron de funcionar durante unas horas y por eso la vigilancia del perímetro exterior era menor. Mandé a mis hombres a que revisaran el transformador eléctrico central.

—Citaré a mi despacho al jefe de mantenimiento. ¿Qué excusa tiene

para no haber traído a los tres supervivientes? —preguntó clavando sobre él sus intensos ojos azules.

Las demás personas que trabajaban en ese momento en la sala no despegaban un solo segundo la mirada de sus pantallas. Anastasia era una persona que se entregaba a su trabajo sin objeción. El resto de su equipo debía ser igual, por lo que todos la respetaban y jamás se les ocurría cuestionarla.

—No pudimos hacer nada más. El Spinosaurus y el grupo de Baryonyx estaban en la zona, de habernos quedado más tiempo probablemente hubiese habido más bajas y quizás algún animal podría haber resultado herido.

Anastasia lo miró inquisitoriamente, apretó la mandíbula y dio por buena la explicación.

—Encontrad a los dos supervivientes. Lanza un equipo de drones y no pierdas de vista las cámaras de seguridad ahora que están todas operativas al cien por cien.

—¿Qué hay de la superviviente?

—Yo me ocupo de ella —respondió Anastasia mientras salía de la sala de control.

Anaïs se encontraba mirando a través de la ventana que daba a un patio interior con abundante vegetación y gente transitando por los caminos que cruzaban el gran espacio. Aunque en un primer momento por culpa de la desorientación no supo dónde estaba, había caído en la cuenta de que aquellos coches la habían traído hasta ese lugar, que sin lugar a dudas sería la instalación que controlaba toda la reversa.

Cada vez que pensaba en lo sucedido se le erizaba la piel, los gritos de Eloy y el silencio cargado de muerte que le siguió. Cuando inició la investigación sabía que algo misterioso había detrás de tanto silencio, pero jamás pensó en la enormidad en la que ahora estaba envuelta.

Todo el material, su cuaderno, su cámara, había quedado en el pantano. Difícilmente podría recuperarlo. Lo único que la consolaba era el servidor de Santos, allí tenían guardado todo lo que habían filmado el día anterior, lo cual sería suficiente como para destapar todo esto. Pero luego estaba la segunda preocupación, no sabía a ciencia cierta si podría salir de ese lugar. De momento la tenían

retenida en aquella habitación. Después de todo, volvía a estar secuestrada por gente poderosa.

La puerta se abrió y tras ella Anastasia Lázaro miró a la periodista, evaluándola. Anaïs, que era la primera vez que la veía tomó la misma actitud.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó la científica.

—Confundida, pero bien. Imagino que es lo normal cuando un lagarto de dieciocho metros intenta devorarte. ¿Dónde están mis compañeros? —contestó con cierto matiz de soberbia y preocupación.

—Lo que no es normal, señorita Anaïs Albert —pronunció su nombre para que supiera que la conocía—, es invadir una propiedad privada. Pero claro, para usted y los que practican su profesión esas palabras no significan nada —desafió—. En cuanto a sus amigos, tengo a todo el equipo de seguridad rastreando cada palmo de la reserva para encontrarlos.

La periodista pensó responder con la misma actitud desafiante a aquella mujer, pero hacerlo sin recabar la más mínima información no sería la actitud más inteligente por su parte. Al menos intentaban localizar al resto del equipo. Quiso preguntar si había habido alguna baja, pero en el fondo conocía la respuesta.

—Tengo que confesar que no esperaba encontrar algo ni remotamente parecido —dijo con un tono más conciliador mientras giró levemente la cabeza hacia la ventana.

Anastasia era una mujer sumamente inteligente y sabía que las personas como Anaïs podrían ser muy peligrosas y normalmente guardaban muchos ases bajo la manga. Y aunque ella tuviera el rol dominante de la situación, no quería desaprovechar la oportunidad de conocerla más y mejor. A fin de cuentas, había llegado a donde estaba gracias a la cantidad, a partes iguales, de amigos y enemigos que había ganado en toda su vida.

—¿Soy una prisionera o algo así? —volvió a preguntar la reportera.

—No, por supuesto que no. Entiendo su postura e imagino que tendrá muchas preguntas que hacer, ¿me equivoco?

Anaïs, sorprendida, asintió con la cabeza fingiendo una inocencia que no tenía.

—Acompáñeme, le enseñaré la instalación —dijo al tiempo que se apartó de la puerta permitiéndole el paso—. Una cosa, señorita Albert —le dijo deteniéndola justo antes de cruzar la puerta—. No hace falta que finja ser una mojigata, sé perfectamente cómo es.

Anastasia la guio por un largo pasillo donde había grandes ventanales que daban a distintas partes de todo el complejo. Algunos eran despachos normales, pero en otros había científicos haciendo pruebas a animales modernos.

—¿Qué le hacen a esos animales? —preguntó Anaïs deteniéndose

sobre una de las cristaleras.

—No me malinterprete, pero no creo que comprenda la magnitud de lo que hacemos aquí. No obstante, los animales modernos son la base, la materia prima para traer a la vida a animales que llevan extintos miles y millones de años. Voy a explicarlo de una forma que su especialidad en letras logre comprender.

Anaïs se sintió molesta, no le gustaba que le tratasen como una tonta. No obstante, tenía razón, se perdería en explicaciones puramente científicas. Cuánto hubiera dado por que Santos hubiera estado aquí con ella. Pero había tiempo y quizás esa circunstancia se materializara.

Ambas entraron a un ascensor de cristal que daba al patio central que al parecer era el epicentro de todo el edificio. Al llegar a la última planta tuvieron que subir un tramo a pie por unas escaleras. Anastasia colocó su dedo en la cerradura y esta se abrió. La puerta daba a un mirador circular que se extendía como un anillo por todo el techo del edificio. Allí había lo que parecía ser un área de descanso, con mesas y sillas donde algunos de sus trabajadores descansaban. Al vernos sonrieron y continuaron con sus conversaciones. Lo cierto es que aquellas personas no parecían criminales.

Anastasia invitó a su acompañante a disfrutar de las vistas que le daba la terraza donde se encontraban. Ante ellas, tenían una visión panorámica de toda la reserva. Desde allí podía verse una montaña, grandes zonas de selva y extensiones más áridas con menos vegetación.

—Bienvenida a la Reserva Africana Desextinción I —dijo la directiva con cierto orgullo.

Anaïs miró maravillada el paisaje que tenía frente a ella, no podía negar la magnificencia de la naturaleza que veían sus ojos. Miró hacia abajo y vio entonces a la altura a la que estaba. Ese edificio debía tener al menos quince plantas. No obstante, no vio medidas de seguridad demasiado importantes. A simple vista parecía un complejo turístico.

—¿Cuánto terreno tienen detrás del muro que pasamos? ¿No hubiera sido mejor algún tipo de isla?

—La reserva tiene 1.360 km2, más de lo que nos podría dar una isla donde se pudiera realizar un trabajo discreto como el que llevamos a cabo.

—¿Están seguros aquí? No veo muchas medidas de seguridad —preguntó Anaïs inmediatamente. Le sorprendió la predisposición de contestar de la directiva.

—Nuestras criaturas son animales, no monstruos. Tenemos la misma seguridad, adaptada, obviamente, que un hotel en mitad de la sabana que tanto abunda en Kenia. Toda la base del edificio es de hormigón

reforzado, por supuesto los accesos están siempre cerrados y hay una triple compuerta hasta la puerta más externa. Y poco más, las primeras ventanas están a unos veintiocho metros de altura, pero no se equivoque, tenemos miradores seguros en plantas más bajas. Nos encanta cuando vienen los grandes saurópodos a visitarnos.

—¿Tienen muchos de esos animales aquí?

—Actualmente, en esta reserva, tenemos quince especies de herbívoros y cinco de carnívoros en un ecosistema perfectamente balanceado.

El número de especies sorprendió a la señorita Albert, pero fueron tres palabras las que llamaron poderosamente su atención.

—¿En esta reserva? —repitió.

Anastasia sonrió y comenzó a caminar por la barandilla.

—No se le escapa nada, ¿verdad? No estoy segura de querer darle esa información, a fin de cuentas, venía con la intención de informar al mundo de todo lo que hacemos aquí…

—No, se equivoca —interrumpió Anaïs a sabiendas de que no contestaría a su pregunta—. No voy a entrar en los dilemas éticos que tienen o no en cuenta en este lugar. Al igual que usted, puedo imaginar los motivos…

—Por supuesto, no solo hemos desextinguido a numerosas especies del pasado. Nuestras investigaciones tienen multitud de aplicaciones… tecnológicas, energéticas y, sobre todo, aplicaciones médicas. Nuestro objetivo no es crear una atracción entorno a estos animales, pero la manipulación genética es aún un universo en la tierra que debemos conquistar y dominar.

—Insisto, mi expedición y yo no pensábamos encontrarnos con algo así. Fueron sus formas a la hora de gestionar sus descuidos con los animales lo que llamó mi atención. Todas esas muertes y el secretismo fue lo que nos hizo venir aquí.

—En toda investigación, en todo progreso científico, se utiliza la misma metodología: pregunta, observación, formulación de la hipótesis, experimentación, análisis de datos y rechazar o aceptar la hipótesis. Súmele la complicación de tratar con organismos resucitados a través de diversas técnicas. Es evidente que durante la experimentación surjan imprevistos… No obstante, si le sirve de consuelo, se ha intentado compensar de alguna forma a las personas afectadas que se mostraban dispuestos a colaborar.

Anaïs estaba confundida. No es lo que esperaba encontrarse, pero aquellas explicaciones no la convencieron del todo y tenía la sospecha de que aquella última frase llevaba una amenaza encubierta. ¿Qué sucedería si ella no se mostraba receptiva a colaborar?

—¿Qué es eso? —preguntó la periodista desviando la atención.

Desde este nuevo ángulo, veían un gran foso en construcción.

—El lago artificial más grande y seguro que se haya construido jamás. 36,4 km^2. Llevamos trabajando años en él —afirmó orgullosa.

—¿Qué animal piensan meter ahí? Ese agujero es enorme —dijo sorprendida.

—Mosasaurus, pero aún no lo tenemos listo. No hemos conseguido aún el espécimen más puro al que aspiramos. De momento, todos nuestros animales son terrestres.

Anaïs no sabía lo que era un Mosasaurus, pero tampoco le interesaba algo que, viendo el estado del lago artificial, aún tardaría en llegar. No estaba entre sus preocupaciones más inmediatas.

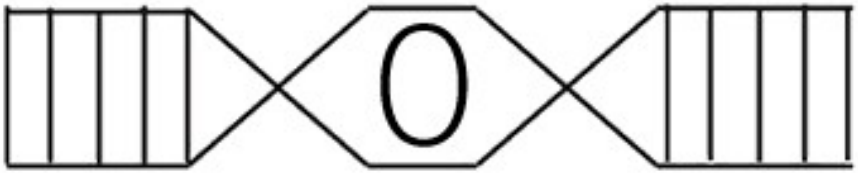
—Lamento decirle que mis obligaciones me solicitan. Continuaremos con la visita más tarde. Sígame, le acompañaré a su habitación.

Volvieron por el mismo camino que habían ido antes.

—Ya hemos grabado su huella dactilar y ocular en nuestro sistema, tiene acceso a toda el área residencial. Por favor, no haga que deje de confiar en usted, todo el recinto está monitoreado con cámaras de seguridad y micrófonos por todas partes. No intente ninguna tontería y si necesita algo puede preguntar a cualquiera de nuestros empleados. Estarán encantados de ayudarle. —Tras decir esto y sin lugar a réplica, cerró la puerta y la dejó en el interior.

Anaïs necesitaba tiempo para analizar el nuevo contexto que se había presentado ante ella. Lo cierto es que la sobrepasaba en muchos sentidos y por primera vez en mucho tiempo no supo cómo actuar. No dependía de ella y no tener la situación bajo control la ponía muy nerviosa. Respiró hondo y se sentó en la cama. En ese momento no pudo más y se echó a llorar aprovechando que nadie la veía. Sabía que Eloy estaba muerto y aquello le estaba afectando, por mucho que quisiera ser fuerte. Habían sido amigos desde la infancia y había venido por su insistencia. No podía evitar sentirse culpable por su muerte. También se preguntaba por la suerte que habían corrido Santos y Aitor. Esperaba que pronto volvieran a reunirse los tres.

Entonces se sintió observaba. Desde una de las zonas ajardinadas del exterior, una chica negra con el pelo trenzado y con la misma ropa que ella no disimulaba al mirarla desde la distancia haciéndole llegar un claro mensaje: soy yo.



LA EVIDENCIA DEL CAMBIO

Las hojas secas crujían bajo su paso, el mundo a su alrededor se desdibujaba. No veía hacia donde se dirigía, solo quería alejarse de allí cuánto fuera posible. Subió por el monte llegando hasta donde momentos antes había estado su campamento, cogió el arma del suelo y un cargador que vio unos metros más allá. Quiso quedarse un poco más y ver si podía rescatar algo, pero todo estaba pisoteado y mojado. El furioso animal no había dejado nada útil. Por un segundo dudó, pero aún los escuchaba, y a más de uno. No andaban muy lejos. Se resignó a perder más tiempo y continuó sin mirar atrás.

En su cabeza se repetía la imagen de Anaïs en brazos de aquel hombre. ¿Quiénes serían? ¿Venían a ayudar? No, esa idea no le convencía. Estaba seguro que esas personas eran los que manejaban los hilos de aquel lugar y teniendo en cuenta lo que hacían y, sobre todo, lo que habían hecho con anterioridad, no sería gente de fiar.

No pudo evitar pensar qué había sido de Eloy y Santos, aunque algo le decía que no habían acabado bien. Escuchó a uno de los dos gritar y la última vez que los vio estaban juntos.

Corrió por tanto tiempo y a tanta intensidad que se vio obligado a parar. Aún confuso, miró a su alrededor evaluando el lugar donde estaba. Había salido de la zona húmeda, sin duda. Ahora estaba en el límite de la selva y frente a él se extendía una amplia zona de sabana, bastante más despoblada de árboles. No veía muy bien, pero a unos quinientos metros parecía que el río, que en esa zona el caudal parecía ser bastante ancho, formaba un lago. Después de algunos segundos, decidió subirse a un árbol que tenía a pocos metros. Era bastante alto y sus gruesos troncos podrían soportar su peso sin mayor inconveniente y a esa altura estaría a salvo del monstruo con la aleta

dorsal, si es que aún merodeaba por allí. Aunque por la morfología del animal no lo veían muy apto para estar tan lejos del agua.

Trepó tan alto como pudo, cargó el arma y, utilizando el cinturón de su pantalón, se ató al tronco del árbol por si se dormía quedar bien sujeto. Aitor evaluó unos segundos su situación. Estaba solo en un lugar donde ningún plan que conociera podría funcionar. Había sido entrenado para ambientes hostiles e incluso salvajes, pero nadie en este mundo estaba preparado para sobrevivir en una selva de otra época, con animales gigantes para los que un ser humano no era más que un aperitivo. Esa noche durmió a duras penas. Decenas de sonidos, algunos propios de los animales autóctonos y otros tantos que le eran desconocidos. Pero se esforzó por descansar. A fin de cuentas, al día siguiente ni siquiera sabía lo que le esperaba, lo que podría suceder en aquel mundo cretácico.

A la mañana siguiente, con las primeras luces del día, Aitor se dispuso a bajar del árbol. Trataría de encontrar la base de operaciones de las personas que se habían llevado Anaïs.

Ya en el suelo comenzó a caminar por el linde del bosque, pero entonces vio algo que llamó su atención. Una cámara de vídeo vigilancia hacia movimientos semicirculares un poco más adelante.

—No, no me vais a encontrar con eso —murmuró para sí mismo.

Trepó al árbol y arrancó de cuajo la cámara sin que esta hubiera llegado a grabarle. Mientras bajaba de nuevo unas pisadas lo frenaron en el acto. Con cierto temor al origen de aquel ruido, volvió a trepar expectante.

A lo lejos, justo por donde salía el sol, una manada de elefantes caminaba dirección al lago que tenía a unos doscientos metros. Era una manada de seis paquidermos y algunas crías. Llegaron al agua y comenzaron a beber. Era una estampa que él, como antiguo guía en safaris para europeos adinerados había visto varias veces, pero que, de cualquier forma, agradecía contemplar de nuevo.

Al cabo de unos segundos, otras pisadas comenzaron a escucharse. Esta vez eran menos numerosas, pero muchísimo más potentes. El suelo parecía templar, como si de un pequeño terremoto se tratara.

Por el mismo horizonte por donde habían llegado los elefantes tres animales inmensos hicieron acto de presencia. En la lejanía no era especialmente palpable el tamaño que poseían, pero a medida que se fueron acercando al lago, vio lo enormes que eran, sobre todo al compararlo con los elefantes, los cuales parecían diminutos. Poseían un largo cuello que los alzaban del suelo unos dieciocho metros. Sus patas delanteras eran robustas y más altas que las traseras y pese al gran tamaño, su cola no era especialmente larga. Tenían un color grisáceo con intensas manchas azuladas repartidas por la zona superior del lomo, otorgándose una vistosidad y aspectos muy

exóticos.

—Santos, deberías ver esto —susurró.

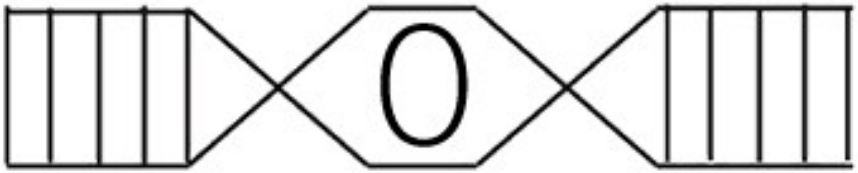
Aitor sabía que si el zoólogo hubiera estado aquí sabría cómo se llamaban aquellos animales. Pero para él, no eran más que los típicos cuellilargos.

Los paquidermos, al ver la proximidad de aquellos titanes, no tuvieron más remedio que apartarse, de lo contrario acabarían aplastados. Aquellas criaturas no se limitaron a beber agua, sino que se metieron de lleno disfrutando de un baño matutino.

Al exsoldado le impactó la escena. Los elefantes eran los animales terrestres más grandes de la actualidad. Eran los reyes indiscutibles del mundo animal. Nada los doblegaba y en su edad adulta no tenían depredadores. Y ahora, en este nuevo mundo, incluso parecían pequeños, irrelevantes y presas fáciles para estas criaturas. Sin ir más lejos, aquel monstruo del pantano podría matar con facilidad a un macho adulto. Si los dinosaurios lograban proliferar fuera de los muros de hormigón que los contenían cambiarían el mundo para siempre.

Aitor bajó del árbol y continuó con su camino. Desde ese momento estaba atento a las copas de los árboles, si veía alguna cámara más se desharía de ella de la misma forma. Tenía que encontrar la manera de dar con Anaïs y lo demás supervivientes, si es que había alguno.

Mientras caminaba vio algo que le inquietó. Numerosas aves yacían muertas en el suelo. A simple vista no parecían tener heridas. Ningún cazador las había cazado. Tomó una para examinarla y comprobó que así era. Algo las había matado, pero no supo deducir qué.



LA BELLEZA DE LA NATURALEZA

El horror, los bramidos entremezclados con los gritos humanos, el sonido de huesos partiéndose y el borboteo de chorros de sangre al desgarrarse la carne harían que cualquier conciencia, fuera cual fuera, se desconectara. Santos se había desmayado durante la muerte de Eloy, había caído del pequeño árbol al que había subido perdiendo el conocimiento. Por suerte, cayó sobre una zona de fango y hierbas altas que lo ocultó de la vista de los depredadores que pululaban por el pantano

No supo a ciencia cierta el tiempo que había estado inconsciente, pero ya había amanecido cuando su mente volvió al mundo real. Durante unos segundos olvidó lo sucedido, se sentó y se llevó la mano a la nunca y a la zona lumbar a causa del dolor que aún notaba. Entonces, como un rayo cargado de información, recordó todo lo sucedido. Volvió a agazaparse inmóvil, con sus cinco sentidos alerta por si notaba algún peligro. Pero no fue el caso. Solo se oían pájaros y la corriente de agua que bajaba por una de las pendientes.

Se incorporó y salió del manglar con cuidado. Pero tal como lo hizo, por un momento, deseó no haberlo hecho. Frente a él en la orilla había un espécimen muerto. Le faltaba la cabeza, pero por la morfología parecía ser algún tipo de hadrosaurio. Pero aquello no es lo que le alarmó. El Spinosaurus estaba tumbado a pocos metros del cadáver, con parte del cuerpo sumergido en el agua y parte en la orilla del lago. Estaba apoyado sobre sus brazos delanteros con la boca totalmente abierta al sol. A unos metros de él los Baryonyx comían algunos trozos de la presa abatida. Al parecer esa noche habían comido mucho más que pescado…

Con cuidado comenzó a alejarse de allí, pero pisó un viejo troncó

que al romperse crujió con fuerza. El spinosaurus levantó la cabeza y lo miró de lleno, pero para su sorpresa, después de algunos segundos de máxima tensión, volvió a la misma posición anterior ignorando su presencia. Los otros tres ni siquiera se molestaron en mirarlo. Estaban entretenidos comiendo las sobras que el superdepredador había dejado.

Santos no tentó a la suerte y volvió al campamento. Por suerte, su equipo fotográfico estaba intacto. Un poco sucio, pero funcionaba a la perfección. Entonces, desde allí, comenzó a grabar y fotografiar todo el ecosistema.

—Esto es aterradoramente maravilloso —susurró en apenas un hilo de voz.

El Spinosaurus era un animal muy llamativo a la luz del sol, y lo cierto es que le pareció muy peculiar y raro, tanto en forma como en color. Fue un animal desconocido durante mucho tiempo. Sus únicos restos se perdieron en la Segunda Guerra Mundial. Se hicieron algunos hallazgos en 2014, pero no fue hasta años más tarde cuando se descubrieron tres esqueletos completos y se conoció más a fondo a este magnífico animal de hábitos semiacuáticos, aunque también podía alejarse del agua en busca de presas. Tenía un cuerpo de un azul intenso y su vela, a franjas de un celeste más claro y un color arena, como en toda la zona inferior.

Los Baryonyx eran de un gris oscuro, similar a la piel de los delfines, salvo por una mancha azul eléctrico sobre toda la zona superior de la cabeza hasta el morro. A la luz del día, pudo ver con más detalle la garra en sus brazos que le daba su nombre, garra pesada.

Mientras el zoólogo tomaba imágenes impresionantes de los espinosáuridos, su cabeza no dejaba de hacerse mil preguntas. La noche anterior, aquellos animales no los atacaron por maldad. Eran eso, animales, o bien cazando o defendiendo su territorio de unos intrusos. Aunque continuaba traumado por lo sucedido, no podía obviar la belleza de la naturaleza que tenía ante sus ojos. Ahora, los dinosaurios se comportaban de forma muy diferente; no mantenían el rol de cazador siempre. Solo había que verlo tomando el sol y tolerando sin muestra alguna de agresividad la presencia de los tres Baryonyx, los cuales comían de la presa que este había abatido durante la noche cuando él estaba inconsciente. Al parecer ese tipo de animal no era exclusivamente piscívoro como se pensaba.

El error había sido de ellos. Por más que le pesara al propio Santos, en el fondo se sentía culpable. Debió de haber advertido que aquel pantano era el hábitat de algún tipo de animal. Habían acampado en el hogar de cuatro carnívoros. Era lo mínimo que podía pasar. De hecho, ahora que lo meditaba, vieron que el cauce del río había sido redirigido de forma artificial hasta ese lado inundando la zona, que

sumado a la sombra que proyectaba la montaña durante gran parte del día, había proporcionado un ecosistema húmedo con manglares que no eran autóctonos de esa zona del país. Evidencias que ahora tenían sentido.

Al cabo de un buen rato se alejó de la zona, había tentado ya mucho a la suerte. Salió del humedal y volvió al sector donde habían perdido el dron. Se detuvo un instante y se aseguró de que toda la información se había guardado en su servidor y justo cuando acabó la subida se le acabó la batería a la cámara.

—Demonios —masculló.

Había olvidado coger la maleta donde tenía varias baterías más, pero no volvería de nuevo al campamento. Además, con todo el material que tenía a buen recaudo podía editar un buen artículo que interesaría a cualquier medio. Dejó la cámara dentro de su funda y la escondió en las raíces de un árbol. El equipo pesaba demasiado y en aquella reserva nunca se sabía cuándo habría que correr.

A medida que caminaba advirtió varias cámaras de vigilancia como la que había visto la noche anterior. Recordó las luces de los coches, pero al perder el conocimiento no supo qué fue de ellos.

No quiso quedarse más tiempo en ese sector. El día anterior lo había atacado un jaguar y, aunque no era un animal prehistórico, podía acabar con su vida como si de una alimaña se tratara. La única arma del campamento la tenía Aitor.

Santos recordó el camino hasta el agujero por donde habían entrado. Tenía intención de buscar ayuda y volver a buscar a los demás. Pero sus intentos por localizar el punto exacto resultaron infructuosos. Recorrió el muro en línea recta al menos cinco veces estando seguro de que allí estaba la apertura por la que el grupo había entrado el día anterior. A la vuelta, cuando ya se había resignado a encontrar nada, se percató de algo.

—¿Qué es esto?

Con una forma perfectamente circular, aunque de forma muy tenue, una circunferencia de un metro y medio en la superficie del muro evidenciaba que estaba en lo cierto, pero la apertura estaba ahora cerrada.

—Sabía que era aquí —murmuró pensativo.

Santos permaneció durante algunos segundos meditando sobre aquello. ¿Qué sentido tenía hacer un agujero en una muralla de contención durante un tiempo determinado? Recordó también la sangre que vieron en el otro lado antes de atravesarlo.

«Tiene que estar relacionado».

Ahora que lo pensaba, recordó las decenas de sucesos que Anaïs le había mostrado. Pero en ninguno de ellos se mencionaba ninguna reserva o se daba detalles relevantes del causante de esos casos. Es

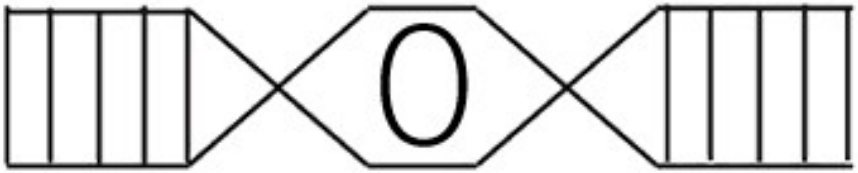
más, muchos de ellos habían ocurrido en aldeas cercanas a Dimonika-Mayombe. De alguna forma, especies del interior de la reserva habían logrado escapar y el hecho de que la brecha estuviera reparada evidenciaba que los que manejaban el cotarro, para bien o para mal, tenían algo que ver.

El zoólogo llegó a la conclusión de que no podría salir de allí con sus propios medios y, a su vez, tenía la certeza que pese a sus conocimientos no sobreviviría mucho tiempo solo deambulando por la reserva. No tenía más remedio que llamar la atención de las personas que dirigían el lugar. Quizás así, además de cierta protección, obtendría las respuestas desde un punto de vista científico que tanto deseaba obtener.

Localizó una de las cámaras de seguridad y se sentó frente a ella y, tal como predijo, tuvo el efecto deseado. Al cabo de una hora un todoterreno blanco con la frase «Vida Futura» rotulada en azul llegó hasta su posición.

—¿Santos Alvarado? —preguntó al bajarse un hombre de raza negra con un marcado acento francés.

El zoólogo asintió y acompañó al hombre al interior del coche. Se abrochó el cinturón y por una vez en las últimas cuarenta y ocho horas creyó que podía respirar tranquilo.



EL MILAGRO DE LA VIDA

No hicieron falta palabras, sus ojos y el mensaje no verbal de sus caras fue suficiente para saber de quiénes se trataban. Anaïs se acercó a la chica que la observaba desde el patio central de la instalación.

—¿Anaïs Albert? —pronunció la chica negra.

La periodista asintió y sin apartar la vista le hizo la misma pregunta.

—¿Nayah?

En ese momento se acercó a ella y la abrazó ante la sorpresa de Anaïs.

—Gracias por venir —susurró cerca de su oído—. Os esperé durante muchas horas, pero esa mujer me descubrió y me trajo hasta aquí. No pude avisarte, me quitaron el móvil.

Nayah hablaba con cierta dificultad, pero solo había que prestarle un poco de atención para entenderla.

—Imaginamos que algo te sucedió. Pero bueno, al menos estamos vivos. ¿Sabías la existencia de este lugar? —preguntó.

—No —dudó—. No sabía lo que se hacía aquí dentro. Ahora somos sus prisioneros… —dijo Nayah enfadada.

—Bueno, podemos andar por un área bastante grande, pero sí, no tenemos acceso a todo el recinto. Al menos estamos a salvo de esa locura —contestó la periodista haciendo referencia al mundo indómito que había en el exterior.

—Aquí dentro estamos peor —murmuró la nativa.

—Vamos, tenemos mucho de lo que hablar. Demos un paseo —dijo Anaïs haciéndole señales hacia la cámara y los micrófonos que las apuntaban en ese momento.

Habían escoltado a Santos hacia su habitación. Se había duchado y cambiado de ropa y se le había indicado que esperara, alguien vendría a buscarlo pasado unos minutos. El zoólogo estaba maravillado con el edificio, le habían impresionado mientras esperaba a que las compuertas exteriores se abrieran. El complejo en mitad de la sabana sin demasiadas medidas de seguridad, ¿obtendría al fin las respuestas que tanto deseaba? Estaba nervioso y aterrado al mismo tiempo.

Tal y como le dijeron, pasada una media hora un chico vino a buscarlo, lo guio a través de los múltiples pasillos del complejo hasta que llegaron a lo que parecía una sala de control. Había pantallas por todos lados que monitoreaban lo que sucedía en el exterior y un gran mapa de lo que parecía ser la totalidad de la reserva.

—Puede retirarse —se dirigió una mujer al chico que lo había acompañado—. Mi nombre es Anastasia Lázaro, gerente de todo esto —dijo dirigiéndose a Santos mientras extendía su mano con cierta frialdad.

—Santos Alvarado, zoólogo —contestó estrechándosela.

—Sé quién es. Bienvenido. Ha tenido suerte de que le encontremos a tiempo. Es peligroso estar fuera sin los conocimientos adecuados.

—Disculpa que la interrumpa, y perdón por ser tan directo, pero le voy a hacer dos preguntas —interrumpió Santos. Ella asintió esperando las cuestiones—. Por un lado, ¿soy algún tipo de prisionero?

—No, por supuesto que no. Pero antes de saber cómo lidiar con esta situación, soy consciente de que necesitas algunas respuestas, ¿me equivoco?

—Sí, y esa era mi segunda pregunta. ¿Cómo han llevado a cabo este… —dudó a la hora de elegir bien las palabras—, milagro? —terminó al fin.

Aquella pregunta suscitó una pequeña alegría en Anastasia. Que alguien calificara de milagro lo que allí hacían era todo un cumplido para ella, que amaba a su trabajo más que a sí misma.

—Acompáñeme, el doctor Weber, responsable del departamento de investigación compartirá con usted el milagro de la vida que llevamos a cabo en este lugar.

Anastasia llevó a Santos a una sala inmensa. De altos techos y una longitud de por lo menos cincuenta metros. Era un laboratorio donde

había especies de animales actuales, sobre todo aves. Desde numerosas especies de pájaros, gallinas y hasta varias rapaces pasando por casuarios y avestruces.

—Weber, este es Santos Alvarado, zoólogo especializado en grandes felinos y, según sus perfiles en redes sociales, aficionado a la paleontología.

El doctor Weber era un chico de no más de treinta años, de pelo muy rubio, piel clara y ojos azules. Típico perfil alemán. Sonrió y estrechó la mano de Alvarado.

—Imagino que tendrá muchas preguntas —dijo el doctor.

—Todas pueden resumirse a una…

—Cómo lo hemos hecho, ¿verdad? —añadió Anastasia—. Doctor, comparta con él sin filtros lo que hacemos aquí, estoy segura de que el señor Alvarado compartirá nuestro entusiasmo por el milagro que aquí llevamos a cabo.

Acto seguido la directora se marchó dejándolos solos.

Mientras Webber le mostraba la instalación comenzó hablar ante la expectante mirada del zoólogo.

—El proyecto global que llevamos a cabo en Vida Futura se basa sobre tres pilares y campos de trabajo. Hace más de treinta años que la empresa comenzó con esta andadura y en esta reserva llevamos unos cinco años. La base principal es una técnica llamada inhibición genética. —Santo había oído hablar de ella, pero con otras aplicaciones médicas—. Durante años, hemos modificado los genes de los descendientes directos de los dinosaurios: las aves. Activando y anulando ciertos genes, obtuvimos criaturas cada vez más involucionadas hasta obtener animales que se parecían más a sus ancestros que a sus versiones contemporáneas. Pero por más que lo intentamos, por ahora, solo hemos podido retroceder hasta una franja determinada entre finales del jurásico y todo el periodo cretácico, que por suerte, fue más extenso que los otros dos juntos. Pero, aun así, las criaturas que logramos recrear con esa técnica no eran del todo fieles a las criaturas originales. Y ahí entra en juego la segunda técnica que utilizamos: la clonación. Hasta ahora, era necesaria una secuencia completa de ADN, de forma que pudiéramos insertarla en un óvulo al que se le había extraído el núcleo. Si todo este proceso resultaba exitoso el cigoto se duplicaría solo hasta lograr un embrión genéticamente idéntico al progenitor, o muy similar. Tenemos muestras de tejido blando de diferentes animales almacenado en el interior de los fósiles. Llevamos dos décadas recogiendo pequeños fragmentos, pero en ningún caso tenemos ADN completo de ningún dinosaurio. De hecho, no es usted consciente de lo difícil y complejo que ha sido todo el proceso. Hemos fracasado durante años hasta crear un solo embrión y otros tantos años más hasta tener uno viable. Y por

supuesto, tenemos un larguísimo historial de ensayos y errores hasta que nació y sobrevivió el primer individuo.

Como decía, al combinar esa compleja técnica con la inhibición genética, obtuvimos animales mucho más fieles a los originales, aunque no idénticos, que era nuestro objetivo. No queríamos atracciones que mostrar al mundo, queríamos traer de vuelta a animales extintos hacía mucho tiempo con fines mucho más científicos que lúdicos.

La clonación combinada con la inhibición genética no daba los resultados óptimos. Queríamos ir más allá y fue entonces cuando años más tarde y cuando superamos todas las trabas anteriores, acudimos a una técnica más tradicional y rudimentaria: la cría selectiva. Cruzamos animales con ciertas características que queríamos potenciar: tamaño, carácter… Y fue entonces cuando el milagro realmente se completó. A través de los años criamos animales fieles a sus homólogos extintos, la desextinción fue una realidad.

Santos quedó boquiabierto. La lógica era aplastante y aunque para llegar al punto actual muchos animales quedaron desechados por el camino, finalmente habían logrado reproducir especies extintas de hace millones de años. Pero aún tenía muchas preguntas más.

—El proceso que menciona es sumamente complejo, pero me surge una duda fundamental, ¿cómo lo hicieron con dinosaurios no avianos?

—Otro gran reto, quizás el más grande de los que llevamos a cabo. Las muestras de ADN eran insuficientes y sin parientes modernos que involucionar todo era mucho más complejo si cabe. Después de millones de años el material genético estaba demasiado degradado como para sacar algo útil. Básicamente era un rompecabezas con cientos de miles de millones de piezas. Intentamos rellenar esos huecos con material genético de otras especies similares que ya habíamos creado, pero el resultado eran quimeras que se alejaban de nuestro objetivo real. Finalmente, y hace relativamente poco tiempo, pues ese tipo de animales son los desextintos más recientes, desarrollamos una técnica a la que llamamos R.G, reconstrucción genética. Aprendimos a ordenar y reconstruir esos fragmentos infinitos desde un nivel molecular basándonos en los genotipos de los animales ya creados y formas de vida actuales hasta dar con las fórmulas adecuadas con cada individuo. La naturaleza es muy vaga y a nivel genético todos los seres vivos son muy similares. Solo había que seguir un patrón y probar miles de configuraciones con sistemas informáticos hasta dar con la correcta y llevarla a la práctica.

Aquello elevó nuestra investigación a un nuevo nivel, pues por muy fragmentado que estuviera un ADN, pudimos descifrar y ordenar el genoma de ese primer dinosaurio no aviano.

—Sinceramente lo que han conseguido aquí es algo que ni siquiera

sé cómo explicarlo. Pero volviendo a la conversación, imagino que ese descubrimiento relegaría las técnicas y estudios anteriores a un segundo plano. Simplemente se quedaron obsoletos.

—Desde un punto de vista tecnológico sí. Pero la R.G es un proceso muy complejo, tanto que solo se utiliza cuando es estrictamente necesario. Es mucho más fácil, rápido y sobre todo barato la combinación de las tres técnicas iniciales.

Las preguntas se amontonaban en la mente del científico y como un voraz carnívoro estaba hambriento de más información.

—¿Cómo aprendieron a recrear los hábitats de estas criaturas? Es decir, las condiciones en el cretácico eran muy diferentes a las actuales. ¿Cómo sabían el comportamiento de los animales? No tenemos antecesores previos…

—Es lo que hacemos en Desextinción I, II, III y IV. Estudiar a los animales y adaptar el medio adecuándolos a sus necesidades. En el cretácico inferior el clima era cálido y en el superior un poco más frío, pero siempre dentro del espectro tropical. Y el cenozoico más frío, similar a un clima más templado. Por eso tres de las reservas se ubican a lo largo del trópico y la cuarta en la zona media alta de Europa.

El zoólogo se tuvo que apoyar a causa del impacto de las palabras del doctor Weber. Estaba absolutamente maravillado y confundido a la vez.

—¿Me está diciendo que hay más lugares como este y además con otros animales que no son dinosaurios? —logró articular tas el asombro final.

—Así es. Las tres reservas del mesozoico están en Brasil, Indonesia y aquí, en el Congo. La cuarta y más nueva en cuanto al progreso en la investigación se encuentra en el centro-norte de España. Pero ya tenemos especímenes viables de megafauna.

—No sé si quedar maravillado o aterrorizado —murmuró— ¿También utilizaron las mismas técnicas con la megafauna?

—La clonación y la cría selectiva. El acceso a material genético de animales extintos más cercanos en el tiempo es un poco, solo un poco, más fácil en algunos casos.

—Imagino que se referirá a mamuts congelados en Siberia y demás… Pero el frío cristaliza los tejidos, ¿cómo lo hicieron? —preguntó el biólogo.

—En ese momento ya disponíamos de la R.G, reordenar orgánulos y células fue pan comido comparado con la reconstrucción de un genoma. De hecho, es un área de Vida Futura que avanza muy rápido. La reserva española es la más nueva pero la que más especies alumbra desde su creación.

—Vuelvo a repetir que no sé si maravillarme o asustarme. No quiero pensar las aberraciones que habréis creado y asesinado hasta llegar a

este punto. Aunque, por otro lado, como científico, estoy asombrado con su conocimiento biotecnológico. Estáis muy por encima de la ciencia conocida actual… —razonó en voz alta.

—Aunque plantee dilemas éticos, nuestra investigación cambiará el mundo. No sabe lo potente que es el sistema inmunitario de nuestros animales. Ahora no me sorprende lo longevos que fueron en la historia del planeta y la cantidad de tiempo que lo dominaron. De hecho, tuvo que venir algo del espacio exterior, ajeno a ellos, para condenarlos a la extinción. Hasta ahora, claro —sonrió.

—¿Cuántas especies tienen? —continuó Santos.

Venga conmigo, se las enseñaré.

Ambos científicos fueron a una sala más pequeña donde había una gran pantalla. Weber tecleó un código y esta se activó.

—Actualmente, tenemos una población de ciento diecisiete herbívoros repartidos en quince especies y dieciséis carnívoros de cinco especies diferentes.

En la pantalla, a medida que iban hablando, se abrían pequeñas ventanas que mostraban las criaturas que él citaba. Había algunos saurópodos gigantes, como el Sauroposeidón y otros más comunes como el Triceratops, Iguanodón o Ankylosaurus. Pero en la pantalla vio tres animales que llamaron poderosamente la atención y que tenerlos juntos le pareció una aberración.

—¿Tenéis a tres superdepredadores en la misma reserva? —preguntó con cierta indignación.

—Sí, así es. El Spinosaurus, al que ya conoces, se mantiene en la parte noroeste de la reserva, en las zonas húmedas del pantano y, a veces, caza cerca del lago central. El *Giganotosaurus carolinii* tiene su zona de acción en la zona central, en la montaña y sus laderas, que, aunque están más altas, nuestros ingenieros y botánicos la modelaron allanando algunas superficies y plantando algunas especies vegetales que atraen a algunas especies de herbívoros, las potenciales presas del Giganotosaurus. Y en la parte sur, el bosque menos frondoso y la sabana es territorio de nuestro joven *Tyrannosaurus rex*. Sabemos que algunos de estos animales iban en grupos, pero por ahora no hemos planteado esa posibilidad. Tenemos un control y un equilibrio perfectos. Además, al no alimentarse de las mismas presas y vivir en ecosistemas diferentes, no hay competición directa. Eso no ha cambiado mucho, como en la actualidad, grandes carnívoros pueden ocupar zonas cercanas sin conflicto. Además, según nuestras observaciones, evitan salir de sus dominios.

Aquella explicación tenía sentido. Como decía los animales modernos tenían comportamientos similares.

—O sea, los animales viven en total libertad dentro de los límites de la reserva —concluyó Santos.

—Así es. Tenemos un equilibrio perfecto entre cazadores y presas. Además de contar con especies de animales actuales que complementan el equilibrio de los distintos ecosistemas.

Santos continuó mirando la pantalla razonando en sus palabras, pero aún le faltaban datos.

—Dicen que tienen cinco especies de carnívoros, los Baryonyx y el Spinosaurus del pantano, el Giganotosaurus de la montaña y el rex de la sábana, ¿cuál es la quinta especie?

—El Utahraptor, la primera especie desextinta con éxito. Tenemos una manada de diez ejemplares.

Aquello impresionó a Santos. Los Utahraptores eran animales de mediano tamaño, unos seis metros de longitud por unos dos metros y medio de altura, pero pese a su tamaño se sabía que eran muy inteligentes y peligrosos.

—¿Dónde habitan?

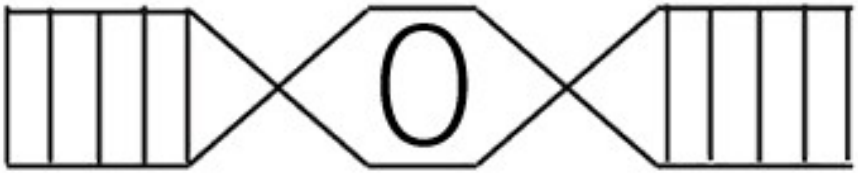
—Por toda la reserva, los puedes encontrar en cualquier lado.

«Incluso fuera de las instalaciones», pensó Santos al rememorar los ataques registrados en los documentos de Anaïs.

—Tengo aún muchas preguntas, ¿qué hacen con los experimentos preliminares al animal final? ¿Qué comen? ¿Cómo los transportan?

—Tranquilo, doctor, se lo mostraré. De hecho, puedo mostrarle el prototipo de nuestra nueva especie, el Mosasaurus. Aunque ahora mismo es más similar a un varano con piel de serpiente que a lo que será en unos años.

Santos lo acompañó con una mezcla de sentimientos. Por un lado, no podía evitar admirar el trabajo que llevaban a cabo, pero por otro, por mucho que dijeran lo contrario, especulaban y maltrataban a cientos de ejemplares hasta dar con la receta perfecta. Sin embargo, no podía dejar pasar la oportunidad de entender al cien por cien el fenómeno de la desextinción. Entró en una sala donde había un estanque de unos quinientos metros cuadrados y observó al extraño y quimérico animal que nadaba entre sus aguas.



EL GIGANTE SUREÑO

Aitor Adán decidió que la mejor forma de orientarse era llegar a un sitio elevado. Los árboles no le eran de utilidad, así que decidió subir a la montaña. Desde allí, tendría una mejor vista de la reserva y podría divisar al fin el centro de operaciones.

A medida que se fue acercando se dio cuenta que esta, pese a ser alta, era bastante plana y su pendiente no era especialmente inclinada. Allí la vegetación era menos densa, zonas boscosas no demasiado grandes que desembocaban en planicies muy grandes considerando lo elevado del terreno. Pero el exsoldado no tardó en comprender que aquel ecosistema no era del todo natural. Él no entendía de biología o paisajes naturales, pero solo hacía falta analizar un poco el entorno para percibir la mano del hombre. Las paredes de la montaña habían sido cavadas, como una mina exterior, creando más zonas planas dentro de los distintos niveles montañosos.

Llegó a un punto, a unos mil metros sobre el suelo, en que ya tenía una vista de toda la reserva.

—Os tengo —dijo al ver el edificio blanco varios kilómetros al sur de su posición.

Ahora que ya los tenía ubicado, necesitaba un plan. Intentaría ocultarse de las cámaras sin destrozarlas, ya que si lo hacía delataría su proximidad al complejo. Una vez allí, evaluaría las distintas formas de entrar. No sería fácil pero tampoco imposible. Cuando servía a las fuerzas armadas era oficial de asalto, no debería serle demasiado complicado acceder al edificio.

Caminó por las amplísimas laderas artificiales hasta quedar en línea recta con el edificio. Se dispuso a bajar, pero entonces vio como de una de las paredes rocosas emergía un caudal de agua bastante

considerable. Era una catarata artificial que abastecía a un lago que estaba rodeado de algunos árboles de troncos no demasiado altos y copas frondosas de hoja ancha.

Aitor comprobó que aquella agua era potable y parecía estar bastante limpia. Se aseó un poco y bebió agua. Le supo a autentico manjar, llevaba sin beber desde la noche anterior. Cuando se dispuso a marcharse notó un pequeño temblor en el suelo, allí no tenía mucho sitio donde esconderse. Miró en todas direcciones y fue entonces cuando vio a los causantes de tanto alboroto. Una manada de al menos seis cuellilargos, como él los llamaba, avanzaban hasta su posición para beber agua. Pero aquellos animales no eran como los que había visto esa mañana en la sabana, no eran tan grandes y su posición era mucho más horizontal. Tenía largas colas que acaban en poderosos látigos, cabezas pequeñas y una hilera de púas no muy grandes que iban desde su cabeza hasta la cola. Alguna vez los había visto en algún libro de pequeño, incluso recordó tener algún juguete con esa forma.

—Diplodocus —murmuró.

No sabía a ciencia cierta si eran o no de esa especie, pero si no lo eran se parecían mucho. Memorizó su morfología para comentarlo con Santos, si es que aún estaba vivo. Aquellos titanes, de al menos ocho metros de alto por veinticinco de largo, no reparan demasiado en su presencia, a fin de cuentas, Aitor no suponía ningún peligro para ellos. Así que, con cierto cuidado, pudo pasar a través de la manada sin demasiados inconvenientes.

Reparó que al final del grupo había uno que era más joven y que además parecía tener una pata lastimada. Su paso era considerablemente más lento que el resto. Los animales llegaron al lago y comenzaron a beber.

Lo cierto es que había tenido suerte de encontrar aquella fuente de agua potable. El día de hoy estaba siendo muy caluroso, incluso había roto parte de su camiseta y se la había atado a la cabeza para protegerse de los rayos de sol. Y en la montaña, el calor era mayor y más seco que en las zonas en las que ya había estado.

Estaba a punto de salir de la planicie cuando notó como en el bosque los árboles se movían con cierta brusquedad. Con rapidez, se colocó detrás de un tronco y observó. No tardó mucho en conocer al causante y, al verlo, supo que no eran buenas noticias. Aquella criatura no sería tan amistosa como los Diplodocus que había visto antes. Se trataba de un carnívoro de por lo menos trece metros de largo, con una cabeza enorme, que incluso parecía un poco desproporcionada en comparación con su cuerpo. A principio pensó que se trataba del famoso Tyrannosaurus, pero Aitor se dio cuenta de que aquel animal tenía unos brazos un poco más grandes y tres dedos

en lugar de dos. No se trataba del rey tirano.

Por suerte, él no era su objetivo. El depredador no se preocupó en acechar desde las sombras a los herbívoros, nada más quedar a la vista rugió con fuerza y los Diplodocus, al oírlos, comenzaron a correr en dirección contraria.

—¡Diablos, no! —exclamó.

Una manada aterrada de seis colosos corría hacia su dirección. Al principio parecían lentos pero el miedo a ser devorados hizo que aquellas moles de carne corrieran más de lo que Aitor pudo haber pensado. Pronto llegarían hasta su posición con el consiguiente peligro.

Al principio corrió en la misma dirección, pero supo que, de seguir así, acabaría aplastado. Vio, de refilón, al carnívoro pasar cerca de él. Tenía claro su objetivo: el miembro más joven de la manada. Aitor logró esquivarlos y se puso a salvo detrás de un tronco, pero la suerte no estaría de su lado. El carnívoro acorraló a su presa, rodeándola y lanzando mordiscos fugaces por distintas zonas de tu anatomía. El depredador, pese a ser enorme, no era demasiado robusto, más bien tenía una complexión ligera y, su cabeza, pese a su enormidad, tampoco parecía ser un arma mortal, el daño que infringía a su presa no era importante. Pero el cansancio y la sangre que emanaba de las heridas que provocaba acabarían por sesgar la vida del poderoso herbívoro. Aitor lo contemplaba todo sin poder hacer nada, si salía del escondite el monstruo lo vería y entonces estaría en verdaderos apuros.

No lo vio venir. Con un golpe seco, el cazador recibió un latigazo en el lomo que lo hizo chillar de dolor. El alfa de la manada, un Diplodocus más grande, había ido al rescate de la cría herida y, tras él, otras dos hembras tomaron una actitud desafiante dando golpes al suelo con sus poderosas patas.

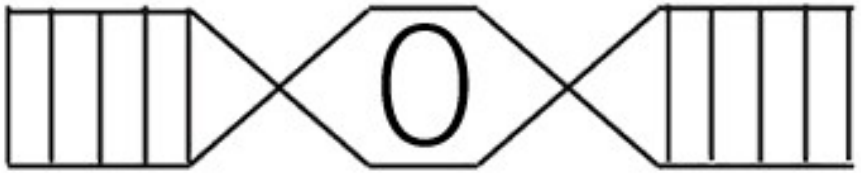
El carnívoro, intimidado, retrocedió rabioso, rugiendo y lanzando dentelladas al aire. Pero no podía hacer nada frente a una manada de Diplodocus de quince toneladas cada uno. Finalmente retrocedió y se dispuso a volver al bosque, pero en ese momento una racha de viento sopló por la planicie haciendo que se parara en seco y olisqueara el ambiente.

—No puede ser, murmuró Aitor.

Miró a su alrededor nervioso, evaluando sus posibilidades. No tenía nada con lo que ocultar su olor y menos aún un lugar donde guarecerse. El dinosaurio estaba a unos cien metros, aún no lo había visto pero no tardaría en hacerlo y de seguro que él le parecería mejor presa que una manada de Diplodocus furiosos. Aitor se quitó el turbante sudado que llevaba, lo amarró a una piedra que había en el suelo y lo lanzó con todas sus fuerzas. El carnívoro levantó la cabeza y

fue directo a la fuente del sonido. Mientras, el chico trepó tanto como pudo hasta la copa de un árbol ocultándose entre sus ramas quedando a unos diez metros sobre el suelo. Pero si aquel gigante lo descubría allí arriba no tendría salvación. Si ya de por si medía al menos cinco metros, si se erguía, sus mandíbulas quedarían a un par de metros por debajo de él.

—Esto no acabará bien —murmuró aferrándose a su arma.



SED DE VENGANZA

Pocos sentimientos en este mundo pueden ser, llegado el momento, más gratificante que la venganza. Hacía dos años que Nayah había perdido a su hijo y a su marido, de cierta forma. Y ahora estaba recluida en la base de las personas responsables de su pérdida. Pero su plan, por ahora, parecía estar saliendo a las mil maravillas.

—¿En qué piensas, Nayah? —preguntó Anaïs al ver el semblante de su compañera.

—Solo recordaba a mi hijo —susurró esta.

—¿Cómo se llamaba?

—Anuar —respondió con una mezcla de tristeza y rabia contenida.

—¿Puedo hacerte algunas preguntas? —Nayah asintió

—¿Cómo me encontraste? Es decir, ¿cómo una periodista española a más de cinco mil kilómetros llama la atención de una congolesa?

—Al principio, después del incidente, estuve unos meses aterrada y sola. No salía de casa por miedo a que esas cosas volvieran. Pero después de algún tiempo me enteré de algo que me enfureció. Decidí que no podía quedarme de brazos cruzados. Un día, viajé a una ciudad cercana y busqué los medios para contactarte. Fue a través de internet, leí que eras una periodista que ayudaba a los demás.

—¿Sabías lo que sucedía aquí realmente? Los animales prehistóricos y todo eso —preguntó Anaïs.

—No. Sabía que los animales que nos atacaron esa noche habían salido de aquí, pero yo no supe que eran seres artificiales. Un día volví a la zona, me colé e hice la foto que te envié en su día, la del helicóptero transportando a esa cosa. Pero me tuve que marchar, Anastasia me descubrió y tuve que huir.

La periodista atisbaba algunas lagunas en el discurso de Nayah, pero

a fin de cuentas hablaba con una mujer que lo había perdido todo. Una madre que no podía imaginar la magnitud de aquello a lo que se enfrentaba. Algo que nos sobrepasaría a todos.

—Ven, acompáñame —habló la nativa.

Ambas se dirigieron al cuarto de baño. Nayah abrió todos los grifos y se acercó. Susurró al oído de Anaïs.

—Tenemos que escaparnos de aquí…

—¿Sabes que tienen cámaras y que van a tardar muy poco en venir a buscarnos, verdad? —advirtió la periodista.

—Me da igual, no me importa que me vean. Tenemos que irnos —volvió a decir.

—Estamos más seguros aquí, Nayah. Fuera están esos animales y aquí, de momento, no estamos en peligro.

La chica estaba nerviosa y airada. Anaïs comprendía su dolor y no sabía a ciencia cierta las intenciones de Anastasia, pero no volvería a salir sola ahí fuera.

—¡Somos prisioneras! Ella nunca te dejará ir así sin más. Si no estás con ella, estarás en su contra —exclamó en voz alta dándole igual que los micrófonos captaran sus palabras.

—Vamos fuera, no es momento de tentar a la suerte y mucho menos enfadar a nuestros anfitriones.

—A nuestros captores, más bien —bufó molesta.

A unos pisos por encima de ellas se encontraba Santos mirando a través del microscopio una muestra de sangre del aún inacabado Mosasaurus.

—Según los informes, estáis inhibiendo la genética de un dragón de komodo combinando su ADN con el de una pitón reticulada. ¿No debería ser al contrarío? Las últimas filogenias indican que estaban mucho más emparentados con los ofidios.

—Es cierto, pero a nivel de rasgos morfológicos, es mucho más similar al dragón. Lo que hacemos es generar un animal transgénico entre ambas especies al que le aplicamos la inhibición genética. De forma que lo que obtenemos nos ahorra millones de años de evolución —contestó Weber.

—Tiene sentido. Así ahorráis, por ejemplo, el tener que generar a

través de la involución las extremidades a una serpiente, tiene lógica.

—Exacto. Al principio lo que más nos costó fue generar las colas de los animales. Hacer que desarrollaran todas las vértebras que la componían. Luego ya vendría, como sabes, la aplicación de los restos de ADN de un Mosasaurus real, tras lo cual, obtenemos animales con un porcentaje de pureza casi perfectos.

—La cría selectiva para ese perfeccionamiento, ¿qué tiempo os lleva? ¿Cómo solucionáis la homocigosis? La endogamia debe ser un problema en la reserva, más aún cuando los animales también se reproducen en libertad —preguntó Santos sin dejar de mirar a través del microscopio y hacer anotaciones.

—Cuando llegamos a la fase de cría selectiva tenemos activos un número elevado de progenitores, de forma que obtenemos animales con características comunes de árboles genealógicos totalmente diferentes. Y en cuanto a los animales que viven en libertad, aún es pronto, nuestro primer dinosaurio nació hace cinco años y todos nuestros animales tienen una riqueza genética tan alta como cualquier especie que tenga éxito en su hábitat. No obstante, en el futuro, insertaremos animales adultos nuevos de cada especie para continuar con esa riqueza —explicó Weber.

—Una última pregunta, ¿qué tiempo tardan en completar el diseño de una especie? —Santos se sintió extraño al pronunciar esas palabras. Pero en ese momento no supo cuál emplear.

—Llevamos con el Mosasaurus tres años. Estamos en la mitad del proceso. Ahora, como ves, es una mezcla primitiva de un varano con piel de serpiente al que aún le quedan vestigios de sus extremidades terrestres. Aún nos quedan, al menos, tres o cuatro años más. Dependiendo del animal, suelen ser unos ocho años. Pero claro, en nuestro caso desextinguimos varias especies al mismo tiempo. En esta reserva llevamos cinco proyectos al mismo tiempo, además del reptil marino. Y en Brasil, España e Indonesia otros tantos, de forma que en un plazo de diez años habremos quintuplicado el número de genomas puros.

—Conste que me parece fascinante lo que hacéis aquí. Pero una parte de mí, como científico, zoólogo y amante de la naturaleza en general, no puede evitar sentirse contrariado. Por una parte, está el proceso hasta llegar a un espécimen puro, como dices. No sé si quiero saber qué hacéis con todos esos «prototipos» —pronunció aquella palabra extrañado, aquellos era animales, no máquinas—. Y, por otro lado, la contención natural. Y no, no me refiero a que los animales escapen, al ser aún un número pequeño no supondría un problema controlar la situación. Me refiero a que traen al mundo animales con ínsitos prehistóricos, sistemas inmunológicos indefensos ante los microorganismos de mundo moderno. No lo estoy juzgando, pero no

puedo evitar planteármelo.

—Le entiendo. Y eso es justo lo que hacemos en Vida Futura: analizar, monitorear y solucionar todas esas variables que comenta. Y no, no sacrificamos a los animales intermedios hasta llegar al genoma puro, al menos a los que sobreviven al proceso. Tenemos un área, como una especie de zoo en el nivel inferior donde cuidamos de ellos hasta el final de sus días —afirmó Weber sonriendo con orgullo.

Mientras Santos y Weber hablaban, Anastasia, desde el salón de control, no perdía detalle de nada. Con Anaïs aún no estaba segura, pero Santos acabaría siendo de su equipo. Su entusiasmo por lo que hacía allí era evidente y aunque aún le quedaban por conocer alguna de las pruebas que hacían con algunas especies creía que podía sobrellevarlo.

—¿Cree que alguno de ellos acabará trabajando para usted como hice yo? —preguntó Daren que acaba de entrar en la sala.

—Ya sabes cómo funcionamos. No tienen otra opción —dijo Anastasia entornando los ojos.

—¿Qué hay de Nayah? No parece muy dispuesta a colaborar. Aún está enfadada.

Anastasia dejó el auricular en la mesa y enfrentó a su jefe de seguridad con toda la personalidad que la caracterizaba.

—Tu exmujer ya nos ha dado muchos dolores de cabeza, Daren. Ha traído a todo un equipo a husmear en nuestros asuntos. Si no logras convencerla, no volverá a salir de aquí, y si lo intenta no llegará de una pieza al muro exterior.

Daren sabía que su directora no se andaba con medias tintas. Aquello era un ultimátum. Él no podía evitar sentirse mal y durante un instante rememoró en su mente todo lo sucedido. Aquella noche no murió, como en un primer momento había pensado Nayah.

Anastasia y su equipo lo habían encontrado moribundo en el bosque. Lo llevaron hasta el complejo y lo curaron. Durante meses estuvo recuperándose y para cuando estuvo al cien por cien la directora ya lo había convencido de una vida mejor si trabajaba para ella. Una vida fuera de la pobreza y con un porvenir más digno. Volvió a buscar a su mujer, Nayah, pero para ella había muerto esa

noche. Más aún tras conocer que trabajaba para aquellos que habían matado a su hijo.

—¿Habéis pausado el proyecto Utah como indiqué, verdad? —dijo Anastasia sacándolo de sus pensamientos.

—Sí. Cuando detectamos la intrusión cerramos la compuerta activa en este momento.

—¿Todos los Utahraptores estaban dentro de la reserva? —añadió.

—Sí, así es, pero los resultados indican que el grado de inteligencia de estos animales es muy alto. Aunque abramos compuertas en puntos equidistantes, revisan los perímetros en busca de la nueva apertura. No obstante, solo salen cuando no logran abatir presas dentro de la reserva. Si no me equivoco, el departamento de desarrollo biológico entregará sus informes a finales de esta semana.

—¿Dónde están ahora?

—La manada está cerca de las obras de abastecimiento fluvial para el estanque —contestó Daren.

El *walkie* de su bolsillo se activó frenando la conversación.

—Han encontrado al soldado —dijo en voz alta refiriéndose a Aitor —. El muy imbécil ha entrado en el territorio del Giganotosaurus. Aunque está en una zona alejada del centro del sector y el carnívoro apenas frecuenta esa zona al estar demasiado cerca del río. El problema es que el tipo huye de nosotros.

Anastasia localizó a Aitor en la pantalla. Estaba cerca del agua y el giga podría no andar muy lejos de allí. Acto seguido cogió su *walkie* y mandó a que trajeran a la sala de control a Anaïs y Santos. Al cabo de unos minutos entraron en la habitación haciendo posible el rencuentro entre ambos.

—¡Anaïs, estás bien! —exclamó Santos.

Ambos, sorprendidos, se fundieron en un abrazo.

—¿Sabes algo de Aitor? —preguntó la chica.

—Vuestro amigo huye de nosotros. No podemos ayudarle si no deja de joder nuestro sistema de vigilancia —intervino el jefe de seguridad.

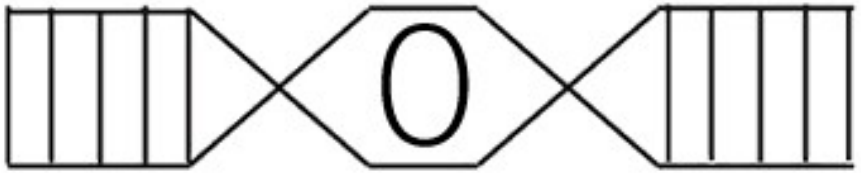
—Daren, ve con dos equipos a por ese zoquete. Anaïs y Santos irán contigo, al verlos, el tal Aitor no huirá y podréis traerlo —ordenó la directora—. Santos, siéntase libre de estudiar todo lo que necesite de nuestra reserva. Podrá hacerlo desde una posición totalmente segura —añadió sonriendo al zoólogo que, ante la idea, aceptó emocionado.

Los dos miembros de la expedición salieron acompañados por dos agentes de seguridad, pero antes de que Daren se marchara Anastasia lo llamó

—Esto es una prueba para la periodista y el zoólogo. Al menor atisbo de traición, deja que el Giganotosaurus acabe con nuestros problemas.

Sin mediar palabra se giró y volvió la vista hacia la pantalla de la

sala de control.



TERRITORIOS

Los dos Hummer H2 salieron a toda velocidad del centro de investigación Desextinción. Eran dos coches blindados de una envergadura considerable. En uno de los vehículos iban tres agentes de seguridad y en el segundo Daren al volante, Anaïs y Santos en los asientos posteriores.

El zoólogo y la periodista hablaron de la experiencia vivida aquella noche, de lo aterradora que fue. Nadie estaba preparado para enfrentar lo que sucedió allí. Anaïs quiso hablar más, pero la presencia del jefe de seguridad la intimidaba lo suficiente como para no sentirse con total libertad.

Santos tomaba notas en su cuaderno de lo que podía ver a través de la ventanilla del coche. Al pasar cerca de un gran lago, vieron a una rinoceronte y a su cría beber mientras una manada de parasaurolophus de nueve metros se acercaban hasta su posición. La rinoceronte, que se vio amenazada por los grandes dinosaurios, se interpuso entre su cría y los herbívoros en actitud amenazante. Uno de los animales prehistóricos, que por su color marrón más oscuro y su cresta de un rojo intenso supuso que sería el alfa del grupo, se adelantó y enfrentó a la madre defensora con intensos sonidos. La ceratomorfo finalmente se vio intimidada por el saurio y se apartó llevándose a su cría a un lugar seguro.

El zoólogo sabía que aquellas formas de vida, por mucho que lo intentaran, no podrían convivir en paz y en equilibrio con la fauna actual. El rinoceronte o el elefante eran de los animales más grandes del mundo moderno y en este lugar no eran más que pequeños e insignificantes mamíferos sin relevancia en una cadena alimenticia totalmente artificial, nueva e indómita.

Daren se vio obligado a detener el coche, en ese momento algo les cortaba el paso. Bajó del coche y habló con sus compañeros de la central.

—Aquí Daren. Activar el sector cuarenta y cinco, sección b, cámara seis. El equipo de veterinarios debería venir a ver esto.

Ante ellos, tres ejemplares de Iguanodón yacían muertos sin aparentes señales de violencia. Pero a su alrededor también había cadáveres de pájaros autóctonos de la zona.

—Necesitamos que tome muestras de sangre de esos animales —dijo Daren dirigiéndose a Santos.

El científico aceptó. Se colocó unos guantes y una mascarilla y examinó los cadáveres. Efectivamente, ninguno tenía señales de haber sido atacados por un carnívoro. Sin embargo, todos tenía la misma apariencia, mucha mucosidad en las fosas nasales y además inflamadas. Sus cavidades auditivas, así como sus ojos, obstruidos a causa de un hinchazón de los tejidos. Mientras Santos los examinaba el jefe de seguridad escaneó los cuerpos con una máquina para identificar a los animales.

—Según la lectura de sus chips, son los especímenes IG4, IG1 e IG5 —informó —. ¿Qué crees que les ha podido pasar?

—Estoy confuso, a simple vista parece mixomatosis, tienen los típicos síntomas. Pero no puede ser, esa enfermedad es casi exclusiva de los conejos, transmitida en Europa por las pulgas o en Australia por los mosquitos. Pero nada en pájaros y mucho menos en criaturas desextintas. Tomaré varias muestras para su estudio. Acto seguido avisaron a los equipos de limpieza y continuaron su camino hacia el encuentro de Aitor.

«Las enfermedades actuales están reaccionando ante sus nuevos huéspedes…».

Anaïs estaba nerviosa por llegar. Su compañero estaba más lejos de lo que creían, llevaban cerca de una hora cuando los coches comenzaron a minorar la marcha hasta parar justo en el linde de una densa arboleda. Estaban en una explanada bastante grande rodeada de árboles con un lago con cascada a unos doscientos metros de su posición. Cerca de ellos había un árbol partido por la mitad.

—Quédense en el vehículo —ordenó Daren mientras sus compañeros en el coche que estaba justo delante bajaban.

Pero el jefe de seguridad no tuvo tiempo de salir. El inmenso Giganotosaurus, de un verde oscuro con dos franjas marrones que le cruzaban todo el cuerpo, se había camuflado a la perfección en el bosque emergiendo de la nada. Golpeó con su cabeza el hummer y lo desplazó contra un árbol aplastando a uno de los empleados contra el tronco. Los otros dos corrieron, pero el carnívoro de dos zancadas abrió sus fauces, cogió a uno de ellos, lo lanzó hacía arriba y lo partió

por la mitad de un mordisco. La sangre llenó el parabrisas del otro coche y en su interior, Anaïs y Santos, aterrorizados, quedaron petrificados.

—¡¿Pero qué sucede?! —preguntó Nayah saliendo de la parte trasera del coche.

—¡Joder, qué haces ahí! —gritó Anaïs del susto.

—¡Naya, agárrate! —gritó Daren, su marido, sin dar muestra de sorpresa por su repentina aparición.

Mientras el depredador fue en busca del otro chico que corría hacia el interior del bosque, el jefe de seguridad se dispuso a dar la vuelta, pero en ese momento, alguien salió de detrás de la cascada.

—¡Aitor! —exclamó Anaïs.

—¡Da la vuelta! No podemos dejarlo ahí —ordenó Santos.

Durante unos segundos Daren dudó, hacia esa dirección no había salida.

—¡Vamos! —gritó Anaïs mientras le golpeó en la parte trasera del sillón del copiloto.

Las ruedas del coche patinaron y salieron disparados hacia Aitor. Anaïs bajó la ventanilla del coche y gritó con todas sus fuerzas para que su amigo no huyera. El exsoldado, que estaba a punto de huir, quedó totalmente confundido al ver a su amiga dentro del coche. Sacudió la cabeza y corrió hasta su posición. Pero no era el único, el Giganotosaurus emergió de la espesura mientras de la mandíbula chorreaba la sangre y parte de la anatomía del humano que acaba de devorar. Rugió y comenzó a correr hacia ellos. Daren acelero acercándose hasta la posición de Aitor.

—¡Entra! —le gritó Santos, desesperado.

El giga estaba a punto de llegar hasta ellos, el prófugo entró en el coche y Daren aceleró justo en el momento en el que el carnívoro lanzó una dentellada hacia el vehículo arrancando de cuajo el parachoques trasero y reventando una rueda.

El hummer avanzaba tan rápido como podía con el animal pisándole los talones. Era un depredador diseñado para cazar a los dinosaurios más grandes que alguna vez habían caminado sobre la tierra, un coche humano no era un reto para uno de los depredadores más formidables de la historia de nuestro planeta. Llegaron a la ladera de la montaña y sin apenas control bajaron a toda velocidad llegando al linde con las zonas húmedas de la cara norte de la montaña.

Penetraron en la selva y aminorando un poco la marcha, allí no podía ir tan rápido, la espesura era mucho más densa. Con un poco de suerte el depredador, al estar fuera de su territorio, los habría dejado de seguir. Pero no los vimos venir, el saurio golpeó el lado derecho con tanta fuerza que hizo estallar los cristales del coche. Daren perdió el control y golpeó de frente con un árbol haciendo saltar los airbags

del vehículo. Durante una milésima de segundo no se escuchó nada. Todos estaban aturdidos, pero una pisada justo detrás del todoterreno hizo temblar la tierra.

—Rezad todo lo que sepáis… —susurró Nayah mirando al dinosaurio por los huecos que habían dejado las lunas del vehículo.

El carnívoro mordió el techo del coche, pero no consiguió arrancarlo a la primera.

—¡Bajad y corred hacia delante, hacia la jungla! —gritó el jefe de seguridad que en ese momento sangraba a causa de los numerosos cortes.

Haciendo caso sumiso, los cinco salieron del coche y tal y como había indicado Daren corrieron hacia delante, pero Nayah se detuvo al ver lo que hacía su marido. Horrorizada, vio cómo se fue hacia la derecha mientras disparaba con su rifle al costado del animal. Él la miró y musitó unas últimas palabras.

—Completa nuestro plan, te quiero. —Acto seguido le lanzó una tarjeta que ella cogió hábilmente.

En ese instante el Giganotosaurus se precipitó sobre él destrozando su cuerpo entre sus dientes ante los ojos desbordados de dolor de su mujer.

Aitor cogió del hombro a Nayah y la obligó a huir, pero la distracción duró muy poco. El terópodo continuó su persecución, pero en aquel ecosistema, donde la vegetación era más densa, los humanos eran más rápidos.

—Venid conmigo, sé por dónde podemos ir —gritó la nativa con fuerza.

Llegaron a un claro considerablemente más grande por donde discurría el río.

—A unos dos kilómetros hay…

El rugido la interrumpió. El depredador había llegado hasta ellos y ahora no tenían escapatoria, tenían el río justo detrás. El giga sacudió su cabeza y comenzó a bramar, pero esta vez su actitud amenazante no iba hacia los humanos. Por sus flancos derecho e izquierdo, aparecieron los tres Baryonyx que blandiendo sus poderosas garras hicieron frente al invasor con profundos sonidos guturales, pues ahora estaban en su zona de caza sintiéndose claramente amenazados.

Anaïs y el resto de supervivientes se apartaron pegando su espalda contra un árbol esperando el momento idóneo para escapar apartándose de la contienda que estaba a punto de acontecer en aquel lugar.

Los tres Baryonyx eran menores, mucho menores que su adversario, pero eran más numerosos. El giga rugió y entonces comenzó la lucha. Los tres se le abalanzaron al mismo tiempo, el superdepredador golpeó

a uno de ellos con la cabeza tumbándolo en el acto, pero los otros dos lo mordieron en el brazo y en la pierna respectivamente empujándolo hacia unos árboles. El terópodo gigante se giró dispuesto a hacerles frente, pero los Baryonyx clavaron en su piel las poderosas garras que estos poseían, pero el predador gigante no estaba indefenso. Mordió el lomo que tenía más cerca, lo levantó en el aire y lo dejó caer al suelo partiéndole varios huesos. El animal gritó de dolor mientras los dos que quedaban en pie rugían sacudiendo sus garras y sus mandíbulas en actitud amenazante.

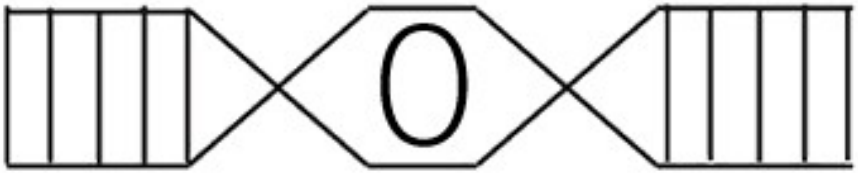
El grupo de personas aprovechó para escapar, pero justo en ese momento el titán del río emergió de sus aguas dispuesto a reclamar su dominio sobre el pantano cortándoles el paso.

—El *Spinosaurus aegyptiacus* y *Giganotosaurus carolinnii.* Dos de los depredadores más grandes que el mundo haya visto —susurró Santos con una mezcla de terror y fascinación al ver juntos a los dos colosos separados antaño por millones de años.

El Spinosaurus se irguió sobre sus patas traseras y bramó contra su oponente. El giga entendió rápidamente que aquella amenaza era mucho más peligrosa que sus anteriores combatientes. El saurio de la vela dorsal era más grande que el dinosaurio gigante de la antigua Patagonia, pero en un combate de esa envergadura nadie podría vaticinar un resultado.

El grupo aprovechó que el Spinosaurus se había apartado de su camino y corrieron detrás de Nayah.

A los rugidos del recién llegado, se sumaron lo de los dos Baryonyx y el primitivo cerebro del Giganotosaurus comprendió que aquella era una batalla de la que difícilmente podría salir victorioso. Además, estaba fuera de su territorio y las presas a las que perseguía habían desaparecido. El rey del pantano bramó con fuerza y avanzó como un cocodrilo gigante haciendo retroceder al invasor que, confundido, rugió una última vez y se marchó hacia la montaña.



SOBERBIA

Anastasia caminaba con paso firme desde su despacho hacia el área veterinaria. Le acaban de dar la noticia de los tres iguanodontes muertos a causa de algún tipo de virus según había informado Santos. Estaba furiosa, si algo podía alterar su casi perpetua serenidad era que sus animales murieran por causas ajenas a su control. Y aquel brote viral era algo inesperado que se había cobrado la vida de tres de sus criaturas. Y no solo eso, sino que el equipo de limpieza no había detectado los cadáveres. La directora estaba enfadada, no dejaba de pensar en la desestabilidad que había creado la expedición de la dichosa Anaïs.

Abrió la puerta del área médica y dejó claro al equipo su enfado.

—¿Alguien me puede explicar lo que ha pasado?

Para su sorpresa, en la sala se encontraba el doctor Weber hablando con el veterinario. El genetista se le había adelantado.

—Buenas, Anastasia. Tenemos más o menos claro lo que ha pasado, a la espera de los análisis de las muestras que ha tomado Santos.

—¿Y bien? —insistió sin bajar el tono.

—Por alguna razón, el virus, que tiene toda la pinta de ser mixomatosis, ha mutado afectando a algunos dinosaurios herbívoros y estos al desarrollar la enfermedad lo han contagiado a su vez a las aves de la zona —razonó.

—No es posible. Esa enfermedad no afecta a otro tipo de vertebrado más que a los conejos —contrarió la directora.

—Sin acritud, Anastasia. Es lo que hacemos aquí, en este entorno controlado. Ensayar la interacción, a todos los niveles, de los animales desextintos con el mundo moderno. Y los microorganismos suponen un desafío aún mayor que la fauna o la vegetación. No se preocupe,

corregiremos el error.

—No podemos permitirnos perder un solo animal más —advirtió antes de marcharse.

Acto seguido cerró la puerta y volvió hacia su oficina. Pero aquellas no iban a ser las únicas malas noticias de su día. Cuando volvió a su despacho el subdirector de seguridad la llamó indicándole que fuera a la sala de control.

—¿Se puede saber qué sucede ahora?

Al entrar notó la tensión en el ambiente, nadie se atrevía a mirarla salvo el señor Ruiz, el segundo al mando en cuanto a la seguridad del complejo.

—Me temo que tenemos malas noticias. El equipo de rescate ha sido destruido. Han muertos los cuatro miembros de seguridad, incluido Daren. El carnívoro no solía frecuentar esa zona, estaban en el límite de su territorio, pero al parecer el grupo de Diplodocus subió al sector atraído por el agua y su olor atrajo la presencia del depredador.

— El Giganotosaurus… —murmuró Anastasia—. ¿Qué hay del resto?

—Aún no lo sabemos bien. Estamos revisando las grabaciones de seguridad. Pero en un intento de huir, entraron en el pantano provocando una confrontación entre varios terópodos. Al parecer Nayah iba de polizona en uno de los vehículos y es la que está guiando a los supervivientes.

—¿Hacia dónde? —insistió. Anastasia sabía que si Nayah había salido de las instalaciones intentaría escapar.

El subdirector Ruiz mantuvo silencio, sabía que la respuesta no le gustaría a su directora.

—Huyen, de alguna forma han pasado las medidas de seguridad con la identificación de Daren y están dentro de las obras de abastecimiento del lago central. Ya he enviado a un equipo en su busca, aunque para cuando lleguen quizás ya sea tarde —se atrevió a decir al final.

—Si ese grupo de traidores logra escapar, usted y todo su equipo será despedido —siseó al tiempo que se disponía a marcharse.

—Señora, hay algo más. Hemos encontrado en la selva este equipo de grabación.

—¿Qué me está intentando decir? —siseó cada vez más molesta.

—Es un modelo de cámara con conexión a la red, todo lo que ha grabado está ahora en múltiples servidores privados.

—Estamos acabados —murmuró mientras bajaba la cabeza y miraba a su alrededor.

En ese momento el tiempo se detuvo para Anastasia Lázaro. Por un lado, estaba furiosa con ella misma, debería haber acabado con los invasores desde el primer momento. Se sentía estúpida por haberles

dado una oportunidad. Pero no era lo único que martilleaba su cabeza. La solidez del proyecto de Vida Futura en las reservas se basaba, en gran medida, en la absoluta confidencialidad de todo lo que hacían. Si la existencia de estos animales era revelada al mundo sería su final, y ahora era inevitable. Pero todavía sería peor el destino que correrían las criaturas desextintas de Desextinción I que estarían espe-rando la muerte encerrados en los muros de las reservas como un matadero. Las grandes potencias acabarían con ellos con la excusa de la protección, pero lo que harían sería apropiarse de su tecnología, de los años de estudios de la corporación. Solo había una oportunidad.

—Abre las compuertas de la presa subterránea. Inunda todo el sistema de tuberías —ordenó.

—Es una locura. Las obras, las presas y diques están acabados hasta los primeros veinticinco kilómetros, los muros y compuertas de contención aquí en la reserva no están finalizadas. Además de que el lago artificial se inundará. No podemos hacer una previsión de daños —contraargumentó el señor Ruiz.

—¡Si esos mal nacidos logran salir con vida de aquí estamos acabados! ¡Sé de lo que hablo!

—Con todos mis respetos, señora. Usted es una excelente científica, pero no tiene ni idea de ingeniería…

Todos estaban paralizados a causa de la confusión que habían generado las palabras de su directora. Pero ella había tomado una decisión.

—Llevamos años luchando. Hemos empleando cada gota de energía de nuestro ser para dar vida a este ecosistema extinto de forma sostenible y sana. No podemos permitir que unos desconocidos arruinen el trabajo de nuestra vida. Anula los protocolos de seguridad —ordenó a una de los técnicos informáticos de la sala. La chica quiso objetar, pero la fría mirada de su directora la silenció en el acto.

—No voy a formar parte de esto —dijo el subjefe de seguridad.

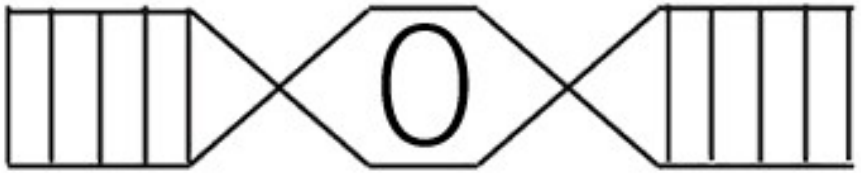
—Está bien. Aquellos que no estén de acuerdo con mis acciones pueden marcharse. Yo cargaré con todo el peso de la directiva.

Tras aquellas palabras los dieciséis técnicos que había en la sala de control abandonaron a su directora dejándola sola. Anastasia, lejos de sentirse afligida y sin perder un ápice de soberbia, se dirigió hacia la consola de control y ella misma anuló los protocolos de seguridad.

—Lo haré yo misma —murmuró.

Miró una última vez la pantalla y apretó el botón.

A veinticinco kilómetros de la costa, las compuertas se abrieron y sin nada que lo frenara, el océano Atlántico penetró con fuerza través de los enormes conductos subterráneos. Desde ese momento, tenían una hora hasta que la fuerza del agua llegara hasta la reserva.



LA EXPANSIÓN DE LA VIDA

Bajo tierra todo era oscuro, húmedo, particularmente silencioso y por supuesto, artificial. Hacía unos minutos que habían atravesado la verja de seguridad penetrando en las entrañas de la reserva. Al principio y durante unos cien metros, recorrieron una tubería gigante, de más de quince metros de diámetro que bajaba a una profundidad de más de cincuenta metros. De no ser por las linternas y algunas bengalas que los trabajadores habían dejado en la entrada, los supervivientes no hubieran visto nada. A los pocos instantes de entrar las luces que recorrían todo el túnel se apagaron.

—Este es el único acceso a las obras. Antes de que lleguen ya habremos salido por el otro lado —aclaró Nayah en un intento de calmar el nerviosismo del resto del grupo.

—Tienes algunas explicaciones que darnos —exigió Anaïs —. Sabías mucho más de lo que nos hiciste ver.

La nativa asintió y mientras caminaban hacia la oscuridad le contó lo que realmente sucedió.

—Aquella noche Daren y yo perdimos a nuestro hijo y durante mucho tiempo yo misma pensé que ambos murieron esa noche. Pero como ya sabes, él volvió al cabo de varios meses recuperado de sus heridas y con un puesto de trabajo en la reserva. Al principio sí es cierto que lo rechacé, pero entre los dos urdimos un plan para destruir el complejo. Él se ganó la confianza de Anastasia Lázaro y con el tiempo ascendió a jefe de seguridad de todo el lugar. Él fue el que realmente me facilitó a mí todas las herramientas para hacerte llegar la información. Fue quien saboteó las cámaras de vigilancias permitiéndoos el paso, y como eso muchas más cosas.

—¿Todo esto era para llevar a cabo una venganza? —preguntó

Anaïs visiblemente enfadada.

—¡Vamos! No negarás que te he dado la noticia de tu vida —contestó Nayah con cierta soberbia

—Ha muerto gente —añadió Santos.

—Aquí han muerto muchas más, ¿o también justificas sus proyectos para medir la inteligencia de esos monstruos? Abrían puertas en la muralla para ver el grado de inteligencia y capacidad resolutiva de esos dinosaurios, Utahraptores creo que se llamaban. Aquellos demonios salían a cazar, mataban a personas y luego volvían al interior de la reserva. Y aquella noche le tocó a mi pequeño. Júzgame, pero si su muerte sirve para destruir este lugar no habrá muerto en vano.

—La puerta por la que entramos estaba cerrada, la comprobé yo mismo —dijo Santos.

—Podrías habernos prevenido de lo que encontraríamos aquí. Nos superó a todos y ahora nos encontramos aquí —reprochó de nuevo Anaïs.

—Era mi intención. Pero los planes se torcieron cuando Anastasia me encontró en el camino y Daren no tuvo más remedio que disimular. Pero mi marido siempre me fue leal, y cuando tuvo la oportunidad me sacó de allí, así fue como me colé de polizona en el coche. Pero una vez más tenemos el destino en contra.

Anaïs decidió no discutir más, no era el momento ni lugar más adecuado. Pero a su parecer, Nayah la había utilizado, no podía evitar sentirse de ese modo y por su culpa, de forma indirecta, Eloy y otros tantos más habían muerto.

No se percataron, pero la tubería había comenzado a estrecharse, ahora apenas medía un tercio de lo que tenía en la superficie. Pero no solo eso, sino que ahora se bifurcaba en cuatro conductos más pequeños de unos dos metros de diámetros. Dentro no se veía absolutamente nada.

Nayah se detuvo evaluando qué camino tomar.

—Demonios —masculló—. Tenía el mapa en mi diario, pero lo perdí.

Anaïs se descolgó la maleta y sacó el viejo cuaderno que encontró en la carretera.

—¿Buscas esto? —dijo al tiempo que extendía la mano y se lo entregaba.

Nayah se emocionó, había dado por hecho que lo había perdido y para ella aquel blog tenía un valor sentimental irremplazable.

Después de que la nativa consultara sus anotaciones, decidieron coger el de la derecha del todo. Ahí la oscuridad era absoluta, solo se escuchaban los pasos del grupo que en fila india caminaban uno detrás de otro debido a la estrechez del túnel. A medio camino

deberían haber encontrado una escotilla que subía a un nivel superior, pero o no la vieron o Nayah se había equivocado.

—Debería estar aquí —dijo apuntando su linterna hacia arriba.

—¿A qué juegas? ¡Dame las anotaciones! —increpó Aitor enfadado.

—Solo yo sé salir de aquí, deja de gritarme —siseó Nayah.

—Tú y solo tú eres la única que sabes cosas sobre este lugar —recriminó Aitor enfrentándola.

—¡Silencio, todos! ¿Escucháis eso? —interrumpió Santos.

El grupo permaneció en silencio. Un murmullo aún lejano que iba aumentando en volumen venía desde el interior del túnel. De hecho, las paredes del túnel vibraban levemente.

—¿Estos conductos donde llevan? —preguntó Anaïs.

—A una presa a cincuenta kilómetros en dirección al océano —confirmó Nayah.

—Tenemos que volver, ¡ya! Alguien nos quiere ahogar aquí abajo —concluyó Aitor.

En ese instante la imagen de Anastasia vino a la mente de Anaïs.

—¡Corred! —gritó esta.

El grupo comenzó a huir por la misma dirección que habían penetrado en las obras de abastecimiento. Pero aquel sitio era muy estrecho y no podían correr más. El murmullo se transformó en una lejana corriente de agua. Santos, que iba en primera posición, tropezó con algo en el suelo. Se dispusieron a ponerse de pie, pero al apuntar con su linterna vieron que se trataba de una pequeña escotilla.

—¡Es por ahí! —exclamó Naya.

Tal y como Aitor había sugerido, la nativa se había equivocado, la salida bajaba a un nivel inferior, no hacia arriba.

—Vamos, necesito algo seco —pidió el exsoldado. Él ya iba sin camiseta, no tenía nada que pudiera utilizar.

Santos se quitó la suya y se la dio. Rodearon el metal de la escotilla y tiraron todos a la vez. Pero parecía estar demasiado duro. La tubería vibraba con cada vez más fuerza, el torrente de agua estaba a punto de llegar hasta ellos.

—¡Una vez más! —gritaron al unísono.

Empeñaron todas fuerzas y en ese momento la escotilla se abrió. Comenzaron a bajar por la escalera de metal que daba a un túnel de mantenimiento, pero en ese instante Aitor, que estaba en última posición, apuntó con la linterna y vio el agua llegar hasta ellos.

—¡Saltad!

Uno detrás de otro se dejaron caer y, en el último momento, saltó Aitor. La fuerza del agua cerró de golpe la escotilla justo en el momento que su cabeza pasó por la estrecha apertura.

—Ha estado cerca —sonrió Anaïs.

—Vamos, estas obras aún no están acabadas. No entiendo cómo ha

llegado el agua hasta aquí pero no creo que la estructura provisional aguante mucho —analizó Nayah al ver que el techo vibraba con cada vez más fuerza.

Corrieron unos metros hasta unas escaleras que subían, pero en ese instante Anaïs gritó aterrorizada, algo había mordido su mochila y la arrastraba hacia detrás. El grupo apuntó con sus linternas y vieron al responsable. Un animal cubierto de plumas de un amarillo intenso con multitud de rayas negras de más de dos metros de altura la zarandeaba como una muñeca de trapo.

—¡Son los Utahraptores! —gritó Nayah aterrorizada al volver a ver a los asesinos de su hijo.

Aitor corrió hasta ella, sacó un chuchillo que llevaba en la bota y lo clavó en el ojo del animal que, al sentir el dolor, soltó a la periodista de inmediato. Todos corrieron dejando atrás al predador, subieron las escaleras y llegaron a una sala mucho más grande con diversas herramientas colgadas en la pared y varios pasillos llenos de estanterías. A simple vista parecía un almacén para herramientas de mantenimiento y construcción de los canales.

—Dispersaos y buscad una salida —coordinó Aitor.

Santos y Nayah fueron por un lado y él y Anaïs por otro.

Mientras buscaban prácticamente a oscuras una salida, escucharon a varios animales acercarse. No estaban lejos, escuchaban cómo olisqueaban el ambiente y hacían vibrar las plumas de su cuerpo. En ese instante notaron cómo entraron en el almacén.

Anaïs se pegó a la pared mientras su acompañante la agarraba con fuerza de una mano y sostenía el cuchillo en la otra. No veía nada, pues habían apagado las linternas para no llamar la atención.

Había al menos tres de aquellos seres. Los cuales medían más de cinco metros de largo y estaban armados con poderosas garras como cuchillas. Uno de ellos estaba justo enfrente de ellos, al otro lado de la estantería que subdividía en pasillos el almacén. La periodista, aterrorizada, solo veía destellos fugaces de los ojos rasgados de las criaturas.

—Corre y no me sueltes —susurró Aitor tan cerca de su oído cuanto pudo.

Acto seguido encendió una bengala y la lanzó tan lejos como su fuerza le permitió. La luz llamó la atención del Utahraptor que tenían en frente, pero al girar golpeó la estantería provocando que esta cayera. La periodista y Aitor corrieron hacia el fondo del pasillo y Santos que vio lo que sus compañeros habían hecho lo mismo entreteniendo a dos de los animales. Pero uno de ellos los descubrió y corrió tras ellos.

—¡Por aquí! —gritó Nayah.

Llegaron hasta ella, que ya había comenzado a subir por la escalera

vertical de metal hacia una nueva escotilla. El resto subieron mientras la nativa la abría, pero el Utahraptor también estaba llegando. Las paredes del almacén comenzaron a temblar con virulencia, aquello estaba a punto de venirse abajo y dejarlos sepultados.

Aitor miró hacia uno de los estantes, cogió un bidón de lo que parecía ser gasolina, empujó la estructura hacia el dromeosáurido retrasándolo y comenzó a verter el combustible por el suelo. Mientras volvió a las escaleras se sacó un mechero del bolsillo, pero este estaba aún algo húmedo al haberse refugiado en la cascada en la huida del Giganotosaurus.

El ruido del fondo del almacén atrajo a más carnívoros, pero no solo a los otros dos, estaban entrando más de ocho saurios. La manada entera estaba allí. Aitor continuaba intentando prender el encendedor, pero uno de los utah saltó hasta su posición, lo mordió en la mano arrancándole varios dedos y con ello el mechero cayó al suelo. Aitor se resbaló, pero en ese momento Santos lo agarró con fuerza y ambos vieron cómo una bengala encendida pasó cerca de ellos.

—¡Vamos, subid! —gritó Nayah al tirar la bengala justo antes de abrir la escotilla.

Una pared de fuego se interpuso entre los cazadores y el grupo que ascendía por la escalera hasta el nivel superior. Uno a uno, fueron pasando mientras escucharon como un muro que no veían a simple vista se venía abajo. Aitor era el último en pasar, pero entonces un Utahraptor saltó, se encaramó en la escalera y lo mordió en el hombro tirando de él hacia abajo. El humano gritó de dolor ante la aterrada mirada de Santos y Anaïs que tiraban de sus brazos con todas sus fuerzas. Pero un segundo raptor saltó desde el suelo, lo mordió en el cuello y se lo llevó consigo. En este instante Anaïs perdió la fuerza y se desplomó a causa de la atrocidad que acaba de presenciar. Santos la cogió en brazos y siguió a Nayah hacia el exterior. Por fin habían llegado a la superficie.

El suelo los zarandeaba al temblar como si un terremoto de magnitud siete en la escala Richter azotara la tierra. Los dinosaurios comenzaron a salir por la misma escotilla. Eran mucho más rápidos que los humanos, pero en ese momento ya no cazaban, huían igual que ellos de la enorme cantidad de agua que había destrozado todos los muros de contención en el nivel inferior.

Salieron por las tuberías que estaban dentro del muro que rodeaba la reserva al mismo tiempo que los últimos raptores, pero al caer, Nayah se partió la pierna. Santos dejó a Anaïs en el suelo y corrió hasta ella en un intento de ayudarla, pero en ese instante, la tierra se abultó haciendo que el muro se viniera abajo. Nayah se puso de pie e intentó correr hasta el zoólogo, pero apenas llevaba un par de metros cuando un gran trozo de hormigón cayó sobre ella aplastándola.

Santos cerró los ojos al tiempo que una lágrima cayó por su mejilla. Su mente no podía procesar más muertes. No pudo hacer nada por ella.

Anaïs se puso en pie y corrió junto a su único compañero mientras el muro de cuarenta metros de altura se venía abajo. La tierra se agrietaba y columnas de agua de más de cien metros de alturas emergía como geiseres enfurecidos de las entrañas de la tierra.

Ambos cayeron extenuados y miraron hacia detrás con sus corazones a punto de entrar en colapso a causa del gran esfuerzo. Gran parte de la fortificación se había venido abajo y a causa de los temblores los dinosaurios corrían asustados hacia el exterior escapando de la reserva.

En ese momento el sol caía en el horizonte tiñendo de naranja la sabana africana. El temblor fue cesando y las columnas de agua menguaron poco a poco. Anaïs lloraba rota de dolor por todo lo que habían presenciado sus ojos. Santos, que estaba de pie a su lado, contempló como un saurópodo gigante, el Sauroposeidón, salió de la reserva con el sol alumbrando su espalda, pero para su sorpresa otros dos de la misma especie siguieron al primero.

—Sin nada que los contenga, estos animales se propagaran por todo el continente —susurró Santos—. Destrozaran la biodiversidad, el equilibrio natural del mundo salvaje actual.

—Advirtamos al mundo antes de que sea tarde —concluyó Anaïs mientras se ponía en pie y observaba la bella pero peligrosa naturaleza desextinta que tenían ante ellos.

AÑO DIEZ

10

CAMBIO ANTIGÉNICO

Nuestro planeta, con sus más de cuatro mil quinientos millones de años, ha alumbrado auténticas proezas únicas en todo el universo, al menos que se tenga constancia. Pero la más especial de todas ellas es, sin duda alguna, la vida. En las que parecían las circunstancias más hostiles, se dieron las casualidades idóneas para que ocurriera el milagro apenas mil millones de años después de su formación como planeta.

Con el paso del tiempo fue el escenario para que miles de especies colonizaran primero los mares, para después conquistar las tierras emergidas. Todas tuvieron su momento, todas brillaron y al mismo tiempo acabaron viendo su ocaso, aunque a día de hoy aún sobreviven seres que se resisten a la extinción millones de años después de su aparición. Pero hace doscientos treinta millones de años, en el Triásico medio, aparecieron una de las especies más diversas, prolíficas y exitosas de toda la existencia de nuestro mundo: lo dinosaurios. Fueron los reyes indiscutibles durante más de ciento sesenta Ma. Los había pequeños como un ratón y gigantescos superando al coloso contemporáneo de nuestro tiempo, la ballena de azul. Pero incluso estos titanes tuvieron que lidiar con los más letales adversarios que la vida en sí ha tenido y tendrá en toda su existencia: los virus.

Millones de años antes o después que el primer animal prehistórico apareciera sobre la faz de la tierra, pues no se sabe a ciencia cierta cuándo aparecieron, estos microorganismos en un estado intermedio entre los seres vivos y los inertes, han necesitado un huésped en el que poder reproducirse y transmitirse y, al igual que el resto de los reinos de los seres vivos, guardan en sus códigos genéticos toda una existencia de continua evolución. Cada vez más perfectos, letales y,

sobre todo, más difíciles de combatir.

No obstante, y con la llegada del hombre, el ritmo evolutivo de la vida dejó de ser natural por muchas razones, pero el día en que la desextinción fue una realidad y el primer animal prehistórico volvió a caminar sobre nuestro mundo todo cambió. Pues una vez más, millones de años de evolución se solaparon en una realidad común cuyas consecuencias jamás pudieron ser previstas.

El nerviosismo no era propio de un científico que debía estar armado de tesón y paciencia, menos aún en un microbiólogo que trataba a diario con los virus más mortíferos en uno de los laboratorios centrales de OMS en Suiza. Pero el joven estadounidense Aiden Davis no daba crédito en lo que creía haber descubierto. Se llevó su media melena negra despeinada hacia detrás y ajustándose bien sus gafas volvió a mirar por el microscopio. Después de mil comprobaciones, lo hizo de nuevo.

Recogió muestras del cadáver de un Wannanosaurus, un pequeño marginocéfalo que, en su estado natural, vivió a finales del período Cretácico hacía 80 millones de años. Sin embrago, el cuerpo del animal que tenían congelado apenas hacía tres años que había muerto. Lo habían rescatado tras una expedición científica a una de las antiguas reservas que tras el escándalo diez años atrás salió a la luz en África.

En la pantalla de su ordenador tenía imágenes de otras muestras de sangre de aves modernas de distintas partes del mundo, las cuales habían muerto por distintos tipos del virus de la influenza tipo A o comúnmente conocida como gripe aviar. Pero una de ellas, una cigüeña de la misma zona que el dinosaurio. El virus tenía unas mutaciones en los genes que codifican la cubierta externa haciéndolo diferente. Estos cambios habían ocasionado que la superficie exterior del virus aparentara ser diferente ante un huésped previamente infectado con la cepa antecesora. A su vez, el Wannanosaurus había muerto por razones similares a la cigüeña, pero la gripe en ese caso parecía haberse fortalecido para saltar las defensas del sistema inmunológico del saurio. Pero lo más aterrador era el descubrimiento que, al parecer, acaba de hacer el Dr. Davis.

Comparando las muestras del saurio y la cigüeña junto a las de un ser humano congolés, había llegado a la conclusión que la cepa mutada del ave y el virus del Wannanosaurus dieron lugar a un cambio antigénico y, al combinarse, habían formado un virus radicalmente diferente a las cepas antecesoras dando como resultado un virus con un nuevo subtipo, que según los informes, había matado al huésped en máximo de cuarenta y ocho horas.

Aiden estaba muy preocupado. Sus pruebas preliminares dictaminaban que la nueva cepa resultaba mucho más leve en aves y dinosaurios, aunque ambos grupos de animales eran portadores potenciales. Sin embargo, aquel nuevo virus tenía consecuencias desastrosas para algunos mamíferos y, sobre todo, en seres humanos cuya velocidad de expansión sería aún mayor. Ese cambio antigénico podía tener como resultado una propagación mundial porque los humanos simplemente no tendrían anticuerpos para bloquear la infección y más aún teniendo en cuenta la anormal velocidad con la que acaba con su huésped.

Aiden sabía que tenía que informar a sus superiores cuanto antes. Esa misma noche redactaría un informe para presentarlo a la mañana siguiente. Debería hacer más pruebas, pero no había tiempo. Más aún cuando la muestra humana contaminada tenía ya varios meses en el laboratorio.

Esa noche se la pasó redactando el informe preliminar que evidenciaba la veracidad de sus palabras. Adjuntó imágenes y descripciones detalladas de las cepas madres y sus orígenes. Pero él mismo sabía que esto solo el principio, tendría que ir a la zona cero, investigar y ver hasta qué punto la enfermedad estaba o no propagada por el globo.

Las horas pasaron y el Dr. Davis, tal y como esperaba, pasó la noche entera en el laboratorio, y con el amanecer la vida en las oficinas centrales de la OMS en Ginebra comenzó.

Fue al aseo, comprobó que sus ojos azules estaban enrojecidos y que su estado era un auténtico desastre. Se lavó la cara frotándose los ojos con fuerza, se adecentó la cabellera y puso rumbo hasta el área de oficinas.

—Soy el doctor Aiden Davis —le indicó a la secretaria del director del Programa de la OMS para Emergencias Sanitarias.

—El señor Clain en ese momento está ocupado, Dr. Davis, le asignaré una…

—No tengo tiempo para citas —interrumpió quizás con demasiada brusquedad, pero no había tiempo de medias tintas —. Sé que está ahí y lo que tengo que hablar con él, créame, no puede esperar. No hay nada más importante —dijo Aiden al tiempo que colocaba sus manos sobre la mesa de la empleada.

Ella lo miró de arriba abajo desaprobando aquel comportamiento. Pero los ojos del microbiólogo y el énfasis que puso en sus palabras la pusieron contra las cuerdas. La secretaria se giró, marcó la extensión de su jefe y mientras continuaba desaprobándolo con la mirada le informó de la insistencia de Aiden.

—Puede pasar, espero que sea algo importante —le advirtió antes de acompañarle por el pasillo hasta el despacho del Dr. Clain.

Aiden observaba los ojos de su superior mientras leía el informe que acaba de presentarle. Este fruncía el ceño mientras suspiraba profundamente. Clain era un hombre reservado con una carrera intachable y a sus cincuenta y nueve años ya estaba a las puertas de su jubilación. Davis sabía que le costaría asimilar algo así al final de su etapa profesional. Después de algunos interminables minutos inspiró una última vez, puso los papeles sobre la mesa y miró al joven científico por encima de sus gafas.

—No podemos dar esta noticia —dictaminó ante el asombro del Dr. David.

—¡¿Pero señor?! —exclamó.

—No podemos darla aún —matizó—. Hace diez años, gracias a la periodista Anaïs Albert y su estudio, fuimos conocedores de la desextinción de cientos de especies. Aquello conmocionó al mundo en los primeros meses, pero las consecuencias de ese descubrimiento nos han traído a este día diez años después. Se intentó controlar el incidente de la reserva conocida como Desextinción I, pero con el tiempo supimos que no fue así. Los dinosaurios proliferaron y a día de hoy campan a sus anchas por numerosas partes del planeta. Pero no solo eso, el capitalismo desvalijó las otras reservas y esa tecnología estuvo al alcance de todos. Hoy, todas las grandes y medianas ciudades del mundo tienen criaturas prehistóricas en sus zoos, magnates adinerados tienen reservas privadas con estos animales y cientos de empresas en todo el planeta tienen acceso a la creación de estas criaturas multiplicando el número de especies cada año. Eso sin contar que, según me indica, las aves modernas también son vía de trasmisión. Como comprenderá, no podemos dar esta noticia aún. No sin contrastarla y verificarla. Es muy arriesgado.

En absoluto secreto continuaremos las investigaciones, de la cual usted será una pieza fundamental y si llegados el momento tenemos que informar a la población, lo haremos. Pero no antes. Cundiría el pánico y sabe el destino que más podría suceder.

—Entiendo su discurso. ¿Pero es usted consciente de que un solo individuo contagiado, dinosaurio o ave, puede propagar vía aérea ese virus, verdad?

—No sería director del Programa de la OMS para Emergencias Sanitarias si no lo fuera. Tranquilo, Aiden, haremos las cosas como

deben hacerse. Y mientras tanto, veremos si es posible la creación de una vacuna. Pero por ahora este asunto es absolutamente confidencial.

El Dr. Davis asintió sin estar realmente convencido, pero si su superior lo dictaminaba él poco o nada podría hacer salvo cumplir sus órdenes.

Miró por la ventana y observó en el árbol que tenía justo en el ventanal a un gorrión alimentar a sus polluelos.

OSADÍA

—En el año 2035, el mundo se ha transformado en un lugar muy diferente. Diez años han bastado para que nuestra forma de ver la vida, en muchos sentidos, haya cambiado. Pero no, no hablamos de la llegada del ser humano a Marte hace menos de dos años, nos referimos a la desextinción. Hemos perdido el miedo al pasado, al reencuentro con especies prehistóricas separadas del ser humano, en algunos casos, por millones de años. Tanto tiempo que no somos capaces ni de imaginarlo.

Algunas personan parecen estar encantadas de poder ir a un safari a África y contemplar como un *Tyrannosaurus rex* da caza a un elefante, otros creen que se debería retomar el control de las especies invasoras y recluirlas como en un primer momento a las reservas controladas, a otros les horroriza la idea de que estos animales se hayan esparcido con ayuda del hombre por todo el planeta; y una pequeña porción de la población mundial como los integrantes radicales de ALAD (Asociación por la Libertad de los Animales Desextintos) recriminan el uso capitalista que se le da a estos animales y piden una solución.

A lo largo de todo el mundo, partidarios de todas estas opciones se manifiestan en las puertas de sus gobiernos exigiendo lo que, a su parecer, es la solución más correcta. Pero, ¿qué debe hacerse? De todas estas opciones, ¿en cuál se ve usted más reflejada, señorita Albert? —preguntó la presentadora finalmente después de su introducción.

En la pantalla que tenían justo en la derecha del plató de televisión no paraban de proyectar múltiples manifestaciones, algunas pacíficas y otras tantas violentas intercaladas con imágenes de saurios en distintas zonas del mundo: zoos, reservas privadas y por supuesto, en

libertad.

Anaïs Albert, responsable de sacar a la luz la desextinción observaba las imágenes al tiempo que prestaba atención a la entrevistadora. Pensó bien su respuesta y después de unos segundos de incómodo silencio se manifestó.

—No puedo rehuir a la verdad y como sabréis menos aún a mis principios. Cuando tuve la oportunidad de compartir con el mundo lo que viví en Desextinción I, en África, mi primera intención fue avisar al resto de la población de lo que de forma clandestina se hacía en varios laboratorios del mundo. No estoy en contra de la desextinción, poder ver, oír o tocar un dinosaurio o un mamut me parecía una idea fascinante. Pero la idea de soltar una manada de Utahraptores en poblados del tercer mundo me horrorizó. Vida Futura estaba regentada por gente sin escrúpulos como Anastasia Lázaro, la cual como sabemos cumple condena por diversos delitos. Había que pararlo. Pero tengo que confesar que el punto al que hemos llegado ahora me horroriza más que la antigua directora de la reserva africana.

—¿Cuál es su punto de vista pues? ¿No ve con buenos ojos que todo el público pueda disfrutar de estas criaturas? —la interrumpió la presentadora del *magazine*.

—¿Todo el público? ¡No seamos hipócritas! El primer mundo se ha llenado de zoológicos dedicados a estos animales mientras que en países menos desarrollados hacen frente día a día a los peligros de convivir con especies que han destrozado los ecosistemas que habitan. Por lo que no, no veo con buenos ojos que las criaturas desextintas estén al alcance de todos. Pero ojo, sí estoy a favor de la desextinción en entornos controlados.

—¿Quiere decir, o al menos eso entiendo, que deberíamos retroceder en el tiempo, ignorar sus libros y volver a encerrar a esos animales en las antiguas reservas? —preguntó la periodista sobreactuando.

—Así es. Si por un casual hubiese sabido lo que el mundo le haría a estos animales jamás hubiera publicado el reportaje. Anastasia Lázaro era un monstruo, sí, pero inofensiva si la comparamos con el mundo de hoy día.

En ese momento Iván apagó la televisión ante la mirada inquisitoria de su hijo pequeño James.

—Vamos, cariño. Tienes que terminar de recoger tus cosas, en dos horas sale nuestro tren —le dijo mientras él hacía lo propio con las suyas.

Al pequeño no le había hecho ni la más mínima gracia que le apagara la televisión. Era un entusiasta de los animales en general, pues él había nacido en un mundo donde los dinosaurios y mamíferos

prehistóricos formaban parte del día a día. Para él, no había mucha diferencia en ir al zoo a ver un león o a un Ceratosaurus.

—Oye, papá, ¿por qué hay gente que no los quieren? —preguntó mientras se apartaba su flequillo rizado de la cara —, si son animales grandes y muy bonitos.

—Verás, James. Estas hermosas criaturas han estado mucho tiempo perdidas, no se sabía nada de ellos y de pronto un día volvieron a aparecer. La gente tiene miedo, pero no te preocupes, no debes hacer caso a todo lo que veas, ¿de acuerdo?

El niño lo miró sin estar muy conforme con la explicación que le acaba de dar su padre.

—Iván, tenemos que darnos prisa. En media hora estará nuestro transporte esperándonos para llevarnos a Atocha. ¿Has encerrado ya a tus mascotas? Vamos a estar el fin de semana fuera y no quiero que tus gallinas anden a sus anchas por el jardín —dijo Sophia desde la cocina.

—Sí, ya está todo solucionado y también he cogido el tratamiento para este resfriado que no me deja en paz —contestó con cierto desdén—. Vamos, enano, vayamos a recoger tus cosas antes de que tu madre saque a pasear su legendario genio americano.

—Papá, ¿en el zoo al que vamos hay más animales que el que está cerca de casa? —volvió a preguntar el niño haciendo referencia al zoológico de Madrid que ahora, como otros muchos en el mundo, tenían diferentes especies desextintas en sus instalaciones.

—Sí, cariño. En el nuestro hay muchos dinosaurios y mamíferos prehistóricos, pero al que vamos es mucho más grande y además ¡está muy cerca del mar! —contestó el padre casi más emocionado que su hijo.

Ya en el tren les esperaba una escasa hora y media hasta llegar a Valencia. Desde hacía tres años, habían inaugurado uno de los mayores zoos del mundo con multitud de especies prehistóricas incluidos reptiles marinos y voladores, el “Zoo Aquarium Prehistórico de Valencia”. La empresa era la misma que desde hacía años regentaba en la ciudad el conocido Bioparc, pero para albergar a estas criaturas habían tenido que construir unas instalaciones infinitamente

más grandes que el antiguo parque, y aun así, estaban en el punto de mira de ALAD por tener los animales hacinados, según su criterio.

La familia de Iván, la estadounidense Sophia y su hijo James, eran unos entusiastas de los dinosaurios, en especial el pequeño James y su padre, y hoy iba a ser un día muy especial.

Después de muchos intentos habían conseguido rescatar de la extinción al animal conocido más grande que alguna vez había caminado sobre nuestro planeta, el saurópodo *Amphicoelias fragillimus*. Un coloso de ciento treinta toneladas y sesenta metros de largo que, durante mucho tiempo, solo fue un mito, pues muchos científicos del siglo pasado y de este cuestionaron su existencia por la falta de registros fósiles. Pero con el de la desextinción, los gobiernos y empresas privadas iniciaron una carrera, como la de siglos pasados, en ver quién conseguía traer al mundo moderno las especies más exóticas desembocando en un descontrol en el cual hoy día no se sabía a ciencia cierta el número de especies existentes en la actualidad. Un auténtico caos.

Habían preparado todo un evento para la presentación del animal con una cobertura mundial. El proyecto se había llevado en secreto y había sido anunciado pocas semanas antes del gran día con el fin de evitar posibles filtraciones.

—Papá, ¿falta mucho? —preguntó de nuevo el pequeño de la familia.

—No, cariño. Toma esto y léelo. Cuando termines de leerlo casi habremos llegado —contestó dándole a su hijo una guía ilustrada de todos los animales que verían ese día.

Mientras, a más de trescientos kilómetros de allí, Denia y el equipo de veterinarios del zoo, así como la seguridad y otros tantos departamentos, se preparaban para la llegada del Amphicoelias.

—Cinco horas para la llegada del barco —anunció la megafonía interna del zoo que aún estaba cerrado.

—Está bien, volvamos a repasar el protocolo, la seguridad y el hábitat —dijo Denia Bautista, jefa del departamento veterinario de la instalación.

La veterinaria, acompañada de diversas personas, caminó hasta uno

de los embarcaderos privado del complejo. El zoo se encontraba ubicado en el antiguo puerto de Valencia, con una superficie actual de 6,2km en el que se recreaban multitud de hábitats. La cúpula del centro apenas tuvo competencia en la compra del saurópodo gigante pues pocos lugares en el mundo tenían las instalaciones necesarias para el transporte del animal y el zoo contaba con un puerto enorme donde el buque que transportaba a la criatura podría atracar sin problema. Además, al estar situado en la cuenca del Mediterráneo tenía un clima suave casi todo el año al igual que sus aguas templadas.

El muelle había sido diseñado específicamente para que el gigante pudiera acceder por su propio pie al recinto que le habían preparado. Un animal de esas características no podía ser transportado, por lo que la operación debía salir a la perfección.

—Esta pasarela de quinientos metros será la que el animal cruce una vez las compuertas del barco se abran. Los veterinarios de abordo administrarán al animal un estimulante justo antes de llegar para que pueda hacer el camino sin problemas. Como veis, todo el recorrido está perimetrado por una valla electrificada hasta llegar a las compuertas que dan acceso a su hábitat —continuó diciendo.

—¿Este recinto es provisional? —preguntó la periodista del departamento de comunicación.

—Sí, en principio sí. Antes de que me pregunte, somos conscientes de que no es lo suficientemente grande teniendo en cuenta el tamaño de la criatura. Tendrá que argumentar que solo será para el periodo de adaptación. Quizás con el tiempo, unamos esta instalación con la del resto de saurópodos, pero en principio se quedará así.

—De acuerdo —contestó la periodista sin estar muy convencida, pero ese era su trabajo, comunicar lo que la dirección le mandaba.

—Una vez más os pido máxima profesionalidad. Sé que no es el procedimiento normal. Antes de exhibir al saurópodo en cuestión se debería realizar un periodo de prueba preliminar.

Pero la directiva ha creado de esto un reclamo turístico de la mano del ayuntamiento. Démosle el espectáculo que quieren desde la más absoluta perfección y seguridad —dijo antes de cerrar su carpeta y continuar con el repaso de protocolos de actuación.

PREHISTORIA CONTEMPORÁNEA

No era la primera vez que James veía un dinosaurio, pero para él cada visita al zoo suponía una nueva aventura. Aunque para el niño al pertenecer a la generación que ya había nacido con el fenómeno de la desextinción expandido por todo el mundo no había diferencias en los animales contemporáneos a los desextintos.

El taxi estaba a punto de llegar a su destino y desde su posición ya se veían las puertas del parque zoológico y las aglomeraciones para acceder al interior del mismo.

—Empezamos bien el día, ahora tendremos que esperar esa cola para entrar —bufó Sophia un poco molesta. Ella, al contrario que su marido y su hijo, no compartía la afición por aquellos animales.

—Tranquila, amor. Tenemos pases VIP —sonrió Iván mostrándole las entradas con orgullo al tiempo que se sonaba

la nariz.

—¿Has tomado los antihistamínicos? —preguntó de nuevo su mujer.

—Sí, cariño…

La familia bajó del coche y, mientras Sophia abonaba la cuenta al taxista, Iván le colocaba al niño la gorra y la maleta bien sujeta a la espalda.

—¡Preparados! —exclamó el padre emocionado.

—¡Sí! —contestó James.

Iván miró a su mujer enarcando una ceja.

—Sí, ¡*yuju*! —sobreactuó.

La entrada era la típica propia de un zoológico donde lo primero que veías era la tienda de regalos que hacía la delicia de los más pequeños y el terror para las carteras de los padres. James no tardó en fijarse en un muñeco nada más entrar

en la tienda.

—¡Papá, por favor! Este es el Tyrannosaurus Alfa, el rex más grande y de mayor tamaño de mundo! —dijo mientras llevó la caja hasta sus padres.

Sophia los miró sin saber muy bien a quién le gustaba más el muñeco, si al niño o a su padre.

—¿Ah sí? ¿Y qué más sabes de él? —le contestó mientras le sujetaba la caja.

—Mide catorce metros y fue el primer T.rex que existió —contestó el pequeño con orgullo.

—¡Muy bien! Así es, hoy veremos al Tyrannosaurus que capturaron hace diez años en la reserva africana.

—Venga, vamos a comprarlo —intervino la madre resignándose a pasar el día como ellos querían.

James, ya con su rex en los brazos, corrió fuera de la tienda directo hasta el primer recinto que los recibió nada más entrar. Se trataba del área de los Corythosaurus, una parcela de unos mil quinientos metros con forma semicircular, separada de los visitantes por un foso de unos diez metros en todo el frontal y un muro de rocas gris en su parte posterior de ocho metros. Había seis animales, cuatro adultos y dos crías de poco tiempo. El recinto tenía una pequeña pradera con una zona un poco más boscosa y una piscina en la zona central.

—Es bonito, porque no son jaulas, pero lo veo algo pequeño para el tamaño de estos animales —dijo Sophie.

Pero su marido y su hijo ya estaban abstraídos haciendo fotos y con los ojos tan abiertos como sus parpados le permitían observando a los ornitópodos.

Los dinosaurios, de cuerpos grandes y alargados, eran de un verde pálido generalizado en el caso de las hembras y mucho más intenso en los machos que, a su vez, tenían el lomo moteado de manchas rojas, tono que se intensificaba en la cresta semicircular que tenían en la cabeza.

—De acuerdo, tenemos varias opciones —comenzó a decir Iván—. La presentación del saurópodo es dentro de tres horas. Tenemos asientos numerados, así que podemos visitar algunas partes del parque antes. ¿Por dónde empezamos?

—Esos autobuses me parecen interesantes, dan una vuelta por la mayoría de recintos —sugirió Sophie.

Los buses a los que hacía referencia eran de lo más peculiares, los había visto en su viaje de novios en Nueva York. Eran vehículos con las paredes de cristal a ambos lados y cuyos asientos estaban distribuidos en gradas tanto a un lado como a otro, lo cual daba una visión espectacular de todos los lugares que recorría.

—Quiero ver a los rex, por favor —insistió James.

—Vamos a montarnos en el bus y nos bajamos en el mirador del Tyrannosaurus —sugirió Iván. El niño aceptó y subieron al vehículo con vistas panorámicas.

El autobús estuvo durante unos dos minutos a oscuras mientras cruzaba un túnel. Aunque era leve, se podía percibir que estaban bajando por una pendiente, pero fuera de eso no se podía ver nada. Pero aquella oscuridad mereció la pena. De repente, una intensa luz filtrada por los millones de toneladas de aguas que tenían encima los iluminó a todos.

—Oh, Dios mío —murmuraron los tres a la vez.

En ese momento circulaban por el fondo del acuario protegidos por un túnel de paredes transparentes. Aquello eran piscinas artificiales comunicadas con el mar por numerosos conductos, pero la decoración estaba tan lograda que parecían estar en mitad del océano. Pero no tuvieron tiempo para fijarse en el ecosistema recreado, pues en ese instante una sombra cruzó por encima de ellos. James apuntó el dispositivo que le dieron en la entrada y la información del animal salió en la pantalla de inmediato.

—Tylosaurus, reptil marino perteneciente a la familia de los mosasaurios. Nuestro ejemplar, con quince metros de largo y quince toneladas, es el carnívoro más pesado del Zoo Aquarium Prehistórico de Valencia.

Era un reptil de cuerpo robusto, cola larga y una cabeza estrecha triangular aplastada verticalmente. Utilizaba su cola a través del agua para emboscar a sus presas. Tenía toda la zona superior de su cuerpo de un gris azulado y el vientre de un color arena, de forma que, en agua profundas, se mimetizaba a

la perfección.

Para la sorpresa de los asistentes, un segundo ejemplar un poco más pequeño apareció observándolos a través de las paredes del cristal del túnel.

Poco a poco el transporte volvió a subir, pero aún continuaba bajo el agua, aunque por una zona menos profunda. Cruzaron un muro de hormigón que dividía los estanques y entraron en un ecosistema muy diferente. Todo el fondo estaba cubierto por arrecifes de coral. Al pasar una compuerta se abrió en el fondo y un banco de peces entró en el estanque.

—¡Mira, mamá! —exclamó James.

Acto seguido apuntó con su dispositivo hacia los animales que acaban de aparecer cazando a los recién llegados. Estos comenzaron a darle la información.

—Delfín mular y Dolichorhynchops. Dos especies separadas por millones de años que hoy en día, no solo se aceptan, sino que forman parte de la misma manada. Utilizamos cetáceos modernos para

enseñar a los dolis los hábitos de caza y, desde entonces, estos reptiles marinos de tres metros de largo, cuatro aletas y cabeza alargada, son compañeros inseparables de los delfines. Si desea ver el espectáculo, acuda al delfinario o dolisnario a las 15:00 horas.

Todos los asistentes contemplaron la unión artificial que se había creado entre los animales. Además, los dolis tenían el mismo color de piel que los delfines, hasta tal punto que debido a la velocidad a la que iban llegaban a confundirse unos con otros. Una auténtica maravilla de la ingeniería genética.

Por último, el bus pasó a la última zona del área este del estanque y todos pudieron observar a los majestuosos Elasmosaurus, un reptil marino de cuello largo que, pese a que no son muy rápidos, cazaban con una destreza increíble.

El transporte volvió a la oscuridad del túnel y al cabo de unos minutos volvieron a la superficie viendo a algunos de estos animales descansar en las playas de arena blanca de la zona superior de la instalación.

—En el otro lado del parque, según el mapa, hay otra área subacuática. Luego podemos ir —dijo Iván.

—¿Vamos a ver al *alpha* ya? —insistió el niño mostrando su juguete.

—Tranquilo, el dinosaurio no se va a mover de allí —le tranquilizó su madre.

Aún quedaban unos cientos de metros hasta llegar a la parada donde el pequeño James deseaba llegar, pero aquello no significaba que el trayecto restante no fuera igualmente fascinante. El autobús se detuvo en un recinto de mayor tamaño y, ante ellos, tenían el Valle Hell Creek, una extensión de unos veinte mil metros cuadrados y, desde su posición, podían ver una manada bastante numerosa de Triceratops y otros tantos Styracosaurus.

—Si lo desean, en quince minutos comenzará el safari del valle donde podrán estar cara a cara con el gigante de tres cuernos y otros ceratópsidos —dijo el conductor a través de la megafonía.

Mientras las personas bajaban, James quedó casi en un estado hipnótico al ver que era uno de sus dinosaurios favoritos. Además, los que había en este zoo eran muy diferentes en cuanto a color de los que había visto en otras ciudades. Esos eran más exóticos, de un color muy oscuro en la base, casi negro, con manchas blancas en el lomo y algunas franjas rojas en la cabeza, dándoles un aspecto más amenazante si cabe. Mientras el niño continuaba absorto en sus pensamientos, sus padres comenzaron a hablar de lo que les parecía el zoo.

—Sigo diciendo que veo los recintos muy pequeños —se quejó Sophia.

—Cariño, son más grandes que cualquier zoo del mundo —se

justificó Iván.

—No sé, ya sabes que los animales no son lo mío. Pero creo que no tienen el espacio suficiente para desarrollarse.

—También es cierto que para animales nacidos en cautividad no es necesario que cubran grandes distancias buscando alimento, se lo proporcionan ellos —razonó de nuevo su marido.

—Tú sabrás, pero los animales tienen que estar en libertad. Pero claro, en este caso no pueden estarlo. ¡Qué complicado!

—exclamó agobiada. Sophia era una mujer de negocios, no una naturalista.

—Mamá, deja de hablar y mira por la ventanilla —dijo su hijo James molesto, provocando las risas de sus padres.

Después de algunos minutos, al fin bajaron del autobús dispuestos a entrar en el recinto del rex. Eran unos enormes túneles que recorrían gran parte de la instalación que, durante su trayecto, contaba con varias aperturas que actuaban de miradores desde una perspectiva totalmente segura. Corrieron a la entrada, pero se dieron de bruces con un cartel y un seguridad que les cortaba el paso.

—Lo siento, el mirador del rex está cerrado por obras de mantenimiento —se limitó a decir el guarda.

El niño miró a sus padres con una mezcla de enfado y tristeza, agachó la cabeza y fue hacia la descripción de la instalación que había en la puerta. Elevó el dispositivo de lectura y este leyó la información que le transmitió.

—En nuestro zoo, no contamos con un solo *Tyrannosaurus rex*, sino con cinco ejemplares. Dos hembras adultas, un subadulto y dos machos, siendo uno de ellos el rex más grande del mundo con algo más de catorce metros de largo y

seis de altura.

Mientras James se entretenía con su aparato, Iván buscó información a través de su móvil. Debía de haber alguna explicación que, por suerte, encontró. Se alejó un poco de su hijo y habló con su mujer.

—Al parecer antes de que llegara el nuevo animal había otra hembra, pero cuando llegó él se adueñó de la manada, mató a la antigua alpha y, al venir en estado salvaje, destrozó gran parte de mirador —leyó en su móvil.

—¿Este es el animal que había en la reserva donde estuvo la periodista que lo destapó todo?

—Sí. Ese animal se crio en semilibertad y luego estuvo durante bastante tiempo viviendo en África. Según leo aquí, ha estado ya en varios zoológicos y se llegó a conclusión de que su agresividad era por falta de sociabilización. Por eso lo trajeron aquí…

Sophia, como ella misma manifestaba, no era una amante de los

animales, pero saber que a pocos metros de ella había un depredador con conductas agresivas que había logrado destruir parte de los miradores la hizo sentir intranquila y más aún estando su hijo por allí. Pese a la desilusión del pequeño, agradeció la casualidad.

—Señor, ¿qué otros carnívoros hay en el zoo? —preguntó James al insípido guarda de seguridad.

Este lo miró y al ver la cara del pequeño, con sus rizos rubios, sus ojos azules y sus manos agarradas con fuerza al rex de juguete, abandonó su actitud seria, se agachó y, con simpatía, habló con el niño.

—Tienes mucho donde elegir, señor paleontólogo —bromeó—. En esa dirección está el recinto de los Concavenator, que además es un animal español, como tú. Por esa otra, tienes el pantano africano donde tienes dos Spinosaurus y, ¿sabes una cosa?, uno de ellos es más grande que T. Rex alfa.

—Es más grande pero no más fuerte —contestó el niño frunciendo el ceño—. ¿Sabe que el rex tenía el mordisco más *superpoderoso* de todos los dinosaurios? —dijo haciendo hincapié en la palabra *«superpoderoso»* al tiempo que juntaba con fuerza sus dedos y sacaba sus dientes.

—Es su dinosaurio favorito —dijeron sus padres sonriendo al ver la actitud de James.

En este instante un poderoso rugido, grueso, profundo y vibrante hizo que todos los allí presentes alzaran la vista y, durante unos instantes, reinó el silencio.

—Vaya, parece que el *alpha* está de acuerdo contigo —bromeó el guarda.

James sonrió, miró a su muñeco con orgullo y se encaminó por la avenida que llevaba a las otras instalaciones.

TIEMPOS PASADOS

El coche había recogido a Aiden en el Aeropuerto Internacional Juan Santamaría y, aunque solo había unos trescientos cincuenta y nueve kilómetros hasta su destino, en Bahía Drake, el viaje en automóvil se prolongaría algo más de cinco horas debido al estado de las carreteras del país.

El doctor Davis no estaba acostumbrado al tiempo de Costa Rica, en Suiza hacía mucho más frío y ni qué decir tiene en su Washington natal. En aquel país tropical el clima era caluroso y sobre todo muy húmedo, y en esa época del año más aún por las abundantes lluvias que mojaban el sur de Costa rica. Factores que estaban haciendo el viaje en coche un poco agobiante.

Habían pasado varios meses de la conversación con Clain, el director del Programa de la OMS para Emergencias Sanitarias. Hasta ahora, había sido imposible ubicar el epicentro de la enfermedad, y peor aún, el virus mutaba dependiendo de la especie portadora pero afectando igualmente al ser humano, lo que hacía una tarea casi imposible el hecho de fabricar una vacuna general para combatirla.

Debido a lo infructuoso de sus investigaciones, la OMS había enviado a Aiden a hablar con uno de los científicos que primero estuvo en contacto con los animales desextintos con la esperanza de que pudiera arrojar algo de luz ante tanta incertidumbre.

Después de horas en el coche, por fin llegaron a la finca donde se suponía que vivía el científico. Un muro de hormigón y unas gruesas puertas se interponían entre el coche y el interior. El conductor habló por el dispositivo que había en la entrada y las puertas se abrieron. El interior no parecía diferir demasiado con el exterior, más y más selva. Pero al cabo de unos minutos el paisaje asilvestrado cambió a un gran

jardín muy cuidado y una verja mucho más cuidada de forja negra con dos iniciales cromadas se abrió permitiendo el paso.

A lo lejos había una impresionante mansión de estilo clásico, de dos pisos, blanca con grandes terrazas y tejados marrones. Pero aquello no fue lo que sorprendió a Aiden. Miró hacia uno de los árboles y vio a uno de esos animales desextintos. Era uno pequeño, cubierto de plumas azules y naranjas que saltaba de árbol en árbol persiguiendo a varios insectos. Pero no era el único, había más como él.

Llegaron al recibidor de la mansión y un mayordomo salió al encuentro de Aiden.

—Espero que haya tenido un viaje agradable, señor Davis —dijo el empleado—. Permíteme que le ayude.

—No, no se preocupe. Puedo llevar mi maletín sin problemas. Muy amable —contestó sujetándolo con decisión. No pensaba separarse de él un solo segundo, contenía toda la información de su investigación.

—Como guste. El señor Alvarado le atenderá en seguida.

La mansión era aún más grande en el interior. Todo estaba decorado con buen gusto: muebles de madera y espacios iluminados por grandes ventanales que daban al impresiónate jardín lleno de fuentes. El mayordomo lo llevó hasta un celador cerca de la casa, de madera al igual que el resto con grandes telares blancos.

—Espero no haberle hecho esperar, doctor Davis —dijo el recién llegado. Un hombre de unos cuarenta y cinco años muy moreno que vestía ropa blanca holgada.

Aiden se puso de pie nervioso y estrechó la mano.

—Señor Alvarado, es un honor conocerle. He seguido de cerca muchos de sus trabajos —dijo emocionado.

—Gracias, Santos a secas está bien —contestó con una sonrisa—. Por favor, siéntese, tengo que confesarle que estoy muy intrigado con su visita, sus informes preliminares fueron muy… escuetos.

En ese momento un animal igual que el que Aiden había visto en la entrada saltó sobre el sillón de Santos haciendo que el doctor se asustara.

—Tranquilo, son inofensivos. No estamos en su dieta —tranquilizó el zoólogo.

—¿Tiene más dinosaurios en su casa? —preguntó Aiden.

—Sí, algunos. Luego se los mostraré si quiere. Este es un microraptor. Tengo una manada totalmente autosuficiente, mantienen a raya las plagas en toda la propiedad —dijo con orgullo mientras lo ponía de nuevo sobre un tronco cercano.

—Puede ser que lo que tengo que contarle no le haga gracia —dijo Aiden mientras sacaba de su maletín algunos informes —. Permítame unas preguntas, Santos.

—Adelante.

—Cuando estuvo en la reserva Desextinción I, en África, ¿observó algún tipo de manifestación vírica en los animales? ¿Sintomatologías anómalas o algún comportamiento errático?

El zoólogo entornó los ojos y mantuvo silencio algunos minutos.

—Aquel lugar era un laboratorio gigante. Los experimentos y ensayos no se centraban solo en las probetas del edificio central. Los científicos investigaban múltiples aspectos de los animales que allí creaban. Su impacto en el medio, cómo se relacionaban entre ellos y con las especies autóctonas y, por supuesto, las reacciones de sus organismos a las distintas formas de vida microscópicas. Experimentaban con virus y bacterias, utilizaban el poderoso sistema inmunitario de los dinosaurios para desarrollar vacunas contra enfermedades incurables como el VIH, el cáncer y demás. Pero también estaban muy pendientes de las patologías que contraían en su entorno. Cuando estuve allí, recogí muestras de animales infectados por lo que parecía ser mixomatosis. De alguna forma habían sido contagiados y, a su vez, el nuevo virus era también transmisible a algunas aves.

—Exacto —lo interrumpió Aiden—, sabía que algo así tuvo que originarse en una de las reservas. ¿Cree que guarda relación con las distintas endemias que vienen arrastrando desde hace años toda la zona?

—Sin duda. De hecho, parte del trabajo de la instalación era encubrir ese tipo de responsabilidad. Pero, ¿dónde quiere llegar? —preguntó Santos al ver los derroteros por los que iba el encuentro.

—Tenga, lea esto. Le dará las respuestas que busca —habló mientras le daba una copia de su investigación.

Los ojos del zoólogo leían con asombro el contenido de aquellos papeles hasta que después de unos minutos miró a Aiden con el semblante muy serio.

—Gripe Sauria o A (GS1), ¿hasta qué punto es peligrosa esta enfermedad?

—La gripe sauria es letal para el ser humano y algunos primates, altamente infecciosa para muchos mamíferos y muy leve para los reptiles, aves y dinosaurios, los cuales apenas desarrollan la enfermedad. Son meros portadores y su contagio es a través de fluidos o por aire.

—¿Dónde la han encontrado? —preguntó sin dilación Santos.

—Al principio solo en algunos poblados africanos. Pero en las últimas semanas hemos detectados casos en Asia y en el sur de Europa. Pero de momento mantenemos el asunto lejos de los focos, al menos hasta tener más información o incluso una posible vacuna.

—Esto es muy serio. Puede haber una epidemia o una gran pandemia en cualquier momento. Las criaturas desextintas están por

todo el mundo y las aves ni qué decir tiene. De momento lo han controlado, pero en el instante en que algo perturbe vuestro control desencadenará el caos, no le quepa la menor duda.

—Por eso estoy aquí. Y créame, me ha servido de mucha ayuda. Ahora tengo la certeza del origen de la enfermedad y un punto geográfico por el que comenzar.

—No. No vaya a África, allí solo hay ruinas —le interrum-pió el zoólogo—. Si alguien puede tener registros de los primeros vestigios de A (GS1) es uno de los padres de la desextinción, el doctor Nicola Weber.

—Nadie sabe dónde está Weber. Fue absuelto después del escándalo y jamás se supo nada más de él —afirmó con convicción.

—Debe ir a Desextinción IV. Es la única de las cuatro reservas que aún funciona. Allí el doctor Weber continúa sus estudios después de que él y su equipo mostraran pruebas a los distintos gobiernos de la importancia de su trabajo. Y gracias a él, la megafauna del cenozoico no se ha extendido tanto por la tierra como los dinosaurios. Llámelo —dijo mientras le daba una tarjeta—. Dile que Santos le envía, le escuchará y le ayudará en lo que pueda. Tenemos que llegar hasta el fondo de su investigación, es de suma importancia por el bien de todos.

Aiden preparó su viaje de regreso a Europa, pero no volvería a Ginebra, su próximo destino se encontraba en el parque natural de Ordesa y Monte Perdido, en Aragón. Allí se encontraba el complejo Desextinción IV, la más pequeña de las cuatro reversas originales, pero la única que había sobrevivido al escándalo diez años atrás.

CENOZOICO

Aiden tuvo que alquilar un coche para llegar a la reserva. Había hablado con el doctor Weber y aunque al principio se mostró reticente, Santos habló con él y al final aceptó. El zoólogo y Nicola habían tenido sus desencuentros tras el destape de la desextinción, pero fue gracias a Alvarado que Weber quedara libre de cargos al declarar a su favor en el juicio. Después de eso mantuvieron una relación intermitente durante años.

El clima en esa zona de España era mucho más similar al que Aiden estaba acostumbrado. Era de tipo mediterráneo continental semidesértico, un tipo de clima que se caracterizaba por sus grandes contrastes a lo largo de las estaciones. En invierno hacía mucho frío con nevadas y fuertes heladas mientras que en verano hacía bastante calor. No tanto como en otras regiones del sur, pero solían llegar a los treinta o treintaicinco grados.

Tras un par de horas desde la capital, llegó al parque natural de Ordesa y Monte Perdido. Aquella zona fue muy popular a principios del siglo veintiuno, incluso en 1997 fue declarada patrimonio de la humanidad por la Unesco. Sin embargo, la corrupción política y la especulación hicieron que el parque perdiera prestigio y con el tiempo se prohibió el acceso por supuestos problemas medioambientales, todo ello orquestado por Vida Futura. En la actualidad, todo el mundo conocía lo que en realidad sucedía en el parque natural y había muchísimas medidas de seguridad que protegían aquel santuario del cenozoico de miradas indiscretas.

Aiden pudo entrar sin problemas gracias a la autorización que Weber le hizo llegar y, una vez dentro, se dio cuenta de lo magnifico y especial que era el lugar donde se encontraba. Había zonas

montañosas altísimas, lo cual garantizaba en sus cumbres y laderas más altas un clima más frío, mientras que en sus bosques y planicies había un clima más templado e incluso árido. Un marco perfecto para la fauna que se supone vivía allí.

Al traspasar los muros de hormigón le requisaron el coche por su propia seguridad y lo montaron en un vehículo blindado cuyos cristales eran antibala. Santos se mostró un poco reticente, pero no le quedó otra más que aceptar. Sin embargo, apenas llevaba unos kilómetros recorridos y agradeció estar dentro de ese armatoste de metal.

—Puede utilizar el dispositivo que tiene en el lateral del coche para identificar a los animales —dijo el conductor.

Aiden cogió la *tablet* de cristal y apuntó hacia el grupo de mamíferos gigantes que tenía ante ellos. Se trataba de una manada de Megatherium, un perezoso de tres toneladas tan grande como un elefante. Aunque no tenía nada que ver con su pariente moderno, era un animal enorme, con poderosas garras y algo más rápido. Uno de ellos estaba de pie comiendo las ramas altas de un árbol y era impresionante el tamaño que alcazaba erguido sobre sus cuartos tarseros. Una curiosidad con esta especie desextinta es que era de las más puras, pues había sido clonado directamente de un cadáver muy reciente encontrado en el profundo Amazonas, lo que parecía indicar que el Megatherium había sobrevivido hasta los tiempos modernos en la selva inhóspita de Sudamérica. Un macho grande, al ver el coche, se puso de pie y movió su cabeza con fuerza. No le gustaba que el vehículo estuviera por allí.

En el horizonte más cercano ya podía verse el edificio central del complejo. A simple vista parecía un hotel, de paredes curvas y grandes ventanales de cristal. Estaba en medio de un valle entre dos picos de montaña bastante altos. Al ver llegar el vehículo las puertas se abrieron permitiéndoles el paso. En el interior había un patio principal al descubierto, con una enorme fuente de mármol con forma de mamut.

Al verlos llegar, varias personas observaron al recién llegado doctor desde los amplios pasillos de los pisos superiores. Pero de la escalera principal bajó un señor rubio de ojos azules ataviado con una bata.

—El doctor Aiden Davis, ¿verdad? —preguntó extendiendo al mano.

—Sí, imagino que es usted el doctor Weber —dijo al tiempo que le estrechaba la mano.

—Estaba impaciente por su llegada debido a la gran insistencia de mi amigo costarricense. Vamos, acompáñeme. ¿Ha visto usted alguna vez a una criatura del cenozoico? —habló mientras le indicaba que subiera por las escaleras.

—He visto dinosaurios, sí, pero hasta que no he entrado en esta

reserva nunca había visto un mamífero tan grande —contestó.

—Bueno… por desgracia los animales de mesozoico son muy populares a día de hoy. Fueron cientos los que se adueñaron de nuestros esfuerzos. Por suerte, hemos mantenido Desextinción IV como un santuario. Vamos, le enseñaré lo que hacemos aquí y, por supuesto, hablaremos del asunto que le ha traído hasta nosotros.

El científico condujo al microbiólogo hacia el subsuelo del edificio. Cuando las puertas del ascensor se abrieron Aiden quedó impresionado. Allí abajo era el lugar donde, una vez nacidos los animales, los criaban hasta cierta edad para luego liberarlos en el parque. Aunque era un zoo de futuros gigantes, se parecía más a una granja escuela con todo lujo de comodidades.

—Mire, en este recinto tenemos cinco crías de mamut lanudo de entre un mes y dos años. A la edad de cinco años cuando hayan crecido lo suficiente como para incorporarlos a las manadas los liberaremos —dijo el doctor mientras acariciaba la frente de una de las crías.

Pero allí había una gran variedad de animales. Mientras recorrían el sótano, vieron crías de felino de dientes de sable de pocos días de vida, pero cuando llegaron al área más distante fue cuando Aiden se sorprendió de verdad.

—Impresionante, ¿verdad? El Paraceratherium, con quince toneladas y siete metros de altura es el mamífero más grande que ha caminado sobre la tierra.

Aiden se acercó a la valla donde el enorme animal comía de las copas de los árboles. Tenía las patas delanteras más grandes que las traseras, un cuello largo ancho y robusto, y su cara era muy similar a la de los rinocerontes actuales solo que mucho más grandes y sin cuernos.

—¿Qué le sucede? ¿Por qué está aquí dentro?

—Está enfermo, lo aislamos para administrarle los mimos necesarios. Siempre nos hemos tomado muy en serio los cuidados de nuestros animales —dijo con cierto tono de tristeza e incluso enfado. Tono que no pasó inadvertido para Aiden.

—Imagino que tuvo que ser duro cuando el capitalismo saqueó vuestros logros —pensó en voz alta, y al ver la expresión de Weber se arrepintió en el acto.

—Lo fue. ¿En qué se ha convertido el mundo en tan solo diez años? Un lugar donde la desextinción está en manos de cualquiera. El planeta entero cuenta con recintos de pacotillas con criaturas en condiciones nada aptas. Y qué decir tiene de los que están en libertad destrozando los ecosistemas sin que nadie haga nada para solucionarlo. Claro está, al ser un problema tercermundista no es una

prioridad para los países ricos del hemisferio norte.

Saltaba a la vista el profundo dolor que sentía al hablar del saqueo del trabajo que la corporación Vida Futura realizó con tanto esfuerzo durante años antes del maldito escándalo.

—Bueno, quizás después de lo que vengo a contarle esa situación cambie —concluyó Aiden suscitando la curiosidad del científico.

En el último piso, donde se encontraba el despacho de Weber, este no daba crédito al leer los informes de Aiden. Los releyó mil veces antes de abrir la boca y compartir con él la información.

—Es una situación que, aunque no lo parezca, es crítica. Esa enfermedad vuela, literalmente, por todo el mundo, y si algo se sale de control, o hay un contacto mayor de esas aves con pájaros domésticos, dinosaurios, etc. Estaríamos ante una epidemia muy peligrosa —razonó Weber en voz alta.

—Durante su trabajo en África, ¿registró algo remotamente parecido?

—Sí, aunque no tan peligroso para el ser humano. Cuando los trajimos de vuelta reaccionaron negativamente ante muchas de las bacterias y virus de nuestro tiempo, estos mutaron para esquivar el sistema inmunitario de los saurios. Pero allí todo estaba bajo control, eliminábamos las amenazas y codificamos la siguiente generación para que fuera inmunes antes esas enfermedades dotándoles de un sistema inmunitario mucho más fuerte del que debían de tener hace millones de años.

—Quizás por eso la gripe sauria es tan poderosa y no los afecta como a los mamíferos. Quizás ese fue el origen de la cepa mutada —razonó Aiden.

—Le haré llegar toda la información que aún tenemos en nuestra base de datos. Tenemos que colaborar para que esa enfermedad no se extienda —se ofreció.

Aiden y Weber pasaron dos días compartiendo toda la información que tenían el uno con el otro con el fin de dar con una solución para el peligro en las sombras. El doctor Davis se disponía a regresar a Ginebra con los datos de sus viajes que supondrían un gran avance en la lucha contra la enfermedad.

—Estamos en contacto —dijo Weber al tiempo que le estrechaba la mano con fuerza.

—Gracias por todo —agradeció el joven microbiólogo.

Mientras el coche se alejaba, el científico alemán cogió su móvil e hizo una llamada.

—Ya está. Sabéis lo que tenéis que hacer. Ha llegado el momento —colgó.

Cuando el coche de Aiden llevaba apenas media hora de camino hacia el aeropuerto de Zaragoza, dos todoterrenos negros le obligaron a frenar en mitad de la carretera secundaria que comunicaba el parque natural con las carreteras nacionales del país.

—¿Qué sucede? —preguntó asustado.

—Se viene con nosotros —dijo un hombre con voz ronca que ocultaba su rostro tras un pasa montañas.

Le cubrieron la cabeza y lo metieron a la fuerza en uno de los coches.

LA LLEGADA DEL TITÁN

El murmullo del gentío era constante y a medida que pasaban los minutos se transformó en un nervosismo sonoro importante. Las gradas estaban a rebosar de gente deseosa de ver la nueva criatura del zoo. Las autoridades locales y los directivos ya se dirigían hacia su tribuna justo delante del recinto. Medios de comunicación de todo el mundo inmortalizaban todo aquel espectáculo. Llevaban semanas anunciando la llegada del titán, el saurópodo más colosal de todo el mundo, el Amphicoelias.

La veterinaria Denia Bautista se encontraba en la sala de control del recinto supervisándolo todo. Si el despliegue de cara al público era notorio, el que había tras los bastidores no lo desmerecía en absoluto.

—Tenemos visual con Génesis —sonó a través del pinganillo de la veterinaria.

—De acuerdo, iniciamos la recepción. Desplegad la pasarela —ordenó desde su posición.

En ese instante, dos compuertas se ajustaron en la medida exacta del compartimento de carga de Génesis, el barco que traía al animal y al que ya habían comenzado a despertar.

—Activar la electrificación de las cercas —indicó de nuevo Denia.

Desde el muelle hasta el interior del recinto que habían adecuado para el Amphicoelias habían perimetrado con un cercado electrificado todo el camino que el animal haría hasta llegar a su destino. Aunque no debía de haber problema, solo era una medida preventiva. A fin de cuentas, era una criatura de ciento treinta toneladas, si las vallas no estuvieran electrificadas no podrían pararlo si algo salía mal.

—Abriendo compuertas —informaron desde el puerto.

El enorme barco había llegado y, tras acoplarse con las murallas de

contención del muelle, las puertas del espacio donde lo transportaban se abrieron.

—Liberar los estimuladores.

Desde el final del pasillo, a unos quinientos metros, se liberaron olores para atraer al saurópodo, que aún no había salido del barco. Y fue entonces cuando el suelo vibró y todo el equipo de seguridad que estaba tras las cercas electrificadas enmudeció al ver la maravilla que presenciaban sus ojos.

Con quince metros de altura y sesenta metros de largo, el Amphicoelias resultó ser más grande de lo esperado. Tenía un cuello larguísimo, fuerte y bastante masivo con púas que iban desde la cabeza hasta el lomo. Un cuerpo corto en comparación con su cuello y cola, la cual se extendía acabando en un poderoso látigo. Era un animal asombroso, de un verde oscuro en toda su zona superior y de un amarillo suave en su vientre. Una vez que captó los estímulos, a pasos lentos pero atronadores, comenzó a recorrer la pasarela.

Denia contemplaba a través de los monitores y del gran ventanal del mirador con el corazón en un puño viendo cómo el gigante avanzaba hacia su recinto. Había llegado el momento. Abrió la pantalla de su ordenador y tecleó un código.

—Luz verde —informó a través de un *walkie* secundario al tiempo que lo observaba todo desde el mirador a cuarenta metros de altura.

La seguridad que salvaguardaba el perímetro comenzó a disparar unos dardos estimulantes al dinosaurio al tiempo que le lanzaron bombas de humo.

El Amphicoelias comenzó a ponerse nervioso. Su ritmo cardiaco aumentó rápidamente y la droga le hizo efecto de inmediato. Con una mezcla de miedo y excitación el animal impactó contra una de las cercas electrificadas, lo que provoco que su miedo se transformara en furia.

—Nos atacan, repito, nos atacan —se escuchó a través del pinganillo de la veterinaria que con nerviosismo continuaba contemplándolo todo sin hacer nada.

Se escucharon disparos desde la sala de control y, en ese momento, se cortó la comunicación. La electricidad en todo el recinto cesó incluyendo la cerca donde se encontraba el Amphicoelias.

El animal, furioso, volvió a arremeter contra las verjas, y esta vez sin nada que lo pudiera frenar. Las ciento treinta toneladas de su masa corporal se transformaron en un arma. El metal se dobló como papel mojado y, desde ese momento, estaba libre por el zoo.

Toda esa zona se encontraba en la parte no pública. Allí estaban los camiones de abastecimiento y la central eléctrica, además de la parte trasera de muchos de los recintos. El caos se apoderó rápidamente de todo.

El saurópodo caminaba destrozándolo todo a su paso, pero un tráiler de combustible se interpuso en su camino. Pero para él aquel vehículo no era más que una pequeña piedra. Alzó su enorme cuello y lo golpeó haciéndolo volar por los aires. El tráiler cayó sobre el recinto de Valle Hell Creek, donde vivían varias manadas de ceratópsidos y algunos hadrosaurios. La explosión del camión, que iba cargado de combustible, hizo estallar la muralla de contención y con ella el terror se adueñó de todos los animales que comenzaron a correr huyendo del estruendo.

Pero el Amphicoelias aún no había aminorado su marcha y, frente él, tres coches de la seguridad del parque comenzaron a dispararle dardos tranquilizantes, pero el animal ya llevaba en sangre muchos mililitros de una droga contraria, por lo que no le hicieron efecto tan rápido como debería. El dinosaurio aplastó los coches y sin nadie que lo pudiera parar llegó a una de las avenidas principales. Su organismo estaba tan desestabilizado que le provocó un comportamiento aún más errático. Ya a pasos más lentos, zarandeaba su cuerpo de un lado a otro derribando todo lo que había a su paso.

—¡Deténgalo! Esto no es lo que hablamos —ordenó Denia a través de su intercomunicador. Pero no obtuvo respuesta.

El Amphicoelias llegó hasta el recinto de los Spinosaurus, los cuales tenían un gran estanque que se podía observar desde la calle como un acuario gigante. Se detuvo jadeando al tiempo que su cuerpo sufría convulsiones. Perdió el equilibrio y dejó caer todo su peso contra el cristal, que al recibir el impacto se agrieto. Intentó ponerse de pie, pero volvió a caer contra el acuario vertical. El cristal, debido a la presión y a los continuos golpes del herbívoro cedió, y las miles de toneladas de agua arrasaron la avenida como un gigantesco tsunami.

El gigante, al recibir el impacto del agua pareció espabilarse un poco. Se puso de pie y comenzó a caminar con el torrente de agua pasando a través de las columnas que eran sus cuatro patas. En ese instante, dos rugidos se incorporaron y los dos Spinosaurus salieron de su recinto.

La familia estaba sentada en primera fila en el anfiteatro que había frente al recinto del Amphicoelias. Era un terreno de unos quince mil

metros cuadrados, con un lago y árboles altísimos. La gente comentaba que pese a ser grande no lo veían muy adecuado para un animal que se suponía era tan inmenso. Sería como encerrar a un elefante en un chalet mediano. Más aún, una criatura que viviría sola pese a ser un animal social que vivía en grupos numerosos como sus vecinos los Diplodocus.

James estaba tan nervioso como su padre mientras Sophia pasaba mucho calor y no paraba de abanicarse ni un solo momento. En ese momento la orquesta sinfónica que había frente a la tribuna de las autoridades cesó de tocar y unas fuertes pisadas que hacían que el suelo temblara resonaron. Ya estaba llegando. Todos se pusieron en pie y observaron las enormes puertas que aún permanecían cerradas.

El silencio era absoluto. Con cada vibración, cada paso de aquel titán, el nerviosismo y la expectación crecía.

—Graba, mamá, por favor —susurró el niño sin tan siquiera pestañear.

Entonces las pisadas cesaron durante unos segundos. La gente se miraba y, entonces, un sonido profundo, como un desgarro de un animal asustado los estremeció a todos. Las pisadas volvieron, pero esta vez mucho más rápidas. Sin control. La alarma del zoo sonó y entonces la gente comenzó a huir sin control. Un nuevo y lastimero sonido se mimetizó con el terror de la gente y una enorme explosión hizo volar por los aires el muro de uno de los recintos.

—Vamos, James, corre —dijo Iván al tiempo que agarraba la mano de su mujer y cogía en brazos al pequeño.

Corrieron en dirección contraria al alboroto. El padre se aferraba a la mano de su mujer tirando de ella.

—¡Sophia, tenemos que ponernos a salvo!

Consiguieron salir del anfiteatro y llegaron a la avenida donde hacía un rato les había dejado el autobús panorámico. Pero entonces sucedió algo que les heló la sangre. En el otro extremo de la avenida, el gigantesco dinosaurio apareció destrozándolo todo a su paso.

—¡Corred! —gritó Iván.

—Tengo miedo, papá —sollozó James al tiempo que su mirada quedaba clavada en el dinosaurio.

El saurópodo cayó aplastando a su paso a varias personas y golpeando el acuario de los carnívoros de la vela en la espalda. En ese momento la familia se quedó clavada observando lo que estaba a punto de ocurrir.

—Tenemos que subir a un lugar alto —dijo Sophia mirando a su alrededor.

—¡Por aquí! —gritó el guarda de seguridad que había hablado con el niño en el sector del Tyrannosaurus horas antes.

En ese momento un crujido resonó en la avenida y las paredes de

cristal se vinieron abajo creando una fortísima corriente de agua. La familia y el guarda entraron en uno de los restaurantes que pronto comenzó a inundarse. Localizaron una escalera y poco a poco la subieron mientras el nivel del agua no dejaba de crecer.

El guarda subió primero y ayudó al niño. Sophia fue la siguiente, pero cuando Iván lo fue a hacer un mueble arrastrado por la corriente lo golpeó sumergiéndolo en el agua.

—¡Papá! —gritó James al ver el cuerpo de su padre desaparecer por las embravecidas corrientes.

—¡No! —exclamó su mujer.

—No podemos hacer nada. Vamos, subamos a las oficinas de la planta de arriba —dijo el guarda mientras tiraba del brazo de ambos.

Llegaron a tiempo para ver cómo los dos enormes Spinosaurus salieron de su recinto mientras que el saurópodo gigante iba dando tumbos destrozándolo todo a su paso. En la calle, un reguero de cuerpos sin vida obligaron a Sophia a tapar la cara de su hijo que, en estado catatónico, quedó paralizado con lo que acaba de vivir.

—¿Pero qué diablos está pasando? —murmuró el agente de seguridad.

Consternados, vieron desde allí cómo las compuertas de todas las instalaciones del zoo se abrían permitiendo que los animales vagaran libremente por donde quisieran.

CONTENCIÓN

Denia Bautista ordenó al departamento de seguridad que detuvieran al Amphicoelias fuera como fuera. El saurópodo continuaba su paseo de destrucción hacia el exterior del parque. Pero la respuesta que obtuvo fue negativa. Al parecer, para cuando ella llegó a la sala de control la situación había empeorado y casi todos los animales terrestres habían escapado de sus respectivos recintos e incluso algunos ya estaban en la ciudad, fuera de las instalaciones. La situación se había salido de control y habían llamado a las fuerzas del orden.

—Tenemos que evacuar —dijo Denia sin salir de su asombro.

—No es posible, no tenemos medios suficientes para contenerlos a todos al mismo tiempo —contestaron desde el otro lado del teléfono.

En ese momento la veterinaria se quedó paralizada. Ella no sabía que la ALAD llegaría tan lejos. Se suponía que el animal haría una entrada forzada, destrozando las puertas y demostrando que el espacio que tenía en su recinto era insuficiente, y como estaría siendo retrasmitido por cientos de medios, la crítica a la cautividad de las criaturas desextintas acapararía todas las portadas. Pero aquel desastre, no. Desde luego que no. Su teléfono personal sonó sacándola de sus propios pensamientos.

—¿Qué cojones está pasando? —recriminó Denia.

—En veinte minutos un helicóptero te estará esperando en el helipuerto del acuario oeste —sonó una voz al otro lado del teléfono.

—¿No piensas explicarme nada? —insistió la veterinaria.

—No por aquí. En veinte minutos —recordó antes de colgar.

Cuando miró a su alrededor ya se había quedado sola en la sala de control. No sabía qué hacer, todo en lo que trabajaba había sido

destruido. Abrió de nuevo su intercomunicador y volvió a hablar con seguridad.

—Cancelar la contención totalmente. Concentraos en evacuar al mayor número de civiles —ordenó.

Acto seguido, se dirigió hacia la mesa control desde donde se controlaban diversas funciones, entre ellas, el sistema de vigilancia de los recintos. Uno a uno fue comprobando su estado. Por suerte, los reptiles voladores y acuáticos continuaban en sus recintos. Pasó a la comprobación de los terrestres.

Triceratops: Paradero desconocido.
Styracosaurus: Paradero desconocido.
Ankylosaurus: Paradero desconocido.
Pelecanimimus: Paradero desconocido.
Concavenator: Paradero desconocido.
Spinosaurus: Paradero desconocido.
Utahraptor: Paradero desconocido.
Therizinosaurus: Paradero desconocido.
Edmontosaurus: Paradero desconocido.
Corythosaurus: Paradero desconocido.
Diplodocus: Paradero desconocido.

—Oh, dios mío. No puede ser —dijo al teclear el siguiente código.

T. Rex: Paradero desconocido.

La manada de Tyrannosaurus estaba fuera de control. Y si un solo rex ya era difícil de contener, una manada sería prácticamente imposible. Cerró las puertas dejando a alguno de los dinosaurios que aún no habían escapado en el interior de sus recintos, y sin poder hacer nada más cogió un coche y se dirigió hacia el helipuerto viendo todo lo que ella misma había provocado indirectamente.

Mientras, en la segunda planta del restaurante de la avenida del recinto de los Spinosaurus, el agua parecía haberse esparcido lo

suficiente, pero el lugar era ahora un cementerio, sumido en el silencio. Las decenas de cadáveres ocupaban las calles de alrededor.

Sophia, su hijo y el guarda de seguridad se habían refugiado en el despacho del gerente del restaurante. James estaba abrazado a su madre. No lloraba y apenas se movía. Permanecía con los ojos mirando a la nada.

—Inténtelo de nuevo, Joshua —pidió de nuevo al guarda.

—No hay señal, o al menos no parece haber nadie en la sala de control del zoo. Con los animales fuera de sus recintos ahora lo más seguro es permanecer a cubierto.

Sophia miró a su alrededor, sujetó con fuerza a su hijo, se levantó y encendió la televisión con la esperanza de poder saber qué pasaba en el exterior. En ella podía ver un informativo nacional de última hora donde la presentadora hablaba de todo lo sucedido.

—Disculpen las molestias. Hemos tenido que cortar la comunicación con el Zoo Aquarium Prehistórico de Valencia, la situación se ha desbordado. Y, por si fuera poco, se acaba de lanzar un vídeo a través del canal oficial de *YouTube* de ALAD donde la información que dan estaba en cuarentena, pero la OMS ha confirmado la identidad de la persona que, según parece, está retenida por la organización. Se trata del joven microbiólogo Aiden Davis, el cual se encontraba en una investigación sobre lo que se ha denominado como gripe sauria o A (GS1) y que desde hacía dos semanas se encontraba en paradero desconocido. Volvemos a poner las partes más importantes del mismo.

La pantalla cambió y en ella se podía ver a un chico de ojos claros y pelo negro atado a un rodete hablando. Estaba sudado y visiblemente nervioso.

—La gripe sauria es un virus mortal para el ser humano y algunos primates, altamente infecciosa para otros mamíferos. Al parecer, tuvo su origen en África, al combinarse dos cepas de gripe aviar. Evitad el contacto con los dinosaurios, reptiles marinos y voladores, así como como con aves, especialmente las especies migratorias como cigüeñas o golondrinas. La enfermedad se transmite por contacto directo con el animal o sus fluidos, así como por el aire. La OMS tiene desde hace seis meses muestras, pero desconozco si ha dado con una vacuna. El virus es muy cambiante y muta dependiendo del huésped anterior. La ALAD no es una asociación a favor de los animales —guardó silencio mirando a su alrededor—. ¡¡¡Es una organización terrorista!!! —gritó antes de cortar la emisión *online*.

—Interrumpimos de nuevo nuestra emisión, pero nos llegan informaciones desde Madrid…

El guarda de seguridad desenchufó la televisión al oír algunos cristales romperse mientras indicaba a la familia que mantuvieran silencio. Sophía corrió hacia Joshua y se colocó tras él. Este sacó su

arma. Escucharon algo caminar hasta ellos. El guarda estaba a punto de disparar, pero en ese momento alguien tosió con fuerza, la puerta se abrió y apareció Iván, el padre de James.

—¡Papá! —gritó el niño lanzándose a su brazo.

El padre lo abrazó y le tapó la boca.

—Agachaos —susurró.

Un sonido gutural llegó hasta ellos al tiempo que el suelo y los ventanales que daban hacia la calle vibraban tenuemente. Los cuatro se escondieron tras el gran escritorio del despacho. Con cada pisada el cristal se movía con más fuerza, hasta que una de ellas se detuvo justo en su posición. Una respiración profunda empañó la ventana y, tras una milésima de segundo de silencio, un rugido ensordecedor les obligó a taparse los oídos. Joshua cogió el muñeco del niño y señaló hacia el exterior.

Las pisadas volvieron a resonar mientras que el animal caminaba por la avenida del zoo alejándose, sin saberlo, de la familia.

EL ORIGEN DEL CAOS

La habitación parecía ser un sótano o un viejo almacén de paredes revestidas en madera sin ningún tipo de ventana al exterior. Debía estar bien aislada, pues no se escuchaba demasiado ruido del exterior.

Aiden había sido secuestrado en el norte de España hacía un par de semanas, le habían obligado a grabar varios vídeos sobre la investigación de la GS con una serie de instrucciones tales como no acercarse a un dinosaurio, o lo peligroso y virulenta que podía ser la enfermedad. Le daban de comer varias veces al día y entraban a limpiar el habitáculo todos los días y, salvo algún momento de tensión, no lo trataban mal. Incluso le habían dado ropa deportiva cómoda regularmente para que pudiera cambiarse.

La puerta del habitáculo se abrió y dos hombres armados entraron. Aiden se asustó y pegó la espalda a la pared sin apartar la vista de ellos un solo segundo.

—Tranquilo —dijo uno de ellos, alto y corpulento, con el pelo castaño y los ojos claros—. Me llamo Samuel, solo quiero que nos acompañes, nuestro jefe de operaciones quiere hablar contigo.

Aiden miró al recién llegado y a su acompañante, de similares características, pero con cara de pocos amigos. Prefirió no resistirse y los acompañó.

Efectivamente, se encontraban en un sótano. Subieron unas escaleras y llegaron a una planta superior. Estaban en un almacén enorme y por las características parecía ser un polígono industrial cerca del mar, podía escuchar las olas desde allí. Samuel, el soldado, lo guio hasta una sala de control en uno de los extremos de la nave. Había muchos coches que parecían ser del ejército, armas y numerosas personas monitoreando a través de las pantallas de sus ordenadores.

—Pueden dejarnos solos —dijo un hombre de espaldas. Acto seguido, los dos escoltas de marcharon y cerraron la puerta de la habitación dejando a Aiden solo con aquel tipo.

—¿Alguien me va a decir qué hago aquí? —se atrevió a preguntar el científico.

—Mi nombre es Héctor Salvado, jefe de operaciones de la ALAD.

El interpelado se giró. Era un hombre de al menos un metro ochenta y cinco de unos cuarenta años de edad, pelo muy corto con bastantes canas.

—Siéntese, por favor —le pidió—. Tengo que decirle que, gracias a usted, el impacto de nuestra campaña ha tenido un efecto mucho mayor de lo esperado.

—¿Qué tengo que ver yo con la libertad de esas bestias? —preguntó al saber que esa organización estaba en el asunto—. Hace días que no sé nada del mundo exterior, no sé de lo que me habla.

—Tiene que ver mucho, doctor Davis. De hecho, es una de las personas más famosas del mundo en este momento. —Al decir esto Aiden no pudo evitar una mueca de asombro.

Héctor tecleo en su ordenador y le enseñó a Aiden su vídeo en *YouTube*, con más de doscientos millones de reproducciones en apenas unas horas.

—Esa información no debería haber llegado aún al mundo, todavía estamos investigándolo —recriminó el microbiólogo.

—Ha llegado en el momento idóneo. Desde la ALAD llevamos años denunciando múltiples asuntos relacionados con la desextinción y su explotación. Por un lado, el capital que estos animales han generado a base de su comercialización. ¿Sabe usted que se llevan a cabo peleas clandestinas entre tigres y Utahraptores? ¿O que algunos ricos torean a protoceratops? ¿O por qué los países del primer mundo ignoran las condiciones en las que mantienen a esos animales en los zoos?, y ni qué decir tiene la pasividad de los países ricos ante las situaciones de los países subdesarrollados y cómo lidian a la fuerza con los dinosaurios y otros animales prehistóricos

—Sigo sin saber qué tengo que ver en todo esto —repitió Aiden.

—Durante mucho tiempo denunciamos de forma pacífica. Ya es hora que el primer mundo comprobara el alcance de sus actos y se dieran de bruces con su nueva realidad.

Héctor encendió una televisión donde comenzaron a dar noticias de lo sucedido en el Zoo Aquarium Prehistórico de Valencia. Las imágenes desde un helicóptero mostraban ya no solo el zoo, sino varios kilómetros a la redonda de absoluta destrucción.

—Sois unos terroristas —murmuró sin apartar la mirada de la

televisión—. Si alguno de esos animales tiene la gripe sauria, la enfermedad acabará con la vida cientos, miles de personas…

—Con millones, de hecho —añadió Héctor con cierto matiz de orgullo.

—¿Acaso piensa que pueden salir indemne de esto? El Gobierno controlará la situación y acabará con vosotros. Habrá una cooperación internacional y no pararán hasta acabar con la ALAD.

—¿Cooperación internacional? No creo, tienen otras cosas de las que preocuparse. Compruébelo usted mismo —dijo mientras le daba el mando de la televisión.

Aiden cambió de canal y, horrorizado, comprendió las palabras del jefe terrorista. El incidente de Valencia no había sido un caso aislado, en todos los grandes zoos del mundo había sucedido algo similar. Había sido un atentado terrorista a nivel mundial. Los gobiernos no daban abasto y para colmo la histeria provocada por la confirmación por parte de la OMS sobre la enfermedad había llevado a la población a un estado de histeria colectiva que huía en masas de las ciudades afectadas hacia poblaciones más pequeñas con el fin de evitar el contacto

Con las temidas criaturas. Pero incluso para eso parecía ser tarde. Multitud de reportes alrededor del globo indicaban que la GS parecía estar extendiéndose en esos lugares. Un cúmulo de información y sucesos para el que ningún gobierno estaba preparado.

El doctor Davis miró a Héctor sin dar crédito de lo que estaba viendo.

—¿Qué pretendéis hacer? —logró articular.

—Ellos destruyeron el equilibrio hace diez años, ahora ha llegado el momento de que afronten las consecuencias. Después de esto, un nuevo mundo resurgirá. No busco su aprobación, solo su cooperación.

—Estáis locos —concluyó mirando a su alrededor y la pesadilla que el mundo parecía estar viviendo.

En ese mismo instante la familia y Joshua continuaban a la espera en la planta superior del restaurante. El niño jugaba con su padre, que no se encontraba bien, y Sophia y el guarda de seguridad miraban por la ventana por si veían algo estar prevenidos.

—Papá, ¿por qué los animales se han escapado? —preguntó James.

—No lo sé, cariño. Imagino que algo ha fallado y hemos tenido la mala suerte de estar en el momento y el lugar equivocado —razonó.

—Como en esas pelis que tanto nos gustan donde los dinosaurios se escapan y se comen a la gente —afirmó el pequeño sin saber el alcance de su afirmación.

—Sí, enano, exactamente así estamos.

—¿Me van a comer? —preguntó asustado mirando a su muñeco.

—¡No! ¿Acaso en algunas de las películas acaban comiéndose a los niños?

El pequeño lo miró con cara de confusión, pero al cabo de unos segundos sonrió.

—Es verdad, a los niños nunca se los comen —concluyó restándole importancia al problema.

En ese momento el *walkie talkie* de Joshua se activó.

—Sí, aquí el agente TS1, le recibo —contestó de inmediato.

Los padres clavaron en él una mirada de total atención.

—En veinte minutos dos autobuses de empleados saldrán de la parada A6 con los supervivientes que hemos conseguido rescatar. ¿Dónde se encuentra, agente TS1?

—Estoy en el sector SP1, cerca del observatorio del Spinosaurus. Estoy con una familia de dos adultos y un niño —contestó.

—No están lejos. Les esperamos, por favor, no tarden. Ahora mismo es zona segura pero no sabemos hasta cuándo lo continuará siendo —comunicó antes de cortar la comunicación.

Por suerte, los transportes estaban a unos quinientos metros en línea recta desde su posición. Al bajar, Iván le tapó los ojos a su hijo. Tanto el agua liberada como el saurópodo habían hecho estragos y acabado con la vida de muchas personas. Después de algunas horas, el agua apenas les llegaba por los tobillos y pudieron andar sin problemas hasta los autobuses. Ambos se sorprendieron, apenas había gente en uno de ellos y el otro estaba totalmente vacío. Joshua y el conductor fue con ellos en uno de los vehículos, y el resto del equipo y supervivientes en el otro.

Cuando llevaban apenas un kilómetro recorrido el autobús se paró y por el intercomunicador escucharon al coordinador de los guardas dar un mensaje al conductor que, aunque se suponía que debía ser algo privado debido al silencio, todos lo escucharon.

—El sector de los Tyrannosaurus está destruido. Extreme las precauciones, pueden estar aún por aquí.

La familia y el guarda se estremecieron. Ellos ya habían tenido un encuentro con uno de esos animales, aunque por suerte ni ellos lo habían visto y, lo que era mejor aún, el depredador tampoco a ellos. El autobús continuó su camino y entraron por los túneles de los

observatorios subacuáticos. James se abrazó a sus padres al ver la repentina oscuridad en la que habían penetrado.

DIENTES EN LA OSCURIDAD

Las horas pasaban y la veterinaria continuaba esperando en el edificio anexo al helipuerto. Desde allí tenía una panorámica de gran parte del zoológico. La zona de los aviarios parecía estar intacta, así como las dos áreas de los reptiles marinos, pero el resto de hábitats estaban, o bien dañados, o directamente destruidos. El Amphicoelias solo había sido el principio, pero el escape del gigante había provocado un efecto dominó en todo el parque. Había destrozado la contención de los ceratopsidos y hadrosaurios, rompió el observatorio acuático del Spinosaurus y el gigantesco caudal de agua había inundado gran parte de la zona, incluida la central eléctrica. Y por si fueran pocos los destrozos provocados por los animales, alguien había manipulado las compuertas de los recintos, dejando escapar a la mayoría de los activos terrestres. Ciento cincuenta animales de más de treinta especies distintas caminaban a sus anchas por donde querían.

—¿Cómo he podido ser partícipe de todo esto? —murmuró.

Denia no era consciente de los planes reales del ALAD, la habían embaucado, pero ella había dejado entrar en el zoo a las personas que dispararon al Amphicoelias cuando se suponía que solo debían haber utilizado las granadas de humo para ponerlo nervioso. Pero no dejaría la situación tal cual, tan pronto como saliera de allí pediría explicaciones al jefe de operaciones de la zona. Pero lo que ella no imaginaba es el alcance real que estaba teniendo aquel sabotaje a nivel mundial.

A lo lejos, la esperada aeronave se acercaba hasta su posición. Agarró sus cosas y salió al exterior del helipuerto. Un soldado al que ella conocía muy bien abrió la puerta del vehículo.

—Vamos, Denia, no es una zona segura —indicó dándole la mano.

—¿Dónde está Héctor? Tengo que hablar con él —exigió saber.

—En el centro de operaciones. No eres la única sorprendida —confesó el soldado mientras cerraba la puerta—. Toma, debes ponerte esto —le entregó una mascarilla.

La veterinaria la cogió y lo miró confundida.

—Póntela, es importante. Al menos hasta llegar al centro de mando.

Desde las alturas, Denia contempló horrorizada el escenario. En el zoo apenas quedaban dinosaurios. La gran mayoría sembraban el caos fuera de sus muros, en plena ciudad. Columnas de humo se elevaban en el horizonte como vestigios de la violencia que azotaba allá donde mirase.

—¿Dónde está el ejército, las autoridades locales?

—cuestionó Denia a través del micrófono que tenía en el casco. Debido al ruido que hacía el helicóptero no había otra forma de comunicarse.

—¿No sabes nada, verdad? —la veterinaria negó con la cabeza—. Las autoridades no saben por dónde empezar.

Acto seguido le entregó una *tablet* para que ella misma lo viera con sus propios ojos.

—Esto es terrible —murmuró sin salir de su asombro al ver la barbarie que habían cometido.

Los autobuses con los pocos supervivientes estaban a punto de salir del zoo. Recorrían en ese momento el último túnel antes de llegar a la entrada del recinto. Todo estaba muy oscuro, iluminado solo por los faros de los vehículos. Pero el primero de ellos se detuvo sin previo aviso. El conductor tuvo que frenar en seco para no golpearlo desde atrás.

—¿Mamá, qué sucede? —gimoteo el pequeño que se había golpeado con el sillón que tenía delante.

Sophia no tuvo tiempo de contestar. Se escucharon disparos y gritos en el otro transporte al tiempo que un bramido agudo reverberó en las paredes del oscuro túnel. El conductor apagó las luces y cerró las cerraduras de su autobús pidiendo que guardaran silencio.

—Algo nos ha atacado —susurró.

James comenzó a llorar. Su madre se lo acercó al pecho e intentó

que el pequeño emitiera el menor ruido posible. Todo estaba oscuro, los gritos cesaron y el sonido viscoso comenzó tomar protagonismo.

—¿Qué son? —preguntó Iván en voz baja a Joshua.

—No lo sé, pero estos túneles apenas tienen cinco o seis metros de gálibo.

Estaban agazapados en mitad del pasillo mientras el conductor había hecho lo propio en la cabina de conducción.

Algo golpeó levemente el autobús por un lado. El metal rechinó y un gorgoteo intermitente comenzó a conglomerarse alrededor del vehículo. Estaban atrapados, no podían continuar hacia delante pues el otro transporte les bloqueaba el paso y si intentaban ir marcha atrás serían descubiertos por los animales que estaban fuera.

Algo subió al techo del autobús. El metal se doblaba ante el peso del saurio que se dirigía hacia la zona delantera del vehículo. Pero sin previo aviso se detuvo. James miró hacia el cristal y entonces en ese instante el móvil del conductor comenzó a sonar. El chófer se levantó tan rápido como pudo para apagar el teléfono, pero al mirar hacia el frente se topó de bruces con la mirada del depredador tras el cristal. Un rugido agudísimo tronó, el cristal se hizo añicos y la cabeza del terópodo arrastró al conductor del autobús hacia el exterior.

—A la parte trasera —susurró Joshua.

Detrás había otra puerta, pero para accionarla tenía que llegar hasta el sillón chófer.

—Intentaré llegar hasta allí y abrirla. Una vez fuera, correremos hacia detrás y a unos veinte metros encontraremos la puerta del área de mantenimiento de los túneles.

—¿Pero qué diablos hay fuera? —preguntó Iván.

—Concavenator, una manada de siete ejemplares

—contestó el guarda habiendo visto ya al animal.

La familia se deslizó hacia los sillones de la última fila, justo al lado de la puerta trasera. Joshua se desplazó hasta la zona delantera arrastrándose por el suelo para que no lo vieran por las ventanas desde el exterior. El guarda de seguridad sudaba como nunca y su corazón galopaba con fuerza desde su pecho.

Ya estaba llegando, un esfuerzo más y lograría llegar hasta el botón que accionaba la apertura, pero en ese instante el autobús vibró inclinándose hacia delante y una respiración profunda como el sonido de una serpiente heló la sangre de todos los allí presentes. Joshua se arrinconó hacia uno de los asientos y se hizo un ovillo.

El animal, de unos dos metros y medio de altura entró agazapado en el autobús. Era de un gris muy oscuro con dos franjas escarlata a los lados y con una vela del mismo color que le nacía desde la mitad del cuerpo hasta la cola, como una joroba de piel.

El carcarodontosáurido caminó por el vehículo, pese a sus seis

metros de largo lograba transitar en el vehículo, aunque hacía mucho ruido al destrozar algunos asientos a su paso. El depredador pasó por encima del guarda, que respiró aliviado, pero tenía que hacer algo, si el animal llegaba al final del bus daría con la familia. Tenía que ser rápido. Contó hasta tres y tan veloz como le permitieron sus piernas corrió hasta el botón y lo pulsó.

El Concavenator, al notar movimiento detrás de él giró destrozando los cristales. La familia salió por la puerta trasera y corrió hacia la dirección que el guarda les había indicado. Joshua, aprovechando que el saurio estaba atrapado, abrió la puerta delantera dispuesto a huir junto con la familia, pero nada más abrirla un segundo Concavenator lo ensartó con sus poderosas garras de carcarodontosáurido. Sin poder hacer nada y mientras se ahogaba en los vómitos de sangre, el jorobado de Cuenca, que era como se conocía popularmente a la especie, comenzó a despedazarlo.

Iván, con su hijo en brazos y su mujer de la mano, escuchó los rugidos tras ellos. No veían hacia donde se dirigían, pero sí oían al resto de Concavenator correr hacia ellos. Casi a oscuras palpaban la pared con la esperanza de encontrar la puerta. Las pisadas eran cada vez más cercanas y el siseo de las bestias casi les alcanzaba. En el último instante Sophia dio con la puerta de emergencia, accionó la palanca y esta se abrió. Rápidamente entraron e Iván las cerró con los cerrojos de seguridad mientras el dinosaurio rugía y doblaba el metal envistiéndolo desde el otro lado.

La familia no se quedó para esperar el desenlace, subieron por las escaleras mientras lloraban la pérdida del hombre que había dado su vida para salvarlos.

EJE DE MANDO

La actividad en el centro de mando de la ALAD en Valencia era frenética, aunque a simple vista pudiera parecer lo contrario. Cientos de personas monitoreaban lo que sucedía en todo el planeta. En especial Héctor Salvado que, con fe ciega en sus actos, preparaba con sus compañeros el movimiento final de su facción en la ciudad española.

—Reporte de la situación —ordenó al informático que estaba con él en su despacho.

—En España hemos logrado sabotear, por ahora, diez instalaciones. Pero lo que verdaderamente ha provocado el pánico es la información sobre la GS.

—¿Hasta qué punto? —se interesó.

—A todos… La población huye hacia pueblos más pequeños. Incluso en las ciudades que tienen dinosaurios en zoológico y exposiciones que aún no hemos saboteado. El miedo no es hacia los animales, sino a lo que pueden portar.

Héctor miró las imágenes que emitían desde los distintos informativos. En ellas veían kilómetros de destrucción y caos. Y el Gobierno no sabía cómo actuar. Nadie estaba preparado para una crisis de esta magnitud.

—El Ministerio de Defensa está movilizando al Ejército de Tierra. De momento no se plantean ataques aéreos, no hay ningún plan de evacuación —añadió el informático.

—Bien, eso nos dará tiempo. ¿Qué hay de los hospitales? —añadió.

—Debido a la relativa cercanía del zoo, todos están inoperativos. De hecho, según nuestros informadores, varias personas estaban ya ingresadas por una supuesta gripe, pero todo parece indicar que la A

(GS1) se está propagando más rápido de lo que parecía.

—Aunque nuestros infiltrados en el barco Génesis contagiaron al Amphicoelias con el virus, ya había casos en humanos por todo el planeta. Los cabrones de la OMS lo sabían y no hicieron nada. Ahora que se jodan…

Héctor miró el mapamundi que tenía colgado con los cientos de lugares que toda la ALAD estaba saboteando. El objetivo de la asociación eran todas las ciudades del mundo donde hubiese presencia de animales desextintos.

—Sin duda nuestra división ha sido todo un éxito. ¿Qué hay de nuestros compañeros internacionales?

—En Estados Unidos es aún peor. Las personas han aprovechado el caos para robar y cometer delitos en masa, hay muchos muertos por heridas de bala y demás. En Europa la situación es muy similar a la de aquí, en Asia aún no tengo reportes y Latinoamérica es, de momento, la peor parada. Son conscientes de la riqueza de su biodiversidad, así como lo precario de sus medios médicos. El pánico se ha apoderado de la población.

—Cualquier cambio hágamelo saber —dijo antes de marcharse.

—Una cosa, señor, ¿puedo hacerle una pregunta? —añadió el informático retrasando la marcha del oficial—. La vacuna que nos administraron es cien por cien eficaz, ¿verdad? —preguntó con cierto escepticismo.

En la azotea del edificio, Héctor miraba a través de sus prismáticos hacia el zoo. Allí parecía estar la situación más tranquila que en el resto de la ciudad. Echó una ojeada, uno de los hospitales que estaba cerca del puerto estaba en llamas. La Ciudad de las Artes y las Ciencias parecía estar, de momento, intacta. A lo lejos, vio helicópteros y barcos de los que desembarcaban tropas militares. El miedo a destruir ciudades o matar civiles había condicionado la contundencia de la contención y ese fue su mayor error. No obstante, después de su último movimiento no habría forma de pararlo.

Miró de nuevo hacia el zoológico, en concreto hacia la zona de los reptiles voladores. Allí había numerosas cúpulas con más de cien reptiles. Ese era uno de los objetivos, contaminarlos con la gripe

sauria y liberarlos. Pero no solo a los voladores, también estaban incluidos en el plan los saurios marinos.

No eran tan numerosos, pero por el mar podrían ir donde quisieran sin ser detectados con facilidad. No obstante, no sería tarea fácil, más aún tratándose de animales cuyo instinto les decía que éramos el menú de su dieta.

El jefe de operaciones miró hacia arriba, un helicóptero de rescate se acercaba. Observó cómo la aeronave aterrizó y vio salir a Samuel y a Denia, la veterinaria, que al verlo, le dedicó una mirada llena de odio y caminó hacia él con determinación. Cuando llegó hasta él no le dio tiempo a reaccionar y le propinó un puñetazo.

—Casi que prefiero enfrentarme a un lagarto prehistórico —murmuró mientras escupía sangre hacia un lado.

Aiden volvía a estar en la misma habitación de antes, pero ya que había salido, aunque fuera brevemente, se había fijado en el espacio y las distintas posibilidades de escape que tenía. Antes que nada debía saber dónde se encontraba. Estaba en algún lugar del litoral español, pero teniendo en cuenta los 5978 km de costa que tenía el país era una tarea casi imposible si no tenía alguna referencia visual.

Aiden tenía un plan para salir de allí. Sabía que había un soldado que custodiaba su puerta y que cada veinte minutos entraba para comprobar que todo estaba bien.

«Es ridículo, pero no tengo otra opción».

Pensó a sabiendas de la dudosa eficacia de su plan.

En la comida anterior, le habían dado pasta con tomate para comer. No se lo pensó dos veces, manchó sus manos y su cara con la salsa y dio un fuerte golpe contra el lavado del aseo. Al escucharlo, el joven recluta de poco más de veinte años entró de inmediato al ver qué sucedía. Al ver la cara manchada de lo que él pensó que era sangre se puso nervioso sin reparar en cualquier otra opción.

—¿Estás bien? —le dijo ayudando a poner en pie al científico.

—¡No me toques! ¡Tengo la gripe sauria! —gritó Aiden.

El soldado, al ver el estado del científico caminó hacia detrás con su teléfono móvil en las manos. Aiden, viendo que había funcionado la mentira salpicó tomate al soldado que se cubrió la cara horrorizado

pese a estar supuestamente vacunado. En ese momento el científico corrió hacia la puerta y tiró para cerrarla con fuerza, pero en ese instante el chico metió el brazo impidiendo que se cerrara, pero debido a la fuerza con la que cerró el portón y lo pesado que era debió de fracturarle algún hueso. Este volvió a meterla de inmediato cayendo el teléfono a los pies del Dr. Davis. El microbiólogo cerró la puerta y echó la llave dejándolo dentro.

—Lo siento… —murmuró limpiándose la cara y subiendo a toda prisa las escaleras.

Como ya había visto antes, el sótano donde lo tenían retenido era un área que estaba poco transitada, pero en la que no había ventanas. Caminó por el pasillo atento por si escuchaba a alguien y, efectivamente, no tardó mucho en tener compañía. Escuchó pasos tras él, corrió como pudo y al ver una puerta a la derecha del pasillo no lo pensó y entró.

Escuchó hablar a dos hombres, pero no entendía lo que decían. Él hablaba bastante bien el español, pero aquello, aunque se le parecía, no era igual. Miró a su alrededor. Allí tampoco había ventanas, era un almacén polvoriento lleno de estanterías. Se dispuso a utilizar el móvil del soldado, pero entonces escuchó unas voces en la habitación del otro lado. Era Héctor, el jefe de todo aquel tinglado. Discutía acaloradamente con una chica que decía sentirse engañada y que según decía no permitiría que contagiaran y liberaran a los reptiles voladores y acuáticos del parque.

—¿Pero a qué demonios jugáis? —murmuró Aiden al oír aquello.

Aquellas dos personas salieron de la habitación y continuaron discutiendo mientras se alejaban de su posición. Sin perder más tiempo, llamó a un compañero de la OMS. Debía informar de lo que estaban a punto de hacer.

—Si no me dices dónde estás no puedo hacer nada. En el país donde te encuentras ha habido más de una docena de sabotajes —se justificaban al otro lado del teléfono.

—Rastrea mi llamada, te llevará hasta aquí —sugirió

—¡No soy policía! No tengo ese tipo de tecnología aquí.

—Está bien, llamaré a emergencias —dijo antes de colgar.

El científico marcó el número, pero como era lógico, no funcionaba. Intentó llamar a la policía, a todos los números que encontraba en internet, pero estaban saturados. Nadie contestaba. La pantalla del teléfono se apagó quedándose sin batería.

—¡Demonios! —masculló.

«Tengo que buscar otro teléfono».

Aiden volvió al pasillo, vio que no había nadie y entró en la habitación donde minutos antes discutían aquellas dos personas. Al entrar vio dos ventanales en la parte superior de la pared. Sin perder

un segundo, acercó una silla y miró por la ventana con la esperanza de ver algo conocido.

—Valencia… —murmuró al ver la cúpula del Palacio de las Artes de la ciudad.

Bajó de la silla y fue directo al teléfono que había sobre la mesa, marcó el número de su amigo y, en ese momento, Héctor, acompañado de Denia, entró en la oficina.

ESTAMPIDA

La oscuridad del túnel de mantenimiento los llevó a una puerta exterior secundaria del zoo. Al salir, comprobaron que ya había anochecido y, durante un segundo, respiraron aliviados al saber que estaban en la calle, lejos del caos que había dentro de ese maldito lugar. No obstante, no tardaron en percatarse que el escenario que los recibió no difería en exceso de lo visto hasta entonces. La familia salió al exterior topándose con la dura realidad. En la calle había coches abandonados, cristales rotos por todas partes y ausencia absoluta de más viandantes.

—Esto no puede estar pasando —murmuró horrorizada Sophia—. Tenemos que volver a casa…

—Tenemos que buscar un lugar seguro —contestó Iván al tiempo que estornudaba con fuerza.

Hizo ademán de coger a James en brazos, pero estaba muy débil. No pudo. Su mujer lo miró con preocupación y fue ella la que tomó al niño en brazos.

—Debemos llegar al hotel y tomar tu medicación. Al parecer tu resfriado es más complicado de lo que parecía y con todo esto no me extraña que hayas recaído. Estás ardiendo —añadió al palmarle la frente.

Mientras caminaban por la amplia avenida muy cerca de los edificios el pequeño se quedó dormido. Todo estaba cerrado y por allí la destrucción era aún mayor. La luz iba y venía por momentos tras pequeños cortes eléctricos.

En un momento determinado, se encontraron con un autobús destrozado, con las ventanillas rotas y manchadas de sangre. Pero un poco más adelante, al torcer la esquina, el panorama era desolador. El

hospital ardía en llamas y en la puerta había más de una decena de cuerpos inertes, algunos de ellos mutilados hasta no dejar rasgo reconocible de las personas que una vez fueron.

A lo lejos, vieron un helicóptero y corrieron hasta el centro de la calle agitando los brazos con fuerza y gritando.

—¿Qué ocurre, mamá? —preguntó James aferrándose a su juguete con fuerza.

Continuaron haciendo señales y ruido, pero el pájaro de acero parecía no haberlos visto. No obstante, no pudieron quedarse durante más tiempo. El silencio de la noche perturbado únicamente por las hélices fue interrumpido por un rugido que ya habían oído antes, pero a este último se le sumaron varios más. Los padres se miraron aterrados mientras los pasos de aquellos gigantes se dirigían hacia ellos. Corrieron y se ocultaron en una calle secundaria justo en el último momento antes de que tres Tyrannosaurus, dos hembras y un subadulto, aparecieran olisqueando el ambiente. Sophia vio a los animales a través del reflejo de un escaparte, pero no se detuvo a observarlos. La familia caminó con sigilo por la calle anexa huyendo del olor a muerte que embargaba cada rincón de la ciudad en esa área.

Continuaron hacia donde creían que estaba su hotel buscando ayuda o viendo algún lugar donde poder guarecerse. Pero Iván estaba peor y apenas podía caminar ya. Por suerte, a lo lejos vieron un helicóptero aterrizar. Su mujer le dio la mano al niño y ayudó a su marido a dirigirse hacia el lugar. Los tres respiraron aliviados al ver lo que parecía una unidad militar con varios camiones estacionados cerca del parque de Cabecera, una zona verde de la ciudad que se situaba cerca del cauce

del río Turia.

Los militares, al verlo, acudieron en su ayuda de inmediato.

—¿Están heridos? —preguntó un soldado al llegar hasta ellos.

—No, pero mi marido está enfermo. Necesita algo para bajar la fiebre —contestó Sophia.

—Tomen, póngase esto —le ofreció unas mascarillas a cada uno.

El militar miró a Iván y, aunque no habló, expresó su preocupación al ver las ojeras y el sudor del padre de familia.

—Llévenlos a la unidad médica —ordenó el oficial—. Tranquilos, estáis a salvo —añadió.

Los tres fueron llevados a la parte trasera de un camión donde habían improvisado una pequeña unidad médica. Elisa, la doctora, los trató con mucha amabilidad.

—¿Desde cuándo se encuentra mal? —preguntó mientras le inyectaba una dosis de acetaminofén.

—Llevo un par de días con un catarro importante. Pero con la medicación lo mantenía a raya. Pero después de todo este caos me he

encontrado peor —contestó el afectado.

—Hay que trasladarlo a un hospital. Os llevaremos a un campamento que hemos improvisado a las afueras de la ciudad. Allí podremos ayudarle mejor. ¿Usted y el pequeño han manifestado en las últimas cuarenta y ocho horas algún síntoma similar? —preguntó a Sophia.

—No, ninguno de los dos. ¿No creerá usted que tiene esa enfermedad de la que han hablado en las noticias?

—No, si me dice que lleva varios días así es muy positivo. No sabemos mucho acerca del virus, pero algunas informaciones nos indican que su desarrollo es muy rápido. En cualquier caso, intenten no quitarse la máscara —recomendó.

—¿Van a volver a sus casas? Son animales y están asustados, la personas siempre acaban haciendo daño —dijo de imprevisto el niño.

La doctora lo miró con dulzura. Pese a todo lo que había vivido, de alguna forma sabía que los responsables no eran ellos, sino una panda de desalmados. Se aferraba a su muñeco como si le fuera la vida en ello.

—Tranquilo. Estamos aquí para eso, pequeño —contestó con cariño a James, que no se lo llegó a creer demasiado.

Sin previo aviso, un aluvión de balas resonaron de forma ensordecedora en todo el lugar. Sophia y James gritaron e Iván se puso de pie rápidamente.

—Agáchense y no se muevan —ordenó la doctora.

No muy lejos, escucharon un lastimero bramido cargado de dolor. El tiroteo continuó algunos segundos hasta que finalmente cesó. Se escucharon vítores en el exterior y después de algunos segundos se atrevieron a salir de la unidad médica.

A unos cien metros de su posición, cerca del parque, un Styracosaurus, un ceratópsido no muy grande y con un solo cuerno encima de su nariz, yacía agonizando en el suelo. Los soldados celebraban el triunfo con vítores y abrazos entre ellos mientras que James miraba con lágrimas en los ojos como el animal exhalaba el último aliento de vida.

No lo vieron venir hasta que fue demasiado tarde. El suelo comenzó a temblar levemente y un sonido fue adquiriendo más y más relevancia hasta hacerse plenamente protagonista. Varios coches salieron por los aires impactando con los camiones y, a unos cincuenta metros, en el parque, una manada de Triceratops y Styracosaurus de más de veinte animales corrían furiosos hasta donde, momento antes, el animal muerto sollozaba pidiendo el auxilio de sus congéneres.

Los soldados intentaron reorganizarse, pero la estampida ya estaba destrozándolo todo a su paso devastador. En ese instante la luz de la calle se apagó momentáneamente, dificultando aún más la situación.

La familia corrió junto con la doctora hacia uno de los camiones para poder huir. Pero justo en sus narices, un Triceratops adulto, de un verde muy oscuro y con tres cuernos del color del marfil corneó con una fuerza titánica el vehículo levantándolo en vertical. Sacudió la cabeza y volvió a redirigir su furia contra otro de los ya escasos camiones que se mantenían en pie.

La doctora agarró de la mano a Sophia y la atrajo hasta detrás de unos arbustos.

—¡Vamos, ocultémonos en el río! —gritó.

Cruzaron durante unos segundos la maleza huyendo del caos, saltaron un pequeño muró creyéndose a salvo y, al hacerlo, se dieron de bruces con una familia de euoplocephalus. Uno de los dinosaurios blindados que estaba más cerca de ellos alzó sin previo aviso su cola acabada en una maza maciza y golpeó a la doctora partiéndola por la mitad al tiempo que la lanzaba por los aires. El animal volvió a izar su mazo, pero la familia, aterrorizada, volvió a saltar el muro y a ocultarse en los densos arbustos.

Abrazados, intentando consolar a James, permanecieron quietos mientras que poco a poco el caos de la manada arrasando el campamento militar se fue diluyendo hasta llegar, una vez más, a un silencio cargado de dolor y muerte.

MENTIRAS

Denia se sentía mal, mal consigo misma y por formar parte de algo tan horrible. Ella creía en el que parecía ser el objetivo de la ALAD, proteger a los animales desextintos y acabar con el capitalismo que lo rodeaba en la actualidad. Luchaba por la abolición del factor lúdico y la recuperación del espíritu científico con el que se concibió la idea de traer animales del pasado. Los cuales debían permanecer aislados en reservas que emulaban sus ecosistemas y cumplían sus necesidades básicas. Ella estudió veterinaria y se especializó en grandes saurópodos con el fin de ayudar a estos animales y cambiar desde dentro la forma de hacer las cosas. Por eso fue seducida por el lema de la ALAD, pero de ahí a donde habían llegado, no. Ahora, si todo salía a la luz podía ser considerada una terrorista, alguien que había sido indirectamente la responsable de cientos o puede que miles de muertes.

El objetivo del Proyecto Titán era demostrar al mundo que una criatura como el Amphicoelias no podía vivir hacinado en un zoo. El saurópodo se asustaría y haría una entrada un tanto abrupta en el recinto. Pero el mal nacido de Héctor la había engañado para que dejara a sus hombres controlar la entrada del animal. Pero estos, en lugar de asustarlo, le habían suministrado drogas para alterarlo. Y horas antes, en el barco, habían contagiado con el virus al pobre animal.

—¡Maldita sea! —gritó con una mezcla de pena y rabia al cristal de la mesa.

Después del encuentro con Héctor, Samuel se la llevó para tranquilizarla. Aún había muchas cosas que hablar, pero efectivamente, necesitaba calmarse y pensar con la cabeza fría. Debía,

tenía más bien, que solucionar dentro de sus posibilidades aquel horror. Ordenó sus pensamientos y después de unos minutos fue a buscar de nuevo al jefe de operaciones.

—Adelante —indicó Héctor desde el otro lado de la puerta—. Espero que estés más tranquila y podamos hablar como personas adultas —añadió al verla entrar.

—No más secretos. Quiero que me cuentes el objetivo real de toda esa mierda —advirtió. Entró en la oficina y se sentó frente a él.

El jefe la miró enarcado una ceja, tomó aire y le formuló una pregunta.

—¿Por qué te uniste a la ALAD?

—Para ser cómplice de tantas muertes, no —sentenció.

Héctor torció el gesto exasperándose.

—¿Querías que volviese el respeto por estos animales, verdad? Construir de nuevo las reservas y que vivieran felices y en paz…

—En esencia, sí —contestó con determinación.

—¿Y de verdad crees que un producto que mueve tanto, tantísimo dinero, iba a ser descatalogado por la buenas? La veterinaria guardó silencio. ¡Vamos, Denia! No nos han dejado otra opción. Ahora no tendrán más remedio que dejar espacio a estas criaturas si no quieren morir. El proyecto A (GS1) ha sido todo un éxito, esa es la verdadera revancha de Vida Futura. Destruyeron nuestras reservas, las explotaron y, ahora, serán ellos los que tengan que vivir amurallados.

—¿También son responsables de la gripe sauria? —Denia no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—El doctor Nicola Weber, por supuesto. Él ya trabajaba en el asunto hace diez años en la reserva africana. En su momento no fue más que un error en busca de una cura contra otras enfermedades, pero con el tiempo vio las posibles aplicaciones orientadas de forma correcta.

—Pero por muchos sabotajes que hayáis perpetrado la población de dinosaurios sigue siendo muy inferior a la del ser humano. ¿Cómo creéis que reaccionarán los gobiernos? Acabarán con nosotros y con los animales.

—Denia, solo en España hay más de treinta zoológicos dedicados a las criaturas del mesozoico y otras treintena instalaciones cuentan con varias especies de estas criaturas. Eso sin contar los principales transmisores reales de la gripe como las cigüeñas y las golondrinas. Extrapola ese dato al mundo. Las criaturas son la excusa, la fuerza bruta y de la que todos huirán, el ataque real es a nivel microscópico. Y esta noche, cuando terminemos nuestra misión aquí, las fronteras no existirán.

—¿En qué consiste dicha misión? —preguntó temiéndose lo peor.

—Liberaremos a los reptiles voladores y acuáticos infectados con la gripe sauria —reveló.

En ese instante Denia se marchó de la habitación horrorizada. Héctor salió tras ella por el pasillo. Pero a medida que caminaba hacia la terraza exterior supo que discutiendo con él no tendría nada que hacer. Aunque estaba horrorizada, aterrada, no podría hacerlo entrar en razón y mucho menos convencerlo de que no lo hiciera. Manifestarse en su contra solo ocasionaría que se deshicieran de ella también. Llegaron a una terraza y continuaron hablando.

—Me siento engañada, Héctor. Atacada y utilizada por una organización en la que creía y defendía a capa y espada. No eres consciente de todo el esfuerzo que he realizado.

Denia relajó el tono. Tenía que hacerle creer que, pese a estar dolida, lo entendía y seguía creyendo en el proyecto.

—La directiva de la ALAD sabe a la perfección la importancia de tu colaboración, y yo mismo. Pero ahora imagina esto —Héctor estaba cegado, cuando hablaba del futuro parecía entrar en trance, en uno de locura que solo traería destrucción—, un mundo donde el imperio de los países ricos llegará a su fin. Un lugar donde aquellas personas que no evolucionen con el cambio tengan que vivir apartados del mundo, condenados a una extinción sin vuelta atrás.

—No será fácil. Los gobiernos harán lo imposible —rebatió.

—Las fuerzas militares ya están evidenciando su inutilidad —argumentó—. No son conscientes de nada, no están utilizando armas pesadas y todo ese tiempo jugará en su contra.

Y, en cualquier caso, si llegaran a hacerlo movidos por la desesperación, no harían otra cosa más que contribuir a la destrucción de su ya agónico mundo.

Tenía que aprovechar en recabar la mayor información posible, tenía que hacerle creer que me había convencido.

—En el fondo siempre supe que habría que hacer algo con un impacto mayor —mintió haciendo que él abriera los ojos sorprendido.

—¡Exacto! —exclamó triunfal.

—Pero hay algo que me preocupa, ¿acaso no estamos expuestos todos a la enfermedad? —Ahora no mentía, el peligro biológico era real. Y más para ella que había estado cerca de esos animales durante dos años.

—El doctor Weber y más científicos están perfeccionando una vacuna y un tratamiento efectivo —dudó unos segundos antes de la afirmación.

Escondía algo más. Denia notaba que el jefe de la operación había mentido y que, o bien se había inventado esa información o sabía mucho más de lo que me quería hacer creer.

—No me lo tomes a mal, Denia, pero en una hora partimos hacia el zoo. Quédate aquí, una vez que volvamos nos marcharemos en el barco y los helicópteros. De hecho, ya han empezado a cargar todo el

material. Una vez liberado a los animales que nos quedan habremos cumplido nuestra misión aquí.

—¿Qué haremos después? —preguntó en un último intento de saber más.

—Esperaremos instrucciones, aunque lo más probable es que continuemos con la reconstrucción de las reservas. Allí nacerá, una vez más, el nuevo mundo.

Cada respuesta la dejaba más atónita. Había sido una necia por creer en algo que pensaba conocer y que ahora evidenciaba su absoluta torpeza. Tenía que intentar enmendar aquello, aunque al hacerlo ella tuviera que pagar por sus imprudencias.

Denia y Héctor volvieron al despacho, él a continuar sus preparativos y ella para recoger el móvil que se había dejado encima de la mesa. Al entrar, se encontraron a Aiden con el teléfono en la mano.

ULULO EXTINTO

Iván se encontraba mucho mejor después de la medicación que le había inyectado la doctora, pero Sophia, después de lo sucedido, se derrumbó. Una vez que se alejaron de allí, no pudo contenerse más.

—Quiero que volvamos a casa, quiero salir de esta pesadilla —sollozó en los brazos de su marido.

—Cariño, tenemos que ser fuertes. Encontraremos una forma de volver a nuestras vidas y olvidar todo esto

—reconfortó su mujer mirando a James.

A diferencia de sus padres que ya habían exteriorizado de una forma u otra sus sentimientos, el niño apenas hablaba desde que toda la pesadilla comenzara. No lloraba ni manifestaba demasiadas emociones. Pero sus ojos azules indicaban que el silencio era algo meramente físico, su mente debía ser todo un hervidero de pensamientos que no llegaba a entender todo lo que estaba sucediendo.

Sophia se recompuso un poco y continuaron caminando un poco más. Ya era tarde, de madrugada, y estaban muy cansados. A unos veinte metros de su posición, vieron una tienda de menaje de ropa deportiva que tenía la puerta abierta. Los padres se miraron y pensaron que sería un buen lugar para descansar.

Pero apenas llevaban unos metros recorridos cuando escucharon un sonido que bajaba por la calle que tenían a la izquierda. Sin tiempo de reaccionar, el ulular se intensificó y un grupo bastante numeroso de dinosaurios doblaron la esquina encontrándose con la familia cara a cara. Iván se interpuso entre los animales y su mujer e hijo extendiendo los brazos. Pero aquellas criaturas con una cresta puntiaguda en la parte trasera de su cabeza y cubiertas de plumas de

colores exóticos, de la altura de un hombre adulto, no mostraron excesivo interés en las personas. Sin embargo, uno de ellos, que por su tamaño un poco más pequeño y con colores más pardos debía de ser una cría, se acercó hacia ellos con curiosidad observándolos con unos ojos de ave muy grandes.

James, con sigilo, se deshizo de los brazos protectores de sus padres y caminó hacia el pequeño.

—James, ven aquí —ordenó su padre en voz baja dando un paso hacia su hijo.

El niño metió la mano en su bolsillo y sacó el dispositivo identificador que le habían dado en el zoo.

—Pelecanimimus, el imitador de pelícanos, es un terópodo ornitomimosauriano que vivió a principios del período cretácico en lo que es hoy Europa. En concreto, sus restos fósiles se han encontrado en el yacimiento de Las Hoyas, Cuenca —emitió el dispositivo.

El pequeño James extendió la mano. El dinosaurio lo miró y, tras unos segundos, acercó su cabeza permitiendo que el niño lo tocara. Incluso parecía estar disfrutando de las carantoñas. Los padres se quedaron atónitos tanto con el comportamiento de los animales como el de su hijo, que pese a todo lo que había visto mantenía intacto el amor por aquellos animales. Y es que, a fin de cuentas, él no veía la diferencia entre un Pelecanimimus y un pavo de granja. Había crecido con la existencia de ambos totalmente normalizada.

Después de unos minutos, y viendo que el número de animales crecía bastante (ya eran más de treinta), decidieron que había sido suficiente y se acercaron hacia la puerta del establecimiento. Iván entró primero. Las luces estaban apagadas, pero no había rastro de desorden ni marcas de que hubiera habido violencia.

—¿Hay alguien? —preguntó en voz alta.

Esperaron unos instantes y se atrevieron a cruzar. Iván comprobó que, efectivamente, la tienda, que no era muy grande, era segura. Entraron y cerraron la puerta colocando un mueble detrás por seguridad.

Se cambiaron utilizando ropa de la tienda. Las suyas estaban manchadas de sangre y sudor y aún húmedas al escapar del incidente en el sector del Spinosaurus.

—Espero que no les importe —bromearon ambos.

Más tarde, tendieron en el suelo más ropa creando un confortable lecho para descansar y se tumbaron abrazados mientras contemplaban a través del escaparate a la familia de Pelecanimimus curiosear entre los coches abandonaos.

—¿Veis? —dijo de improvisto el niño.

—¿Qué, cariño? —respondió su madre.

—Los animales no son malos. Somos los humanos los que no

sabemos tratarlos —razonó dejando a sus padres boquiabiertos.

Iván volvió a toser despertando la preocupación de Sophia, pero el cansancio hizo mella en los tres y casi al mismo tiempo cerraron los ojos sucumbiendo al sueño.

En mitad de la madrugada, después de un par de horas, los cristales de la tienda comenzaron a temblar. La familia abrió los ojos en seguida a sabiendas de lo que aquellos temblores solían preceder. Se pegaron a la pared, ocultos tras un probador mirando hacia fuera sin tan siquiera pestañear.

La manada de ornitópodos, que también estaban fuera dormidos, comenzaron a ulular nerviosos mirando hacia todas direcciones. Pero fue James el que alzó un dedo y señaló con absoluta insistencia hacia la esquina. Allí, en el reflejo del edificio acristalado, estaba el joven Tyrannosaurus. De la mitad del tamaño de un adulto, con una polimetría en distintos tonos de verde y con la cabeza y el lomo cubierto de plumas amarillentas, acechaba a la bandada de herbívoros que estaban confundidos por los pasos que se escuchaban.

El rex emergió de su escondite rugiendo con fuerza. La manada se agrupó con rapidez y corrió hacia el lado contrario, pero entonces los temblores se intensificaron y dos Tyrannosaurus adultos los emboscaron por el otro lado. Estos dos eran mucho más grandes, doce metros al menos, con colores verdosos y grises, pero más pálidos y sin plumas visibles. Las dos bestias golpearon a dos Pelecanimimus con sus cabezas macizas noqueándolos en el acto y a otros dos los apresaron con sus fauces matándolos con la enorme presión de mordida.

La familia contemplaba con el corazón en un puño la escena, pero el terror estaba a punto de alcanzarles. El rex subadulto apresó con sus mandíbulas a un ejemplar y lo lanzó hacia la tienda donde los humanos se refugiaban. El Pelecanimimus, con casi sesenta kilos, golpeó el cristal atravesándolo y haciéndolo añicos. James gritó, pero sus padres le taparon la boca con fuerza.

—No mires, cariño, no hagas ruido —susurraron.

El depredador juvenil se agazapó y metió su cabeza por la ventana rota en busca de su presa. Pero parecía haber captado el olor de algo

más. Alzó sus fosas nasales e inspiró con fuerza mientras emitía un sonido grave.

—*Tyrannosaurus rex*, uno de los depredadores más grande en el reino de los dinosaurios. ¡En nuestro zoo puedes encontrar una manada de cinco ejemplares! Dos hembras, un juvenil de dos años, un macho adulto de cinco años y a nuestro imponente Alpha, el primer Tyrannosaurus desextinto y el más grande de todos los reyes tiranos de nuestro tiempo —emitió el dispositivo al escuchar el sonido del depredador.

Sophia le quitó el dispositivo al niño y lo lanzó hacia el otro lado de la tienda. El rex, totalmente alerta, se adentró aún más y dirigió su atención hacia el aparato que aún continuaba dando información. Lo olisqueó y entonces dirigió su cabeza justo hacia donde estaba la familia oculta, como si hubiese detectado el olor. Se movía con torpeza dentro del pequeño espacio, pero cuando estaba a punto de llegar hasta ellos, el Pelecanimimus que había atacado ululó al recuperar el conocimiento. El joven depredador recuperó el interés y extinguió, esta vez para siempre, el ululo del dócil animal. Con el cuerpo inerte en su boca, se unió al festín de las dos hembras que comían en el exterior.

—Ha dicho que había cinco, ¿verdad? —preguntó Sophia sin salir de su asombro.

—Sí —contestó en el mismo estado su marido.

—¿Dónde están los otros dos? —añadió el pequeño James mirando su juguete.

REUNIÓN

En el cuartel general improvisado en el muelle de la ciudad la actividad era frenética. El centenar de personas que se había quedado comenzaron a empaquetarlo todo para marcharse. Tenían varios helicópteros y un barco de carga preparados para huir de allí.

Denia miraba hacia el exterior observando por el lugar que el convoy se había marchado. Esperó unos minutos prudenciales y comenzó a actuar.

Lo primero que hizo fue ir al sótano donde habían encerrado de nuevo al joven científico tras descubrirlo. No había nadie vigilando la puerta, simplemente habían dejado la llave puesta con la cerradura cerrada. Héctor necesitaba a todos sus activos para perpetrar su misión.

Al ver entrar a Denia, Aiden se puso nervioso y extendió los brazos con las palmas hacia delante.

—Por favor, no me haga daño —manifestó con miedo.

—Tranquilo, he venido para ayudarte, quiero sacarte de aquí —contestó Denia de forma amistosa.

El joven científico la miró con receló, pero entonces la reconoció. Era la mujer que discutía con aquel bruto que le había pegado un puñetazo al descubrirlo intentando llamar por teléfono.

—Vamos, ¿piensas quedarte ahí pasmado hasta que nos descubran? —insistió la veterinaria.

Dejaron las almohadas debajo de las mantas disimulando una forma humana y las llaves puestas tal y como Denia las había encontrado. Ambos se dirigieron hacia la parte más alejada y solitaria de la instalación. Sacó su teléfono y llamó a la policía

—Es inútil, o están colapsados o directamente inutilizados —

advirtió Aiden—. Déjame el teléfono. Llamaré a mi contacto en Ginebra.

El teléfono comenzó a dar tono, pero nadie contestaba al otro lado. El joven intentó con otros números, pero nadie contestaba.

—Diablos —masculló ofuscado.

Denia abrió su móvil. Tenían conexión a internet, así que decidió intentar contactar con alguien a través de alguna red social. Pero nada más abrirlas quedó conmocionada.

—Esto no puede estar pasando —murmuró mientras deslizaba el *time line* a través de su teléfono.

—¿Qué sucede? —quiso saber Aiden.

—Todo. Esto es una locura —comenzó a decir—. En Europa y Asia la situación es un absoluto descontrol. Los gobiernos en algunos países han dado la orden para utilizar armas pesadas, en otros han bombardeado, empeorando la situación. Parece ser que en algunas ciudades de Estados Unidos han controlado a los animales que han escapado, pero el virus se está extendiendo sin control. Sin hospitales funcionando en las poblaciones atacadas no hay nada que frene a la maldita gripe sauria. Muchos de los centros hospitalarios o han colapsado o directamente han dejado de funcionar. Hay animales por todos lados…

—Hemos creado a tantos que no pensamos en que algo así pudiera suceder… —interrumpió Aiden.

—Los dinosaurios son el miedo más evidente, más visible. Pero el verdadero peligro lo representa la enfermedad. ¿Qué tasa de mortalidad tiene? —preguntó.

—Sin tratamientos preventivos o paliativos, el noventa y nueve por ciento. Pero aún más peligrosos pueden ser las aves a la hora de transmitirla. A fin de cuentas, pueden ir a donde quieran, y si un animal portador se posa en cualquier superficie y una persona pasa cerca o toca esa zona puede contagiarse. Este virus no es natural, es demasiado… destructivo.

—Tengo la sospecha que el tal doctor Weber es el responsable de su existencia —pensó Denia en voz alta.

—¿Él está relacionado con todo esto? —preguntó sin salir de su asombro el microbiólogo—. Ahora lo entiendo todo…

—La ALAD no es más que una división de Vida Futura. Según he descubierto, la empresa se reorganizó y cuando pasó todo el escándalo se disfrazaron de organización para continuar con sus labores con otra cara externa. No sé mucho más, por ahora.

Aiden estaba confundido. A él lo puso en contacto con Weber el zoólogo Santos Alvarado. ¿Acaso él tenía algo que ver con esto? No tenía forma de saber la respuesta, pero personalmente no creía que tuviera conocimiento de las actividades clandestinas que Weber

llevaba a cabo en Desextinción IV.

—Vamos, tenemos que impedir que Héctor logre su objetivo. Cámbiate y ponte esta ropa —le indicó Denia mientras le dio ropa de la ALAD para que pasara desapercibido.

Caminaron con seguridad hacia el garaje donde se encontraban los vehículos. Al verla, el oficial la reconoció y la saludó con amabilidad. Aquel soldado había colaborado disparando la droga al saurópodo, conoció a Denia en el zoológico.

—Necesito un coche —dijo sin dar explicaciones.

—El jefe se los ha llevado todos —contestó.

Denia miró por el garaje que efectivamente estaba casi vacío, pues un coche con el capó levantado estaba en una de las esquinas del lugar. Aiden estaba detrás suya sin articular palabra intentado no mirar de frente al hombre que hablaba con Denia.

—¿Y ese? —preguntó.

—Le estaba echando una ojeada, tiene problemas con los inyectores, al parecer.

—¿Funciona entonces?

—Sí, pero no sé si llegarás muy lejos.

—Me lo llevo —contestó sin darle lugar a opción—. Tú, vienes conmigo —ordenó a Aiden disimulando.

No podían conducir tan rápido como ellos quisieran. A medida que se acercaban al zoológico los vehículos abandonados se multiplicaban. En su interior, Denia estaba conmocionada por lo que veían sus ojos, la destrucción y el olor a muerte inundaban la ciudad que la había visto crecer como profesional.

Ambos llevaban mascarillas puestas, allí tenían altas probabilidades de contraer la enfermedad, había sangre por todos lados y algún que otro cadáver de algún dinosaurio.

—¿Qué es eso? ¡Para! —indicó el doctor Davis.

A unos metros de su posición, una familia de personas le hacía señas. Cerca del Museo de las Artes y las Ciencias de la ciudad. Aquello retrasaría su misión, pero no podía dejarlos allí. Se acercó con el coche y los recogió.

—Gracias por parar, mi nombre es Sophia. Este es mi marido Iván y

él nuestro hijo James.

—No le voy a mentir, señora. Vamos al zoo de nuevo, tenemos algo que hacer.

La cara de horror fue evidente en los padres de familia.

—No, por favor, venimos de allí. Llegamos ayer por la mañana para la inauguración de la nueva atracción, el animal ese grande —explicó como pudo Sophia—. Solo hay muerte.

Denia se dispuso a explicar lo que pretendía, pero unos rugidos agudos cortaron en seco la conversación.

—Agachaos —ordenó la veterinaria mientras apagaba las luces y el motor del coche.

Inmóviles, vieron aparecer toda la manada de Concavenator. Eran muy numerosos, pero no tenían una actitud cazadora. Solo estaban vagando por aquellas calles, lugares totalmente nuevos para ellos. La media vela que tenían en la espalda variaba en intensidad y tamaño debido al dimorfismo sexual.

—Esos animales mataron a muchos supervivientes —susurró Iván.

—No hagas ruido —reprendió Denia.

La manada continuó su camino dirigiéndose hacia el parque que tenían no muy lejos desde su posición sin percatarse de las personas que había en el coche.

—Hemos tenido suerte —murmuró Aiden.

—Vamos, tenemos que irnos —dijo Denia.

Intentó arrancar el coche, pero tras intentarlo un par de veces comenzó a hacer un ruido ahogado y seco.

—Maldición — gruñó enfadada Denia al ver torcidos sus planes.

Durante unos minutos evaluaron la situación. No estaban muy lejos del cuartel general, pero a pie tardarían al menos veinticinco minutos y teniendo en cuenta la manada de Concavenator y a saber qué más no podían arriesgarse. Miró hacia el edificio que tenía a su derecha, el Museo de Ciencias.

—Vamos, nos esconderemos allí y pediré ayuda —dijo entre dientes visiblemente molesta.

Iván comenzó a toser de nuevo, después de unas horas la fiebre volvía a subirle.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Aiden mirando de reojo a la veterinaria.

—Estoy enfermo. Llevo unos días así, no tiene nada que ver con esa gripe tan peligrosa de la que todo el mundo habla.

Denia miró con desconfianza, pero ahora no tenía más opción.

—Vamos, entremos. No es seguro estar aquí fuera.

ATENTADO

El silencio de la noche en la ciudad era casi total. Aunque aún se escuchaban gritos y paredes derrumbarse en algunos sectores. Pero desde el polígono industrial del nuevo muelle un convoy de siete vehículos avanzaba por la avenida principal de la ciudad dirección al zoo. Una treintena de mercenarios de la ALAD, liderados por Héctor Salvado, se dirigían hacia las instalaciones para terminar de perpetrar el atentado.

Samuel, que iba de copiloto del jefe de la operación, indicó al convoy que redujeran la marcha. A unos metros de su posición vio algo que le hizo removerse por dentro.

—Se habrán escapado del Bioparc… —dijo sin empatía alguna Héctor.

Cerca de ellos, en la parte más cercana a la costa del parque de Cabecera, yacían inertes en el suelo tres elefantes africanos adultos. Tal y como había indicado, la destrucción había llegado hasta el zoológico de animales contemporáneos y estos, como sus congéneres prehistóricos, habían escapado. Pero entonces algo hizo que muchos de los integrantes se quedaran sin palabras.

Un barrito de un elefante de pocas semanas de vida rompía con dolor el silencio de la noche. La pequeña cría acariciaba con su trompita el cadáver de su madre. No comprendía por qué no se movía, por qué no le correspondía a sus caricias.

—Yo no he venido para esto —susurró Samuel conteniendo la emoción.

—En todo cambio hay pérdidas, el futuro será mejor —sentenció Héctor mientras reanudaba la marcha de nuevo.

Los coches se alejaron dejando al pequeño paquidermo solo,

mientras barritaba con fuerza en el entorno más hostil en el que pudiera vivir. Se sentó cerca de las grandes orejas de su progenitora mientras no le quitaba la vista de encima, con la esperanza de que todo volviera a la normalidad. Lloraba, a su forma, y es que a esa edad y sin protección humana, aquel bebé estaba condenado a correr la misma suerte que su familia. El lamento se perdió en la noche, diluyéndose, siendo olvidado en el alumbramiento de un nuevo mundo incierto.

Los siete todoterrenos llegaron al muelle privado del parque y una treintena de hombres y mujeres armados bajaron de los vehículos.

Héctor abrió el mapa y lo ojeó. Tenían que dividirse en dos grupos: uno abarcaría los estanques y aviarios del este y el segundo pelotón los ubicados en el oeste del zoo.

—Recordad las instrucciones. Una vez administradas las dosis víricas, dejad pasar al menos quince minutos entre las aperturas de los recintos y, sobre todo, dejad a los animales más peligrosos para los últimos. No queremos que esto se trasforme en un festín para los depredadores —indicó.

—Señor, ¿qué hacemos si algo sale mal? —preguntó uno de sus subordinados.

—Continuad el plan como sea. Esos animales tienen que estar en libertad antes de que alguien meta las narices aquí y nos lo impida —ordenó dando a entender lo poco que le importaba la vida de sus compañeros.

El jefe de la operación junto con Samuel y otros trece hombres se dirigieron al área este. Allí tenían tres especies acuáticas y otras cuatro voladoras. Accedieron por la superficie y comenzaron con la liberación de la primera especie.

Los primeros según los criterios de la ALAD eran los Dolichorhynchops junto con los delfines mulares que convivían. Estos animales eran depredadores, pero eran los más pequeños y rápidos del ala este.

Héctor, pirateando el sistema de control después de alimentar a los animales con pescados contaminados, comenzó a elevar las compuertas que comunicaban el estanque con el mar Mediterráneo. En condiciones normales era imposible que estos animales llegaran al mar. De hecho, las dos últimas barreras había que retirarlas manualmente con el fin de que problemas informáticos no condicionaran la seguridad.

Los dolis y delfines no tardaron en encontrar la salida hacia mar abierto. Casi al mismo tiempo una bandada de más de una veintena de Nemicolopterus, uno de los reptiles voladores más pequeños, pasaron por encima de sus cabezas probando por primera vez la libertad de un mundo que se les presentaba inmenso al compararse con las

limitaciones de su jaula.

—El equipo B confirma que ha liberado con éxito a los Ictiosaurus y a los Rhamphorhynchus —informó Samuel.

—Continuemos.

Los mercenarios continuaron administrando el virus a través de la comida en el caso de los reptiles acuáticos y a través de los aspersores de los distintos aviarios. Los Elasmosaurus surcaban el mar con total libertad. En el cielo una bandada de Pteranodones huían de los dos gigantescos Quetzalcoatlus que habían sido liberados antes de tiempo.

—¿¡Pero qué demonios hacéis!? —bramó el jefe—. ¡He dicho que quiero quince minutos entre las liberaciones y los animales más peligrosos para los últimos! ¿Acaso no veis que ese lagarto es tan alto como una jirafa! —añadió mirando a los colosos que volaban sobre el reflejo de la luna en el mar.

Ambos equipos se reunieron en torno al estanque del carnívoro más grande de todo el zoo, la pareja de Tylosaurus, dos animales muy peligrosos. El estanque estaba totalmente a oscuras y con el agua demasiado tranquila. Nadie diría que dos colosos se ocultaban bajo aquellas aguas negras.

—No hemos logrado inyectar la dosis a estos dos. No comen pescado y los animales vivos que suelen darle han debido huir después de los apagones —dijo el responsable del otro equipo, el que había dejado salir a los Quetzalcoatlus antes de tiempo.

Héctor entornó las cejas pensando una solución.

—¿Llevas encima las dosis verdad? —preguntó.

—Sí, señor.

—Ve a abrir las compuertas manuales. Estos animales son peligrosos, mejor hacerlo al contrario que los demás —ordenó.

Mientras el soldado cumplía las órdenes, su superior se dirigió hacia la mesa de control y abrió todas las compuertas antes de que este terminara de abrir. Nadie se dio cuenta, pero él rio al ver como una leve corriente de agua se dirigía hacia él. No lo vio venir. El inmenso reptil marino emergió con las fauces abiertas y apresó al soldado que, cuando se dio cuenta, ya estaba dentro de la boca del saurio. Un segundo animal saltó en el último momento y le arrebató a su congénere la mitad del cuerpo que aún daba espasmos en el aire.

—Problema resuelto —murmuró entre dientes Héctor.

El resto del equipo quedó atónito con lo sucedido mientras los dos Tylosaurus se sumergían en las profundidades del puerto.

—Misión cumplida —dijo sonriendo lleno de satisfacción.

El grupo se dispuso a volver, recogieron todas sus cosas y enfundaron sus armas, contentos de no tener que haber utilizado. Se montaron en sus coches y comenzaron a cruzar el zoo hacia el exterior.

Mientras todos celebraban el éxito de su operación, Samuel miraba muy serio a través de la ventanilla del coche. Fue el único que lo vio venir. Algo apareció por el lado derecho y de un golpe secó hizo que el todoterreno que iba delante perdiera el control dando varias vueltas de campana sobre sí mismo. Los demás frenaron justo delante del depredador supremo. Un *Tyrannosaurus rex* de casi quince metros de longitud y seis metros y medio de altura rugió tan fuerte que incluso el mercenario más valiente quedó petrificado.

El dinosaurio era negro azabache con rayas rojas atigradas por todo el lomo, una cabeza de más de un metro y medio cuyos ojos amarillos denotaban la experiencia de un cazador experimentado. Rugió una vez más y corrió hacia el coche de Héctor.

El jefe de la operación dio marcha atrás al tiempo que Samuel abrió la puerta y se tiró hacia el exterior. Se arrastró hacia unos setos y se quedó inmóvil. El Alpha no lo vio y continúo desplazándose hacia el coche que terminó impactando con el que tenía detrás. Un segundo rex un poco más pequeño que el otro, pero igualmente imponente, apareció por detrás dejando sin salida a los mercenarios. Este era de un azul verdoso oscuro con las mismas rayas que el otro. Pero las tenía de un marrón café, color que era más predominante en la cara del animal.

Ambos centraron su ataque en dos coches, dando a los demás la oportunidad de escapar. El más grande mordió el techo del coche de Héctor que, aterrado, sostenía su rifle entre sus brazos para cuando llegara el momento. Intentó salir, pero su puerta estaba atascada. El depredador rugió con fuerza y golpeó el vehículo haciéndolo girar y dejándolo de lado. El humano se soltó el cinturón de seguridad y se dejó caer hacia los asientos de atrás intentando romper los cristales a patadas, pero al ser blindados resultó imposible. El Tyrannosaurus observó a su presa durante unos segundos y volvió a arremeter haciendo estallar los cristales en mil pedazos.

Mientras, los ocupantes del otro vehículo comenzaron a disparar al otro T.Rex que durante unos segundos retrocedió, pero la suerte les duró muy poco. La criatura pisó a uno de los mercenarios mientras que atrapó a otro con sus fauces haciéndolo pedazos.

Héctor comenzó a disparar hacia el Alpha, que lo único que hacía era enfurécelo más. El predador levantó su pata y aplastó el coche volviéndolo a poner derecho. El jefe de operaciones disparó hacia delante al sentir el peso del metal destrozarle la pierna. La bala dio en el charco de aceite que había dejado y, en ese momento, el vehículo comenzó a arder. El rex, al ver el aceite incendiado, retrocedió sin parar de mirar al humano que comenzaba a quemarse en su interior. Las llamas llegaron hasta el jefe de la operación que no podía moverse

por el peso que le apresaba la pierna. El fuego comenzó a devorar al responsable de todo aquel caos. Sus gritos se entremezclaban con los disparos y los bramidos del rex. Su carne se despellejaba pasto de las llamas y lo último que vio fue sus ojos, los ojos del depredador que, a fin de cuentas, le hubiera dado una muerte mejor y más rápida.

El dinosaurio perdió el interés y fue hacia los otros soldados que continuaban disparando al otro macho. Rugió, golpeó a uno de ellos lanzándolo por los aires, el otro animal lo agarró zarandeándolo como un perro con un trozo de carne. Tras un par de segundos lo partió. En este instante explotó el coche de Héctor.

Samuel, aprovechando la explosión y que los predadores estaban devorando a sus presas, corrió hacia el interior del vehículo que estaba intacto, pues los soldados se habían bajado a disparar. Lo puso en marcha y aceleró.

Los Tyrannosaurus se percataron del ruido del motor y comenzaron a perseguirlo. El más grande era de hecho el más rápido. Lanzó una dentellada que rompió las lunas traseras del vehículo. Pero el coche por suerte fue más rápido. Samuel destrozó las barreras de acceso al zoo y salió impulsado por las escaleras de la entrada.

El lagarto tirano rugió con fuerza al comprender que no podría alcanzarlo. Observó al coche marcharse mientras su compañero llegaba a su lado. Estaba herido y sangraba por una pata. Ambos rugieron una vez más al unísono alzando sus poderosas cabezas a más de siete metros del suelo, advirtiendo a cualquier competidor que pudiera percibir su presencia de que allí ellos eran los depredadores supremos. Segundos más tarde, y desde el interior de la ciudad, su llamada fue contestada por las dos hembras y el subadulto.

PROTEGER A LA FAMILIA

La ciudad pasaba a su alrededor, la oscuridad y el silencio eran lo único que lo acompañaba y así deseaba él que continuara siendo. Samuel aún escuchaba a lo lejos los rugidos, aunque conforme pasaban los segundos quedaban más atrás. Cada instante lo separaba de las criaturas más formidables y aterradoras que sus ojos habían visto alguna vez.

El mercenario tenía sentimientos encontrados. Él conocía cuál sería la misión, los planes de la ALAD, pero una vez que lo vio materializados entendió que habían cometido una locura. Su incorporación a la asociación fue motivaba por un suceso que vivió con su familia años atrás mientras hacía un safari en África. Su hija murió en el ataque de una pareja de Acrocantosaurus a la caravana en la que realizaban el viaje. Fueron un grupo de la ALAD los que salvaron a su marido y a él. A partir de ese momento, quedó ligado a las personas que lo libraron de las garras de la muerte. Comprendió que aquellos animales campaban a sus anchas en lugares desfavorecidos mientras el primer mundo no hacía nada para evitarlo. Todo lo contrario, tenían aquellas zonas como criaderos naturales de donde sacar los especímenes para sus zoológicos en la ciudad. A los dos años, el matrimonio no superó la pérdida de su hija y tras una serie de desavenencias los dos decidieron llevar sus vidas por separados.

Samuel se asustó al sentir vibrar el teléfono móvil dentro de su chaqueta. Después del incidente ni si quiera recordaba que aún lo llevaba encima. Redujo la velocidad y miró la pantalla para ver de quién se trataba.

—Denia, ¿está todo bien? —dijo al descolgar.

—Menos mal que me contestas. Dime, por favor, que no habéis completado la misión —comentó la veterinaria desde el otro lado del teléfono.

—Es tarde, está hecho —contestó con seriedad.

Cuando Samuel dijo esas palabras hubo un silencio en la conversación. Después escuchó algún que otro improperio entre dientes.

—Necesito tu ayuda —habló al fin—. Estoy en el Museo de las Ciencias. Estoy con una familia, pero mi coche no funciona. ¿Podrías ayudarme sin que Héctor se enterara?

—Él ha dejado de ser un problema, luego te contaré. En veinte minutos estaré allí. Te llamaré.

—Ten cuidado, Samuel. La manada de Concavenator no está muy lejos y, según me dice la familia, parte del grupo de rex también rondan la zona.

Al oír la palabra se estremeció. Tenía grabado en su memoria el profundo, sonoro y aterrador rugido del dinosaurio.

—Está bien. Esperad ahí —dijo Samuel antes de colgar y poner rumbo al lugar que le había indicado.

Denia, al acabar la llamada con su compañero, se sorprendió al oír que Héctor había dejado de ser un inconveniente. Aquello, teniendo en cuenta la situación, quería decir que por alguna razón aquel malnacido había muerto. Quiso controlar sus pensamientos, pero odiaba a aquel hombre y en su fuero interno deseó que antes de dejar este mundo hubiera sufrido proporcionalmente al caos que había provocado.

Ella, junto a Aiden y la familia, había subido a la segunda planta del museo. Por suerte, parecían ser los únicos y en la oscuridad de la noche había sido un acierto refugiarse en ese lugar. El acceso no era especialmente amplio, lo que les garantizaba que ninguna criatura grande o mediana pudiera llegar hasta ellos.

Aiden estaba junto a la familia. Iván estaba peor. La fiebre le había vuelto a subir y teniendo en cuenta el tiempo que hacía que lo habían medicado el virus iba a peor.

Sin quitarse la mascarilla y poniéndose unos guantes que había

encontrado en el cuarto de la limpieza, el microbiólogo lo inspeccionó. No le gustó lo que comprobó. Además de la fiebre, tenía dolor muscular y en los últimos minutos tenía diarrea sanguinolenta. Lo único que no le cuadraba era el tiempo que, según él, llevaba sufriendo los síntomas. Hacía más de cuatro días y todas las pruebas indicaban que la gripe sauria acaba con su huésped en un máximo de cuarenta y ocho horas.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvo contacto directo con sus gallinas? —preguntó el doctor.

—Todos los días antes de venir. Pero no solo yo, mi hijo también suele ayudarme con ellas —contestó mientras tosía con fuerza.

Aiden miró al niño. Él parecía estar bien, sin ningún tipo de síntoma, y su mujer igual.

—Tendría que hacerte pruebas, tanto a ti como a tu familia —concluyó.

Estaba seguro que Iván tenía la gripe sauria, pero por alguna razón no la contagiaba y su sistema inmunitario estaba luchando contra la enfermedad. El microbiólogo fue a hablar con Denia que patrullaba el perímetro asegurándose de que todo estaba en orden. Quería conocer si en la base tenían algún tipo de equipo médico o algo medianamente similar.

Mientras Iván descansaba como podía. James no se movía del lado de su padre, desde que había comenzado todo apenas hablaba, pero sus ojos, que despedían una inteligencia impropia de su edad, comprendían todo lo que sucedía a su alrededor.

Mientras Sophia miraba a ambos. Intentaba demostrar que era fuerte, pero bajo toda aquella fachada de seguridad impostada estaba aterrada. Tenía miedo de perder a su familia, de que a su marido le sucediera algo o no poder proteger lo suficiente a su pequeño. Y es que, a fin de cuentas, el coraje de una madre a veces no podía con todo. Sobre todo cuando animales prehistóricos y una enfermedad mortal eran los enemigos a batir. Se dijo a sí misma que todo saldría bien. Cogió de la mano a su marido y mientras una lágrima se deslizaba por su rostro acarició la cabeza de su hijo.

—Samuel nos espera en la calle —dijo Denia con cierta emoción.

Los cinco comenzaron a bajar con toda la rapidez que podían. Bajaron a la primera planta y se dirigieron hacia la puerta derecha. Salieron y corrieron hacia la ubicación del mercenario, pero dos Spinosaurus que estaban en el lago del museo los frenaron en seco. Los cinco se escondieron detrás de las columnas que sustentaban el edificio, inmóviles, conteniendo la respiración y esperando que aquellos dos depredadores no hubiesen detectado su presencia.

—Mira, mamá —susurró muy bajo James.

Los animales no habían reparado en la presencia de los humanos.

Los dos adultos centraban toda su atención en una pequeña cría de pocas semanas de vida. A diferencia de los padres, que alcanzaban los quince metros en el caso de la hembra y dieciocho del macho, el pequeño apenas tenía un metro y su vela era mucho menor que la de sus progenitores.

Los depredadores, teniendo en cuenta la dirección a la que iban y la actitud que tenían, olfateando el ambiente, se dirigían al oceanográfico. Habían captado el olor de los animales que allí habitaban y de las grandes masas de agua que había en el todo el complejo.

Los dinosaurios estaban justo al lado de los humanos, que continuaban inmóviles tras las columnas. Entonces la cría se dirigió hacia ellos. Todos contemplaron horrorizados como la hembra, de tonos azules y celestes, fue en busca de su prole. El animal se detuvo justo detrás del pilar donde estaba Sophia y James. La madre agarró con fuerza a su hijo deseando que no emitiera ningún ruido. En ese mismo instante comenzó a llover con fuerza y, en el horizonte, unos rayos anunciaban la llegada de una tormenta de verano. La Spinosaurus, ante el cambio de climatología, abrió la boca, agarró a su cría metiéndola dentro y volvió con el macho que se había adelantado unos metros.

Una vez pasado el peligro, las dos familias, la sauria y la humana, continuaron sus caminos hacia sus destinos. Aunque en el fondo, ambas tenían un mismo objetivo, la protección y supervivencia de cada uno de sus integrantes.

ÉXODO

La fiebre estaba haciendo estragos. El delirio estaba atacando la mente de Iván, pero por suerte, según Denia, en el cuartel general tenía un pequeño gabinete medico con distintas medicinas. Aiden creía que si tanto tiempo después su cuerpo aún resistía, si se le paliaban los síntomas, podría superar la enfermedad y aquello supondría una noticia fantástica desde un punto de vista médico. Podrían desarrollar algún tipo de anticuerpo a través de la sangre del padre de familia.

Veinte minutos después llegaron al caótico cuartel. Llovía con fuerza, pero aquello no había frenado a los operarios para preparar el transporte de todo el equipo. Estaban a punto de terminar y partir hasta su nuevo destino. Aquí habían acabado su trabajo, la ciudad estaba sumida en la más absoluta destrucción y a esas alturas la propagación del virus estaba más que garantizada.

Al bajar del coche, Denia se dio cuenta que los sillones posteriores como gran parte de la carrocería estaban llenas de sangre, aunque con la lluvia poco a poco parecía estar menguando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Denia a Samuel.

—Nos atacaron. Dos Tyrannosaurus, uno de ellos era enorme y muy agresivo. Esta sangre es del otro ejemplar —contestó.

—Alpha es un animal muy agresivo. Cuando llegó asesinó a la que por entonces era la hembra dominante y se adueñó de la manada. Pensamos que al ser una hembra se llevarían bien y que el problema lo tendría con el macho más joven o con el subadulto, pero para nuestra sorpresa acabó con la dominante. Quisimos ocultar lo sucedido pero la información se filtró, aunque no fue del todo cierto lo que llegó a oídos de todos.

La flota de helicópteros había comenzado a despejar. Apenas quedaban tres aeronaves en la instalación y el barco estaba preparando su salida en el muelle principal. Ya habían embarcado todos los vehículos y la mayoría de armas y equipos científicos. No podía dejar huellas de su estancia en aquel polígono industrial.

Aiden y la familia se dirigieron a la enfermería que, por suerte, aún no habían desmantelado del todo. Los soldados lo miraron extrañados. Sabían que era un prisionero, pero Samuel y Denia dijeron que ya no era el caso indicándoles que continuaran con su trabajo.

El microbiólogo le colocó una vía con suero para evitar que se deshidratara debido a la perdida de líquidos que sufría, y por vía intramuscular le inyectó lo necesario para bajar de nuevo la fiebre.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Sophia al ver la gravedad de la situación.

—No le voy a mentir. Está muy grave y no estamos en un hospital. Pero peor estábamos en el museo. Aquí al menos puedo frenar un poco la sintomatología. Vamos, guarde en la mochila todo lo que pueda —ordenó mientras le tomaba muestras de sangre.

La madre y su hijo vaciaron la maleta del pequeño y comenzaron a guardar todo tipo de material médico. Jeringas, pastillas y todos los inyectables que el Dr. Davis había aconsejado.

Sin previo aviso, Iván comenzó a convulsionar y perdió el conocimiento. El niño comenzó a gritar y Denia y Samuel se lo tuvieron que llevar fuera. Sophia lloraba mientras Aiden intentaba controlar la situación. Pero ya era tarde, de su boca comenzó a brotar sangre, y sin tensión muscular sus esfínteres también se relajaron. El microbiólogo no tenía material médico. Intentó lo imposible y lo que sus conocimientos le permitieron, pero aquellas últimas convulsiones hicieron que el cuerpo de Iván sucumbiera a la enfermedad.

—Por favor, no lo toque —recomendó nervioso a Sophia que lloraba de forma desconsolada.

En ese momento entró Samuel y sujetó a la mujer que, debido al impacto, se desmayó. Aiden se sentía mal por no haber ayudado al pobre hombre, más aún tras tener la certeza de que podía haber sobrevivido a la enfermedad de haber tenido los cuidados necesarios. Por suerte y aunque se sentía mal por ello, tenía muestras de sangre que podría utilizar. Su muerte no habría sido en vano.

En una sala anexa, Sophia se recuperaba del desmayo, pero al ver a James junto a ella hizo de tripas corazón y controló para no desmoronarse de nuevo.

—¿Dónde está papá? —preguntó observando con detalle los ojos de su madre.

—Cariño, papá… se ha tenido que marchar lejos —contestó dubitativa. Estaba haciendo un esfuerzo titánico por no romper a

llorar.

El niño, que había demostrado una entereza increíble, se acercó a su madre sin decirle nada y la abrazó. No hicieron faltas palabras, James sabía lo que había sucedido.

—Mamá, llorar no es malo. Papá ya está bien —susurró.

Sophia abrió los ojos y al oír las palabras de su hijo no pudo contenerse más. Lo agarró con fuerza y dejó que las lágrimas se derramaran sin nada que las contuvieran.

En ese momento mil imágenes se proyectaron en su mente. Iván era una buena persona, un buen marido y un padre excelente, no entendía por qué había tenido que acabar así. Ella no quería venir a Valencia, no le gustaban los zoos y siempre miró con ojos recelosos a los dinosaurios. No compartía su existencia, pero tanto James como Iván eran auténticos forofos de la naturaleza. Y aquí estaba, sola con su hijo en una ciudad destruida con su marido muerto en la habitación contigua.

Respiró hondo e intentó calmarse. Habría tiempo para velarlo, por supuesto, pero ahora tenía que ser fuerte por su pequeño y por ella misma. Tenían que salir de allí sanos y salvos costara lo que costara.

Denia entró en la habitación, le dio el pésame a la familia y encendió la televisión del despacho. Quería ver cómo estaba la situación. La televisión no emitía nada, pero algunas emisoras de radio sí. Al otro lado del aparato una comunicadora analizaba la situación mientras todos los allí presentes escuchaban con interés, asombro e incluso miedo.

—Hemos perdido el control. Ahora, después de setenta y dos horas del primer ataque en una ciudad de Centroamérica, estamos en posición de responsabilizar con total seguridad a la organización terrorista ALAD, los cuales nos han tenido engañados durante años bajo el disfraz de una asociación de reivindicación naturalista. Fuentes cercanas tras el escándalo me confirman que dicha organización se fundó tras el destape de Vida Futura e igual que el capitalismo destruyó su corporación ellos han devuelto ahora el golpe.

Confirmamos que en EEUU se ha autorizado en algunas ciudades el uso de armas de destrucción masiva con el fin de erradicar, no solo a los animales desextintos, sino a la enfermedad, que a estas alturas ya es una epidemia global con millones de muertos en todo el mundo. Cifra que no dejaría de subir si tuviéramos los medios necesarios para contabilizar las víctimas.

La ciudadanía está experimentando un auténtico éxodo hacia poblaciones más pequeñas o espacios naturales. Pero las autoridades recomiendan volver a sus casas y encerrarse hasta que llegue la ayuda. Recuerden que las aves son también transmisores de la gripe sauria y en los entornos rurales hay más abundancia de ellas.

La peor parte la estamos sufriendo en Europa al ser una porción geografía más pequeña pero a la vez contener tantos gobiernos que han demostrado su ineptitud para colaborar en una crisis de esta magnitud. En nuestro país, la gente huye al sur, donde los ataques solo han sido en tres ciudades principales y la densidad de población comparada con la extensión de la comunidad autónoma de Andalucía hace más difícil el contacto con estos animales y por lo tanto la propagación. A su vez, Madrid, es de las pocas ciudades europeas donde se ha contenido con éxito el caos al estar el zoológico bastante alejado del centro urbano.

En cualquier caso, lo que comenzó siendo una investigación genética clandestina, se ha transformado en el instrumento que nos desafiará a nosotros, los seres humanos como especie. Nuestro futuro es incierto, nuestra población continuará mermando hasta que las autoridades sanitarias no den con una solución ante esta crisis. Lo que sí podemos afirmar, sin lugar a dudas o error, es que este mundo, donde hemos sido la especie dominante en los últimos milenios, ya no nos pertenece en exclusiva. Estamos en los albores de una nueva era, donde las murallas del tiempo, los millones de años entre las eras, han sido aniquiladas obligándonos a convivir con unos seres que nosotros mismos trajimos de vuelta e hicimos posible que volvieran a caminar sobre el suelo que ahora la humanidad también pisa.

DEPREDADOR SUPREMO

El dolor a la pérdida, a no volver a ver, sentir u oler a la persona que marcó su vida, que le hizo feliz. El pesar de no volver a tener una de esas conversaciones a altas horas de la madrugada y, sobre todo, la pena de que su hijo no pudiera volver a ver a su padre.

Pero a su alrededor, su pérdida se mimetizaba con la de cientos, miles de personas que, en apenas unos días, lo habían perdido todo; toda una especie estaba de luto por el golpe mortal que había recibido su orgullo, uno que parecía inquebrantable, inamovible. Una supremacía ahora cuestionada por animales del pasado, armados con el virus más letal que la era del hombre moderno hubiese presenciado.

A esas alturas de la noche, a la cual ya le quedaban pocas horas, una tormenta de verano fortísima azotaba el muelle, hasta tal punto que los helicópteros como medida de precaución habían atrasado su salida.

Mientras tanto Sophia, su hijo, Aiden, Denia y Samuel continuaban en la nave esperando que los llamaran para embarcar. El cadáver de Iván había sido retirado y llevado a una cámara frigorífica con todas las medidas de seguridad. De esa forma podrían darle un funeral y Aiden podría realizarle alguna prueba complementaria en caso de ser necesario.

Los mercenarios estaban terminando de desalojarlo todo, no quedaría rastro alguno de su presencia en la zona. Mientras, a una distancia prudencial se producía un choque de opiniones.

—No pienso participar en esto. Me habéis secuestrado, llevo más de dos semanas encerrado en este lugar. No voy a subir a ese barco —justificaba el Dr. Davis.

—Es la opción más segura, ahí fuera no tienes muchas posibilidades

—contrarió Samuel.

Sophia, después de oír sin articular palabra un buen rato se atrevió a hacerlo.

—En Madrid la situación está controlada. Me gustaría poder volver a casa con mi hijo.

—Sophia, la situación está controlada por ahora. Pero el Gobierno ve el enemigo en los dinosaurios y ellos no lo son. Son la enfermedad que portan y que se puede propagar a través del aire. La ciudad acabará cayendo.

—¿Qué propones tú? —inquirió Aiden.

—Vayamos con ellos. Tienen los medios médicos para enfrentar la enfermedad y son los únicos que tienen un plan que seguir.

—¡¡Son unos terroristas, Denia!! —exclamó Aiden—. Son en este momento los más buscados por todos los gobiernos a nivel mundial. Si nos encuentran con ellos, seremos tratados de la misma forma —justificó.

—El Gobierno tiene otras cosas de las que preocuparse que de un barco a la deriva en mitad del Mediterráneo. De cara a los radares marítimos somos un navío sanitario. No tendremos problemas —argumentó Samuel.

En ese instante la luz del edificio se apagó poniéndolos a todos nerviosos. Solo se escuchaba la fuerte lluvia caer sobre el metal del techo y los truenos y relámpagos. Se miraron y se dispusieron a entrar en una de las habitaciones a encender una vela, pero antes de que nadie pudiera mover un musculo, una sombra apareció tras la lona transparente de la gran puerta del garaje. Todos, incluidos los mercenarios, contuvieron el aliento. En ese instante todo se iluminó momentáneamente con el relámpago y segundos más tarde resonó con fuerza un trueno. La enorme silueta del depredador fue finalmente revelada.

El Tyrannosaurus olisqueaba la sangre que Samuel trajo en el coche que estaba estacionado bajo el porche de la nave industrial. Por sus dimensiones, parecía ser el peligroso *alpha* de la manada. El dinosaurio levantó su densa cabeza y olió el plástico que los separaba del grupo de humanos. Otro relámpago iluminó todo y otros cuatro rex se sumaron a la escena.

—Están todos aquí. Han rastreado la sangre del coche —susurró Denia—. Vayamos al barco, ya —añadió.

A muchos de ellos no les hizo gracia, pero teniendo en cuenta la situación no tenían más opciones. Muy despacio comenzaron a caminar mientras los depredadores no repararan en la presencia de los humanos. Pero en ese instante, la bocina del barco comenzó a sonar advirtiendo de su salida inminente.

Los animales, al identificar con claridad el origen del sonido,

rugieron y entraron en la nave. La lona de plástico cayó y entonces los reyes tiranos vieron a todas las personas que había al otro lado. Los cuatro adultos y el joven rugieron tan fuerte que muchos tuvieron que taparse los oídos para no sufrir daños.

—¡Por aquí! —gritó Samuel.

Aiden, Denia, James y Sophia corrieron tras el soldado cuya intención era ir al almacén pequeño al otro lado de la nave donde había un acceso hacia el puerto. Pero los depredadores no pensaban ponérselo fácil a ninguno.

Una de las hembras atrapó a un motorista que se disponía a escapar, apresó entre sus dientes al humano sin soltar a la motocicleta que, al sentir el peso de la mordida, comenzó a liberar gasolina. La rex al notar el líquido en su boca volteó su cuerpo y lo lanzó con fuerza hacia delante haciéndolo explotar.

El juvenil fijó su objetivo en Samuel y su grupo que ya había llegado a un pasillo más pequeño. El joven de unos tres metros por seis bramó y se lanzó hacia ellos. Sophia miró hacia detrás y lo vio venir. Gritó con fuerza. Samuel se giró y vio lo que pasaba. No llegarían a su objetivo con el saurio pisándole los talones.

—¡Por aquí! —gritó señalando unas escaleras.

El soldado sacó su arma de calibre más bien pequeño y comenzó a disparar al dinosaurio mientras los demás subían la estrecha escalera hacia una pequeña oficina en un entresuelo superior. El ejemplar juvenil, aunque era más pequeño que sus congéneres, no cabía por el hueco de las escaleras, pero no pensaba desistir. Comenzó a golpear con su cabeza las débiles paredes haciendo temblar los cimientos del espacio superior.

Ya arriba, veían por los ventanales frontales a las dos hembras destrozarlo todo a su paso.

—¿Dónde estás los machos? —pregunto Denia.

En ese instante la pared que había detrás de Samuel se derrumbó, el *alpha* había golpeado con la cola el muro reduciéndolo a la nada. El soldado perdió el equilibrio y cayó a la planta inferior. Sacudió la cabeza y miró confuso hacia Denia y lo que encontró solo fue horror. Las mandíbulas del Tyrannosaurus juvenil se cerraron por su torso, destrozando músculos y huesos a partes iguales. Samuel gritó viendo como era devorado por el animal que momentos antes había estado a punto de darle caza. El saurio zarandeó la cabeza y seccionó en dos el cuerpo del soldado. Pero lo peor es que aún estaba vivo. Lo agarró por la cabeza y se la arrancó.

Ya sin la guía de Samuel, el resto del grupo volvió a bajar por las escaleras y salieron por el almacén trasero. Allí estaban los cuatro Ttyrannosaurus adultos. Una de las hembras estaba sembrando el caos dentro del propio barco que acababa de zarpar. La gente se tiraba por

la borda en un intento de huir del animal y los helicópteros, al ver a los dinosaurios, comenzaban despejes de emergencia pese a la intensa tormenta que tenían encima.

—¡Mira, mamá! —dijo James apuntando con el dedo a un mercenario que en ese momento apuntaba al macho azulado de rayas marrones, el segundo animal más grande de la manada.

El soldado disparó la bazuca con suma puntería y el proyectil golpeó de lleno en el lomo derribándolo en el acto. El impacto abrió un agujero enorme en el cuerpo del terópodo acabando con su vida en el acto.

El mercenario volvió a cargar el arma y esta vez apuntó a la hembra que aún estaba en tierra, pero justo en el momento que apretó el gatillo el macho dominante lo mordió y lo elevó en el aire. El proyectil salió disparado e impactó en uno de las aeronaves que acaba de despegar. Mientras el terópodo, negro como la noche, devoraba al soldado que había acabado con la vida de su compañero. Las llamas envolvieron al helicóptero que, girando con violencia, golpeó el puente de mando del barco provocando otra explosión.

En este instante, el rumbo del barco quedó a la deriva al no haber nadie que lo controlara. El enorme navío, con una de las Tyrannosaurus hembra a bordo, continuó saliendo del puerto, pero teniendo en cuenta la dirección fija que llevaba impactaría al otro lado del muelle en pocos minutos.

Denia y los demás volvieron sobre sus pasos al interior de la nave. El rex juvenil, pese a verlos, no prestó atención en ellos, estaba rodeado de cadáveres a los que hincarles el diente. Querían llegar al coche de Samuel, corrían en línea recta. Aiden llegó antes y abrió la puerta de la zona trasera. James y Sophia entraron primero, pero Denia tropezó con un cuerpo y cayó al suelo.

—¡Vamos! —gritó el Dr. Davis que ya se disponía a ir a ayudarla.

Pero entonces dos rex adultos, una de las hembras y el gran macho aparecieron detrás de ellos. Aiden se quedó petrificado.

—¡Corre al coche! Ponlo en marcha —gritó mientras se ponía de pie.

Aiden se montó en el asiento del conductor y al estar las llaves puestas arrancó el vehículo. Miró hacia detrás justo en el momento que la hembra cerró sus fauces sobre el cuerpo de Denia, la elevó en el aire y la zarandeó partiéndole todos los huesos de su cuerpo. Conmocionado, pisó el acelerador saliendo de allí tan rápido como pudo, pero el macho iba tras ellos.

Durante aquellas milésimas de segundos un millón de pensamientos recorrieron su mente. Denia y Samuel eran parte de la ALAD, pero con sus actos habían demostrado que no eran como la mayoría de ellos. La vida y sus circunstancias les había llevado a formar parte de algo que

ni ellos conocían a la perfección. Habían intentado redimirse, pero aquello que juraron defender y proteger fue finalmente lo que acabó con sus vidas. Como si de alguna forma la justicia divina acabara poniendo a todos y todo en su sitio, y ahora la fuerza de la naturaleza retomaría el control de un planeta que, en realidad, nunca dejó de ser suyo.

El Tyrannosaurus era más lento que el coche, pero ellos sabían que podría rastrearlo a muchos kilómetros, más aún este que estaba manchado con la sangre de uno de los rex. Tenían que cambiar de coche.

—Ya no nos persigue —dijo James mirando por la luna rota de atrás.

Después de pocos minutos conduciendo, llegaron al borde final del parque de Cabecera en su zona más estrecha, a pocos metros del río, muy cerca de la Ciudad de las Artes y las Ciencias. Allí había numerosos coches abandonados.

—¡Por favor, no te bajes! —rogó Sophia.

—No os mováis de aquí, no tardaré nada.

—Estamos aún muy cerca, podrá dar con nosotros —insistió.

—No tardaré —se limitó a contestar.

Aiden bajó del coche ante la atenta mirada de Sophia y James. Iba mirando los coches de uno en uno en busca de uno que tuviera algo de combustible y las llaves. Le costó, pero después de un buen rato encontró uno cerca del río.

—¡Vamos, venid! —gritó.

La familia no perdió el tiempo y mirando en todas las direcciones se dirigió hacia él, pero a unos metros se detuvieron y señalaron hacia el agua. Aiden se giró y corrió hacia ellos.

Del río, la familia de Spinosaurus había visto en los humanos una fuente de comida fácil. La hembra se quedó con su cría dentro del agua, pero el enorme macho de dieciocho metros y una vela de más de dos metros caminó a cuatro patas por las oscuras aguas del río Turia hacia ellos. El Spinosaurus era un depredador más largo que el rex, pero menos corpulento. No obstante, su cabeza de cocodrilo de dos metros era más que suficiente para acabar con la vida de todos ellos. Intentaron escapar, pero la bestia de diez toneladas de hábitos semiacuáticos tenía una velocidad explosiva fuera del agua, al igual que los cocodrilos en la actualidad.

En un primer impulso se escondieron detrás de un tráiler, pero al hacerlo se la vieron cara a cara con el monstruo del que pretendían escapar.

El spinosaurus se irguió sobre sus patas traseras y tumbó el camión, y fue entonces cuando ambos terópodos se encontraron frente a frente obviando la presencia de los humanos. Alpha rugió con fuerza

mostrando su imponente y densa musculatura. Zarandeaba la cabeza hacia los lados mientras que dibujaba un círculo caminando alrededor de su oponente. El Spinosaurus, por su parte, se erguía sobre sus patas traseras y alzaba sus largos brazos advirtiéndole que no estaba indefenso. La hembra spino rugió desafiante desde su posición al ver al rex. Furiosa, dejó a su cría detrás y se dispuso a salir del agua, pero en ese momento otros dos rugidos se incorporaron a la escena. La rex y el subadulto acababan de llegar también.

Aiden, Sophia y James se apartaron, refugiándose en la planta baja de un edificio cercano esperando la oportunidad para montar de nuevo en el coche y marcharse de allí. El pequeño James se aferraba a su muñeco sin apartar un segundo la mirada de aquella confrontación cretácica donde no paraba de llover un solo instante.

Mientras los machos caminaban en círculos bramándose y las hembras se rugían en la distancia, el joven rex entró en el agua dispuesto a cazar a la pequeña cría de Spinosaurus, cometiendo un gran error. La madre se levantó sobre sus patas traseras triplicando la altura del joven, este continuó avanzando ignorando el peligro que corría, pero el dinosaurio era joven e inexperto. La hembra alzó sus brazos y utilizando sus garras en forma de ganchos las lanzó contra su oponente desgarrando el cuello del adolescente. Herido de muerte, el joven animal quiso volver, pero ya era tarde. La hembra lo agarró con sus brazos y lo mordió en el cuello acabando definitivamente con su vida. Aquello desencadeno la batalla entre los machos mientras las hembras continuaban intimidándose en la distancia gracias al agua que había entre ellas.

El Spinosaurus se precipitó sobre su adversario, abrió sus fauces dispuesto a morderle en el cuello, pero el Tyrannosaurus alzó la cabeza y fue él quien mordió lateralmente la alargada mandíbula. Sus dientes lograron desgarrarle el lateral del rostro, pero por la inercia del movimiento no puedo apresarlo. El lagarto de la vela sorprendió a su enemigo utilizando su cola como arma, la cual, pese a no ser muy larga, era muy gruesa y pesada. Golpeó la espalda del rex, pero este resistió el impacto. Sacudió su cabeza y se lanzó mordiéndole, ahora sí con toda su potencia mandibular el muslo derecho. Aquello provocó que el Spinosaurus cayera con todo su peso al suelo mientras que el rex le soltó en busca del cuello del animal, pero su adversario volvió a utilizar la cola golpeándole la cabeza y obligándole a retroceder.

El rey tirano sacudió la cabeza aturdido y no vio venir el ataque. Incorporado sobre sus patas traseras agarró por el cuello y el morro al mismo tiempo y cerró sus mandíbulas sobre el cuello en un intento de doblegarlo. Pero el T.Rex, pese a ser más pequeño, era un animal mucho más masivo y con una fuerza muscular muy superior al otro terópodo. Aprovechando que lo sujetaba con fuerza y el propio peso

de su enemigo, el rex giró su cuerpo haciendo que cayera a un lado fracturando su vela al impactar con el suelo.

La familia vio la oportunidad idónea para escarpar. Los machos se habían alejado bastante del coche por el fragor de la batalla y las hembras mantenían sus atenciones centradas la una en la otra. Además, continuaba lloviendo con fuerza y los truenos y rayos lo ensordecían todo. Salieron del portal y sin perder un segundo se montaron el coche.

El saurio tenía la vela rota y bramaba de rabia y dolor. Intentó ponerse de pie de nuevo apoyándose en sus cuatro patas, pero en ese instante el rex se colocó delante de él y pisó su cuerpo inutilizando los brazos de su contrincante. El *Spinosaurus aegyptiacus* alzó su cabeza para defenderse y entonces el *Tyrannosaurus rex* cerró las formidables mandíbulas sobre la zona inferior del cuello con toda la fuerza que la naturaleza le había dado. Los dientes del terópodo gigante destrozaron la garganta aplastando toda la carne y huesos que encontraron a su paso. Una vez muerto, el T.Rex bramó con una determinación tan fuerte que incluso la tormenta pareció aplacarse ante su magnificencia.

La hembra Spinosaurus sabía que no tenía nada que hacer contra los dos, así que caminó hacia lo profundo del río y desapareció con su cría.

Ya en el coche, James miraba como la hembra y el gran Alpha comenzaban a devorar el cuerpo ya inerte del terópodo abatido.

En el horizonte, cuando ya estaban saliendo de la ciudad dirección a Madrid, los primeros rayos de sol anunciaban un nuevo día. Una nueva era, de hecho. Aiden conducía en silencio sumido en sus propios pensamientos a sabiendas que tenía las muestras de sangre de Iván en el bolsillo de su chaqueta.

James miraba a su madre que se había quedado dormida. Él era consciente de todo lo que había sucedido, pero por suerte, la mente inocente del niño veía de una manera muy diferente todo lo acontecido. Observaba el paisaje mientras el sol calentaba su piel.

Al otro lado de la carretera, a los pies de la montaña, se encontraba el Amphicoelias acompañado de la manada de Diplodocus pastando

pacíficamente. Al menos él había encontrado una familia. James miró una vez más su dinosaurio, lo agarró y se dispuso a tirarlo por la ventanilla del coche, pero entonces recordó que ese era el último regalo que le había hecho su padre. No podía deshacerse de él.

Un ruido aún lejano despertó a Sophia y llamó la atención de Aiden y James. Tres helicópteros militares iban dirección a la ciudad. Un nuevo intento de recobrar el control de la situación, una oportunidad en vano de revertir el caos en el que el mundo estaba sumido. Pues a partir de ese momento y en adelante, miraran donde miraran, la desextinción se habría hecho con el verdadero poder.

AÑO CINCUENTA

INVOLUCIÓN

Hacen falta millones de años para el progreso de una especie, cambios en el entorno y mil retos a los que adaptarse. La evolución de la vida se basa en un conjunto de cambios en sus fenotipos y a nivel genético a través de la biología generacional. Gracias a ella, se originó la amplísima diversidad de formas de vida que han existido, existen y existirán. Todas ellas con un ancestro común. Toda la vida en la Tierra procede de un último antepasado universal que vivió hace 3800 millones de años llamado LUCA (Last Universal Common Ancestor).

Un proceso lento, un perfeccionamiento que, si bien no ha estado carente de errores, ha demostrado ser eficiente como respuesta a la modificación continúa al medio natural que siempre ha condicionado a la vida. Pero en tantos millones de años jamás había existido una especie en la tierra capaz de desafiar a la mismísima evolución, transformado el orden natural a su antojo, evolucionando al margen de la naturaleza que lo rodea.

Se han cruzado muchas líneas y cometido gravísimos atentados contra la biología del mundo haciendo desaparecer miles de especie y condenando a la extinción a otras tantas. Como un virus, el ser humano ha aprovechado el cuerpo de su huésped, modificándolo y adaptándolo a sus necesidades en lugar de adaptarse él. Pero si algo ha demostrado nuestro planeta, es la capacidad de sobrevivir ante las devastaciones más poderosas, de su capacidad de ser atemporal y presenciar la justicia biológica que, con el paso del tiempo, a toda forma de vida le acaba llegando de una forma u otra.

La humanidad tuvo la oportunidad de ser una especie próspera. Tuvo en sus manos la capacidad de ser un animal inmortal capaz de colonizar otros planetas, pero su egoísmo y su premura hicieron que

todo quedara en la nada, en un sueño que se desvaneció entre sus dedos artificiales.

Hace cincuenta años, la corporación Vida Futura hizo posible que volvieran a caminar sobre la tierra especies que fueron elegidas para su desaparición y que, por motivos disfrazados de honor y progreso, recuperaron todo lo perdido mucho tiempo atrás. La ciencia lo hizo posible, el capitalismo les dio alas para propagarse y la venganza y ansias de poder le otorgaron las armas para ponerles nuestro mundo en bandeja de plata.

Cuarenta años atrás, un atentado mundial perpetrado por la ALAD puso en jaque a la raza humana. La gripe sauria tuvo una tasa de mortalidad del 85%, que por aquel entonces era de 8 000 millones de humanos. Pero aquello solo fue el principio de una serie de calamidades. Con el tiempo se descubrió que la ALAD solo era la nueva cara de Vida Futura, la cual estaba financiada por algunos países del primer mundo, los cuales sobrevivieron a la epidemia, pero sucumbieron con los múltiples conflictos bélicos que se desarrollaron posteriormente llevados por el odio y la sed de venganza, a sabiendas de hacia dónde llevarían a una humanidad ya agonizante.

En el año 2070, la guerra por la vacuna había acabado con el 23,5% de la población restante, y el hambre, la pobreza y el remanente de la gripe mató a muchos más. Hoy, en el 2078 la población humana era de apenas cien millones de personas concentradas en dos núcleos urbanos radicalmente opuestos.

Pero no fue lo único que quedó al borde del abismo, con miles de criaturas prehistóricas recorriendo el mundo, numerosas especies de animales modernos se vieron desplazados de sus nichos biológicos y llevados, en muchos casos, de ser especies tan prolíferas, como los grandes felinos, a estar al filo de la extinción. Por suerte, un sector de los humanos supervivientes comenzaron a velar por estas criaturas buscando un equilibrio entre la actual biosfera de nuestro mundo.

La desextinción provocó cincuenta años después de su nacimiento una fragmentación de la humanidad irreconciliable, dividada en dos mitades antagónicas en todos los sentidos. Por un lado, la antigua ciudad de Nueva York, transformada a día de hoy en la única ciudad estado del planeta. Una potencia militar que aún buscaba venganza por todo lo perdido. Una metrópolis superpoblada con más de cuarenta millones de habitantes que habían quedado estancados en un pasado insostenible, divididas en clases sociales muy diferenciadas donde los privilegios de una vida cómoda estaban al alcance de muy pocos. Hacinados en uno de los pocos lugares del mundo donde la infección había sido erradicada de la forma más devastadora posible, atemorizados de correr la misma suerte que sus familiares caídos.

A miles de kilómetros, en la antigua y reconstruida Desextinción I,

en Dimonika-Mayombe, se estableció el núcleo urbano principal de los humanos inmunes a la GS. Una enorme ciudad ecológica sostenible con abastecimientos energéticos limpios, rodeada por cientos de pequeños poblados que habían heredado una mentalidad transformando su mundo en un paraíso donde por primera vez en la historia el ser humano y la naturaleza convivían en perfecta armonía.

Pero la gripe sauria aún no había desaparecido de sus vidas, pues habían reconvertido la enfermedad en un escudo que los aislaba y protegían de múltiples peligros externos. Una defensa microscópica que aseguraba que los enemigos del viejo mundo no los atacaran por acabar como los millones de personas que murieron en los últimos cuarenta años.

Se tenía constancia de otros grupos disgregados por todo el globo, humanos que por circunstancias habían encontrado una forma de vivir lejos de la ciudad estado o de Desextinción I, pero al ser poco numerosos y por lo tanto poco valiosos, permanecieron en el anonimato de las dos grandes y únicas potencias que regían la actualidad.

Los seres humanos, pese a la situación que vivían, continuaban enfrascados en lo que había sido su forma de vida desde que la especie tomó consciencia de sí misma. Continuaban con conspiraciones políticas cuyo único objetivo era desestabilizar a su rival y alzarse con el poder supremo, sin saber que lo que acabarían provocando sería su propia desaparición. Pues mientras el hombre continuara en su cruzada contra sí mismo, los viejos conocidos de nuestro planeta volverían a reclamar lo que perdieron millones de años atrás.

EL POBLADO

A mil kilómetros de Desextinción I se encontraba Dinkadún, el poblado más alejado hacia el noroeste de la capital de los inmunes. Una aldea de poco más de cinco mil habitantes que desde hacía ya muchos años vivían en paz y armonía con el nuevo orden natural establecido.

Todos los poblados dependían de las infraestructuras que la capital les proporcionaba, pero a los más alejados de ésta la tecnología les llegaba con cuenta gotas. Dinkadún, al ser de los más distantes, era de los más afectados. Alrededor de toda la población se extendía una muralla hecha de gruesos troncos que rodeaba todo el poblado evitando que los grandes depredadores que habitaban el continente pudieran llegar con facilidad hasta ellos. En su interior había grandes campos de cultivos donde, además, habían desarrollado una cultura ganadera que les permitía subsistir sin tener que pasar necesidades.

Adaptados a esa nueva existencia, la vida de sus habitantes se basaba en el respeto y el trueque, pues el dinero como tal carecía de valor para ellos. Todos ayudaban, todos aportaban para que la comunidad fuera lo más próspera posible.

Patrullando el perímetro, Leiza, una de las agentes de seguridad, recorría todos los días dos veces el borde de la muralla en su todoterreno de tracción solar. Era una chica negra de veintisiete años que no conocía otra forma de vida que esa. Su labor era mantener el orden dentro del poblado, así como garantizar la seguridad de todos sus vecinos.

Leiza llegó a una de las torres de vigilancia, apagó el motor de su coche y subió las escaleras acompañada de un recién llegado al cuerpo de seguridad.

—Este será tu puesto en la próxima semana —comenzó a indicar al chico—. Es de vital importancia que hagas religiosamente todos los puntos de la rutina que te he marcado. Estos troncos son lo único que se interponen entre depredadores de diez toneladas y nuestra gente. Los dinosaurios no suelen acercarse a nosotros, evitan la presencia humana, pero a veces llegan hasta la muralla. Si divisas algo debes de dar la voz de alarma inmediatamente activando el protocolo de seguridad.

—Estos troncos son fuertes, ¿verdad? —quiso saber el novato.

—Lo son, pero si una de las muchas criaturas que viven ahí fuera quisiera entrar te aseguro que nuestra muralla no sería más que un palo astillado.

—¿Cuándo comenzarán a construir un muro como los de otros poblados?

—Esperemos que pronto, pero de momento es lo que tenemos.

Leiza se disponía a marcharse, pero el novato volvió a llamarla.

—Leiza, ¿tienes la guía de los dinosaurios que hay por la zona?

—Sí, la tienes en la maleta que te he entregado. Recuerda estar atento y anteponerte a cualquier imprevisto —ordenó antes de bajar las escaleras.

Continuó con su inspección rutinaria. Todo estaba correctamente, aunque bien sabía por propia experiencia que toda aquella calma podría irse al traste si las circunstancias se tornaban peligrosas.

Algunos años atrás, Leiza presenció un ataque al poblado donde perdió a sus madres que murieron protegiéndola. Por aquella época la muralla no estaba terminada y debido a los conflictos bélicos la comida escaseaba tanto para ellos como para los animales salvajes. Aquella noche un Acrocantosaurus, uno de los carnívoros más grande que vivía en la actualidad en el continente africano, logró entrar en el poblado atraído por el olor a comida fácil. Logró su objetivo, mató a varias personas y destrozó gran parte del área donde se movió antes de volver a la selva. Ese día nació la división de seguridad y cada dos kilómetros una torre de vigilancia era custodiada por una persona. Por suerte, la situación cambió y los animales habían encontrado sus cotos de caza lejos del poblado y, desde entonces, no habían vuelto a vivir una tragedia de aquella enorme magnitud.

Leiza continuó con su meticuloso trabajo. Sentía que la vida de la gente que le rodeaba estaba en sus manos. Como si de alguna forma quisiera compensarse así misma el no poder haber salvado a sus madres años atrás.

A varios kilómetros de allí se encontraba una de las granjas del poblado. Roth, un europeo que emigró hacia la zona durante la guerra, era uno de los agricultores que abastecía al resto de la comunidad con sus plantaciones. Él vivía con Kesia, su hija de tan solo siete años que parecía querer vivir una aventura cada día y que, en más de una ocasión, había asustado a su padre.

—¿Cariño, dónde estás? —preguntó al entrar en su casa.

La vivienda era de madera pintada de blanco con altos techos cubiertos de ramas prensadas y barro que aislaba de las temperaturas bruscas del exterior.

Roth fue a la habitación de su hija, pero allí tampoco estaba. Entonces escuchó al perro ladrar y la risa de su hija. Al salir al patio la pilló con las manos en la masa.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó fingiendo enfado.

—Hipo y Tas tenían hambre —se justificó al ver que la había pillado dándole de comer a sus mascotas fuera de hora.

La familia tenía de mascota a un pastor alemán y un Hypsilophodon, un omnívoro de poco más de veinte kilos y un metro y medio de largo. Un animal muy sociable que había encontrado en Kesia, Roth y su perro una manada a la que seguir. En el poblado había muchos dinosaurios mascotas. Animales tan dóciles como cualquier otro, aunque mucho más exóticos. Tas, al ver entrar al adulto lo miró con sus grandes ojos amarillos. De dos brincos se colocó delante de él e irguió su cabeza para que le rascara.

—Kesia, ¿quieres acompañarme? Voy a labrar el campo con Tor.

—¡Sí! —contestó entusiasmada—. Pero yo llevo las riendas —puso como condición.

Antes de ir al campo de cultivo pasaron a alimentar a las gallinas y al ganado. Al igual que el resto de los habitantes de Dinkadún, Roth estaba muy comprometido con su trabajo.

Kesia insistió en ser ella la que llamara a Tor, colocó el silbato en su boca y sopló con fuerza. Al cabo de unos segundos las pisadas del Torosaurus resonaron con fuerza. El animal con ocho metros de largo, cinco toneladas y tres cuernos, disfrutaba de las caricias de la niña mientras su padre le colocaba todas las herramientas en el lomo. El ceratópsido, pariente cercano de los Triceratops, había sido rescatado por la familia cuando era un bebé y desde entonces, al aprender el oficio, se había transformado en un fiel compañero de trabajo de la

familia. De vez en cuando se ponía un poco terco y cuando eso sucedía lo mejor era dejarlo tranquilo. A fin de cuentas, a un animal de su tamaño más valía tenerlo calmado.

Montados a lomos de Tor, Kesia y su padre hablaban mientras araban el campo.

—Papá, ¿por qué nunca salimos de aquí?

—Fuera hay peligros, cariño. Además, tampoco hay nada interesante que ver —contestó.

—Pero esos hombres que vienen de vez en cuando vienen de fuera. Tienen aparatos muy modernos y nos traen nuestros coches, ropa y muchas más cosas. ¿De dónde vienen?

—De la capital, cariño, de Desextinción I. Una ciudad muy grande y bonita donde hay edificios muy altos llenos de árboles, donde el aire es puro y se vive sin miedo a nada.

—¡Pues eso parece muy interesante! —rebatió la niña—, ¿podremos ir alguna vez?

—Está muy lejos de aquí, Kesia. Pero sí, algún día cuando seas mayor podremos visitar la ciudad. Pero de momento tenemos que quedarnos aquí y cumplir nuestro trabajo, ya sabes que…

—Sí, papá, somos los encargados de llevar nuestras hortalizas al pueblo —terminó la frase con cierto desdén.

La niña se mantuvo en silencio. Su padre la miró de reojo a sabiendas de que aquella cabezota no elucubraba nada bueno.

—Vamos, toma las riendas de Tor, te lo prometí antes —le dijo al entregarle la cuerda que dirigía al poderoso Torosaurus.

PRECURSORES

—Ubicada en un principio en la Reserva de la Biosfera Dimonika-Mayombe, ahora el núcleo de los precursores de la desextinción era mucho más grande, extendiéndose hasta la costa atlántica del suroeste del continente africano.

En su día fue la cuna de la tecnología que permitió traer de vuelta a animales prehistóricos con fines de investigación. Sus muros de hormigón sirvieron para contener a las distintas especies y ponerlas a salvo del mundo exterior creando un balance estable. Pero la investigación de la periodista Anaïs Albert descubrió las investigaciones clandestinas que allí se llevaban a cabo. Aquello fue el principio del fin. Hoy, cincuenta años después del escándalo, la antigua reserva conservaba los mismos muros, pero esta vez con la función inversa. Ahora eran los seres humanos los que debían mantenerse a salvo en un entorno asegurado artificialmente, pues tras las altas murallas de hormigón, un nuevo mundo natural se había extendido, al igual que la gripe sauria, por todos los rincones del planeta.

Durante la guerra cayeron otras ciudades estado como Madrid y Londres, pero también desaparecieron las otras tres reservas de Brasil, España e Indonesia. Tras aquella barbarie, en Desextinción I centraron todos sus esfuerzos en desmarcarse del que había sido hasta entonces el mundo humano. Nació el concepto de una ciudad sostenible, donde la calidad de vida de sus habitantes no ponía en riesgo los recursos naturales y que al mismo tiempo velaba por el bienestar de la humanidad futura.

El Gobierno, formado por una presidenta y un consejo de cuatro ministros, modificó los cánones establecidos de las sociedades

antiguas, mejorando el acceso a recursos públicos básicos. Renovaron la estructura urbana creando edificios sostenibles cuyos pilares se habían transformado en jardines y parques verticales. Desarrollaron tecnología de tracción que acabó con las emisiones de CO2, favorecieron el comercio justo imponiendo el trueque como moneda de cambio y, por supuesto, instauraron un sistema de reciclado que funcionaba a la perfección.

Lo cierto es que esa nueva humanidad era un faro de esperanza futura, y si el mundo hubiera caminado en esa dirección desde un principio el futuro hubiese sido muy diferente a nuestro presente.

Brian Jones, un genio de la genética a sus treinta años, acabó su discurso ante los estudiantes traídos de los poblados cercanos mientras les hacía la visita al centro de innovación y desarrollo.

—Bien, una vez realizada la introducción pasaré a iniciar la visita y mostrarles el proyecto el cual dirijo…

Uno de los estudiantes lo interrumpió y alzó la mano pidiendo permiso para hablar. Brian asintió dándole paso.

—Señor, es evidente que esta ciudad es un ejemplo a seguir. Que han puesto en marcha muchísimos proyectos para transformarla en lo que es a día de hoy. Pero, ¿qué hay de los cientos de poblados que nos rodean? Muchos de ellos, sobre todo los más alejados, viven anclados en el Neolítico a expensas de los pocos o nulos recursos que les hacen llegar.

Brian supo que ese chico venía de uno de esos poblados más alejados y que por algún golpe de suerte había acabado estudiando en la capital. Inspiró profundamente y se preparó para darle la explicación que como ciudadano merecía.

—Llevamos apenas cuarenta años establecidos. Cuando la gripe se transformó en epidemia comenzamos a reconstruir la antigua reserva. En el poco tiempo que llevamos creciendo hemos llegado a lo impensable, pero sí, no te voy a quitar la razón. Los poblados son nuestra asignatura pendiente. La distancia y los recursos de los que disponemos hacen imposible avanzar tan rápido como nos gustaría, pero no te quepa la menor duda que tenemos muchos proyectos y gente trabajando para solucionarlo. De hecho, las poblaciones más cercanas disponen de una calidad de vida y unos recursos similares a los nuestros. Es cuestión de tiempo que la totalidad de nuestra incipiente civilización esté al mismo nivel.

—¿De cuánto tiempo hablamos? ¿Hay algún dato promedio para finalizar el objetivo? —añadió otra estudiante.

—Vivimos en un mundo radicalmente diferente al que era hace cincuenta años, donde la situación actual solo se pronosticaba en libros y cine de ciencia ficción. Podría decirte un número para contentarte, pero estaría mintiendo. Nuestro Gobierno tiene múltiples

enemigos, muchos de ellos con la capacidad de hacernos desaparecer. Todo dependerá de cómo se presenten los próximos años.

Otro alumno se dispuso a realizar otra pregunta, pero Brian lo cortó. No era el motivo de la visita, ya habría tiempo de aclarar esas dudas más adelante.

—Como os decía —comenzó a decir—, soy director del proyecto de reinserción de animales modernos extintos o en peligro de extinción.

Las puertas de la sala se abrieron dando acceso a un espacio que estaba parcialmente al aire libre en la planta baja del edificio. Era muy luminoso y más que un laboratorio parecía un jardín botánico por la cantidad de plantas que había. Dentro, además de un área científica, había varios recintos con animales modernos, como elefantes, varios felinos, cebras, cocodrilos y un gran número de especies propias del continente africano.

—En esta área realizamos una importante labor para nosotros. Como precursores de la desextinción provocamos indirectamente el daño a las especies autóctonas. Con la introducción de los dinosaurios y la megafauna, transformamos a los depredadores en presas y a las presas en objetivos muy fáciles para cazadores de toneladas de peso. Algunas especies prolíficas como los grandes felinos africanos han sido llevados al borde de la extinción y es algo que no nos podemos permitir.

El proyecto génesis tiene como objetivo reintroducir en nichos biológicos adecuados a todas esas especies que en sus dominios naturales ya no pueden sobrevivir. Una vez que la población de animales desextintos se estabilizó pudimos trazar un mapa en las zonas de acción. Y descubrimos que, pese a ser ya muy numerosos, dejaban muchas zonas deshabitadas y es ahí donde reintroducimos y desplazamos a los animales modernos. En la actualidad, muchas de esas criaturas vuelven a tener una población estable y, salvo algún incidente, hemos recreado un ecosistema armonioso entre el pasado y el presente de la zoología planetaria. No es raro ver en un mismo arroyo a una manada de elefantes bebiendo junto a grandes ceratópsidos o a una manada de leones cazar a un Tsintaosaurus, por ejemplo.

—¿Hay alguna especie en la que se haya perdido la población biológica mínima viable? —preguntó una de las jóvenes.

—No. De hecho, el perezoso llegó a extinguirse por completo hace unos años, pero por suerte teníamos muestras genéticas suficientes para crear una población diversa genéticamente que garantizó su supervivencia. Hoy día, el término extinción real no existe, teniendo en cuenta que podemos encontrarnos con un *Tyrannosaurus rex* a la vuelta de la esquina.

Brian quiso hacer un chiste, pero todos los allí presentes no habían

vivido nunca otra realidad que no fuese esa.

—Fuera de bromas, mientras tengamos muestras de ADN de cualquier especie esta no será considerada extinta, incluso aunque no haya ningún ejemplar vivo en ese momento.

—¿Cree que podremos llegar a un nivel de expansión global con las actuales relaciones con la ciudad estado?

Brian miró al joven que acaba de hacer la pregunta. Nadie sabía en realidad las tensiones existentes entre ambos y ese momento no era el idóneo para hablar de ello. Se dispuso a contestarle, pero en ese instante un miembro de seguridad se acercó hasta el doctor.

—La presidenta le reclama —le dijo en voz baja.

El doctor Jones delegó la visita al subdirector del proyecto génesis, se disculpó con los alumnos y acompañó al seguridad hasta el ascensor.

En todo el lugar, el aire era limpio y pese a ser una metrópolis con millones de habitantes no existía contaminación, y su costa presumía de aguas transparente con ausencia total de residuos. En la ciudad, muy cerca del océano, se erguía como una lanza de un kilómetro de altura un edificio de un blanco nacarado rodeado de vegetación. Como un titán autosuficiente sobresalía del resto como una selva vertical que purificaba el aire con su mera presencia.

En la última planta se encontraba la sala de juntas del Gobierno de Desextinción I, y observando la ciudad a través del mirador, su presidenta se enorgullecía de lo que con tanto esfuerzo habría logrado crear.

Las puertas se abrieron y los cuatro miembros del consejo se dirigieron hasta sus asientos esperando que la dirigente girara su sillón dándoles la cara.

—Presidenta Anastasia Lázaro, el consejo está al completo —indicó la secretaria presidencial.

La anciana de ochenta y siete años giró su asiento y asintió para que sus consejeros tomaran asiento.

Anastasia fue la dirigente de la reserva cincuenta años atrás, para muchos considerada una delincuente por provocar la primera

proliferación salvaje de animales prehistóricos, para otros era la madre del mundo moderno. Tras el escándalo de la reserva, la ahora presidenta entró en prisión por múltiples delitos, pero cuando la humanidad colapsó por la GS encontró la forma de escapar y liderar la antigua ALAD. Años después, se había vengado de aquellos que la castigaron por el que era el trabajo de su vida. Pero hoy, cincuenta años después, había logrado ser la dirigente de la nueva humanidad.

La anciana se arregló su media melena blanca y miró a sus compañeros con sus identificativos ojos azules. Pese a su edad, tenía una salud de hierro y una autosuficiencia total. Su carácter fiero se había intensificado con los años y su astucia no conocía rival alguno.

—Os estaréis preguntando a qué se debe esta reunión imprevista —afirmó—. Abrid los documentos que tenéis delante, por favor.

Haciendo caso omiso, los ministros ojearon los papeles.

—Un inciso, ¿cómo progresa el proyecto Nemicolopterus, doctor Jones? —dijo Anastasia.

Brian se carraspeó la garanta y habló.

—En la fase final, señora presidenta —indicó con orgu-llo—. En unos días todos los efectivos estarán operativos en caso de ser necesarios.

La presidenta asintió y continuó en silencio esperando que el resto de sus consejeros leyeran los documentos.

—Como podéis ver, me han llegado rumores de que Michael Rowe, el nuevo presidente de la ciudad estado, quiere un acercamiento diplomático con nosotros. Al parecer, estaría interesado en una cumbre de paz entre nuestras naciones.

—Llevamos diez años de paz, no es eso lo que quieren —intervino el ministro de defensa Klaus Smith.

—Es una forma de tener lo que siempre han querido, nuestra tecnológica médica para la inmunidad ante la gripe sauria —añadió Dayana Will, ministra de economía—. Me sorprende que pese a tener acceso a animales infectados y personas inmunes no hayan desarrollado vacunas contra ella —añadió.

—Esos es gracias a nuestro compañero el Dr. Brian Jones, ministro de investigación y desarrollo. Cada año muta el virus y lo propaga. Esos inútiles no tienen tiempo de reacción y son incapaces de crear antígenos para las cientos de caras del virus. En cualquier caso, quiero saber su opinión en caso de que sean ciertos los rumores.

Los miembros del Gobierno guardaron silencio. Por un lado, eso sería un paso hacia a un futuro libre de guerras y conflictos, una unión necesaria para reconstruir la civilización conjunta. Además de la amenaza armamentística que poseía la ciudad estado con su poder nuclear, muy superior al de ellos.

—¿Se plantea ceder nuestras investigaciones? ¿Qué podríamos pedir

a cambio? —preguntó Dayana.

—No, no podemos darle la clave de nuestra mayor defensa —contestó el ministro de defensa.

—Quizás sea la oportunidad idónea para comenzar algo —sugirió Brian.

Anastasia se levantó de su asiento y se dirigió hacia el observatorio. La selva y los edificios se mimetizaban en uno solo. Los transportes públicos funcionaban con energía solar y como toda la electricidad de la muralla era generada con la mareomotriz del océano Atlántico.

—Sin duda alguna ese acercamiento tendrá dobleces. Si algo ha demostrado ese agujero putrefacto de Nueva York es lo anclados que están en el pasado. Comen su propia mierda y respiran puro veneno. No es de extrañar que nos envidien —comenzó a decir la presidenta—. No obstante, estoy con usted, doctor. Quizás sea la oportunidad que estábamos esperando para acabar con la continua amenaza armamentística que suponen. Esperaremos a una propuesta formal y si los términos son aprobados por este consejo accederemos a esa pantomima.

LAS CARAS DE LA MONEDA

La ciudad de Nueva York, la que tiempo atrás fue uno de los estandartes de la era moderna, hoy en día era uno de los últimos reductos de la raza humana como tal. Una metrópolis masificada con más de cuarenta millones de personas con un estilo de vida contaminante sin ningún respeto por el medio natural. Los últimos supervivientes no inmunes a la gripe sauria.

Después de acabar la guerra, la ciudad se transformó en un refugio y con el tiempo en una ciudad estado, un núcleo urbano aislado artificialmente del resto del mundo. Pues tanto por tierra como por mar, habían esterilizado con bombas nucleares un perímetro de más de trescientos kilómetros alrededor del estado,

de forma que tanto la propia gripe como cualquier animal que la portara no pudiera ni siquiera acercarse a la ciudad, y en caso de conseguirlo, era abatido al instante por las medidas de seguridad de la que disponían en las fronteras.

En el subsuelo del Eyes World, el edificio del Gobierno, se encontraba el laboratorio de la nación aislado del resto de la ciudad por inminentes peligros de contaminación biológica. Allí, el doctor Joe Kraston y su equipo llevaban años intentando descifrar las complejas estructuras de la enfermedad.

—¿Qué tiempo hace que se le liberó la nueva cepa? —preguntó el Dr. Kraston.

—Tres semanas, ya debería haber cambios —contestó su asistente.

—Procedan a tomar una muestra.

Joe era un científico de setenta y cinco años. Había vivido todo el caos de los últimos cincuenta años y había desarrollado una animadversión hacia lo que a su juicio eran las aberraciones que ahora

dominaban el planeta. Miraba a los animales con desprecio y no se preocupaba lo más mínimo de su bienestar. Simples instrumentos para lograr el trabajo de su vida, encontrar una vacuna.

Miró hacia arriba, donde sabía que el presidente del Gobierno observaba cada uno de sus movimientos. Las compuertas se abrieron y, detrás del cristal, un Tyrannosaurus rugió con fuerza pese a su avanza edad. Este animal tenía algo más de cincuenta años y según los estudios paleontológicos la edad adulta solía ser de treinta años. El enorme macho de quince metros había tenido una buena vida, lo que había prolongado su edad. Pero desde que los agentes de contención de la ciudad estado lo capturaron hacía un tiempo, su estado físico había empeorado acercándole a la muerte.

El animal era negro con unas rayas atigradas rojas. Se le veía cansando y mal alimentado. En aquel lugar le daban lo justo para mantenerlo con vida. El dinosaurio miró a través del cristal a los humanos que lo observaban con desprecio, rugió e intento precipitarse sobre el cristal, pero unas cadenas electrificadas le dieron una descarga frenándolo en seco.

—Liberen el gas —ordenó Kraston.

El gas sedante comenzó a colarse por los conductos de la jaula. El animal, al inhalarlo, comenzó a sucumbir a sus efectos hasta quedar tumbado con la cabeza apoyada en el suelo.

—Adelante —dijo de nuevo el jefe del laboratorio.

Hacía unas semanas, le habían inyectado una nueva cepa de la gripe con el fin de observar la evolución del proceso gripal y cómo su sistema inmunitario, o bien la superaba, o directamente impedía su desarrollo. Dos científicos entraron con mascarillas en la jaula. Uno de ellos llevaba un dispositivo para analizar la muestra y el otro una jeringa de más de treinta centímetros que iba conectada al analizador. Entraron con cierto miedo, pues aquella bestia de ocho toneladas pese a ser mayor y estar dormida causaba mucho respeto.

Una vez que la sangre del animal comenzó a fluir por las cánulas, el ordenador comenzó a hacer su trabajo. Como era de esperar, había bloqueado la enfermedad una vez más, por lo que el experimento no había salido bien al pretender observar la evolución vírica dentro del receptor, pese al haber debilitado su sistema inmunitario de forma artificial. Con los mamíferos el proceso era tan rápido que no había tiempo de observar nada, de ahí la necesidad de hacerlo en un dinosaurio.

Kraston mantuvo la calma, pero en su interior maldecía una y otra vez al depredador durmiente que tenía a pocos metros.

—Inyectarle la cepa A(GS401). Esperemos tener más suerte —volvió a ordenar.

En el laboratorio tenían almacenadas muestras de todas las

variantes de la gripe sauria que habían podido tomar en el curso de los años. El doctor sabía que aquella pluralidad vírica no era natural, mutando en algunos casos varias veces dentro de un mismo año.

Mientras los técnicos realizaban las intervenciones, el doctor Kraston subió al observatorio en la zona superior del laboratorio. Al abrir la puerta se encontró cara a cara con su jefe, el presidente de la ciudad estado, Michael Rowe.

—¿Y bien, algún progreso? —preguntó.

—No, este animal parece tener un sistema inmunitario aún más fuerte que los anteriores especímenes —contestó el científico nervioso.

—Joe, llevas veinte años en esta investigación sin ningún fruto. Quizás sea hora de relevarte de ella.

Kraton lo miró con una mezcla de indignación y temor a no cumplir el trabajo de su vida.

—No. Jamás, no pararé hasta encontrar una solución. Además, ya sabes que esta gripe no es natural. Estoy seguro que los científicos de Vida Futura, o como se hagan llamar ahora, modifican y liberan cepas nuevas para que nosotros no podamos hacer nada —contestó sin vacilar.

—No está en tu mando decidir tal cosa. Has servido bien a tu país, siempre lo has hecho, pero tus investigaciones no nos llevan a ningún sitio. Sabes que ya estamos desarrollando un nuevo plan. No el más idóneo, pero sí el más justo. Además, no digas tonterías, la ALAD como tal no existe desde hace años.

—Ya sabes qué opino al respecto. No tengo nada más que añadir. Deme tiempo, por favor —pidió el doctor.

El presidente clavó en él una mirada difícil de descifrar. La mantuvo unos segundos hasta que algo captó toda su atención. Uno de los técnicos que manipulaban al dinosaurio gritó y al dirigir hacia la jaula la vista vieron aterrorizados como el científico era seccionado por la mitad en las fauces del rex. El compañero intentó escapar, pero el terópodo, al levantarse, lo aplastó contra el cristal.

—¡Reducidlo ya! —gritó Kraston por la megafonía del laboratorio.

En ese instante unas descargas eléctricas sacudieron al animal varias veces, este rugió una última vez y cayó perdiendo el conocimiento dándose un enorme golpe contra el suelo. Los cristales vibraron con el impacto y el silenció se instauró en el lugar.

—Tiene hasta la cumbre de paz. Si para entonces no tiene una solución, ejecutaremos el Proyecto Renacer —dijo el presidente antes de marcharse.

Kraston miró hacia la puerta, apretó los puños y volvió a su trabajo. No podía permitir hacer semejante ridículo ante la comunidad científica de la ciudad.

En la cima del Eyes World, Michael Rowe estaba sentado en su despacho con actitud pensativa. Sus esperanzas en la cura del proyecto del doctor Kraston hacía tiempo que habían desaparecido, ahora el Proyecto Renacer ocupaba toda su mente y aunque en un principio dudó por la magnitud de la operación con el tiempo se convenció.

En ese momento miraba imágenes de la prosperidad y el crecimiento a todos los niveles que vivían en Desextinción I. Sentía rabia e impotencia, pues aquellos que habían perpetrado el mayor atentado a escala mundial de la historia, aquellos que habían destruido el mundo del hombre tal y como se conocía, ahora vivían en un paraíso y poco a poco se estaban transformando en una nación con proyección futura. Vivían en la cuna de la gripe sauria, rodeado de esa enfermedad que no les afectaba gracias a sus investigaciones mientras que ellos tenían que vivir aislados del mundo en medio de un páramo artificial provocado por ellos mismos.

Según sus informes, el Gobierno liderado por la delincuente Anastasia Lázaro había aceptado asistir a la cumbre con algunas condiciones que ya habían dejado entrever en la contestación. De momento parecía estar abierta a negociar. Tendría que aguantar la presencia de aquellos terroristas que habían logrado prosperar más que cualquier humano del mundo.

Su teléfono personal sonó sacándolo de sus pensamientos.

—Ya están posicionados los pelotones —sonó al otro lado de la línea.

—Proceded —se limitó a ordenar.

Michael colgó el teléfono a sabiendas de lo que significaba aquella orden. No había vuelta atrás, solo esperaba que aquella arriesgada misión devolviera el orden natural al mundo enfermo en el que vivían.

EL PLAN B

Kenia era uno de los países más variopintos en cuanto a su temperatura. En los meses de mayo a octubre se producían más precipitaciones y el clima en la costa era más suave que en el interior, en cuya sabana se registran temperaturas extremas de calor, mientras que en la cima de los Arberdares, o del Monte Kenia, se podían encontrar temperaturas por debajo de los cero grados. A algo más de tres mil kilómetros del centro neurálgico de Desextinción I, dejando atrás hacía unos días la costa norte de Kenia, se encontraban esperando órdenes uno de los convoyes enviados por la ciudad estado como vía alterna para lograr sus objetivos y hacerse con muestras de la vacuna.

El comando de unos cuarenta soldados se encontraba ocultos en las ruinas de la que en su momento fue la ciudad de Nairobi, en la actualidad reducida a escombros, pues con el tiempo los países del primer mundo descubrieron que eran conocedores de los planes de la ALAD, lo cual provocó la ira de los países ricos que acabaron arrasándola en la considerada por muchos, Tercera Guerra Mundial.

Comandando la operación se encontraba uno de los pocos inmunes que servían a la ciudad estado: James Ruiz Stuart. Cuando apenas era un niño, vivió en primera persona los atentados de la ALAD en la ciudad española de Valencia. Perdió a su padre por la gripe sauria y tuvo la suerte de poder refugiarse con su madre y un científico en Madrid. Pero la guerra y la enfermedad acabó quitándoselo todo.

Con el tiempo, hizo carrera militar y tras la caída de la capital española emigró a la ciudad estado de Nueva York consagrando su vida a lo que creía era una causa justa. Hoy día, a sus cuarenta y cinco años continuaba su andadura en una lucha por un mundo igualitario

con las mismas oportunidades. Soñando en que algún día el planeta y la sociedad humana volvería a parecerse a lo que fue poco tiempo atrás.

James hablaba por su intercomunicador con su superior. Tenían vía libre para ejecutar la misión. El comandante colgó la llamada y se dirigió hacia sus compañeros.

—En cuarenta minutos iniciamos oficialmente la misión. En la frontera con Tanzania se encuentra el primer poblado, tenemos que evitar ser vistos y continuar hasta la puerta noroeste de Desextinción I. Dos o tres kilómetros antes de llegar dejaremos los vehículos ocultos y continuaremos a pie.

Es de vital importancia el éxito de nuestra misión, es el primer paso a un mundo igualitario donde no existan pretextos para iniciar una nueva guerra. Que teniendo en cuenta el estado de la humanidad a día de hoy, bien podía ser la que nos termine de condenar como especie.

—Como hasta ahora, es obligatorio llevar las máscaras y los guantes de aislamiento vírico. A medida que nos acerquemos la concentración de gripe sauria será mayor y por lo tanto el riesgo por contagia aumenta exponencialmente a cada paso que demos. Además de los múltiples peligros ante el posible contacto con animales salvajes, tanto modernos como desextintos. Muchos de vosotros no habéis visto nunca a un dinosaurio, y si bien son animales y actúan en consecuencia, si tenemos la mala suerte de toparnos con uno de ellos lo mejor es pasar inadvertidos. No lograremos detenerlo sin que acabe antes con muchos de nosotros o nuestros equipos.

En ese instante los soldados comenzaron a recoger el campamento en el interior del edificio abandonado. Pero James aún no había terminado de recabar toda la información que necesitaba.

—Teniente Nedry, ¿tenemos ya los informes sobre las poblaciones prehistóricas de la zona de acción? —preguntó.

—Sí, señor. Nos acaba de llegar mientras hablaba con el centro de mando —contestó el interpelado.

James cogió el aparato y comenzó a deslizar la información. El continente africano, al ser la cuna de la vida desextinta, era uno de los lugares donde más variedad de especies animales se podían encontrar. Con la exportación artificial a otros países de los Spinosaurus, Giganotosaurus y *Tyrannossaurus rex*, el depredador más grande que dominaba la mayoría del continente era el Acrocantosaurus. Pero además de este gran carnívoro, habitaban dromeosaurios como el pequeño Velociraptor, o su pariente mayor el mortal Utahraptor. Además de varias especies de spinosáuridos, otros carcarodontosáuridos como el Concavenator, reptiles gigantes y aves depredadoras como el Kelenken. Por suerte los territorios que abarcaban eran enormes y la posibilidad de encontrarse cara a cara

con ellos, pese a existir, era menor que la de hacía unos años en las ciudades donde se perpetraron los atentados.

James se puso los guantes y la mascarilla, aunque él no las necesitaba tanto como sus compañeros, pues pertenecía al bajísimo número de humanos que eran completamente inmunes a la enfermedad. Aunque podía enfermar con una de las muchas cepas modificadas sobreviviría al proceso. Arrancó el silencioso motor eléctrico y comenzó a liderar el convoy de dos camiones y el todoterreno que conducía él.

Mientras conducía, no podía evitar estremecerse con lo que veía. Nairobi, una ciudad que hacía cuarenta años tenía casi tres millones y medio de habitantes, ahora era un montón de ruinas despoblada de cualquier rastro de vida humana o animal. Una vasta y yerma extensión habitada únicamente por edificios derrumbados o algunos a punto de caer.

James hacía mucho que no salía de la ciudad estado y sus alrededores, y ver de nuevo aquella destrucción le hizo recordar lo momentos que vivió cuando era un niño. Recordaba a la perfección aquel día en el zoo, la pasión que tenía por la naturaleza y que, a día de hoy, pese a todo, aún conservaba. Pues como entonces, responsabilizaba la caída de la civilización al ser humano y no a las nuevas especies que volvían a caminar sobre la faz de la tierra.

En la lejanía, un rugido hizo que todos los soldados se pusieran nerviosos, pero James sabía que no tenían nada que temer. Por norma general, los animales se mantenían alejados

del ser humano, como si su instinto fuera lo suficientemente despierto como para avisarles de que no éramos buena compañía.

Al salir de la ciudad se vieron obligados a parar. James no pudo evitar sonreír. Ordenó que se detuvieran y acto seguido abrió la puerta y observó la magnificencia de la naturaleza que tenían antes ellos. El suelo temblaba bajo las sesenta u ochenta toneladas que pesaban cada uno de los individuos que componían la manada. El teniente Nedry se dispuso a sacar el dispositivo identificador, pero James se le adelantó.

—Argentinosaurus —susurró.

Los enormes saurópodos, de los más grandes que alguna vez habían caminado sobre la tierra, no reparan en la presencia de los seres humanos. Probablemente estos nunca habían visto ninguno. Eran una maravilla, con cuellos anchos y colosales coloreados con tonos marrones y rojizos.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó Nedry.

—¿Qué hacemos? —preguntó sin apartar la vista de los animales—. Disfrutar de una de las pocas maravillas que hoy en día tiene nuestro planeta.

LA VIDA EN EL POBLADO

La vida en Dinkadún era un claro ejemplo de colaboración entre todos sus ciudadanos. La falta de recursos por parte de la capital, lejos de distanciarlos, los unía a niveles envidiables. Como en una colmena, cada uno tenía agenciado su cometido, el cual siempre estaba enfocado al bien de toda la comunidad.

Después de estar parte de la mañana labrando, cuidando de sus animales y recolectando frutos, Roth se marchó al interior del pueblo para repartir lo recolectado. En el mercado central entregó frutas y verduras a los distintos puestos, intercambió verduras por carne y demás suministros para el consumo de su hija y de él mismo.

Caminando por la calle central se detuvo en la casa de apuestas. En Dinkadún había carreras con animales y apostaban lo mismo que producían, en el caso de Roth, todos los productos derivados de la agricultura.

—Buenas tardes, Mark, ¿cómo van las apuestas para la carrera de la semana que viene? —preguntó echando una ojeada a los paneles informativos.

—El pelecanimimus de Ban es por ahora el saurio ganador según las estadísticas. El guepardo de Stroker en segunda posición, aunque personalmente creo que tiene ventajas, su ejemplar es espectacular.

Roth miró el resto de participantes. Había de todo, algunos pequeños felinos no tan rápidos como el lince y otros a los que no le encontraba el sentido de su presencia en la carrera, como el Ouranosaurus de su amigo Ian, que aunque era rápido no se acercaba ni de lejos a los 100km/h de algunos felinos o saurios como el Pelecanimimus.

—Y bien, ¿te decides por alguien? —preguntó Mark.

—Pues lo cierto es que dudo entre Ban y Stroker. Déjame un listado de todos los participantes, esta noche le echaré una ojeada en casa y mañana vendré de nuevo.

Roth se marchó de nuevo hacia su hogar cuando terminó todas las labores con sus vecinos. Estaba cansado, quedaba una hora para que anocheciera y aún tenía que hacer algo más.

Al llegar a casa fue a la zona trasera, allí tenía unos diez mil metros cuadrados de campo salvaje para su compañero de tareas. Roth se agarró el labio inferior y silbó con fuerza. Inmediatamente, nada más oír a su dueño, el Torosaurus acudió a su llamada. Era un animal rutinario y sabía que a esa hora ya tocaba descansar en el interior de su establo.

El humano acarició el lomo del dinosaurio dando golpes en señal de cariño. Aunque lo cierto era que tenía que emplearse a fondo para que el animal notara esas caricias. Le pasó una cinta por el cuello y lo llevó hasta la puerta de su habitáculo. Mientras el sol caía, Roth bañaba al Torosaurus con una manguera de agua dulce. Por suerte, todos los poblados contaban con pozos y herramientas para obtener agua con facilidad.

Cuando el sol casi se había ocultado, Tor bramó una última vez y entró en su establo tumbándose sobre el lecho de paja recién puesta.

—Descansa, pequeño —le dijo con cariño mientras le acarició el cuerno central antes de marcharse.

Mientras cruzaba toda el área de sus animales fue apagando las luces y deseándoles buenas noches.

Al entrar en su casa, se quitó los zapatos, que estaban muy sucios y fue a la cocina dispuesto a preparar la cena.

—Kesia, cariño, vamos a cenar —llamó a su hija.

Roth continuó preparando la cena, pero al cabo de unos segundos reparó en que la casa estaba demasiado silenciosa.

—¿Kesia? —preguntó en voz alta.

Dejó lo que estaba haciendo, se lavó las manos y fue a la zona de los dormitorios. La cama estaba hecha y su hija no estaba. Frunció el ceño extrañado y fue al patio trasero de la vivienda.

—¿Cariño?

Tampoco estaba, pero lo alarmante es que no estaban tampoco ni Hipo ni Tas. Salió al exterior y dio una vuelta por todo el perímetro de la casa.

—¿¡Kesia!?

Asustado, volvió a entrar en la casa mirando ya por cada rincón, debajo de las camas, en los armarios e incluso en la buhardilla a toda velocidad. La niña era traviesa y aunque alguna vez que otra se había escondido de su padre siempre la había encontrado dentro del perímetro de la casa.

—Algo no va bien… —susurró ya bastante nervioso.

Leiza llevaba un día de mil demonios. Un conflicto entre dos comerciantes, el corte de luz en uno de los sectores del poblado y, para rematar la faena, uno de los ganaderos había perdido dos vacas.

Aunque en un primer momento la pérdida de las reses no parecía tener especial importancia, pero al parecer, según el ganadero, escuchó un rugido y eso sí era preocupante.

La agente y su ayudante, ya de noche, se disponían a volver a la seguridad detrás de la muralla, pero a unos quinientos metros las linternas apuntaron hacia un charco de sangre. En la oscuridad siguieron el rastro hasta llegar a donde se había producido la matanza. Una de las vacas estaba prácticamente devorada y solo quedaba parte de la cabeza. La otra tenía una herida mortal, algo le había arrancado un gran trozo de carne del vientre. Leiza se acercó a inspeccionarlo y al comprobar la gravedad de sus heridas se inquietó.

—¿Qué clase de animal puede de un mordisco hacerle esto a una vaca de ochocientos kilos? —preguntó su ayudante.

Después de unos segundos de silencio, al fin dio su opinión.

—Nada que deba estar a quinientos metros de la muralla y no nos percatemos de su presencia. Esto lo ha hecho un gran carnívoro, tenemos que estar muy pendientes.

—¿Cuál es el protocolo a seguir?

—Identificar al depredador y, sobre todo, descubrir las causas del porqué se ha acercado tanto a nuestro hogar.

En ese momento su comunicador sonó desde la central. Leiza suspiró a sabiendas de que el día aún no había acabado.

—Tienes que acudir al área norte, sector B. La hija de Roth se ha perdido —sonó al otro lado del dispositivo.

Leiza y su ayudante tomaron muestras y acordonaron los cadáveres de los animales para que sus compañeros lo retiraran a la mayor brevedad, un cadáver se traducía en comida para el olfato de cualquier animal. Ahora tenía prioridad resolver el caso de la niña y teniendo en cuenta que un depredador andaba cerca la situación no podía ser más imperativa.

UNIDAD

En la costa de Desextinción, en el nivel inferior de su residencia, Anastasia Lázaro tenía en sus manos un viejo periódico frente al ventanal subacuático al que daba su habitación. Escudriñaba el océano azul que tenía frente a ella meditando sin parar, pues si algo le había enseñado la vida era que el secreto para prosperar y sobrevivir era no dar un solo paso en falso.

La presidenta volvió la vista al amarilleado documento. Contenía la publicación que destapó el escándalo de Vida Futura y cuya portada era un montaje cutre con imágenes de algunos dinosaurios con la cara de Anaïs Albert como una heroína.

Con el tiempo, había aparcado el rencor que sintió por la periodista, pues incluso ella, poco antes de que la infección se extendiera, se arrepintió de lo que había provocado su maldito artículo. Incluso en una ocasión Anaïs fue a verla a la cárcel dándole a entender que pese a no aprobar sus métodos estaba de acuerdo en que los animales estaban mejor dentro de las reservas. Aquella vez fue la última vez que la vio y poco después, una vez que el mundo inició el cambio al modelo de vida actual, se enteró que contrajo la enfermedad y murió cuando intentaba llegar a Madrid, que en el aquel entonces era uno de los bastiones del viejo mundo humano.

La estancia se iluminó, lo que significaba que Brian, el ministro de ciencia e innovación, bajaba por el ascensor de la propiedad. Anastasia guardó el periódico y permaneció sentada esperando su vista.

—Puntualidad inglesa —dijo sonriendo al recién llegado.

—Señora —dijo inclinando la cabeza levemente.

—Vamos, Brian, que me inclines la cabeza, bueno, no me desagrada,

pero como vuelvas a llamarme señora servirás de comida para los animalitos que suelen venir a verme a través del cristal —bromeó, no sin dejar de mantener el talante serio.

El científico rio, eran muchos años a su lado y ya conocía el sentido del humor de la presidenta, o la ausencia de él. Se sentó frente a ella en el asiento vacío y sacó los documentos de la carpeta que tenía.

—Bien. ¿Cómo van los suministros hacia los poblados?

—Avanzamos, pero no tan rápido como nos gustaría. Los poblados en un radio de veinte kilómetros tienen la muralla a un ochenta por ciento, la mayoría ya han superado el umbral de protección. Por otro lado, Lanka y Esrin ya disponen de suministros eléctricos las 24 horas y ya construyen materiales para exportarlos a otras comunidades.

—Perdón que le interrumpa. Más de setecientos poblados dependen de nosotros en mayor o menor medida. Sé que los más cercanos a nosotros, por el mero hecho de tener esa suerte a la hora de asentarse, están bien provistos. No obstante, me gustaría conocer el estado de, digamos, los menos desfavorecidos.

Brian tragó saliva y compartió con Anastasia los datos de los que disponía.

—Los poblados periféricos ya tienen un vehículo de tracción solar, murallas de troncos, y bueno… un índice de delincuencia nulo.

—Déjeme preguntarle algo, señor Jones —dijo muy seria —, ¿recuerda el día que fue seleccionado para cursar sus estudios en Desextinción I?

—Cómo olvidarlo.

—¿Recuerda cómo era su poblado? ¿Las cosas que sucedían?

Brian no sabía por dónde iba la presidenta. Si algo había demostrado durante todo este tiempo era su compromiso por los sectores más desfavorecidos.

—Por aquella época pudimos modificar los territorios de los depredadores, pero ¿por qué cree que lo conseguimos?

—Priorizamos, imagino —contestó entendiendo ahora sí a lo que se refería.

—Estoy valorando abastecer desde la periferia hacia dentro. Por una parte, esas personas quedarían menos expuestas, pero por otra, creo que suscitaría problemas. Pero allí no están seguros.

—Quizás deberíamos abrir nuestras fronteras o…

—No, no es una opción. El control de la población en Desextinción I es de vital importancia para la estabilidad de nuestra sociedad. El camino es nivelar a todos nuestros ciudadanos.

—Entonces veo más viable continuar con el progreso lento pero seguro actual —determinó Brian.

Anastasia guardó silencio. Se sentía tan responsable de sus ciudadanos como lo hizo en su día de los animales de la reserva. Pero

Brian tenía razón, con la metodología actual habían llegado hasta donde estaban ahora. Cambiarlo en ese momento, teniendo en cuenta la inestabilidad con Nueva York, quizás no sería la mejor idea.

No obstante, la presidenta tenía algo que hablar con cada uno de sus ministros de forma privada.

—Bien, en la última reunión os hablé del rumor de la cumbre de paz. Ya está confirmada de forma oficial.

Brian se sorprendió a medias, más que la noticia en sí le confundió que fuera solo con él con quien compartiera la información y no en una reunión del consejo. Optó por no decir nada, ella tendría sus razones.

—¿Dónde, cuándo y bajo qué condiciones? —preguntó el científico.

Anastasia sacó un lector digital y comenzó a leer.

—Se tendría que llevar a cabo en Nueva York, teniendo en cuenta la gripe sauria no sería seguro para ellos hacerlo en nuestro territorio. Todo está preparado para llevarlo a cabo a la espera de una negociación a distancia previa.

—¿Cuál sería el grueso de la negociación por su parte?

—¿Qué va a ser? Quieren nuestros conocimientos sobre el virus y los años de estudio que les llevamos en la materia.

Brian meditó la evidente respuesta.

—Aunque es nuestra principal arma contra ellos, quizás deberíamos plantearnos un nuevo futuro, juntos. La ciudad estado es una civilización caduca, sí, pero por la misma razón el

poder que contiene puede destruirnos para siempre. Nuestras investigaciones sostienen que aún pueden conservar armamento nuclear y quizás sea una oportunidad para negociar y empezar de cero.

—Ese es el punto. Sin embargo, no pienses ni por asomo que somos débiles ante cualquier amenaza. Ellos los saben y aún no han actuado por el mismo motivo. Voy a enviarte todas las condiciones y, por favor, envíame tu valoración lo antes posible.

Brian se fue con una sensación extraña. Si bien conocía la dedicación de Anastasia por y para su pueblo, sabía lo fría y letal que podía ser con sus enemigos, y aquella seguridad frente a la ciudad estado lo inquietaba, más aún sabiendo los proyectos que él mismo estaba llevando a cabo como medidas preventivas…

Una sombra opacó durante unos segundos la luz de sol filtrada a través del agua que entraba por el ventanal de la oficina privada de la presidenta. Como siempre, ella observó a la magnífica criatura que nadaba en ese momento en la costa de la ciudad. Un Tylosaurus de doce metros de longitud. Al verlo sonrió. Hacía cincuenta años cuidamos a estos animales, necesitaban nuestra ayuda para sobrevivir,

pues habían nacido en un mundo con un depredador desprovisto de escrúpulo alguno. Ahora, aquellas criaturas proliferaban en todo el planeta, expectantes inconscientes del ocaso del antiguo predador.

Anastasia veía nadar al reptil marino maravillándose con los sinuosos y elegantes movimientos de aquel coloso. Y con la soberbia que le caracterizaba se confirmaba a sí misma la superioridad ética y moral respecto a sus congéneres de Nueva York. Con la total determinación de que alguien capaz de crear a ese animal no tendría nada que temer de unos primates involucionados que se agarraban a la sucia vida de su agujero.

El intercomunicador de Anastasia sonó sacándola de sus pensamientos.

—Señora presidenta —saludó Klaus Smith desde el otro lado—, he leído sus condiciones y, aunque tengo mis dudas, una de mayor envergadura me asalta. En caso de aceptar la asistencia de la cumbre de paz, ¿significaría la cancelación de la aplicación del Proyecto Nemicolopterus que coordina mi ministerio?

—En absoluto. El proyecto sigue adelante bajo la misma discreción que entonces.

Acto seguido colgó y continuó viendo al Tylosaurus nadar hacia las profundidades del océano Atlántico, refugiándose en la oscuridad del fondo marino, esperando el momento idóneo para atacar.

CONFRONTACIÓN ATEMPORAL

James caminaba confundido entre la polvareda que ahogaba la zona. Hacía pocos segundos que se acababa de derrumbar uno de los edificios más emblemáticos del centro de Madrid. El ahora ya no tan niño intentaba encontrar a su madre entre la multitud que, como él, aún estaban conmocionados por la explosión. Pero cuando el miedo aún estaba muy presente en su corazón volvieron a oír los motores de los aviones acercándose. La gente comenzó a correr en busca de un refugio en el subsuelo de la ciudad, en las líneas de metro. Pero James rehusaba la idea de esconderse sin su madre.

Corrió en dirección contraria a la marea de heridos mientras volvían a escucharse numerosas explosiones a escasos metros de su posición.

—¡Mamá! —grito al verla tirada en el suelo.

Corrió con todas sus fuerzas, pero en ese instante un avión sobrevolaba sus cabezas. Alguien lo sujetó y lo llevó contra su voluntad hacia la boca de metro que tenía a sus espaldas. Gritó al ya inerte cuerpo de su madre y, tras esa imagen, la explosión y los gritos aturdieron tanto su mente que ésta no tuvo más opción que desconectarse.

James se incorporó de golpe empapado en sudor. Habían pasado treinta y cinco años de aquello, pero las pesadillas le recordaban frecuentemente cómo perdió a su madre en la caída de la ciudad de Madrid en la guerra de la GS. Sacudió la cabeza y comenzó a comprobar que todo estaba en orden.

En este momento, James descansaba en el vehículo que conducía. Habían establecido el campamento en un claro. Sus vehículos pasaban totalmente desapercibidos, eran como los que Desextinción I utilizaba para abastecer a los poblados colindantes. Era de vital importancia no

ser localizados. Comprobó que todo estaba en orden, con los vehículos formando en círculo alrededor de las tiendas de campaña del resto de sus hombres.

Una vez que se aseguró que todo iba bien, volvió a su asiento y comenzó a ojear los planos que tenían de la ciudad. En Nueva York se hablaba mucho de la forma de vida de los inmunes de África, pero para nada se ajustaba con la realidad que su Gobierno había compartido con ellos.

Desextinción I era un oasis, un ejemplo a seguir por el resto de la ya castigada humanidad, pero esa imagen no debía traspasar las fronteras de la ciudad estado. Hacerlo significaría aceptar que el modo de vida de sus ciudadanos y su gobierno era caduco e insostenible por mucho más tiempo. Como siempre se había demostrado en la historia del ser humano, el pueblo se convertía en víctimas de la lucha de egos en la que se enzarzaban sus gobiernos. Por casualidades de la vida, aquel día hacía treinta y cinco años él fue rescatado por un militar estadounidense y así fue como acabó viviendo en la ciudad estado. Pero aquello no había limitado su forma de ver las situaciones, más aún al crecer y poder ver por sí mismo las mentiras que su propio gobierno vertía a sus ciudadanos con el objetivo de tenerlos bajo su control. Aquello fue lo que le motivó a realizar una carrera militar de élite para encontrarse donde estaba en ese momento. En una misión para llevar a su ciudad las llaves que les permitirían salir del agujero en el que se había transformado la antigua ciudad de Nueva York.

James se recostó en el sillón del cuatro por cuatro dispuesto a descansar, pues en el día siguiente tenían que recorrer un gran trecho. Cerró los ojos y fue entonces cuando comenzó a oír las explosiones. Exaltado, se incorporó rápidamente mirando las cámaras de seguridad del campamento. Justo en ese momento un suboficial abrió la puerta del vehículo.

—Señor, no sabemos qué sucede, pero unas cargas explosivas a unos tres kilómetros han sido detonadas.

—Que todo el mundo mantenga la calma y, sobre todo, estén atentos.

James intentó evaluar la situación. No era un ataque, pero entonces, ¿quién había detonado esas cargas? Acto seguido cruzó el campamento que estaba bastante agitado y subió al techo de uno de los camiones. Tal y como su compañero le había dicho, a unos tres kilómetros hacia el norte varias explosiones continuaban incendiando la selva. El comandante sabía que aquello traería consecuencias, la discreción era fundamental para el éxito de la misión y la propia supervivencia de su equipo.

—Reagrupaos, nos vamos de aquí —ordenó a través de su dispositivo.

Sin previo aviso comenzaron a oírse disparos dentro del propio campamento. James bajó tan rápido como pudo y comprobó de primera mano lo que sucedía. En la oscuridad de la noche algo muy rápido los atacaba.

—Pero qué demonios —susurró.

Corrió hasta su vehículo acompañado del suboficial que minutos antes le había informado de la situación. Los disparos se multiplicaban acompañados de los gritos.

—¡Todo el mundo a los vehículos! ¡Salgamos de aquí! —gritó a sus hombres.

El suboficial cayó al suelo al tropezar con una rama. James se giró dispuesto ayudarlo, pero en ese instante algo golpeó con fuerza la espalda del chico partiéndole la columna por la mitad. James rodó hacia un lado a causa del impacto y una vez que se recompuso apuntó con una linterna hacia su compañero. Un ave de tres metros de altura de cuerpo pardo y cuello blanco golpeaba al humano con sus patas como si fuera un insecto. James bajó de inmediato el foco de luz y comenzó a reptar hacia su coche. Se trataba de una bandada de Kelenken, seguramente agitada por las explosiones.

Estaba a punto de llegar a su vehículo cuando una de aquellas aves atacó a un soldado que, en un intento por defenderse, accionó el arma disparando en el brazo a James.

Varios soldados más al ver a su compañero dispararon en masa hacia el animal que a los pocos segundos cayó muerto. Pero aquello, lejos de ahuyentarlo, hizo que la agresividad del resto de sus congéneres aumentara.

James intentó levantarse, pero justo en el momento que estaba a punto de entrar en su vehículo un enorme Kelenken lanzó su poderoso pico hacia él. El comandante cayó de espaldas al evitar el ataque, quedando a merced del ave prehistórica. Herido, intentó rachear hacia detrás con el fin de poner la mayor distancia posible entre el predador y él. El animal siseó con las plumas de su cuerpo al tiempo que daba patadas al suelo, preparándose para asestar su golpe mortal. Echó el cuello hacia detrás y se lanzó hacía el indefenso humano, pero entonces algo saltó encima del Kelenken. Un utharpator, con plumas blancas, cabeza negra y ojos rojos mordió en el cuello al ave provocando que ambos rodaran hacia un lado. James, sorprendido por el golpe de suerte, entró en el vehículo e intentó arrancarlo, pero las llaves no estaban puestas.

Mientras, en el exterior una manada de Utahraptores hacía frente a los Kelenen. El saurio que acaba de salvar la vida al comandante de forma involuntaria se incorporó enfrentado al ave del terror, que en respuesta del ataque sorpresivo siseaba furiosa a su inesperado

enemigo. El dromeosáurido y la cariamiforme, siendo ambos los mayores exponentes de sus respectivas familias, comenzaron a realizar movimientos circu-lares alrededor de uno y de otro. El ave comenzó el ataque lanzando picotazos hacia su contrincante que, con suma rapidez, lograba esquivarlo, pero el saurio concentró su atención en el pico y recibió una coz que lo tumbó. El gigantesco pájaro se precipitó sobre él y comenzó a golpearlo con sus patas rompiéndole varias costillas, pero en ese instante otro Utahraptor se precipitó sobre el lomo e hincó las cuchillas que tenía en sus patas traseras en el cuello del ave. El raptor que estaba en el suelo logró incorporarse y se lanzó de nuevo a su enemigo que, en el suelo, pataleaba en vano por quitarse a los dos saurios de encima.

James encontró las llaves del coche, arrancó y pisó a fondo atropellando a uno de los Kelenken que batallaba con otro de los raptores. Varios de sus hombres subieron al vehículo mientras otros tantos hacían lo mismo con los otros transportes. Ya en la seguridad del interior de los coches, los supervivientes dejaron atrás el campamento alejándose de aquella confron-tación entre especies ancestrales separadas por millones de años de evolución.

A unos veinte kilómetros de allí, James dio la orden de detenerse. Tenían que evaluar los daños del repentino ataque e indagar sobre el origen de aquellas explosiones.

—No estábamos en el territorio del Kelenken ni de los Utahraptores. De hecho, son especies que debido a su tamaño y similitudes suelen evitarse —dijo el teniente Nedry.

—Esas explosiones los han asustado y, por alguna razón, esos animales nos han visto como los causantes —razonó James.

—Pero nuestros radares no han detectado actividad humana a nuestro alrededor. No tiene sentido. Si querían atacarnos, ¿por qué no hacerlo directamente? —cuestionó el militar.

—Porque nosotros no éramos el objetivo, sino un daño colateral —concluyó James—. Continuaremos veinte kilóme-tros al sur. Una vez allí, quiero que se visualicen todas las grabaciones de seguridad que tengamos y el testimonio de todos los supervivientes. Quiero saber dónde estaban y qué hacían en el momento de las explosiones.

Además, por supuesto, de un informe preliminar de daños y pérdidas.

Mientras conducía, James analizaba la situación y, por más que lo hacía, no le encontraba sentido a lo sucedido. Pero si algo sabía era que si la misión comenzaba a interactuar con la fauna del continente estaban condenados al fracaso. Pues grandes naciones habían caído no solo a manos de los animales, sino por la enfermedad y por el impacto que estos depredadores tenían sobre el ser humano, que en sus garras no eran más que comida fácil.

No pudo evitar que numerosas imágenes de su niñez volvieran a su memoria, como aquella vez donde un pelotón mucho más preparado que el que tenía él sucumbió en la estampida de ceratópsidos años atrás. No, simplemente no podía hacer nada, no podían permitirse un nuevo encuentro sorpresivo con las especies salvajes de la zona. Por primera vez, dudó del éxito de la misión.

LA CAÍDA DEL MURO

—¡Roth, por favor, cálmate! —exclamó Leiza sujetándolo por los hombros.

Habían buscado a la pequeña Kesia durante varias horas pese a que hacía también bastante rato que había anochecido, pero la jefa de seguridad había decidido aplazar la búsqueda al amanecer dado el peligro que suponía estar fuera del poblado durante la noche. Por supuesto, el padre de la niña no se había tomado muy bien la decisión y en ese momento intentaba salir a la fuerza al exterior.

—Es mi hija, lo único que tengo, por favor, dejadme salir —rogó dejando de forcejear.

—Lo sé. Pero sabes que por seguridad tenemos prohibido estar fuera del perímetro de noche sin excepción. En cuanto amanezca reanudaremos la búsqueda. Además, tampoco tenemos la certeza de que haya salido. El poblado es muy grande y aún no lo hemos rastreado entero. Roth, vuelve a casa y descansa un poco, mañana tendrás que estar al cien por cien.

El padre miraba a Leiza con incredulidad al pensar que él podría dormir sin saber dónde estaba su pequeña, pero por otro lado entendía que hacía su trabajo y que, según la ley, era el protocolo a seguir. Pero eso no quería decir que él no estuviese dispuesto a saltarse las leyes de una ciudad a miles de kilómetros de distancia.

La jefa de seguridad lo acompañó a casa para asegurarse de que no hacía ninguna tontería. Estuvieron hablando un rato hasta que el cansancio en ambos comenzó a hacer mella. Roth la acompañó hasta la puerta de su casa, pero justo cuando se disponía a cerrar la puerta unas explosiones resonaron con fuerza en todo el poblado. Ambos salieron al exterior y miraron hacia el horizonte junto a varios vecinos

más que, asustados, salieron de sus casas. A poco más de dos kilómetros, las columnas de fuego y humo se elevaban en el aire mientras otras explosiones se sucedían cerca de las otras.

—¿Pero qué está pasando? —murmuró Leiza.

El estruendo cesó y durante unos segundos todo quedó en silencio. Una madre agarró a su hijo acercándoselo a su cuerpo mientras otros quedaron hipnotizados mirando el cada vez más presente humo.

A lo lejos, vieron el incendio mientras numerosas aves volaban en dirección contraria al fuego que comenzaba a devorar la naturaleza. Pero la quietud duró poco. Al principio fue apenas una vibración, pero al cabo de pocos segundos todo el poblado temblaba. Leiza y Roth se miraron a sabiendas de lo que sucedía, del caos que estaba a punto de azotarlos.

—¡No es un terremoto! —gritó un vigía desde una de las torres de vigilancia.

Durante unos instantes la confusión reinó en el poblado. No sabían cómo actuar y qué hacer, pero Leiza sabía que solo la suerte podría evitar el desastre.

—¡La manada de Sauroposeidón! —volvió a gritar el vigía.

—No puede ser … —murmuró Roth.

La pacifica manada de saurópodos que solían rondar el poblado huían despavoridos al notar la presencia del fuego. Todo fue muy rápido, los gigantescos animales destrozaron la muralla de madera como si de palillos se tratara. La gente comenzó a correr huyendo de aquellos titanes que mientras recorrían el centro del poblado destrozaban todo a su paso.

Leiza y Roth se montaron en el coche de los vigilantes y se dirigieron hacia los animales con la intención de cambiar su rumbo, pues en ese momento se dirigían hacia la central de energía. Si llegaban allí, el pueblo estaría perdido.

El suelo temblaba como si un terremoto sacudiera la tierra. Los animales eran tan numerosos (más de cuarenta) que hacían honor a su nombre. El Jeep adelantó al saurópodo que iba en primera posición, tomó distancia y se paró a unos cien metros de la estampida. Comenzó a tocar el claxon y hacerles luces, pero los diminutos cerebros de aquellos titanes probablemente ni percibían la presencia del vehículo. Su único objetivo era huir del fuego que avanzaba hacia ellos, era lo que le ordenaba su instinto carente de intelecto.

—No van a parar —dijo Roth.

Leiza sabía que tenía razón, pero no podía dejar de intentarlo, la central estaba justo detrás de ellos. La estampida estaba a punto de alcanzarlo cuando no tuvo más opción que apartarse. La manada provocó un apagón al destrozar las placas solares y las baterías y acabaron con la muralla por otras dos ubicaciones. Pero aquello no

había terminado.

Desde allí, unos rugidos nada familiares los dejó petrificados. El sonido llegaba del centro del poblado. Sin pensarlo dos veces pusieron rumbo hacia el origen de aquello. Las fuerzas del orden sucumbían ante dos Concavenator adultos. Debido a la sorpresa, no disponían de munición letal y se defendían de los depredadores con armas eléctricas. Leiza sacó su rifle y comenzó a disparar a los carnívoros que pronto fijaron su atención en ella.

Eran dos dinosaurios enormes para ser una especie mediana. Ambos ejemplares especialmente grandes, de colores tierra con una pequeña vela anaranjada que le recorría todo el dorso, incluida su característica joroba.

Uno de ellos miró hacia el Jeep y rugió antes de comenzar a perseguirlo. Leiza se dispuso a alejarse, pero en ese momento Roth vio a su perro ladrar en los límites de la muralla rota. No se lo pensó dos veces y bajó del vehículo. Leiza lo miró sin dar crédito, pero tuvo que acelerar para apartarse del camino del carnívoro. Piso a fondo mientras el animal comenzó a perseguirla. El segundo, al ver a su compañero lo imitó y fue detrás del vehículo.

Roth llegó hasta el perro que, al verlo, pareció calmarse. Aunque por poco tiempo, pues a pocos metros de ellos el fuego comenzaba a devorar el muro de madera.

—¿Dónde está Kesia? Llévame hasta ella —le rogó al animal mirando en todas direcciones. Lo tomó en brazos y corrió en dirección contraria a las llamas.

Mientras, Leiza intentaba despistar a los dos carnívoros que habían visto en ella una presa a la que abatir. Uno de ellos golpeó el lateral del Jeep, que al ser eléctrico no era especialmente rápido. El coche estuvo a punto de volcar al estar unos metros a dos ruedas, pero la jefa de seguridad logró mantener el control. Tenía que hacer algo, aquellas bestias no tardarían en darle caza.

A unos doscientos metros, el incendio se acercaba y al verlo tomó una decisión. Sus perseguidores eran animales, enormes y agresivos, pero animales a fin de cuentas, y todo ser vivo huía instintivamente del fuego. Giró con violencia y se dirigió hacia el muro de fuego, se soltó el cinturón de seguridad y aceleró a fondo. El Concavenator rugió y en ese momento Leiza saltó del coche mientras los dos animales que tenían centrada su atención en el vehículo no presentaron atención en ella. El Jeep penetró en las llamas provocando que un árbol cayera cerca de los depredadores cortándoles el paso hacia el poblado. Ofuscados, rugieron a las llamas, sacudieron la cabeza y se marcharon en dirección contraria.

Roth fue hacia su casa al ver que el incendio estaba llegando hasta su propiedad. Muchos de sus animales ya habían muerto, pero Tor se

había liberado de su establo y estaba en paradero desconocido. Durante unos segundos, acompañado del perro, contempló cómo su hogar era devorado como la mayor parte del poblado. Pero como si de un acto de piedad divino se tratara, comenzó a llover.

Cuando apenas quedaban unos instantes para que amaneciera, los supervivientes se reunieron en la plaza central del poblado donde tiempo atrás se situaba el mercado de trueques.

—El balance de daños es incalculable. Con la muralla destrozada, los campos de cultivos calcinados y nuestro central de energía inutilizada no podemos quedarnos aquí —dijo el presidente de la unión de vecinos.

En ese instante el pueblo se puso nervioso. ¿A dónde irían? Su vida estaba allí, no fuera. Leiza miraba en la distancia a Roth a sabiendas de que este no se marcharía de allí sin su hija. Aun así, se atrevió a dar su opinión, ya que como jefa de seguridad su punto de vista era valorado por la población del lugar.

—Con nuestro sistema de comunicaciones inutilizado, lo único que podemos hacer es emigrar hasta el próximo poblado. Soy consciente de que son cien kilómetros, pero es nuestra única alternativa. Aquí estamos expuestos a múltiples peligros, los Concavenator no deberían estar aquí, pero algo los ha hecho venir al sur. Saben que estamos indefensos y no dudarán en atacarnos de nuevo, somos presas fáciles para ellos. Probablemente los dos ejemplares no eran más que los rastreadores de un grupo mucho más numeroso.

Roth alzó la mano para manifestar su opinión contraria, no porque no creyera en ella, sino porque su hija aún no había aparecido. Dejó a su perro en el suelo, pero en ese momento el animal salió corriendo hacia el interior del bosque. Él no lo dudó, corrió tras él y al verlo Leiza fue tras él.

Gracias a los primeros rayos del sol no perdieron el rastro a la mascota y tras unos diez minutos persiguiéndola los llevó hasta Tor. El toro estaba tumbado en el suelo. Al verlo llegar levantó su enorme cabeza y lo miró.

—Estás aquí —dijo con cariño Roth.

Pero aquella no era la única sorpresa. El ceratópsido se levantó y,

tras él, Kesia asomó tímidamente detrás.

—¡Hija mía! —gritó el padre sin poder controlar la emoción.

La niña se abrazó con fuerza mientras lloraba y señalaba a su lado, donde Tas, el hypsilophodon, yacía en el suelo sin vida.

—Él se escapó, papá, solo fui a buscarlo —sollozó la pequeña.

—Tranquila, cariño. Todo va a estar bien —la consoló.

Leiza los miró y respiró aliviada.

—Imagino que ahora no ves con tan malos ojos mi idea, ¿verdad? —preguntó la jefa de seguridad.

El padre asintió y junto a su hija, Leiza y los animales, volvieron a la plaza del pueblo para continuar con las decisiones del porvenir de los supervivientes.

SIN ESCRÚPULOS

Mientras descendía a uno de los niveles inferiores del edificio, Michael Rowe repasaba en su mente todo lo que tenía que hacer en el día de hoy. Era un hombre frío, sin sentimientos por nada ni nadie que no fuera él mismo y una falta de escrúpulos absoluta disfrazada en un halo de protección por y para su nación. Aunque sus objetivos eran puramente egoístas.

Esa mañana, el doctor Joe Kraston le había citado. Emocionado, le había convocado para mostrarle los progresos de unos medicamentos que pese a estar aún en desarrollo ya habían dado resultados. Él no confiaba ya en el científico, llevaba años viéndolo fracasar una y otra vez y ahora, al ocaso de su carrera, sus esfuerzos se habían transformado en algo personal por dejar un legado para la posteridad y no un historial de fracasos.

Las puertas del ascensor se abrieron dando lugar a un pasillo que bien podía ser de un hospital. Todo muy blanco iluminado por lámparas halógenas. El presidente, acompañado de sus guardaespaldas, recorrieron el lugar sin tan siquiera mirar las numerosas salas acristaladas que tenían a sus lados, algunas con los ensayos fallidos del equipo científico de la ciudad estado.

Al llegar a una puerta metálica, Michael tuvo que adelantarse para que el reconocimiento facial autorizara la entrada a él y a los matones que lo acompañaban. La sala estaba en un nivel superior del laboratorio. Un mirador acristalado elevado a varios metros sobre el nivel inferior, donde estaba el doctor Kraston. A su alrededor, numerosos informáticos analizaban y grababan todo lo que sucedía en la sala del piso inferior.

Kraston, al ver al gobernante, saludó tímidamente sonriendo con

cierta falsedad. No lo soportaba y, para él, su autoridad no era más que una amenaza para la continuidad del trabajo de su vida, la maldita cura de la gripe sauria y la multitud de variantes. El doctor encendió su intercomunicador y su voz comenzó a escucharse en el observatorio ante la atenta mirada de todos ellos.

—En el día de hoy, tal y como usted indicó, realizaremos la primera prueba en humanos de los fármacos que hemos desarrollado. La vacuna está cada vez más cerca, pero mientras tanto, la unidad científica ha creado dos armas contra esa maldita lacra.

Michael se limitó a cruzarse de brazos y dar un paso al frente acercándose a la cristalera. Asintió levemente con la cabeza dando inicio a la experimentación. Kraston tragó saliva y deseó que todo fuera según lo previsto. Era la primera vez que lo probaba con humanos, pero así había dictaminado el presidente, él tenía que estar delante cuando la prueba se llevara a cabo.

Joe dio la orden a sus ayudantes que trajeron a dos sujetos atados en una camilla, un chico y una chica, jóvenes. Ambos estaban desnudos e inmovilizados por cintas atadas a la cama. Los adolescentes, que estaban amordazados, agitaban con fuerza sus cabezas dando a entender que no estaban ahí por voluntad propia. Era muy común que el Gobierno se deshiciera de esa forma de los ciudadanos que habitaban los suburbios de la ciudad estado.

—Bien, el primer medicamento se trata de una pomada protectora que aísla total y absolutamente el cuerpo humano de cualquier tipo de microorganismo. El ensayo con primates ha dado un éxito del cien por cien.

Mientras el doctor hablaba, varios de sus ayudantes embadurnaban a la chica con una crema y luego con la loción que realmente hacía el supuesto aislamiento. Esta no paraba de retorcerse, pero poco podía hacer.

—La loción tiene un tiempo de actuación de veinticuatro horas y, con ella, cualquier persona podría estar en medio de un foco infeccioso sin contagiarse.

—¿Qué efectos secundarios tiene? —preguntó el presidente por su comunicador.

—Detectamos un efecto abrasivo que, si bien servía para esterilizar la piel, resultaba fatal para la salud del sujeto en pruebas. Por eso desarrollamos la aplicación en dos fases. Primero una protección y luego el fármaco en sí.

Los ayudantes terminaron con la aplicación y fueron a retirarse los posibles restos.

—El segundo medicamento que hemos desarrollado es un inhibidor vírico, similar a los que se utilizaba con el VIH a principios de siglo. En este caso, el índice de éxito ha sido menor. Por lo que hemos

optado por suministrarlo por la vía intravenosa en lugar de la vía oral.

Uno de los auxiliares inyectó al chico en el hombro una solución azulada. Y acto seguido otros dos ayudantes se llevaron a los sujetos en pruebas al interior de una cámara sellada que había en el laboratorio.

—¿Qué se supone que debemos ver? —preguntó Michael.

—Ahora expondremos a ambos a varias cepas de la GS, tomaremos muestras de su sangre y veremos, con un poco de suerte, cómo los fármacos hacen sus efectos.

El gas comenzó a entrar en la cámara y, sin que los chicos pudieran hacer nada, quedaron expuestos. Después de cinco minutos, dos brazos robóticos tomaron muestras de sangre de los dos. Con sumo cuidado la vertieron en un sistema de observación microscópica y en las pantallas del laboratorio pudieron ver los resultados.

—Al parecer, la loción no ha permitido que el virus acceda al organismo del sujeto uno —dijo con orgullo.

Si bien una sonrisa comenzaba a dibujarse en el rostro, aquella euforia no duró demasiado. Todos contemplaron cómo el antivírico no servía de nada en el humano y las GS contagiaba todas las células poco a poco.

—Me temo que habrá que hacer algún ajuste en…

La chica, a la que se le había aplicado la loción, comenzó a retorcerse mientras su piel parecía tensarse de forma alarmante. El medicamento parecía estar deshidratando la dermis de la mujer haciendo que la piel se le hiciera jirones ante la atenta mirada de los allí presentes. Al cabo de unos segundos, la joven comenzó a convulsionar a causa del dolor.

—Como decía, esta es una primera fase en humanos que, como es evidente, hay que perfeccionar —se limitó a decir Kraston intentando mantener la compostura.

El presidente lo miró, negó con la cabeza y sin articular palabra, tiró el comunicador al suelo, se dio media vuelta y abandonó junto a su séquito el observatorio.

—Señor, tengo algunas novedades —habló la secretaria de Michael al verlo llegar con cara de pocos amigos.

El presidente la miró, suspiró con desgana y la invitó a pasar al interior de su despacho.

—¿Y bien? —preguntó cruzándose de brazos en su mesa presidencial.

—La presidenta Anastasia Lázaro…

—¿Presidenta? ¡Más bien la terrorista! Si no fuera por esa víbora nada de esto habría sucedido. No la equipare a mí —bufó molesto.

—Disculpe, señor —dijo la secretaria visiblemente nervi-osa—. Como decía, el Gobierno de Desextinción I ha aceptado la cumbre de paz. Pese a aceptar la mayoría de nuestras condiciones, ha añadido algunas exigencias. Lo tiene todo en el informe que le he dejado en su mesa.

El presidente Rowe tomó la carpeta, pero no la abrió. Sabía que su secretaria aún tenía más información que darle.

—Por otro lado, nos informa que el pelotón RD3 ha sufrido grandes bajas.

—¿De qué tipo? —volvió a interrumpirla.

—Humanas y materiales —contestó con rapidez.

—¿Han perdido alguna parte del equipo imprescindible para su misión? —volvió a cuestionar.

—No, señor. Al parecer todo lo necesario a nivel material está a salvo. Según parece, fueron atacados por…

—No me importa esos pormenores. Avisad al resto de los pelotones para que no cometan los mismos errores. ¿Qué hay del plan secundario?

—Todo un éxito. Según nuestros reportes, varios poblados han iniciado el éxodo hacia su capital. Conforme pasen los días se les sumarán otros pueblos.

El presidente abrió la carpeta dispuesto a leer las condiciones que el Gobierno de Anastasia Lázaro había puesto para acudir a la ciudad estado, pero esta vez fue su secretaria la que lo interrumpió a él. Levantó la mirada por encima de los documentos esperando que hablara de una vez.

—Por último, la junta de ministros informa que pretenden llevar al congreso un plan para comenzar la esterilización más allá de nuestra frontera y proponer la construcción de una nueva ciudad. Según ellos, estamos condenados si continuamos sobrepoblando nuestra ciudad.

—No pienso aprobar nada de eso. No tenemos los recursos necesarios y el riesgo de traer la enfermedad a Nueva York es demasiado alto. Hágalo saber antes de que me hagan perder el tiempo. Y ahora, si no le importa, tengo otros asuntos que atender.

Rowe dio por terminada la sesión informativa, se levantó mientras la secretaria aún estaba frente a su mesa y le dio la espalda caminando hacia la terraza del edificio.

Con la ciudad a sus pies, el presidente fijó la mirada en el océano Atlántico a sabiendas de que la única civilización estaba muy lejos de allí. Sabía que sus ministros tenían razón, no podían continuar mucho más tiempo encerrados allí. Pero el ya había desarrollaba un plan b y si este tenía éxito tendrían las llaves del nuevo mundo en bandeja de plata, acabando con todos sus enemigos y la enfermedad en un solo movimiento.

A lo lejos, llegando a la isla de Manhattan por mar, una pequeña bandada de pterosaurios se aproximaba a la isla. El presidente no se inmutó lo más mínimo, llevaban años reforzando la seguridad de su ciudad para ese tipo de amenazas naturales. Los barcos que patrullaban la ciudad a varios kilómetros de la costa detectaron a los reptiles voladores y antes de que estos ni siquiera se acercaran los abatieron a tiros haciéndolos caer al mar.

—Así acabaréis todos.

EL LAGO

La quietud de la noche comenzaba a manifestarse en las selvas de Tanzania, pero aquella noche era diferente, pues parte de todo un pueblo, al menos unas doscientas personas, cruzaban el Gran Valle del Rift en dirección a otros de los poblados que se encontraba a unos veinte kilómetros del lago Tanganica.

En la oscuridad, una hilera de luces serpenteaba la espesura con cierto temor, pues todos sabían lo peligrosa que era de por sí la naturaleza, más aún en la ausencia de luz. Finalmente, no todos los habitantes de Dinkadún habían decido abandonar el pueblo. Por miedo a dejar atrás todo pese a la clara exposición en la que se encontrarían y diversos motivos, un gran porcentaje de los supervivientes decidieron permanecer allí.

Leiza, Roth y su hija Kesia formaban parte del grupo de refugiados que se dirigían hacia Aknur, el siguiente poblado. La agente de seguridad lideraba el grupo en la zona delantera seguida del agricultor y su hija. Pero los humanos no viajan solos, algunos habían traído consigo a sus animales, como Roth, que lo acompañaba su Torosaurus. Además de él, había un Ouranosaurus y varios Gallimimus.

No podía dejar atrás al animal, su hija estaba demasiado apegada y su padre sabía que tener a Tor junto a ellos representaba una clara protección para el grupo de humanos. Con cuernos de un metro y cinco toneladas de peso, contar con un aliado así daba cierta tranquilidad.

—¿Cómo está Kesia? —preguntó Leiza.

—Dormida, debía estar muy cansada después de todo —contestó su padre mirando a su pequeña dormida encima del lomo del Tor junto a su perro Hipo.

Llevaban varios días caminando. Habían dejado atrás el antiguo país, Kenia, y ahora cruzaban Tanzania. Lo cierto es que todo había sucedido sin demasiados incidentes. Caminaban durante todo el día hasta la medianoche. Pero esa jornada habían decidido prolongar un poco más la caminata, aunque les pillase la noche. Estaban a punto de llegar a Aknur.

—¿No crees que es inusual que todo esté tan tranquilo? —preguntó Roth a su compañera de viaje.

—A veces, en el interior de nuestros muros pensamos que lo que hay más allá siempre está viendo la forma de acabar con nosotros, de darnos caza. Pero realmente no deja de ser un lugar más en el mundo dominado por seres vivos, y los animales, a diferencia del ser humano, no están continuamente sedientos de sangre. Pienso que, de momento, no resultamos interesantes en un ecosistema ya establecido. De todas formas, no cantemos victoria, aún pueden plantearse muchas situaciones —razonó Leiza contestando a la pregunta.

Después de algunos minutos subiendo llegaron a un punto alto que le daba una vista general. Esperanzados, observaron a lo lejos lo que debería ser Aknur, pero en su lugar, una columna de humo se elevaba en el valle junto a una porción bastante grande de selva calcinada. Todos quedaron enmudecidos a sabiendas de lo que eso significaba.

—Empiezo a pensar que estamos en medio de algo que nos supera a todos —dijo la agente de seguridad evaluando las opciones.

—¿Qué hacemos? —preguntó Roth ante la atenta mirada de los demás refugiados.

—Vayamos al poblado, quizás haya forma de contactar con Desextinción I.

Encontraron agujeros en el suelo causados por las explosiones que habían provocado el incendio. Al igual que en su poblado; y al igual que en su hogar la lluvia había salvado algo de él. Había sido un ataque sincronizado…

Aknur era un pueblo diferente a otros. Muchas de las viviendas se encontraban en las alturas de los árboles, pues el muro que rodeaba al poblado no era más que una valla de metal de unos tres metros de altura. Muchas de las casas a nivel del suelo estaban destrozadas, pero por suerte, alguna de las superiores se habían salvado.

—Pasaremos la noche aquí. Veré la forma de contactar con la capital —recomendó Leiza.

Mientras que la gente se acomodaba como podía, la agente fue a inspeccionar el lugar. Según le constaba, allí había un equipo de comunicación y, con un poco de suerte, no estaría destruido. Roth montó una caseta de campaña y, junto a Tor y Tas, intentaron descansar.

La pequeña, que desde el incidente no había hablado demasiado,

comenzó a gritar a causa de una pesadilla.

—Cariño, todo está bien —la consoló.

La niña lo miró con sus enormes ojos negros mientras una lágrima cruzó su rostro.

—¿Qué te ocurre? ¿Qué sueñas que te da tanto miedo?

—Echo de menos a Tas, esos hombres malos lo mataron —gimoteó.

—Cuéntamelo, hablar las cosas seguro que te hace bien

—dijo mientras la abrazó con fuerza.

—Cuando Tas se escapó, Hipo y yo fuimos tras él. Cruzamos la muralla y corrimos sin saber que nos estábamos alejando de casa. Entonces escuchamos las explosiones, hipo volvió a casa mientras nosotros corrimos y nos refugiamos en el tronco de un árbol. Entonces vimos a unos hombres malos. Tas, asustado, salió del escondite y el señor malvado le disparó mientras se reía. Luego ya vino el fuego, más tarde comenzó a llover y Tor llegó hasta nosotros. ¿Por qué hay gente mala, papá?

Roth no sabía qué decir. No tenía sentido que un habitante del poblado disparara al dinosaurio de su hija, más aún a sabiendas que los únicos que tenían armas eran los agentes de seguridad como Lezia. Seguro que su hija había vivido algo similar a lo que contaba, pero no era cien por cien real. Era una niña muy imaginativa y quizás, debido al miedo, su mente buscó una respuesta más lógica al drama.

—Todo va a estar bien. Tor duerme fuera y con él nada malo nos puede pasar. Tranquila —le susurró mientras le besaba con cariño la frente. Bajó la intensidad de la luz y se dispuso a descansar.

Leiza encontró la sala de comunicaciones del poblado y, por suerte, no parecía estar dañada. Pero algo le rondaba en la cabeza. ¿Dónde estaban los habitantes del pueblo? ¿No quedaba nadie? La agente encontró el libro de frecuencias, encendió el equipo de radio e intentó comunicar.

—Aquí supervivientes de Dinkadún desde el poblado de Aknur, ¿me recibe alguien? —dijo a través de la radio.

Lo intentó varias veces y cuando estaba a punto de darse por vencida alguien contestó al otro lado.

—Central auxiliar Desextinción I, identifíquese, por favor.

«Gracias, gracias».

—Soy la agente Leiza, jefa de seguridad del poblado Dinkadún. Nos encontramos en fase roja de vulnerabilidad. Necesitamos apoyo.

—Deben volver a su poblado —se limitaron a contestar ante la atónita mirada de Leiza.

—Repito, nos encontramos en nivel rojo de vulnerabilidad. Solicitamos ayuda o asilo —repitió.

—No pueden venir aquí. Regresen a su poblado, enviaremos ayuda a la mayor brevedad posible. Cambio y cierro.

Leiza no podría creer aquello, les estaba dejando a su suerte. Intentó hablar de nuevo, pero al otro lado no contestaba nadie. Soltó la radio y furiosa le dio una patada a la silla que tenía frente a ella. Pero al hacerlo, vio algo en el suelo. Era un cuaderno con unas anotaciones. Se agachó y comenzó a leerla.

Algo ha sucedido. Nos han atacado y tenemos miedo de que vuelva a suceder. La capital había enviado transportes para llevarnos allí, pero nunca llegaron. El Gobierno del pueblo ha decidido por unanimidad emigrar hasta allí pese a la desaprobación previa. Una vez allí, no nos dejarán a las puertas de la ciudad. Aquí no estamos seguros. El paso del puente…

El documento estaba incompleto, pero al parecer, todo Aknur había puesto rumbo a la capital y, según parecía, habían tomado el paso del puente por el Tanganica. Durante unos instantes evaluó qué hacer. Si les decía a sus compañeros que les habían prohibido el acceso cundiría el caos, y al poblado no podían volver, no después de tanto esfuerzo. Tomó una difícil decisión y volvió al campamento improvisado que habían montado.

Con las primeras luces del alba el grupo de refugiados se puso en marcha. Leiza había informado que lo mejor sería acudir directamente a la capital o a algunos de los poblados que estaban a pocos kilómetros de la gran muralla.

Según los mapas de los que disponían, la ruta más rápida era tomar el puente comercial de la parte más estrecha del lago Tanganica, de

unos treinta kilómetros de ancho. De esa forma, pasarían de Tanzania a la antigua República Democrática del Congo, país donde se encontraba Desextinción I.

Después de algunas horas, el grupo llegó a Ulwile, el punto donde nacía el puente. Era una construcción de madera con pilares de hormigón de unos diez metros de ancho. Normalmente, servía para que los camiones de la capital transitaran hacia esa parte del territorio. De hecho, era una construcción que, debido a la longitud que tenía, estaba prohibido transitarla a pie. Norma que todo el grupo pensaba obviar.

Al llegar al inicio del puente algunos se sorprendieron, en especial la pequeña Kesia. Aquello no parecía un lago, sino más bien una paradisiaca playa de arena blanca donde la selva desembocaba directamente en ella. Aunque aquel día la densa bruma no permitía ver mucho más allá de los quince o veinte metros.

—¿Crees que el puente resistirá el peso de Tor? —preguntó Roth evaluando el terreno.

—Claro que sí. Este puente está preparado para vehículos muchísimos más pesados. No pasará nada. No es eso lo que debería preocuparte.

Al oír aquello muchos de los allí presentes torcieron el gesto esperando una explicación.

—El lago tiene una profundidad media de más de quinientos metros, llegando en algunos puntos a duplicar esa profundidad. Y en la mayoría del recorrido el puente apenas se eleva tres metros del nivel agua. No tengo registros de la vida que ha colonizado sus aguas o sus riberas y no he encontrado nada en Aknur. Estad bien atentos.

El mensaje, lejos de tranquilizar a la población, la puso más nerviosa aún, pero ella prefería tenerlos así que ajenos al posible peligro que podrían llegar a afrontar si se diera el caso.

Poco a poco, todo el grupo se adentró en la espesa niebla. Al principio creían que conforme el sol calentara se iría disipando, pero nada más lejos de la realidad. Aquel día el cielo estaba especialmente encapotado, lo que propició que la humedad se intensificara haciendo más persistente la bruma.

Llevaban todo el día, más de siete horas sin ningún incidente. Incluso la pequeña Kesia se había dormido, como no, a lomos de Tor. Pero entonces el puente cimbreó momen-táneamente. Todos frenaron en el acto mirándose uno a otros por si alguien había visto algo. Roth miró a Leiza que, tras unos segundos de evaluación, decidió continuar. Pero apenas llevaban unos metros, alguien en la parte trasera del grupo comenzó a gritar al tiempo que el agua comenzaba a agitarse bajo sus pies.

La gente entró en pánico y comenzaron a correr sin mirar hacia

atrás. Leiza, por el contrario, hizo el amago de ir hasta el foco del caos, pero apenas llevaba unos cincuenta metros vio como un gigantesco Deinosuchus atrapaba a uno de los Gallimimus y se lo llevaba al interior de las oscuras aguas.

—¡Corred! —gritó al entender lo que pasaba.

Si había uno de ellos sin duda había más. Y un cocodrilo prehistórico que oscilaba desde los diez hasta los quince metros de largo era el peor escenario posible al que podían enfrentarse.

Los gritos y las carreras se sucedían, incluso algunos cayeron al agua mientras un siseo grave resonaba tras la niebla.

Leiza llegó de nuevo hasta el agricultor y su hija. Ambos habían subido a lomos de Tor. Roth le extendió la mano y le ayudó a subir y, a la espalda del ceratópsido, comenzaron a cruzar el último tramo del puente.

La niebla comenzó a disiparse y, a unos cien metros, al fin estaba la otra orilla del lago.

—¡Vamos, Thor! —exclamó animando al Torosaurus a correr.

En ese instante, el Ouranosaurus, que también iba en el convoy, golpeó a Tor haciendo que Leiza y Kesia salieran despedidas al agua. El padre contempló horrorizado cómo dejaba atrás a su hija. Intentó parar al Torosaurus, pero el animal estaba también muy asustado.

En el agua, Leiza localizó a la niña que pataleaba asustada. Nadó tan rápido como pudo y la abrazó con fuerza.

—No te muevas —susurró cerca de su oído.

A unos cinco metros, un Deinosuchus de cinco toneladas nadaba con suavidad hasta ellas. Leiza no sabía qué hacer más abrazar a la niña y permanecer lo más inmóviles que podían.

En la orilla, otro cocodrilo emergió de las aguas y atrapó al Ouranosaurus por la cola. Al oír al animal emitir gritos lastimeros, el Deinosuchus se sumergió pasando por debajo de las chicas. Petrificadas, sintieron como el agua se movía bajo ellas a causa del enorme reptil que tenían bajo sus pies en ese instante. Segundos más tardes, emergió reclamando su parte del botín. El Ouranosaurus les había salvado la vida sin saberlo.

Llegaron a la orilla saliendo del agua tan rápido como pudieron, pero del manglar que tenían justo en frente otros dos predadores descubrieron su posición. Una pareja de Suchomimus de un azul intenso abrieron sus fauces y rugieron al verlas. El gigante de más de diez metros era un dinosaurio con cabeza de cocodrilo y una estrecha vela de color amarillo que le recorría parte de su dorso. Un familiar cercano del gran Spinosaurus, y aunque este no era tan grande, para humano resultaba igual de letal.

Leiza y Kesía comenzaron a correr por la orilla dirección a la selva, pero aquellos animales estaban en su medio. Uno de ellos las adelantó

mientras que el otro les cortaba el paso por detrás. Estaban perdidas. El gigante comenzó a caminar hacia ellas, pero en aquel lago definir al predador dominante era difícil. Un Deinosuchus apareció de la nada atrapando al espinosáurido por la cola. Lo intentó arrastrar, pero el dinosaurio se giró y con sus poderosas garras atacó al reptil.

Las chicas aprovecharon la oportunidad y comenzaron a correr, pero el otro Suchomimus no desvió la atención de ellas. Corrieron fuera del agua mientras el saurio les pisaba los talones. Estaban a pocos metros de la selva. Quizás allí tenían una oportunidad. El animal rozó a Leiza haciéndole perder el equilibrio, quedando a merced del predador ancestral. La bestia rugió, lanzó sus mandíbulas hacia ella y, en este instante, Tor lo envistió clavando sus cuernos de más de un metro en el costado del animal. Sacudió la cabeza y lo lanzó de nuevo al agua donde un reguero de sangre anunció un nuevo banquete a los habitantes del lago.

Roth bajó del herbívoro y cogió en brazos a su hija mientras ayudaba a Lezia a levantarse.

—Tarde o temprano, tendríamos que afrontar los peligros que nos rodean —dijo Roth mientras miraba hacia el cuerpo inerte del Suchomimus donde varios cocodrilos modernos comenzaban a devorarlo.

—Debemos reagruparnos y salir de aquí. A saber qué otros animales rondan estos lares —indicó Lezia mientras se ponía de pie y caminaban hacia donde estaban los supervivientes.

EL ANTIGUO NUEVO MUNDO

El barco cruzaba las compuertas marinas que separaban la bahía de Nueva York del océano Atlántico y ya, desde allí, se tenía una vista general de la única ciudad estado del planeta. Anastasia, en la sala de control, no apartaba la vista de la gigantesca y gris metrópolis que tenía a unos kilómetros.

Sonrió con sarcasmo. El continente americano, llamado durante mucho tiempo el nuevo mundo… Ahora, tiempo después, las tornas habían variado y aquello a su juicio no era más que un agujero caduco. Menos de un siglo atrás, el lugar era el centro del mundo, un faro de modernidad e integración internacional. Hoy día era mucho más grande que entonces y diez veces más poblada. Los edificios que se erguían hacia el cielo gris a causa de la contaminación. Eran más numerosos y más altos, incluso alguno de ellos como el Eyes World sobrepasaba la densa polución como si aquello fuera la única alternativa para escapar de allí.

Anastasia Lázaro bajó la mirada y comprobó en la pantalla de su dispositivo que todo estuviera en orden. El barco era un carguero enorme, cuyo acceso estaba estrictamente acotado para los visitantes de Desextinción. Como medida de seguridad, Anastasia lo consideró oportuno como uno de los puntos de vista irrevocables para celebrar la cumbre allí.

—Señora, tengo informaciones importantes —interrumpió su secretaria—. Por alguna razón, los habitantes de los poblados están abandonando sus hogares y se dirigen en masa hasta la capital. Los primeros reportes indican un comportamiento nada usual de los animales salvajes. Están modificando sus territorios y moviéndose por lugares lejos de su zona de actuación habitual…

La presidenta se sorprendió e incluso llegó a enfadarse. Que en su país sucedieran cosas estando ella en suelo enemigo la inquietaba. Pero en cualquier caso no necesitaba estar allí para tener la situación controlada.

—Las puertas de la capital deben permanecer cerradas. Ese caos no puede afectar a la ciudad. Los poblados limítrofes con Desextinción deben abrir sus fronteras y atender a los refugiados. Y por supuesto, quiero un reporte de las especies desplazadas y el porqué de dicho comportamiento. Por supuesto, sobra decir que esta información debe quedar entre nosotros, no estamos en el lugar más apropiado para mostrar ni la más mínima debilidad.

—Así se hará, señora presidenta.

—Un momento, oficial. La carga está asegurada en su totalidad, ¿verdad? —preguntó antes de que se marchara.

—Por supuesto, el nivel de seguridad es óptimo y lo seguirá siendo.

Mientras su secretaria se marchaba, Anastasia se dirigió hacía el ascensor principal. Tecleó el código de seguridad y fue directa al nivel inferior del navío. Dentro todo estaba oscuro y la jaula de metal apenas estaba alumbrada por una leve luz roja.

La presidenta dio una palmada en al aire provocando un zumbido intenso el interior. Suspiró y allí se quedó durante algunos minutos, observando su proyecto de defensa más ambicioso, uno que el mundo jamás había visto hasta ahora.

El helicóptero aterrizó en el helipuerto de uno de los edificios residenciales. No había nadie más en la recepción. Nada de bienvenidas calurosas y adornos. Ella lo agradeció, a fin de cuentas no le apetecía estar allí lo más mínimo. Anastasia bajó con ayuda de su ayudante, pues, aunque estaba ágil, no podía olvidar que era una octogenaria. Iba acompañada de Brian, ministro de ciencias y su ministro de defensa, Klaus Smith.

A unos metros, le esperaba el presidente Michael Rowe con una mirada y un talante más arrogante incluso que el que podría tener la propia Anastasia.

—Bienvenida, señora Anastasia Lázaro —dijo el presidente obviándole el título a su homóloga cuando llegó hasta él.

Ella, que notó el desaire, contraatacó de la misma forma y elegancia que la caracterizaba.

—Michael —se limitó a decir con una leve inclinación de cabeza. El presidente dio un paso atrás e indicó a su secretaria que continuara con la bienvenida, si es que aquello podría llamarse así.

—Señora presidenta —comenzó la secretaria—. Espero que el viaje haya sido agradable. Ahora, cuando su equipo de seguridad examine los transportes para su propia tranquilidad, la llevarán a la zona residencial. Descanse, mañana comenzarán las primeras reuniones de la cumbre.

Aunque la señora Lázaro no perdió ni el más mínimo detalle de la conversación, no apartó la mirada de Michael ni un solo segundo. En silencio, ambos dirigentes se desafiaban.

Los tres asintieron y marcharon a la zona residencial que la ciudad estado había preparado.

—Están en peligro de extinción —murmuró Anastasia.

—Bueno, teniendo en cuenta la falta de significado de esa palabra a día de hoy igual no es un problema… —contestó con ironía Brian.

—No seré yo la que los libre de las garras de la muerte. A fin de cuentas, ya viven en un infierno. Este lugar es simple y llanamente asqueroso.

Brian fue invitado a una pequeña visita al área científica de la ciudad estado de parte directa del doctor Joe Kraston. El anciano lo esperaba en el ascensor del edificio principal del área. Brian llegó acompañado de dos guardaespaldas, cosa que no hizo especial gracia a Kraston, ya que el invitado era su homólogo. Pero era otra de las muchas condiciones que el Gobierno de Desextinción I había impuesto para la celebración de la cumbre. Nada raro teniendo en cuenta las tensiones existentes entre ambos Gobiernos.

El elevador bajó hasta la planta inferior del complejo donde se encontraba el corazón de la ciencia de la ciudad estado, una muy distinta de la que se hacía en la capital africana, como estaba a punto de descubrir.

Mientras Kraston lo conducía por los lúgubres pasillos, Brian quiso tender puentes e interesarse por el trabajo que llevaban allí.

—Doctor, ¿tienen algún tipo de programa de reintroducción de especies en peligro de extinción?

—No. A nivel científico, concentramos gran parte de nuestros esfuerzos en otros asuntos que estaré encantado de compartir con usted, joven —contestó con una voz grave y rasgada.

—¿Y algún plan para sobrellevar la sobrepoblación de la ciudad? ¿Algo a nivel medioambiental de integración urbanística, por ejemplo? —añadió Brian en tono cordial.

—Joven —volvió a referirse al ministro con aquella palabra que denotaba cierta superioridad. A fin de cuentas, Kraston le triplicaba la edad—. Me temo que nuestras áreas científicas son bastante diferentes. Entiendo que, en su mundo verde, lleno de oxígeno puro libre de contaminación tengan que preocuparse de ese tipo de cosas. No obstante, nosotros tenemos una prioridad aún mayor: sobrevivir.

En ese instante llegaron al observatorio de uno de los laboratorios donde él solía realizar sus ensayos médicos. El nivel inferior estaba dividido en dos áreas, una estaba oculta por una densa tela negra, la otra mitad estaba llena de ordenadores y material médico. Todo con un aspecto muy artificial y frío. Nada que ver a lo que estaba acostumbrado Brian.

—Antes ha dicho que sus esfuerzos se concentran en sobrevivir. ¿A qué se refiere? —cuestionó Brian.

—Vamos, joven…

—Doctor o ministro, si no le importa —le corrigió al ver que no pensaba cambiar de actitud.

—Por supuesto, ministro. —Parecía no estar dispuesto a igualar su profesión a la de él—. Sabe que en esta ciudad no tenemos los medios para protegernos del virus que acabó con la humanidad en ese mundo. Aún continuamos investigando una cura para las cepas que todos los años, o incluso cada menos tiempo, aparecen de la nada. Pero claro, entiendo que para vosotros eso no sea un problema, contáis con miles de millones de inmunes y tenéis acceso ilimitado a las vacunas.

—Así es —se limitó a contestar Brian.

—Le enseñaré nuestra metodología…

Kraston tecleó un código en su ordenador y las pantallas holográficas comenzaron a mostrar los experimentos en animales y humanos que había realizado en las últimas semanas. Todos ellos con resultados negativos y, en algunos casos, con desenlaces grotescos.

El ministro de ciencia, aunque mantuvo la compostura, estaba escandalizado. Aquel hombre era un monstruo que maltrataba y en algunos casos asesinaba a toda forma de vida que necesitara para sus experimentos, incluido humanos. En una de las imágenes apareció un *Tyrannosaurus rex*.

—Por curiosidad. Si no tienen acceso a los dinosaurios, ¿cómo han

sido capaces de capturar un rex? Preguntó en un intento de que cortara aquella horripilante secuencia de imágenes.

—Ese ejemplar lleva con nosotros mucho tiempo. Puede verlo usted mismo —contestó.

En ese instante, las telas negras comenzaron a elevarse revelando lo que había en el otro lado.

—Aquí tiene el hábitat de nuestro T.rex.

—Entiendo —se limitó a contestar.

La jaula media unos quinientos metros cuadrados con un pequeño bebedero y escasa vegetación. Todo ello iluminado por unos fluorescentes nada disimulados. El animal, aunque era muy grande, (unos quince metros) estaba visiblemente mal tratado y en mal estado.

—Antes que comente el estado del animal, le informo que este ejemplar tiene cincuenta y tres años de edad —informó Kraston.

—No es posible. La esperanza media de vida de un rex son treinta años.

—Este ejemplar fue el primero de su especie en volver a caminar sobre nuestro planeta tras la desextinción. Fue el que su presidenta creó en la reserva africana. Años después del famoso escándalo fue llevado a un zoológico español de donde escapó. Poco tiempo después lo capturamos y lo trajimos aquí. Fue de los pocos animales que tuvo contacto directo con la cepa de la GS original. Y sí, su esperanza de vida no es natural. Llevamos años tratándolo con células madre regeneradoras, intentamos alargar su vida lo máximo posible. Brian quedó impactado. Había oído hablar de ese animal, de Alpha, como algunos lo llamaron. Pero verlo en aquel estado le enfadaba e entristecía a partes iguales. Su color negro característico y sus rayas rojas habían palidecido. Ahora estaba mucho más delgado y apático. No era humano tener a un animal así.

—No es natural. Ese pobre rex no puede ni consigo mismo. Por mucho que le estén ayudando, su organismo, sus huesos o incluso su cerebro no están preparados para vivir tanto —le reprobó.

—Le mostraré lo equivocado que está. No se deje engañar por su aparente apatía, ministro.

Kraston tecleó un nuevo código en su ordenador y de una pequeña trampilla salió una vaca de color marrón. El dinosaurio abrió los ojos con rapidez, se levantó del suelo y en dos zancadas se precipitó sobre el animal, cerró sus mandíbulas y la partió por la mitad de un solo mordisco.

—Como ve, nuestro Tyrannosaurus aún tiene mucho que darnos —dijo con sarcasmo.

—¿Cuál es el objetivo de traerme aquí, doctor? —preguntó Brian sin entender muy bien el propósito de la visita.

—Quiero que vea por sí mismo a los actos tan inhumanos a los que

tenemos que recurrir para tener algo que para vosotros es tan fácil de obtener. Por favor, hable con su presidenta, comparta con nosotros su vacuna y trabajemos por un futuro prometedor para lo que queda de humanidad. De lo contrario, estamos abocados a la extinción.

—Vuestra forma de vida lo está, doctor Kraston —contestó Brian. Después de todo su presidenta tenía toda la razón.

—No se equivoque, doctor. —Era la primera vez que le llamaba de esa forma—. Si el destino quiere que la ciudad estado desaparezca, no nos iremos de este mundo solos. De una forma u otra, estamos juntos en nuestra propia supervivencia.

ENCUENTRO

No eran nada. El ser humano no era más que un insecto en las manos de la naturaleza, aunque él reclamara continuamente su soberanía y poder sobre la tierra que pisaba. El orden natural encontraba la manera de restaurar el orden a través de múltiples realidades. Pero desgraciadamente, dichas acciones no diferenciaban entre escalas sociales y también era habitual que los más desfavorecidos fueran las víctimas más comunes.

La situación era desoladora. El ataque del puente había asestado un golpe mortal al grupo de refugiados que, ahora, estaban mermados de forma considerable. Apenas treinta personas habían sobrevivido.

Tras la histeria inicial, se habían reagrupado a unos tres o cuatro kilómetros del lago. Todo parecía en calma, pues aquellos predadores no solían alejarse del agua, pero dada la

situación no confiaban en nada. Los familiares lloraban a sus muertos, a los cuales no podrían darle sepultura porque, o bien estaban esparcidos en trozos irreconocibles o habían sido devorados.

Lezia estaba alejada del grupo subida a la rama de un árbol, y aunque mantenía cierta compostura, estaba rota por dentro. No podía evitar sentirse culpable por la masacre que había sucedido. Al igual que su pueblo, había perdido toda esperanza de llegar a Desextinción de una sola pieza. Más aún a sabiendas del territorio al que se estaban acercando. Allí, según los mapas, se concentraban grandes predadores al ser una zona de nidos.

Un ligero zumbido comenzó a cobrar cada vez más protagonismo. La gente, nerviosa, miraba en todas direcciones. Pero por suerte, Leiza pudo divisar el origen de aquel sonido. Dos camiones y un todoterreno se acercaban a su posición. En la carrocería llevaban una cruz blanca

circunscrita en un círculo.

—Gracias… —susurró Leiza al identificar el símbolo de la capital.

Bajó del árbol y corrió hasta Roth y su hija que comenzaba a ponerse nerviosa como el resto del pueblo.

—Han cumplido su palabra, han venido a buscarnos —dijo emocionada.

El convoy llegó hasta ellos. Leiza se puso en medio del camino y los hizo frenar con cierta brusquedad. Los coches se detuvieron, pero no apagaron los motores. De hecho, el conductor miraba hacia ellos con cierta sorpresa. Leiza vio cómo habló con alguien por un dispositivo, y después de algunos segundos pararon el motor.

Un hombre, de unos cuarenta y cinco años, de pelo corto, rubio de ojos azules y cuerpo robusto, salió del cuatro por cuatro que iba en segunda posición. Como el resto de la comitiva, llevaba mascarilla y guantes. En sus flancos, había otros dos soldados armados que parecían aún más nerviosos que los demás, como si no esperasen encontrar a nadie.

—Soy Leiza, jefa de seguridad de Dinkadún. Imagino que os han enviado desde la capital para socorrernos.

El chico dudó, pero después de unos incómodos segundos extendió la mano y se la estrechó a Leiza.

—Comandante James. Jefe de esta operación —contestó con voz ronca pero amable—. Lo cierto es que no somos un equipo de rescate, pero sí, nos dirigimos hacia la capital.

Leiza lo miró con recelo. Tenía un acento que no le era demasiado familiar. Pero aquello eran buenas noticias en cualquier caso.

—Veo que están en apuros. En los camiones tenemos algo de comida y material de primeros auxilios. Ayudaremos a su gente.

El comandante era un hombre amable, puso a disposición de todos los desplazados los pocos bienes que tenían en sus transportes. Mientras que los soldados atendían a los enfermos, Leiza habló con James.

—¿Por qué estáis aquí tan lejos de casa? —preguntó el militar al ver el estado de los nativos.

—Unas explosiones crearon una estampida que destrozaron nuestras murallas y el fuego hizo estragos. Hizo imposible la supervivencia en el poblado. Decidimos ir hasta el pueblo más cercano en la orilla oeste del lago, pero lo encontramos también vacío.

—Nosotros también nos hemos enfrentados a las consecuencias de esas explosiones. De hecho, en un principio, éramos bastante más numerosos.

—¿Nos llevaréis a la capital con vosotros? Esta zona es muy peligrosa, estamos demasiado expuestos.

Aquella pregunta llamó la atención de James, si no era seguro estar

allí tenían que salir del lugar lo más rápido posible. Permaneció unos segundos en silencio que incomodaron un poco a Leiza, que aún esperaba la respuesta a su petición.

—No podemos llevaros a todos, no tenemos sitio. Pero tranquila, buscaremos la forma de encontrar ayuda.

—Quizás la haya —dijo la jefa de seguridad.

—Soy todo oídos.

—Ya no estamos muy lejos de la capital. Podríamos adelantarnos nosotros en el Jeep y pedir ayuda a uno de los poblados cercanos a Desextinción I. Allí será mucho más fácil que nos presten los recursos necesarios para poner a nuestro pueblo a salvo.

—Sí. Me parece bien. Mientras, mis hombres crearán un perímetro para asegurar la zona —asintió el comandante.

Mientras Leiza fue a informar a los supervivientes, James se reunió con algunos de sus hombres.

—Nos van a descubrir. La gente aquí no tiene necesidad de llevar mascarillas y guantes —dijo el segundo al mando.

—Le hemos dicho que no sabemos el origen de las explosiones y que, por seguridad, todos las deben llevar —dijo el médico que acompañaba a la misión.

—Lo que es inaceptable es que no sepamos quién ha lanzado esos explosivos incendiarios —bufó molesto James—. En cualquier caso, no valoráis la oportunidad que tenemos delante con esta pobre gente. Con ellos, tendremos asegurado la

entrada a la ciudad. Es la parte del plan que aún no teníamos cerrada. Nos ayudaremos mutuamente. Ya sabéis qué hacer —dictaminó antes de marcharse en el Jeep junto con la jefa de seguridad.

Kesia estaba dormida en una de las casetas que habían montado los soldados. Su padre aprovechó para ver que el Torosaurus estuviera bien. Aquellos soldados lo miraban con cierto recelo, y a Roth no le gustaba aquellas miradas. Más aún teniendo en cuenta las armas que llevaban adosadas.

La niña escuchó a su perro ladrar, salió de la caseta y miró a su alrededor. Su padre no estaba y la gente, exhausta, se estaba

quedando dormida. Vio a Tas en el linde de la selva. El animal había olfateado algo y correteaba hacia el interior sin mirar atrás. La pequeña no se lo pensó dos veces y fue hacia su mascota.

—¡Tas! ¿Dónde vas? —exclamaba corriendo tras él.

No fue consciente de lo mucho que se estaba alejando del campamento. El sol comenzaba a caer y el ambiente se coloreó de un rojo intenso anunciando el fin del día. La niña llegó hasta lo que parecía ser un nido. Había varias cáscaras de huevos y algunas pequeñas huellas de tres dedos que no debían tener mucho tiempo.

El perro ladraba hacia unos matorrales cercanos, algo se movía en su interior. La pequeña se acercó y vio a tres crías de apenas setenta centímetros. Se sostenían sobre sus dos patas y tenían una pequeñísima vela que le recorría todo el dorso. Tenían la cabeza alargada con pequeños dientes puntiagudos que les sobresalían de la boca. Los pequeños saurios comenzaron a gimotear al ver al perro y a la niña, pero sin previo aviso, comenzaron a emitir un sonido muy agudo mientras alzaban las cabezas hacia el cielo.

El sol pareció ocultarse de golpe, como si algo lo hubiera ensombrecido. Kesia miró hacia detrás justo a tiempo para ver como un gigantesco Quetzalcoaltus de quince metros de envergadura y más de seis metros de altura aterrizaba justo a su lado. El poderoso pterosaurio abrió su pico y engulló al perro de un solo bocado echando su cuello hacia detrás.

El reptil volador centró en un primer momento la atención en la niña, pero al ver a las crías de Acrocantosaurus le pareció más apetecible al ser más pequeños que la humana.

Leiza contemplaba como aquel gigante de cabeza roja y pico amarillo cazó a uno de los pequeños sin que estos pudieran hacer nada. Como pudo, reptó llorando intentando taparse la boca, pero estaba muy asustada. El animal giró e intentó alcanzarla con el pico, pero falló. Las crías continuaban gimoteando aterrados, pero por su suerte, el reptil de ojos verdes volvió a cegarse con la humana. El saurio lanzó su pico, pero justo cuando iba a ensartar a la niña Roth lo golpeó desviando la trayectoria. La bestia alada acuchilló con un golpe al humano desgarrando el pecho como si solo fuera papel. El padre cayó indefenso justo al lado de Kesia, que al verlo sangrar gritó con fuerza.

El pterosaurio miró dubitativo cuál sería su próxima presa, si una de las dos crías o los humanos. Emitió un silbido muy agudo y echó su cuello hacia detrás para asestar su golpe mortal. Pero entonces cambió de actitud de forma radical. Un Acrocantosaurus adulto lo golpeó por detrás tumbando al gigante alado. El Quetzalcoatlus extendió las alas con rapidez mientras el carnívoro olisqueó a sus crías siendo consciente en ese momento que le faltaba uno de sus bebés.

El reptil intentó alzar el vuelo, pero el depredador le mordió una pata evitando que escapara. Pero aquella bestia no estaba indefensa, de un picotazo desgarró la carne de su oponente obligándole a soltarlo. Pero entonces nadie lo vio venir, un segundo Acrocantosaurus apareció por detrás y utilizando sus poderosos brazos con sus mortíferas garras partió la columna del pterosaurio condenándolo a muerte.

Mientras los carnívoros terminaban de dar caza al asesino de sus crías, Roth y Kesia comenzaron a alejarse tan rápido como sus heridas se lo permitieron. Por suerte, uno de los soldados había seguido al padre y, al encontrarlos, los ayudó.

Roth se aferró a la mano de su hija antes de perder el conocimiento a causa de la pérdida de sangre.

—Por favor, cariño. No te separes de mí —dijo mientras apretaba la mano de la pequeña.

En la noche resonaban con fuerza los rugidos de los carnívoros que, triunfantes, dejaban claro quién era el depredador supremo de aquella zona.

EMPATÍA

Las imágenes se fundían en su mente y la percepción de la realidad se había vuelto caótica. En su cabeza, se entremezclaban los rugidos de los terópodos dando muerte al Quetzalcoatlus, los lastimeros chillidos de la cría al ser devorada o los propios gritos de su hija muerta de miedo. También escuchaba la voz de la persona que lo había seguido, el teniente Onil. Pero llegó un momento donde no pudo más y su cuerpo sucumbió a la oscuridad por culpa de la pérdida de sangre.

—¡Papá! —gritó Kesia al ver los ojos de su padre quedar en blanco justo antes de perder el conocimiento.

—Tranquila, pequeña —la calmó el joven teniente.

Los últimos minutos hasta el campamento ya estaban inmersos en una noche cerrada. Al llegar, Onil alertó al médico para que examinara a Roth.

—Ha sufrido un ataque y ha perdido mucha sangre —informó nada más verlo.

Rápidamente, entraron en uno de los camiones donde había una pequeña área médica. Despejaron la camilla y lo colocaron con cuidado. Mientras el doctor cortaba la ropa que tenía sobre la herida, Onil habló por su intercomunicador.

—Estableced un perímetro de seguridad, a poco más de un kilómetro tenemos a dos carnívoros de gran tamaño —informó.

El doctor limpió la zona y la expresión que puso no hizo presagiar nada bueno.

—Necesita una intervención quirúrgica. Tiene perforado un pulmón y desgarros múltiples en el sistema digestivo. Incluso el diafragma parece tener daños.

Onil mandó a callar al doctor y le hizo señas con la cabeza. La niña no tenía por qué enterarse de eso. Llamó a una soldado para que entretuviera a la pequeña. Una vez que se la llevó hacia la puerta del vehículo, el doctor continuó con el diagnóstico.

—Voy a suturar todo lo que pueda y le administraré calmantes. Pero no tengo el equipo necesario para nada más y me temo que tampoco tenemos mucho tiempo.

El teniente masculló entre dientes impotente. Aunque sabía que su comandante y la jefa de seguridad habían ido a buscar ayuda, por el bien del civil esperaba que tuvieran éxito y no tardaran mucho en volver.

Las horas pasaron. El oficial había coordinado varios turnos de vigilancia alrededor del campamento. La noche estaba en calma, demasiado calmada. Solo se escuchaban extraños sonidos causados por las numerosas alimañas que pululaban en la oscuridad de la noche.

A esas horas, muchas de las personas dormían en el improvisado campamento. Sin embargo, otras habían ofrecido su ayuda para la vigilancia del perímetro. Onil estaba encima de uno de los vehículos y durante unos segundos observó a sus compañeros y a los supervivientes. Él, al igual que James, comprendía que no eran tan diferentes. Solo tuvieron la suerte o desgracia, según el punto de vista, de nacer en lugares opuestos. Pero aquellas personas habían demostrado no ser un enemigo. Habían abrazado la ayuda que los soldados les habían brindado incluso a la hora de utilizar mascarillas y guantes, ante una supuesta amenazada biológica que para ellos no existía. Incluso llegó a sentirse mal por tener que mentirles. A fin de cuentas, tanto uno como otros no eran más que peones en un tablero liderado por gente ajena a su existencia.

No obstante, la misión debería llegar a buen puerto. Conseguir la vacuna contra la GS era primordial para que su ciudad tuviera una posibilidad de sobrevivir a largo plazo. Al igual que los inmunes, como se conocían en la ciudad estado a las personas que vivían en Desextinción I.

Un sonido distrajo su atención. Apuntó con sus prismáticos de visión nocturna y vio cómo un grupo de tres soldados cogían algo de la parte inferior del camión médico y se escabullían en la oscuridad.

James y Leiza estaban desolados. Al llegar al poblado más cercano a Desextinción I, vieron la situación que allí había. Incluso vieron a lo lejos las grandes murallas de la gran ciudad. El contexto era caótico. Ciento de miles, quizás algunos millones de personas, se agolpaban en los poblados cercanos y ante las propias murallas de la capital. Al parecer la situación había afectado a todo el país. El Gobierno, aunque parecía haber prohibido la apertura de la frontera, había instalado campamentos improvisados a lo largo de varios kilómetros.

Por desgracia, no habían logrado convencer a nadie para que prestaran auxilio a los refugiados. Tenían que concentrar los recursos en la problemática que tenían a sus puertas. La única solución posible era llevar a los supervivientes en varios viajes, aunque tendrían que cargar las baterías varias veces para poder hacerlo. No sería una tarea fácil y ni mucho menos rápida, con los consiguientes riesgos.

Ya de vuelta cuando apenas les quedaba media hora para llegar, los dos permanecían en silencio, conduciendo por los angostos caminos de la antigua república democrática del Congo. Pero la aparente calma solo era eso, aparente. Leiza notaba a James desubicado e incluso nervioso en varias situaciones. Ella tenía la certeza de que aquel hombre de ojos azules y pelo rubio no era como ella. No obstante, pese a desconfiar de su procedencia, el militar había demostrado querer colaborar y ayudarlos. Después de algunas horas se atrevió a indagar.

—¿Naciste en la capital? —preguntó.

James carraspeó y se atrevió a contestar.

—Sí. Así es —contestó mintiendo a medias. De hecho, él había nacido en la antigua capital española.

—Imagino que tus padres migrarían a esta zona tras el caos… —continuó Leiza.

—Mi padre murió durante el brote de la GS y mi madre algunos años más tardes en la caída de Madrid —esta vez no mintió—. Un militar me puso a salvo.

Si bien James estaba intentado obviar detalles, dijo una palabra que Leiza no pasó por alto. Se refirió a la enfermedad como GS y nadie en el continente la llamaba así. De hecho, para ellos era tan común como un simple resfriado. Volvió a mirar sus guantes y su mascarilla.

—¿Dónde comenzaste tu carrera militar?

James ya sabía a dónde quería ir a parar la jefa de seguridad. Y él no estaba dispuesto a seguir mintiendo, a fin de cuentas no tenía nada en contra ni de ella ni de su pueblo. Frenó el coche, apagó el motor y cerró los pestillos del vehículo. Leiza se puso a la defensiva, incluso alzó sus brazos para golpear, si era necesario, al comandante.

—Tranquila, no va a pasar nada —la tranquilizó.

—¿De qué va esto? —quiso saber mirando a su alrededor.

—Creo que necesitas saber algo… —comenzó a decir.

—Sé que no eres quien dices ser.

El militar guardó silencio durante unos instantes hasta que por fin quiso hablar.

—Somos militares de la ciudad estado en misión secreta.

Leiza volvió a ponerse a la defensiva, pero a diferencia de los ciudadanos de Nueva York, a ellos no le aleccionaban para odiarlos.

—¿Cuál es esa misión? —preguntó.

—Recabar información sobre vuestras vacunas contra la GS y, en el mejor de los casos, obtener una muestra y poder replicarla. Nuestra gente muere asfixiada en una ciudad que no puede crecer. Nuestro Gobierno esterilizó cientos de kilómetros a la redonda para controlar que ningún animal contagiado pudiera acceder a la ciudad. La natalidad, al estar tan controlada, provoca que nuestra población se haga cada vez más mayor al no existir la posibilidad de crecer. Sin esa vacuna estamos condenados a desaparecer ahogados por nuestros congéneres.

Leiza reparó en sus palabras. Lo entendía y le veía la razón. Pero como todos en el continente africano, carecían de información acerca de la gran ciudad al otro lado del charco.

—Ahora nuestra presidenta está allí en una cumbre de paz, ¿no es esa la forma correcta de obtener lo que pretendéis?

—Somos un plan B —contestó sin tapujos—. Yo no veo diferencias, Leiza. No soy de Nueva York. Yo era un niño de cinco años cuando un día me vi en medio de un atentado donde perdí a mi padre y me salvé por los pelos gracias a la ayuda de un doctor que con el tiempo también falleció devorado por una manada de hienas famélicas que habían escapado de un zoo. Solo quiero para mi gente la misma oportunidad que tiene la tuya. Pero por supuesto, antes haré lo imposible para poneros a salvo. Debemos ayudarnos mutuamente.

Leiza fue a manifestar su opinión, pero a unos doscientos metros vieron a un grupo de tres hombres cargar con algo que a primera vista no tenía muy buena pinta.

Los tres soldados tenían que terminar el plan C que se les había

asignado en secreto. Habían colocado ya tres de las cuatro bombas incendiarias. Lo tenían que hacer solos y a hurtadillas, pues ni siquiera su comandante conocía esa parte de la misión. Se disponían a poner la última carga cuando, por sorpresa, un coche llegó hasta ellos. Instintivamente sacaron sus armas y apuntaron hacia el vehículo.

—¡Pero qué cojones hacéis! —gritó James al identificar a los tres soldados.

Los militares al ver que se trataba de su comandante se pusieron nerviosos, pero su misión, que venía desde arriba, era mucho más importante.

—Señor, tenemos órdenes de la presidencia. Si interfiere sería considerado traición —dijo uno de ellos sin dejar de apuntarle con el arma.

—Hijo, suelta el detonador y hablemos con calma —dijo James en un tono conciliador para que no cometieran ninguna locura.

—Lo siento, señor, no podemos —volvió a decir él mismo. Los otros dos se mantenían en un segundo plano—. La misión de la muestra de la vacuna era una excusa para enviarnos a nosotros, el verdadero plan es desestabilizar la capital de los inmunes para lo que está por venir.

Leiza no entendía nada, aunque comprendió con rapidez que allí pasaban cosas que escapaban a su entendimiento y al del propio James, que tampoco daba crédito a lo que veía.

—Si ha llegado hasta esa ciudad, habrá visto las consecuencias… —dijo otro de los soldados que hasta ahora había permanecido callado.

—¿De verdad habéis provocado ese caos? ¡Por vuestra culpa ha muerto gente, incluidos nuestros propios compañeros! —estalló enfurecido apretando los puños con fuerza.

—Señor, hay más de diez misiones como la nuestra recorriendo el continente, desestabilizando a los poblados. Lo siento, pero usted solo era un señuelo con un fin, un transporte para todas las bombas. Tengo que hacerlo… —dijo antes de disponerse a pulsar el botón.

Pero justo en ese momento, Onil, que lo había oído todo, lo sorprendió por detrás golpeándole y quitándole el detonador. Los otros dos soldados salieron corriendo y ambos tenían un detonador cada uno. Leiza corrió detrás de uno mientras James hizo lo propio con el otro que había dejado la última carga en el suelo junto a Onil y sus compañeros que aún forcejeaban.

—¡Suelta el detonador y vete! ¡No iremos tras de ti! —gritó James sin perder de vista al soldado.

En ese instante lo alcanzó por el hombro y lo derribó. Su objetivo era quitarle el dispositivo de la mano, pero el soldado, más joven que él, le dio una patada en el estómago que le obligó a soltarlo mientras volvía a ponerse en pie.

—Señor, lo siento. Pero nuestra nación está en juego…

El sonido de un disparo resonó, y en ese instante el soldado cayó al suelo herido de muerte. Leiza, a la que le sangraba la nariz, sujetaba jadeante el arma que le había arrebatado al otro soldado momento antes.

—Gracias… —susurró James.

Pero en ese momento el soldado que estaba tendido sobre el barro accionó el detonador. Tres explosiones resonaron con fuerza en márgenes de cinco segundos, y la última a apenas quinientos metros de su posición. Ambos cayeron al suelo a causa de la onda expansiva.

—¡Onil! —gritó el comandante al reponerse de la explosión a sabiendas de lo que había sucedido.

La cuarta bomba estaba justo al lado del teniente Onil. No lo había visto venir. Simplemente había dejado de existir.

—Vamos, tenemos que ir al campamento a sacarlos de allí —dijo Leiza mientras se levantaba y ayudaba a incorporarse a James que aún se recuperaba de la conmoción.

El Jeep había quedado destrozado, por lo que tuvieron que ir a pie los últimos kilómetros que los separaban de sus compañeros. No pasaron muchos segundos cuando el olor a quemado comenzó a propagarse por todo el bosque. Al cabo de pocos minutos, los gritos de los supervivientes comenzaron a escucharse junto a los de los múltiples animales que huían del incendio de forma instintiva.

Al llegar, la situación era dantesca. El fuego había llegado allí. Había gente calcinada por todos lados y el resto había huido. Leiza miraba desesperada buscando a algún super-viviente, en especial a Roth y su hija, pero no había rastro. Entonces, escucharon dos poderosos rugidos. Los dos Acrocantosaurus rugían nerviosos en mitad del claro donde se asentaba el campamento, pero no parecían estar cazando. Buscaban algo. Uno de ellos olfateó en el aire y dirigió su furia hacia el camión donde se encontraba la enfermería, golpeó con la cabeza el lateral del vehículo y fue entonces cuando el grito de Kesia alertó a Leiza de dónde estaba la pequeña.

Los terópodos rodeaban el camión sin emplear toda su fuerza, pero los gritos de la niña parecían ponerlos más nerviosos aún.

—Tenemos que hacer algo, no podemos dejarla allí —dijo James evaluando la situación. Durante unos segundos guardaron silencio pensando un plan.

—Los distraeré para que vengan tras de mí. Coge el camión y márchate. Encontraré la forma de llegar hasta vosotros.

A Leiza no le hacía gracia dejarlo atrás, pero ella conocía a la pequeña desde que nació. No tenía más opción.

Mientras James salió de su escondite llamando la atención de los carnívoros, Leiza se deslizó hasta el vehículo. Abrió la puerta y vio a Roth semiconsciente, al doctor y a la niña en el interior. Kesia al verla

se lanzó hacia sus brazos y la abrazó con fuerza aliviada entre tanta locura.

—Tranquila, pequeña, saldremos de aquí. ¿Dónde están las llaves? —preguntó Daniel, el médico.

—No lo sé, las tenía Onil, pero no sé dónde está —contestó nervioso al notar el calor del incendio sumado a los rugidos de los predadores.

Leiza cogió un bisturí de la mesa y fue a la cabina del vehículo. Comenzó a tocar los cables dispuesta a puentearlo. Entonces vio por el espejo retrovisor a James correr hacia ella.

—¡Abrid la puerta! —gritó el militar con los terópodos pisándoles los talones.

Daniel no sabía qué hacer. Su comandante comenzó a aporrear la puerta mientras se escuchaban las pisadas cada vez más cercanas de los Acrocantosaurus. Dudó un par de segundos más y la abrió. James saltó al interior, pero la cabeza del carnívoro golpeó el metal y la arrancó. El doctor corrió hacia el interior, pero el dinosaurio metió la cabeza dentro de vehículo y lo atrapó por la cintura. Horrorizados, vieron como sacudió al humano partiéndole todos los huesos de su cuerpo. El segundo animal quiso imitar a su compañero. James se interpuso entre la niña y su padre. Kesia gritó al ver la boca llena de dientes dirigirse hacia ellos, pero en ese instante su Torosaurus atraído por los gritos de Kesia corneó al Acrocantosaurus. El camión arrancó y entonces la niña, al comprender que dejaban atrás a su fiel amigo, lo llamó con todas fuerzas para que la siguiera. Pero el segundo terópodo clavó sus garras en la parte trasera del ceratópsido. James la abrazó y le tapó los ojos mientras se enfrentaban rodeados de cada vez más fuego. Leiza pisó el acelerador a fondo alejándose de aquel creciente infierno.

LA CUMBRE

Anastasia, pese a su edad, caminaba con paso firme y seguro por el largo pasillo que la separaba de la sala de la reunión. Acompañada por su ministro de defensa y varios guardaespaldas, se dirigía hacia la primera sesión de la cumbre de paz. Las puertas se abrieron y ya en el interior del enorme salón les esperaba el presidente Michael, dos de sus consejeros y otros tres escoltas. De momento, habían respetado las exigencias de la presidenta, pues había dejado muy claro que las conversaciones entre dirigentes tenían que estar alejadas de cualquier medio de comunicación.

Sin mediar palabra, los invitados se sentaron frente a los anfitriones. Anastasia observó el salón: era precioso, con altísimos techos y columnas de mármol blanco. Incluso habían tenido el detalle de poner detrás de su mesa una gigantesca bandera del pueblo de Desextinción, colgada desde el techo donde se podía ver un planeta cuyos continentes tenían la forma de la huella de un rex. Un detalle que no pasó por alto.

—Una vez más, sean bienvenidos. Espero que les hayan tratado bien en la zona residencial que habilitamos —dijo el presidente mientras habría su carpeta y comenzaba a hablar.

—Lo ha sido. Esperemos que toda nuestra estancia en su… hogar sea igualmente placentera —contestó con el mismo desdén Anastasia Lázaro.

—Observo que su ministro de ciencias no ha acudido a la reunión —apuntó el doctor Kraston.

—Me ha pedido que les traslade sus disculpas. Al parecer el aire que se respira en la ciudad le ha provocado un pequeño inconveniente médico.

El científico inclinó la cabeza aceptando su explicación.

—Bien, no perdamos más tiempo —dictaminó el presidente Michael. En la prenegociación, se dejaron claro los puntos a tratar en esta cumbre. Somos los herederos de un cataclismo del pasado y, a día de hoy, de una forma u otra, aún afrontamos las consecuencias. La gripe sauria nació de la combinación de dos cepas de influenza y en pocos años asestó un golpe mortal a la humanidad que casi nos condena a la extinción.

—Luego, gente como usted se encargaron de terminar de destruirnos… —contestó Anastasia interrumpiéndolo.

—Teniendo en cuenta que usted era la directora de una de las instalaciones y que la gripe de sus animales mató a más del ochenta por ciento de los seres humanos, me parece algo atrevida su acusación, ¿no cree? —contestó el presidente desafiante sin perder el contacto visual con su homóloga.

—En cualquier caso, no estamos aquí para mirar al pasado. Cooperemos, por favor —dijo el doctor Kraston.

Se mantuvieron un par de segundos en silencio y el presidente Michael continuó.

—Los puntos principales están claros. La ciudad estado posee armamento nuclear de largo alcance como para borrar del mapa su moderna metrópolis. No obstante, eso nos condenaría a nosotros mismos a la extinción, ya que perderíamos el conocimiento para vencer a la GS. Estamos dispuestos a desmantelar nuestro arsenal nuclear si vosotros nos dais las vacunas y demás información sanitaria para que nuestro pueblo pueda crecer y adaptarse a esta nueva era como lo hacéis vosotros, de forma tan efectiva.

La presidenta Lázaro agachó la cabeza y, al levantarla, sonreía con picardía.

—Señor presidente, ¿quién nos garantiza que una vez tenga lo que quiere de nosotros no nos ataque de igual forma?

—Mi palabra, y si no le es suficiente, se firmarían acuerdos de paz —contestó con rapidez.

—Permíteme que le diga, y no se moleste, pero su palabra y sus acuerdos no me sirven de nada —contestó tajante—. Quiero garantías e igualdad —añadió.

El presidente inspiró profundamente antes de hablar.

—¿Qué propone pues?

—Quiero un traslado del cincuenta por ciento de su arsenal nuclear a nuestras instalaciones en Desextinción I. Nosotros a cambio le daremos…

—De ninguna manera —la interrumpió—. ¿Usted no se fía de mi palabra y pretende que yo le entregue la mitad de nuestro poder militar a la líder de una organización terrorista? No, la respuesta es

no.

—Pues entonces me temo que esta cumbre no tendrá mayor duración. Queda cancelada unilateralmente —sentenció Anastasia poniéndose de pie.

Sus escoltas, así como el ministro de defensa, se pusieron nerviosos mientras que el presidente Michael la miraba con una media sonrisa dibujada en su rostro.

—Según mis informadores, porque incluso en su «nación» —dijo en torno de burla—, tengo mis espías. Confiaba sacar adelante sus exigencias, y tal era su seguridad que me consta que en las bodegas de su barco han traído muestras de las diferentes vacunas contra la GS.

Anastasia no pudo evitar su sorpresa y abrió los ojos sorprendida. Tomó aire y volvió a sentarse.

—En este momento, un equipo de asalto está a punto de llegar a su navío para coger esas muestras. Y una vez en nuestro poder, no habrá nada que negociar —dijo en actitud triunfal.

Klaus Smith miró a su presidenta consternado. ¿Cómo podrían haber sido tan tontos de caer en las garras de ese hombre? No salía de su asombro.

—¿Qué sentido tenía toda esta pantomima? —intervino el ministro de defensa.

—Ninguna, para qué mentir. Llevamos semanas desestabilizando vuestro querido sistema social con esa gigantesca metrópolis ecológica de la que tanto presumís. Más aún cuando supimos que la vacuna nos la pondríais en bandeja de plata trayéndola a nuestra ciudad.

—¿Con qué motivo? —volvió a preguntar Klaus mientras Anastasia se mantenía en silencio con el rostro inexpresivo.

—Vamos a terminar lo que empezamos hace cuarenta años. Concentrar a todo vuestro pueblo en un solo punto y arrasarlo. Acabaremos con los responsables de la destrucción de mundo —dijo el presidente con orgullo.

Brian, acompañado de cinco hombres, había llegado a los laboratorios inferiores del complejo. La cumbre mantenía a la mayoría de efectivos en la planta donde se llevaba a cabo. Y según había escuchado por los micrófonos que llevaba su presidenta, todo se había

torcido.

Sus hombres habían neutralizado al poco personal que vigilaban la zona inferior. El científico abrió uno de los ordenadores e insertó una tarjeta que comenzó a descargar un virus informático en todo el sistema de la ciudad estado.

Mientras el porcentaje continuaba aumentando más lento de lo que él pensó en un primer momento, escuchó un gruñido del nivel inferior. Se levantó de la silla y observó al animal que lo había emitido. Negó con la cabeza con tristeza.

—No mereces acabar tus días en un lugar como este…

Tal y como había imaginado al oír la historia del doctor Kraston, aquel Tyrannosaurus era el primero de su especie, el que una vez nació y vivió en lo que hoy era la capital de su país. Una autentica leyenda maltratada por una panda de científicos locos sin escrúpulos. La longevidad de aquel animal no era natural y aquello se podía ver en su apariencia, la cual estaba muy deteriorada. No, no acabaría su vida encerrado en una jaula como la mascota maltratada de gente sin cerebro.

Entonces otros sonidos de animales llegaron a sus oídos, el rex no era el único dinosaurio que tenían allí abajo. Justo al lado tenían a dos Edmontosaurus, y entonces pensó que habría más, aunque no los viera desde allí. Accedió al ordenador y, en las pantallas, vio otras jaulas con otras especies. Había una manada de Velociraptores emplumados con exóticos colores del tamaño de un perro mediano, una pareja de Carnotaurus, los cuales eran muy escasos en todo el mundo y otro grupo mucho más numerosos de pequeños Sinosauropteryx con un protoplumaje de un verde intenso. Todos ellos en condiciones inhumanas al estar confinados en recintos minúsculos para nada adecuados. No pensó en las consecuencias, solo en el hecho de dar una oportunidad a esos animales. Vio que el virus se había descargado y, en ese instante, el plan b comenzó a ejecutarse.

—¿No tiene nada que decir? —preguntó el presidente Michael con un tono de burla.

—Estoy consternada. Ha reunido a mi pueblo aniquilando sus pacíficos poblados para soltar una bomba nuclear y acabar con todos

ellos. ¿Sabe usted que está condenando a la humanidad a una extinción real? —preguntó visiblemente afectada apelando a su humanidad.

—En esencia, sí —contestó con absoluta frialdad—. Aunque la humanidad no se extinguirá, por supuesto, tenemos individuos suficientes en nuestra ciudad como para asegurar la supervivencia de los seres humanos —añadió el doctor Kraston con la misma actitud que su presidente. Fría e inhumana.

—La invito a que vea cómo sacamos la vacuna de su barco y luego acabamos con todos vosotros —dijo el presidente.

En ese instante, las ventanas del gran salón se elevaron dando una vista general del puerto donde se encontraba anclado el carguero donde Anastasia y su gente habían llegado. Desde allí, un grupo de hombres había abordado el navío.

—Aún puede parar esto, ¿está seguro de lo que va a empezar? —peguntó Anastasia.

—Absolutamente —se limitó a contestar.

A partir de ese momento todo sucedió a la vez. La alarma del edificio comenzó a sonar distrayendo la atención del presidente y sus guardaespaldas, los soldados de la presidenta dispararon a estos y dieron una patada a la mesa de metal para que sus dirigentes se resguardaran tras ellas. El presidente dio la voz de alarma antes de que uno de los soldados le arrebatara el comunicador. Pero entonces, un sonido agudo y cada vez más numeroso acaparó la atención de todos.

Del interior de la enorme bodega del carguero, miles de Nemicolopterus, unos de los pterosaurios más pequeños que existían, salían en bandada atacando a todo ser humano que se cruzaba a su paso.

Aprovechando la distracción, los hombres de Anastasia bloquearon las puertas dejando al presidente y al doctor Kraston encerrados con ellos. Una vez asegurado todo, Anastasia salió de nuevo con una expresión muy diferente en su rostro.

—¿Qué es todo esto? —preguntó el presidente sin salir de su asombro.

—¿Esto? Su final, sin lugar a dudas —contestó con cierto toque se sadismo.

—No saldrá viva de aquí —la amenazó.

—No lo pretendo. Pero usted tampoco. ¿Ve a esos pequeños Nemicolopterus? Cada uno de ellos está modificado gené-ticamente para que muestren una agresividad antinatural, ¿pero sabe qué es lo mejor? Cada uno de ellos es portador de varias cepas de gripe sauria. Mírelos, tan pequeños y numerosos, tan escurridizos, dentro de su ciudad, alejados de las medidas de seguridad de las periferias... No

pueden hacer nada para detenerlos. ¿De verdad creías que te entregaría en bandeja de plata nuestra mayor arma contra vosotros? La gripe sauria es nuestra aliada y, por supuesto, vuestro verdugo. Sabía que no serías trigo limpio y tomé… medidas.

—Los misiles ya han salido. Su ciudad será borrada del mapa para siempre —le devolvió la amenaza rabioso y frustrado al saber que la presidenta había ido un paso por delante de él.

—Me temo que Brian ya ha infectado también sus sistemas informáticos. Escuche —dijo haciendo referencia a la alarma que no paraba de sonar una y otra vez.

—¿De verdad cree que tenemos nuestro silo de misiles en nuestra ciudad?

—¡Vuestra arrogancia hará que muramos todos! —exclamó Kraston aterrorizado.

Aunque aquello no lo esperaba, Anastasia estaba preparada incluso para eso.

—Pues sí, la sangre y el fuego será la que finalmente acabe con la raza humana —sentenció la presidenta sin dar más detalle.

EL VERDADERO ENEMIGO

No miraron atrás, y durante las horas que duró el viaje apenas articularon palabra. Leiza, aunque aparentaba calma, por dentro estaba rota. Su pueblo había desaparecido y no podía evitar sentirse culpable. Ella fue la que animó a todos a salir de Dinkadún con la esperanza de un futuro mejor y más seguro, pero solo habían logrado encontrar desesperanza, destrucción y, sobre todo, muerte. Jamás se lo perdonaría.

James también se mantenía en silencio, pero al igual que el resto, su cabeza era todo un hervidero de pensamientos llenos de culpabilidad. Estaba triste por el destino de sus hombres, pero al mismo tiempo se sentía un completo estúpido. No entendía cómo no podía haberse dado cuenta de la tradición de su Gobierno y de sus propios hombres, y más aún, cómo habían transportado en los vehículos las bombas incendiarias sin que él hubiera reparado en ello.

Por un momento volvió cuarenta años atrás, volvió a sentirse como un niño perdido en un entorno hostil. Pero a diferencia de entonces, se sentía responsable de todo el grupo que lo acompañaba. A sabiendas que esta vez sería aún más peligrosa que en aquel momento.

James comenzó a reducir la velocidad, ya estaban llegando a las inmediaciones de la ciudad. Miró de reojo a la pequeña Kesia que dormía cerca de su padre.

—Despiértala, estamos llegando —indicó a Leiza.

A los pocos minutos, se detuvieron en una colina que daba a la capital. A unos tres kilómetros, los enormes muros de Desextinción I separaban la naturaleza de la ciudad más moderna y ecológica de la historia del ser humano. Pero aquello no fue lo que los sorprendió; miles, quizás un par de millones de personas rodeaban la muralla en

campamentos improvisados a las puertas de la metrópolis a la espera de una decisión por parte del gobierno que parecía no llegar nunca.

James suspiró y se acercó tanto como pudo, pero llegó un momento que la cantidad de refugiados era tal que el vehículo no podía avanzar más. Bajaron del camión y, utilizando la camilla, James y Leiza llevaron a Roth al hospital que habían improvisado a pocos metros de las puertas.

—Déjame hablar a mí. Si lo haces tú sabrán que no eres de aquí —indicó Leiza al entrar en el puesto sanitario.

A entrar, una doctora se les acercó indicándoles que no podían estar allí.

—Debéis ir a la sala de espera —indicó.

—Si no lo atendéis morirá. Venimos de muy lejos, de Dinkadún, y este hombre ha sufrido el ataque de un Quetzalcoatlus. Necesita tratamiento médico urgente.

La doctora al oír de dónde venían se conmovió y entendió la gravedad de la situación. Era muy común que los ciudadanos se ayudaran entre ellos, más aún sabiendo del lejano poblado del que procedían, a muchos días de distancia.

—No quiero imaginar lo que habréis pasado al venir de tan lejos. Esperad aquí, por favor.

De forma inmediata llegaron dos celadores que se llevaron a Roth ante la atenta mirada de Kesia, que una vez se llevaron a su padre no pudo más y rompió a llorar abrazando a Leiza.

—Tranquila, cariño. Tu padre se va a poner bien…

—¿Cómo está papá? —preguntó Kesia al ver salir a la doctora después de más de cuatro horas de incertidumbre.

—Todo ha salido bien, pero aún está débil. Ha perdido mucha sangre y necesitará reposo absoluto —informó.

—¿Podemos verlo? —volvió a preguntar la niña.

—Sí, ya está consciente. Pasad —le contestó con una sonrisa mientras la invitaba a que la siguiera.

Roth acarició la cara de su hija al verla y agradeció a James y Leiza el haber cuidado de ella mientras él estuvo inconsciente. Entonces hizo el amago de levantarse, pero la doctora lo detuvo en el acto

colocándole la mano en el hombro.

—No puedes moverte. Tus heridas deben cicatrizar y si te mueves todo habrá sido para nada. Puedes desangrarte.

Tras dar las indicaciones, la sanitaria se marchó a atender a otros de los numerosos pacientes que la esperaban. Leiza y James quisieron dejar solos al padre y a la hija y se marcharon al exterior para evaluar el siguiente paso a dar. Ya estaba anocheciendo, y por si ya hubiera poco caos de por sí, una tormenta se acercaba en el horizonte oscureciéndolo todo.

—¿Qué hacemos ahora? La ciudad permanece cerrada y no parece que vayan a cambiar de opinión —planteó James.

—Sinceramente no lo sé. Imagino que permanecer aquí es la opción más segura.

—Mira a tu alrededor, este equilibrio es solo aparente…

A James no le dio tiempo a acabar la frase cuando sus pensamientos y temores se materializaron frente a sus narices. A varios kilómetros de allí, en el interior de la selva, más de diez explosiones resonaron con fuerza hasta su posición. Todos quedaron petrificados y, durante unos segundos, todos permanecieron en silenció observando las columnas de fuego que se elevaron en el horizonte. Pero aquel mutismo fue desterrado por un grito a pocos metros del hospital. James y Leiza se miraron temiendo lo que estaba por venir.

—No éramos los únicos —susurró James—. ¡Mal nacidos! — exclamó enfadado al tener la evidencia de que había sido utilizado. Su grupo no era el único enviado por el Gobierno de la ciudad estado. La noche comenzó a iluminarse por el rojo del fuego que avanzaban hacia ellos.

—Ve a por ellos, yo iré por el camión. Tenemos que salir de aquí — sugirió James mirando hacia el interior de la jungla. Desgraciadamente, sabía con qué intención y qué consecuencias traían esas bombas.

Mientras el militar corría hacía el transporte, Leiza entró en el hospital llegando hasta Roth y Kesia.

—Tenemos que irnos —dijo a sabiendas de la recomendación de la doctora. Pero llegados a ese punto no les quedaba otra opción si querían sobrevivir.

Durante unos instantes, se miraron en silencio mientras el caos volvía a desatarse a todo su alrededor. Ambos sabían que, al menor movimiento brusco, Roth estaría irremediablemente condenado, aunque quizás todos lo estaban ya.

Como pudo, se puso de pie y apoyado sobre Leiza y su hija comenzaron a caminar hacia el exterior. Fuera el panorama no era muy diferente, la gente corría de un lado a otro mientras que otros estaban quietos sin saber qué hacer. En ese instante las sirenas de

emergencia de la ciudad comenzaron a resonar alarmando aún más a la gente. Pero para sorpresa de todos, las puertas de la metrópolis comenzaron a abrirse. Por desgracia las buenas noticias duraron muy poco. A los gritos y las sirenas, comenzaron a unirse otro tipo de sonidos, uno que todos los allí presentes sabían lo que significaban.

El suelo comenzó a temblar y en la cada vez más cercanía los árboles comenzaron a caer al crujir sus troncos. A los pocos segundos una manada de Tsintaosaurus irrumpió en el claro huyendo despavoridos y arrasando con todo lo que quedaba a su paso. Pero no fueron los únicos dinosaurios, un grupo de gigantescos saurópodos salieron de un lateral y ante aquellos titanes nada ni nadie podría hacer nada para detenerlos.

Leiza vio a los Diplodocus dirigirse hacia ellos. No podía hacer nada, ni siquiera correr al tener a Roth recién intervenido. Se giró hacia sus compañeros y comenzó a negar con la cabeza. Esta vez no había salida.

—Iros, por favor —suplicó el padre dándole a su hija.

—No podemos dejarte aquí —contestó Leiza con lágrimas en los ojos.

—Cuida de ella —dijo soltándose y caminando hacia detrás, alejándose…

—¡Papá! —gritó entre lágrimas Kesia al ver las intenciones de su padre.

—Te quiero —susurró Roth mientras entraba de nuevo en el hospital ocultándose de la vista de su hija.

Leiza cogió a la niña en brazos y corrió evitando la trayectoria de los saurópodos. La niña contempló horrorizada como arrasaban con el hospital al huir del fuego. Cerró los ojos mientras las lágrimas recorrían sus mejillas sintiéndose completamente sola.

Mientras corría hacia las puertas, la tormenta eléctrica llegó hasta ellos, comenzó a llover con fuerza y viento huracanado. Leiza miró hacia el bosque, donde por suerte, aquel cambio climatológico ahogó las llamas que se cernían sobre ellos. Pero el fuego no era el único peligro, del linde de la selva los dos Acrocantosaurus adultos emergieron olfateando el ambiente: los habían seguido. La agente y la niña los reconoció, eran los padres de las crías que el Quetzalcoatlus había atacado. Habían sobrevivido a la pelea con el Torosaurus.

—¡Pero qué demonios buscáis! —exclamó la chica alejándose de ellos.

Entonces unos faros y un claxon resonó por encima de las sirenas y la tormenta. James estaba detrás de ellas.

—¡Vamos! —les indicó desde la ventanilla.

Leiza y la niña entraron por la parte de detrás. Al no tener puerta era mucho más fácil el acceso. Entonces vieron cómo los carnívoros

dirigieron su atención hacia ellas, alzaron sus cabezas olfateando hacia su dirección y sin más dilación comenzaron a correr hacia el coche.

—¡Pisa el acelerador! —gritó Leiza golpeando la pared del camión con fuerza, presa del pánico.

James pisó a fondo hacia el interior de la ciudad. La lluvia caía con tanta intensidad que el limpia parabrisas no daba abasto. La visibilidad era prácticamente nula y, debido al terreno y la gente que había por medio, no podía ir lo rápido que quisiera sin atropellar al resto de supervivientes.

Los dos terópodos no cesaban en su persecución, rugían furiosos al no poder llegar hasta el camión. Entonces, James contempló horrorizado cómo las compuertas de la ciudad volvían a cerrarse. Pisó a fondo cerrando los ojos. Entrar allí era su única salvación. Detrás, Kesia estaba aterrada al ver aquellas mandíbulas a punto de alcanzarlos. Estaban a punto de llegar y justo en el último momento lograron pasar. Uno de los dos Acrocantosaurus se quedó atrapado entre las dos compuertas deteniendo el cierre de estas. Mientras los huesos de sus caderas crujían al romperse bramó agonizando y se desplomó, pero el segundo animal, más grande y corpulento, comenzó a golpear la puerta con todo su peso destrozándola y volviéndola a abrir. Durante un momento quedó sobre su compañero ya muerto, le dio un par de golpes suaves intentando reanimarlo sin entender que lo que pretendía era imposible. Tras unos segundos de impotencia, el carnívoro rugió con fuerza, sacudió la cabeza y dejó atrás al macho caído adentrándose en la ciudad.

Mientras conducía James advirtió que la ciudad estaba vacía, como si, o bien la gente estaba en sus casas debido a la tormenta, o directamente había sido evacuada. No había nadie salvo alguno de los refugiados que vagaban sin rumbo y en los enormes edificios, aunque más bien eran bosques verticales. Debido a la gran cantidad de vegetación que los rodeaba estaban totalmente a oscuras.

—Algo pasa y no tenemos ni idea de qué —dijo Leiza al observar las calles desiertas.

Estaban a pocos kilómetros del puerto, allí estaban los edificios gubernamentales y quizás podrían encontrar a alguien que los ayudara. Su objetivo era llegar hasta allí, pero entonces el camión se paró sin previo aviso.

—¡Demonios! —exclamó James tras varios intentos fallidos para volver a arrancarlo.

—Descansemos un poco antes de continuar. Entremos en alguno de los edificios para guarecernos de la lluvia. Puede que incluso haya alguien…

Bajaron del camión y se dispusieron a entrar, pero justo en ese

momento dobló la esquina el Acrocantosaurus, que al ver el camión, caminó con decisión hacia él.

—Vamos, abajo —ordenó Leiza.

Los tres se metieron debajo del vehículo mientras el carnívoro lo rodeaba oliendo cada rincón. La niña estaba muy nerviosa y Leiza le tuvo que tapar la boca para que sus llantos no se escucharan. El animal golpeó con suavidad la carrocería y, al hacerlo, James escuchó un gimoteo en uno de los compartimento de carga de los que disponía el vehículo y que él hasta ese momento desconocía.

El terópodo indagó con cuidado bajando la cabeza hasta la posición de Leiza y la niña. Estaban perdidos, aquel animal podría volcar el vehículo con suma facilidad. James se arrastró hacia el compartimento y lo abrió. En ese momento una pequeña cría salió desesperada al verse al fin liberada. Salió de debajo del coche y se encontró con su madre. La hembra acarició a su cría con cuidado. James observó con sorpresa cómo el comportamiento del carnívoro cambió radicalmente. No los perseguía por sed de sangre o por venganza, esos eran atributos exclusivamente humanos y aquel animal no poseía esa maldad. Junto a su compañero, solo buscaban deses-peradamente a la única cría que había sobrevivido de su camada. Una vez logrado su objetivo, la familia se alejó de ellos explorando un mundo desconocido para ellos.

Los humanos salieron de debajo del coche aún nerviosos por lo que acaba de pasar.

—¿Cómo había llegado ese animal ahí? —preguntó Leiza.

—Eso son los compartimientos que debieron utilizar para guardar las bombas, no tenía conocimiento de ellos. La cría se ocultaría ahí en un intento de huir del fuego y al poner en marcha el vehículo la puerta se cerró dejándola atrapada. Vamos a descansar, esperemos que pase la tormenta para retomar el camino.

Al entrar en el edifico, que parecía ser un centro comercial, comprobaron que, efectivamente, también estaba desierto. Las sirenas continuaban sonando, aunque en el interior del lugar se escuchaban menos. Llegaron a una plaza central donde una pantalla enorme retrasmitía algo. La sangre se les heló al oír las palabras de la mujer que hablaba.

—La ciudad estado ha enviado cuatro misiles nucleares hacia nuestro hogar. El sistema de defensa de Desextinción I intentará interceptarlos, pero por su seguridad, se informa a todos los ciudadanos que acudan a los refugios subterráneos o al puerto A Este de donde saldrán los transportes para evacuarlos. Esta información se repetirá en bucle hasta que, de una forma u otra, la situación termine.

En un nivel inferior de la pantalla, una cuenta atrás con un pequeño gráfico indicaba el tiempo restante hasta el impacto.

—Tenemos una hora —susurró Leiza aterrada.

EXTINCIÓN

—¿Sabe que no saldrá de aquí con vida, verdad? —volvió a advertir el presidente Michael lleno de ira.

Hasta ese momento, Anastasia y sus hombres habían mantenido la sala cerrada, pero todos sabían que, efectivamente, iba a ser muy difícil salir con vida de aquel lugar.

—Como ya le he dicho, señor presidente, he vivido y visto lo suficiente. Me he asegurado un futuro donde gente como usted no exista —contestó Anastasia Lázaro sin perder un ápice de soberbia.

—Nos ha condenado a muerte, ¡a ambos! —gritó Kraston sin saber muy bien cómo actuar.

—No se engañe, maldita terrorista. Yo sobreviviré a todo esto y tenga por seguro que no pararé hasta haber acabado con el último de su sucio e impuro pueblo —contestó Michael cada vez más nervioso—. Además, ¿se le olvida que cuatro misiles nucleares van hacia su querida ciudad? Por mucho que intenten interceptarlos, con que solo uno llegue a su destino, no dejará rastro de vida en cientos de kilómetros.

Anastasia le dolía en el alma esa realidad, amaba a su ciudad por encima de casi cualquier cosa, incluso por encima de sí misma. Pero no pensaba mostrar ni la más mínima muestra de sentimiento ante su enemigo natural.

En este momento un murmulló llegó hasta ellos. Al otro lado de la enorme puerta que presidía el salón comenzaban a llegar un número cada vez mayor de soldados de la ciudad estado. Estaban a punto de entrar.

—Destruirá mi ciudad, sí, es inevitable, pero… ¿de verdad cree que no reparé en esa posibilidad? Siempre he ido por delante de su sucio

criterio, esta vez no iba a ser una excepción.

El ministro de defensa la miró nervioso. No sabía de qué hablaba, pero conociendo a la anciana sabía que nunca, jamás, dejaba cabos sueltos.

Desde el otro lado de la puerta comenzaron a golpearla con fuerza, ahora sí estaban en seria desventaja. Solo tenía tres agentes de seguridad y fuera había todo un ejército. Anastasia miró hacia la puerta a sabiendas de lo que había en el otro lado. Al parecer no todo iba a salir como ella creía…

El presidente Michael sonrió con actitud triunfal, pero entonces las circunstancias, una vez más, dieron una vuelta de ciento ochenta grados. Al otro lado del pórtico, comenzaron a escucharse disparos y gritos al tiempo que una leve vibración hacia retumbar las enromes cristaleras que daban al patio exterior del puerto de Nueva York. Todos se miraron confusos, todos menos Anastasia que comenzó a caminar hacia detrás. En ese instante, la puerta se abrió y Brian, el ministro de ciencias de Desextincion I, entró a toda prisa y se pegó a la pared. Todo fue muy rápido. Las vibraciones aumentaron sin previo aviso hasta que el Tyrannosaurus irrumpió en la sala destrozando la puerta con un enrome bramido que hizo temblar toda la sala. Un trozo de la puerta golpeó a Klaus Smith y al doctor Kraston matándolos en el acto mientras la presidenta se escondía detrás de una de las columnas del salón.

Michael no daba crédito y se quedó paralizado mirando frente a frente al animal que llevaba años torturando. El lagarto tirano que, pese a su avanzada edad seguía siendo imponente, lo miró durante unos instantes, como si lo reconociera. Michael reaccionó, giró y echó a correr, pero el Tyrannosaurus fue más rápido. Lo golpeó con la cabeza lanzándolo hacia arriba, abrió sus fauces y lo atrapó en aire sacudiendo el cuerpo partiéndolo por la mitad. El animal miró a su alrededor durante una milésima de segundo, vio que al otro lado de los ventanales estaba el exterior. No lo pensó, arremetió contra la cristalera y rugió triunfal mientras caminaba por el patio exterior. Al fin, después de años de cautiverio, volvía a ser libre, esta vez en una selva de hormigón.

—Vamos, señora presidenta, tenemos que salir de aquí, tenemos que volver al barco —dijeron Brian y los tres escoltas.

Anastasia se quedó mirando al Tyrannosaurus rex sin articular palabra, incluso una lágrima se deslizó por su rostro. Brian la miró extrañado, era la primera vez que la veía llorar.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Tu padre y yo vimos nacer a ese animal. Fue el primero de su especie que volvió a caminar sobre la faz de la tierra después de sesenta y cinco millones de años, y hoy nos ha salvado la vida —dijo

sin apartar la mirada del animal que se alejaba poco a poco.

El tiempo se les venía encima. Conforme pasaban los segundos la intensidad de las sirenas parecían aumentar, aunque en realidad era la tensión de la situación lo que hacía que todo se magnificase.

El grupo corría por el puerto buscando una embarcación que poder utilizar. No habían sido capaces de encontrar los refugios y los barcos de la evacuación ya habían zarpado.

A unos cien metros vieron una lancha a motor amarrada. Corrieron hasta ella, pero antes de que lo hicieran, un grupo de cinco personas se subieron a ella y, pese a verlos venir, se marcharon. Sabían que no tenían mucho tiempo y aunque adentrarse en mar abierto con una lancha neumática no era la mejor opción, la explosión nuclear lo era menos aún. Desesperados, miraron cómo el grupo de supervivientes se alejaba. Pero no llegaron muy lejos, cuando apenas habían recorrido unos quinientos metros algo los golpeó por debajo elevándolos varios metros sobre el nivel del agua y provocando que todos cayeran al mar. Y sin previo aviso, unas enormes fauces emergieron atrapando a uno de los náufragos. Instantes más tarde otro Tylosaurus atrapó a una chica que gritó unos instantes antes de ser arrastrada hacia el fondo.

Leiza cogió a la niña en brazos que sobrecogida no pudo ni articular un grito de terror. Sin duda alguna huir por mar en una embarcación pequeña no era una opción.

—Quedan diez minutos…—advirtió Leiza—. No tenemos tiempo de huir, estamos…

James miró a su compañera con frustración. No había tiempo para huir a ninguna parte, solo tendrían una oportunidad si lograban encontrar un lugar donde refugiarse. El militar vio un edificio a un lado del puerto. Aquello no le garantizaba nada, pero quizás allí tuvieran algún tipo de sótano o similar donde guarecerse. Corrieron y al llegar el sitio estaba cerrado. No lo pensó, el oficial cogió un extintor que había en la puerta y rompió el cristal.

El edificio parecía ser algo destinado a la ciencia. Buscaron unas escaleras, pero no había nada que bajara. De hecho, por la estructura ni siquiera parecía tener planta inferior.

—¡Un ascensor! —gritó Leiza.

Pulsaron el botón, nerviosos de que no funcionase por alguna razón, pero por suerte no fue el caso. Las puertas se abrieron y entraron rápidamente. Era un cilindro de cristal que daba al exterior. Justo en ese momento, en el horizonte aún muy lejano, tres fogonazos de luz les obligaron a taparse la cara.

—Han interceptado tres bombas…—susurró Leiza.

—Aún queda una más —contestó James.

Miraron las plantas y vieron que había más de treinta niveles hacia abajo. Pulsaron al nivel más bajo y el ascensor comenzó a descender. Para su sorpresa, el elevador se sumergió en el agua rápidamente. Aquello era una estación submarina científica. Una vez debajo del mar vieron el enorme complejo donde se encontraban.

Todo comenzó a temblar con violencia hasta que el elevador se detuvo en un punto intermedio al quedarse sin luz, y en la superficie algo iluminó el cielo como si en ese mismo momento el sol hubiese devorado el planeta.

Leiza abrazó a James a sabiendas de lo que había pasado. A lo lejos, los dos Tylosaurus nadaban nerviosos a causa de la explosión. Al notar el peligro se sumergieron hasta que los perdieron de vista.

El ascensor volvió a bajar entre violentas sacudidas hasta llegar abajo del todo. Las puertas se abrieron y al hacerlo un grupo de personas los recibió de inmediato.

—¡Vamos, síganos! —dijo uno de ellos.

Durante unos minutos continuaron bajando por unas escaleras. Unas enormes compuertas se abrieron dando paso a uno de los refugios que había en la ciudad y que ellos habían encontrado sin querer.

James y Leiza, con Kesia en los brazos, se miraron un segundo y se abrazaron con fuerza a sabiendas de lo afortunados que habían sido. Miraron hacia el exterior mientras las gruesas puertas se cerraban sin saber cuándo volverían a abrirse de nuevo, sin saber cuándo volverían a ver la luz del sol.

Roth caminaba a duras penas por el perímetro exterior del muro. A su alrededor solo había muerte y destrucción, sus heridas se habían reabierto y la sangre brotaba con virulencia a través de las grapas que le habían puesto para suturar las heridas. Llegados a ese punto, su

mente parecía querer abandonar su cuerpo para evitar más sufrimiento.

A lo lejos, un animal salió de la espesura y al igual que él tenía profundas heridas sangrantes por todo su cuerpo. Roth creyó estar delirando, pues aquello no podía ser real. Una vez que el dinosaurio llegó hasta él, una sonrisa se le dibujó en el rostro antes de caer al suelo.

—Tor… —susurró con cariño al Torosaurus.

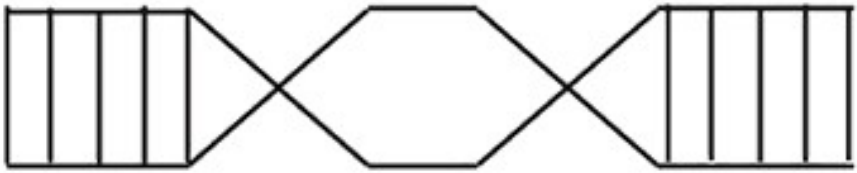
El ceratópsido se tumbó a su lado, al fin había encontrado a su compañero humano. Ambos respiraban con dificultad y fue entonces cuando una enorme columna de fuego abrasador se precipitó a pocos kilómetros de ellos. Ambos cerraron los ojos mientras la onda expansiva lo barría todo a su paso. Pero llegados a ese punto, sus consciencias ya habían comenzado a abandonar su cuerpo. Roth se aferró a su amigo y recordó el momento en que lo adoptó cuando apenas era una cría de unos días de vida. Reconfortado con la presencia de su peculiar compañero, la última imagen en la que pensó fue la de Kesia y su mujer en una cálida noche de verano observando las estrellas.

Anastasia Lázaro observaba desde su barco la ciudad estado, viendo cómo los mortales Nemicolopterus hacían su trabajo. O cómo los dinosaurios liberados corrían en su recién estrenada libertad. Pero sus cansados ojos se detuvieron en un punto determinado. El anciano *alpha* caminaba lentamente hasta el puerto. Sus años, al igual que a Anastasia, le pesaban demasiado, pero no por ello no resultaban, cada uno a su forma, igual de aterradores e imponentes que en su juventud. El rey de los saurios tiranos, negro como el carbón con sus rayas escarlatas, tomó aire y rugió con tanta fuerza que el sonido erizó los vellos de los pocos supervivientes del navío.

—¿Y ahora qué haremos? —preguntó Brian.

Anastasia guardó silencio unos segundos observando al dinosaurio en la lejanía, maravillada ante la magnificencia que ella misma ayudó a crear tiempo atrás, pues en cierta forma se consideraba madre del nuevo mundo. Tomó aire y compartió el pensamiento que en esos instantes pasaba por su mente.

—Una nueva era ha comenzado, un mesozoico artificial donde el ser humano quizás no tenga cabida, pues los verdaderos dueños del planeta Tierra han regresado para reclamar su domino.



EPÍLOGO

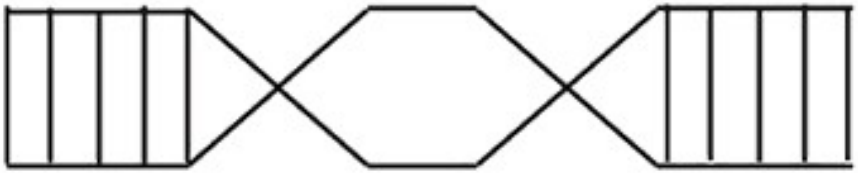
El ser humano es, en muchos casos, sinónimo de destrucción. Mientras la bomba nuclear lo destrozaba todo a su paso en el continente africano sesgando la vida de miles de animales sin distinguir entre humanos, dinosaurios o cualquier otra especie, la gripe sauria se abría paso en la ciudad estado condenando a la extinción a todos sus habitantes desprovistos de cualquier antígeno que los protegiese.

La humanidad había recibido el que sería, casi con toda seguridad, el último mazazo de su existencia, el cual llevaba gestándose desde los albores de la especie. Un animal beligerante con sus semejantes, un ser capaz de crear armas contra sus congéneres no podría permanecer como especie dominante mucho tiempo. Una criatura excepcional capaz de crear las cosas más maravillosas, así como las más oscuras y destructivas. Pero esta vez no fue la madre naturaleza la que tuvo que urdir un plan maestro para acabar con los parásitos en los que el ser humanos se había trasformado para ella, sino que fueron ellos mismos lo que alinearon los acontecimientos para su propia destrucción.

Con un matiz casi divino, la Tierra había encontrado la forma de rectificar su error, y como si el espacio y el tiempo se pudieran desdoblar, el reloj biológico comenzó a retroceder millones de años al pasado. No a uno igual, pues en el planeta convivían animales de toda la prehistoria en un equilibrio artificial que aún estaba por ver cómo encajaría en un futuro próximo. Pues una humanidad tan poco numerosa y dispersa en un mundo dominado por gigantes del pasado tenía la misma posibilidad de prosperar que sus ancestros sesenta y cinco millones de años atrás si el meteorito no hubiera golpeado el golfo de México. Y quizás, como los dinosaurios entonces, el registro

fósil sería una vez más el único vestigio de nuestra presencia en este mundo.

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR



PREFACIO

En la oscuridad se podían oír múltiples sonidos, pero esa noche lo que más resonaba en la mente de aquellas personas era los intensos latidos de sus propios corazones. Desbocados, sin control… Presas del pánico más absoluto. Pero el ser humano era, por naturaleza, una criatura que hasta el último momento no se daba por vencido. Se aferraba al menor atisbo de esperanza y, en ese instante, aún respiraba. Con eso era suficiente.

La suave brisa mecía las hojas de los múltiples árboles que los rodeaban y el sonido propio de la fauna salvaje le servía de camuflaje. Y aunque a priori no lo pareciera, todos aquellos estímulos: los olores, los sonidos; disimulaban la presencia de los tres humanos. Aunque algo jugaba en su contra, la criatura que los acechaba tenía intrínseco en su código genético millones de años de evolución. Estaban en su medio, en su reino. Y aquel animal estaba diseñado a la perfección para cazar en la oscuridad de la jungla.

Permanecían agazapados en el hueco de un viejo tronco, con la piel empapada de sudor y tan juntos como las fronteras de sus propios cuerpos les permitían. Uno de ellos sangraba a causa de una laceración en la espalda. La herida recién hecha no cesaba por mucho que su mujer intentaba detener la hemorragia presionando la herida con su propia camisa hecha jirones. Todo ello ante la horrorizada mirada de su hijo pequeño. Pero no podían hacer otra cosa que permanecer quietos sin hacer el menor ruido. Si eran descubiertos no tendrían salvación, no sobrevivirían sin lugar a dudas.

El pequeño miraba en todas direcciones, era el que menos sabía cómo actuar. Se sentía culpable por hacer que su familia se encontrará en esa situación por la imprudencia infantil propia de esas edades,

donde la curiosidad nos hacía ser los seres más inconscientes de nuestra vida.

—Marchaos, yo lo distraeré —susurró el padre en apenas un hilo de voz.

Ella negó con la cabeza, le horrorizaba la idea de abandonar a su marido en aquel horrible lugar.

—Estás herido, no lo lograrás —contestó ella muy cerca de su oído.

Él torció el gesto a sabiendas de la razón que tenían sus palabras. Sabía que no podría salir con vida de aquel lugar, pero su sacrifico le daría una oportunidad a su familia.

Al comprender la intención de su compañero negó con la cabeza mientras las lágrimas se desbordaban por su rostro. Jamás pensó que pudieran acabar así, despedazados a manos de un ser carente de raciocinio.

Ambos conocían las consecuencias de no respetar a la naturaleza. Se habían criado en un pueblo no muy lejos de su posición actual, pero la necesidad les obligó a tentar a la suerte y ahora pagaban las consecuencias de su sacrilegio.

La selva quedó en silencio, uno antinatural que no hacía presagiar nada bueno. Pues eso solo podía significar que el depredador andaba cerca, muy cerca. El hombre estaba perdiendo el conocimiento por la pérdida de sangre. Su mujer le dio unas palmadas en la cara para intentar que recobrara la conciencia, pero ya parecía ser tarde para él.

Unas pisadas alertaron a la familia sin dar tregua o tiempo para el duelo. El niño gimoteó y su madre le tapó la boca con rapidez, pero ya era tarde. Habían sido descubiertos. Las pisadas le transformaron en zancadas mientras un agudo rugido inundó sus sentidos aterrorizando a la familia. Los había descubierto y ya nada podría pararlo.

El niño, asustado, salió del hueco y comenzó a correr en la oscuridad de la selva, la cual estaba apenas iluminada por la luna menguante que había en el cielo. De forma irracional la madre corrió detrás de su hijo dejando a su marido atrás. Un millón de sonidos estallaron de golpe. Todos los animales huían del depredador, aunque ellos no fueran sus víctimas. Los primates aullaban desde las copas de los árboles y los pequeños mamíferos nocturnos corrían despavoridos hacia sus madrigueras como si ellos mismos fuera la presa.

Ella se detuvo en mitad de un claro mirando en todas las direcciones posibles. Había perdido a su hijo en mitad de todo aquel caos. Su mente no lograba reaccionar, estaba desorientada en mitad de la nada y no prestaba atención a su propia situación. Su único pensamiento era la certeza de que ahora su hijo estaba solo, perdido en algún lugar de aquel infierno.

—¡Anuar! ¡¿Dónde estás?! —gritó sin reparar en lo que significaba aquello, que pudiera llamar demasiado la atención.

Guardó silencio un par de agónicos segundos esperando una respuesta.

—¡Mamá! —escuchó al fin.

Pero no fue la única respuesta que obtuvo. Aquel bramido que llevaba impregnada la muerte volvió a retumbar en la noche africana. Corrió hacia el lugar donde creía que estaba su hijo. Sus piernas fueron tan rápidas que por un momento estuvo a punto de caer al suelo desfallecida a causa del esfuerzo. Jadeó extenuada, pero el coraje de una madre podría con cualquier situación, pero en este mundo habitaban fuerzas que ni siquiera ese coraje podía evitar.

Vio a su hijo de pie frente a ella a unos diez metros. Extendió los brazos dispuesta a protegerlo con su propio cuerpo. Anuar hizo lo mismo, pero antes de que llegaran a estar juntos gritó aterrorizado. El felino, que había elegido a la presa más débil, saltó sobre él hundiendo sus fauces en la garganta del niño. Su madre cayó al suelo en estado de *shock* viendo la sangre brotar del cuerpo aún vivo de su pequeño que convulsionaba con fuertes espasmo. La carne se desgarraba bajos los dientes de aquel depredador que, satisfecho, comenzó a arrastrar a su presa al interior de la selva. Pero las fuerzas naturales siempre habían sido así, tan crueles como bellas. Y el leopardo era un claro ejemplo de lo hermoso y mortal que podía resultar el mundo animal. El predador clavó sus fulgurantes ojos verdes en ella y durante un segundo le hizo ver que ya había obtenido el sustento que necesitaba. No había peligro real para la madre. Sin embargo, la naturaleza estaba a punto de mostrar una nueva cara, una que había sido olvidada, desterrada de la memoria de cualquier animal de nuestro tiempo.

Unos arbustos se movieron con brusquedad. Todo pasó muy rápido, tanto que ni ella supo ver o entender lo que en realidad sucedió. El felino soltó al niño y se colocó en posición de ataque, mostrando los dientes con todo el lomo erizado. Unos ojos amarillos reflejaron la poca luz que allí había justo antes de salir de las sombras enfrentando al animal en igualdad de condiciones. El leopardo se lanzó hacía aquella criatura y se enzarzaron en una pelea. Rugidos aún más agudos que los del felino se entremezclaban con los de este en una danza mortal.

Como pudo, ella se deslizó hacia su hijo sin tener clara la intención. Solo quería sacarlo de aquella locura, aunque en sus ojos apenas quedara vida. Era el instinto de una madre, proteger a su cachorro aunque no pudiera hacer nada por él más que darle un entierro. Pero justo cuando estaba a punto de llegar hasta él algo lo agarró del pie y la arrastró hacia la profundidad de la selva dejándola con el brazo extendido. Y allí quedó, tumbada en el suelo mirando el rastro de sangre que había dejado el pequeño Anuar.

No podía articular palabra, no podía pedir ayuda, solo sentir cómo su alma se veía envuelta en una jerarquía natural, en una cadena alimenticia en la que ningún ser vivo de este mundo sabía el hueco que debía ocupar.

Table of Contents

PREFACIO
AÑO CERO
- INVESTIGACIÓN
- LA HUELLA
- RECLUTA
- RAPTO
- IMPREVISTO
- EL AGUJERO
- LA GARRA DEL GIGANTE
- EL PANTANO
- CIVILIZACIÓN
- LA EVIDENCIA DEL CAMBIO
- LA BELLEZA DE LA NATURALEZA
- EL MILAGRO DE LA VIDA
- EL GIGANTE SUREÑO
- SED DE VENGANZA
- TERRITORIOS
- SOBERBIA
- LA EXPANSIÓN DE LA VIDA

AÑO DIEZ
- CAMBIO ANTIGÉNICO
- OSADÍA
- PREHISTORIA CONTEMPORÁNEA
- TIEMPOS PASADOS
- CENOZOICO
- LA LLEGADA DEL TITÁN
- CONTENCIÓN
- EL ORIGEN DEL CAOS
- DIENTES EN LA OSCURIDAD
- EJE DE MANDO
- ESTAMPIDA
- MENTIRAS
- ULULO EXTINTO
- REUNIÓN
- ATENTADO
- PROTEGER A LA FAMILIA
- ÉXODO
- DEPREDADOR SUPREMO

AÑO CINCUENTA
- INVOLUCIÓN
- EL POBLADO

PRECURSORES
LAS CARAS DE LA MONEDA
EL PLAN B
LA VIDA EN EL POBLADO
UNIDAD
CONFRONTACIÓN ATEMPORAL
LA CAÍDA DEL MURO
SIN ESCRÚPULOS
EL LAGO
EL ANTIGUO NUEVO MUNDO
ENCUENTRO
EMPATÍA
LA CUMBRE
EL VERDADERO ENEMIGO
EXTINCIÓN
EPÍLOGO
OTROS TÍTULOS DEL AUTOR